

*Dime tu  
nombre*

**LINA GALÁN**

DIME TU NOMBRE

LINA GALÁN

*Dime tu nombre*

Copyright © Lina Galán, 2015

Primera edición digital: Junio de 2015

Diseño de portada: Sergi Villanueva

Twitter: @linagalan44

linagalan44@gmail.com

**Facebook: Lina Galán García**

**<https://www.facebook.com/lina.galangarcia>**

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*En recuerdo de Avelina Galán, mi abuela,  
que aparte de su nombre, me dio tanto.  
Seguro que ahora eres un ángel*

# Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras obras de la autora](#)

# Prólogo

Aquel estaba siendo un día perfecto. Era viernes, al día siguiente comenzaban las vacaciones de verano —aunque este año solo fueran quince puñeteros días—, y como guinda del pastel, el jefe había anunciado que podían marcharse todos a media mañana.

Había que aprovechar ese arretrato de generosidad. Ese hombre no daba ni los buenos días.

Lucía condujo animada hasta su casa. La ventanilla bajada para dejar entrar el aire cálido del día, sus *Ray-Ban*, y una antigua canción que sonaba en ese momento en la radio.

*Dime tu nombre*

*Y te haré reina en un jardín de rosas*

*Tus ojos miran*

*Hacia el lugar donde se oculta el día...*

A veces hace falta tan poca cosa para ser feliz...

Estacionó el coche en su plaza de parking y subió en el ascensor hasta el tercer piso. Se miró en el espejo, se colocó un mechón de

pelo tras la oreja, y le sonrió a su imagen con una mueca. La felicidad parecía reflejarse en su rostro, viéndose, por supuesto, más guapa que esa misma mañana al ir a trabajar.

Su hijo todavía estaría en el colegio y su marido no la esperaba, así que le propondría ir juntos a buscar a Adrián, ya que era él el encargado de hacerlo normalmente. Ella no podía hacerlo nunca debido a su horario de trabajo y para su hijo era toda una fiesta ver a su madre en la puerta de clase. Merecía la pena solo por ver aquella expresión de felicidad en el rostro del niño.

Introdujo la llave y abrió la puerta de entrada con satisfacción. Tenían una larga hipoteca por delante, pero había merecido la pena dejar su anterior piso, antiguo, pequeño y sin ascensor y cambiarlo por este, mucho más nuevo, espacioso y en una zona mucho más

agradable de Granollers, el pueblo cercano a Barcelona donde habían vivido siempre.

Entró sin hacer ruido. Andrés, su marido, seguro que estaría en la habitación que habían habilitado como despacho, ante la pantalla del ordenador, aunque bien podía estar organizando el trabajo que llevaba como asesor jurídico para una gran empresa, o bien podría encontrárselo jugando una partida al *Pro Evolution Soccer* con la *Play*, que se había instalado también en el despacho.

Su marido era un tanto inmaduro, pero ella era más seria y parecían complementarse. Además, Adrián, su hijo de cinco años, lo adoraba. Podían pasarse los dos juntos largas jornadas jugando con la consola, la *Tablet*, o a la pelota en el parque y los jardines de los

que disponía aquel bonito barrio.

El despacho estaba vacío y el salón también. Tal vez no estaba en casa, así que se encaminó al dormitorio a cambiarse de ropa.

La puerta estaba entreabierta y por el leve resquicio se colaban unos extraños sonidos que surgían del interior de la habitación. Lucía se quedó momentáneamente parada. El corazón se le aceleró al venirle a la mente las últimas noticias sobre robos en las viviendas, y se imaginó a algún malnacido hurgando o revolviendo en sus cosas.

Pero esos sonidos no eran de ningún ladrón ni nada parecido, y ella lo sabía. Lo sabía perfectamente. Empujó solo un poco la puerta con la mano y se quedó allí plantada ante la imagen que ofrecía una

pareja en la cama. En su cama.

La luz del día entraba a raudales por la ventana, así que no había ninguna duda o vacilación. Andrés, su marido desde hacía diez años, el padre de su hijo, estaba en la cama con otra mujer, a la que no podía verle el rostro, pues cabalgaba a su marido con furia lujuriosa. Entre los dos emitían fuertes gemidos y la cama golpeaba contra la pared, lo que hacía comprensible que no la hubiesen escuchado entrar en casa.

Ella siempre había pensado que si un día se le presentaba una ocasión semejante, se pondría a gritar histérica y los echaría a los dos a patadas mientras lanzara toda clase de objetos que pudiesen darles de lleno en la cabeza. Pero en aquel momento, Lucía pareció

estar ante una imagen hipnótica que la mantuviera allí paralizada, fascinada.

La mujer, de esbelta espalda y rubia melena, subía y bajaba sobre el miembro de su marido, mientras este elevaba las caderas en fuertes embestidas, golpeando con sus testículos las nalgas de aquella mujer. Sus piernas velludas estaban abiertas y su rostro reflejaba una expresión de placer que ella no recordaba haberle visto hacía tiempo. Tal vez nunca.

Por fin, alertado por algún movimiento, o simplemente por ese sexto sentido del que disponemos los humanos de percibir una presencia cercana, Andrés abrió los ojos y la vio.

—¡Joder, Lucía! —la rubia teñida se vio impulsada por su amante

hasta casi caer al suelo, cosa que evitó al agarrarse fuertemente a las sábanas que se arremolinaban arrugadas a un costado de la cama.

Al menos tuvo la decencia de no gritar aquello de: —“*esto no es lo que parece*”, o “*esto tiene una explicación*”, que siempre es de agradecer. Simplemente se sentó sobre la cama, se tapó un poco con la sábana y se pasó la mano por el pelo con cara de circunstancias.

—Has llegado pronto —se limitó a decir.

—Sí —fue la escueta respuesta de Lucía. En ese momento, la otra mujer se había dado la vuelta para buscar su ropa y pudo verle la cara. La puta de la vecina de al lado, la que se paseaba en bragas para sacar la basura o tomar el sol en el balcón. Qué básicos y rudimentarios eran a veces los hombres—. Tú, coge tu ropa y

lárgate de mi casa. Ahora.

—Un momento que me ponga algo...

—¡Ahora, joder! —la mujer salió de allí como una flecha, con sus cosas colgando de sus brazos, mirándola como si hubiese perdido el juicio. Tal vez tuviese algo de razón y en esos momentos Lucía no razonaba correctamente.

Al escuchar el golpe de la puerta al cerrarse, Andrés se sentó más cómodamente en el filo de la cama y miró a su mujer a la cara.

Su primera estrategia fue hacerse el culpable.

—Siento mucho lo que ha pasado. Te juro que era la primera vez. Yo estaba trabajando en el despacho cuando ha tocado al timbre y...

—Y te ha pedido un poco de azúcar, la has invitado a un café, una

cosa llevó a la otra... ¡Y una mierda! ¿Te has creído que soy imbécil? ¿Crees que no sé distinguir la escena de sexo que he visto al entrar, la com-penetración y la familiaridad entre vosotros?

Segunda estrategia: que su mujer fuese la culpable.

—¿Qué sabes tú de escenas de sexo? —Gritó Andrés levantándose de un salto de la cama, sin importarle quedarse desnudo ante su mujer, sin pensar que esa desnudez tan familiar ahora pudiese asquearla—. ¿Qué sabes tú de com-penetrar nada? ¡Ni siquiera follamos desde hace meses!

—¡Pues nada, usted perdone por haberle molestado! ¿Quieres que la llame y continuáis donde lo habíais dejado?

—Sabes que tengo razón, Lucía, jamás nos hemos entendido en el

sexo. No trato de justificarme pero en la cama eres poco más que un cojín.

—Eres un hijo de puta —dijo rechinando los dientes—. Tratas de darle la vuelta a la tortilla y hacer que yo me sienta la culpable de que te tires a la vecina.

—¡Admítelo! Hace años que te pasas la vida en el trabajo o con tu hijo. Todo tu tiempo libre es para Adrián. Te vuelcas tan completamente en él que yo no existo.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a echarme en cara que me vuelco en nuestro hijo? Sabes perfectamente que tiene problemas de adaptación en el colegio y que necesita nuestra ayuda.

—¡Lo sé, joder! Él es para mí lo más importante, pero yo también tengo mis propias necesidades.

—Que por supuesto la vecina se encarga de cubrir.

—Lucía —la voz de su marido sonaba ahora cansada—, si no hubiese sido la vecina hubiese sido otra. Además, ella no es la primera y lo sabes.

—¡Cállate, cabrón! ¡No me lo recuerdes!

—Sí, Lucía, sí, lo sabes desde hace tiempo, pero haces la vista gorda, ni siquiera te importa. Te limitas a vivir tu vida cómoda, trabajar, pagar la hipoteca, cuidar del niño y aparentar que todo va bien, cuando hace mucho tiempo que no es así, al menos entre nosotros.

—¿Sigues culpándome de tus infidelidades?

—No, no hay culpables. Nos casamos cuando teníamos poco más de veinte años, huyendo de unas familias desestructuradas donde no

éramos felices. Nuestro principal objetivo lo cumplimos, que fue estudiar, tener unos buenos empleos y una bonita vivienda. A partir de ahí, toda relación de pareja se malogró. A estas alturas nos comportamos más como compañeros de piso que como marido y mujer.

—No deseo escuchar ni una sola palabra más. Quiero que cojas ahora mismo tus cosas y te largues de aquí.

—¿Largarme? ¡No tengo a dónde ir! ¡Y aunque tuviera, no me da la gana de irme! ¡Hazlo tú si quieres!

—¡Tampoco tengo adónde ir! ¡Además, tengo que cuidar de mi hijo!

—Por supuesto, tu hijo —Andrés se vistió tranquilamente y se fue a la cocina a hacerse un café con toda naturalidad, mientras

Lucía lo seguía alucinada—. Hablando de *nuestro* hijo. Los dos sabemos lo que nos comenta siempre el especialista, que debemos mantenernos unidos y ayudarle todo lo que podamos. Imagínate ahora el retroceso con el trauma de una separación.

—¿Vas a aprovecharte de los problemas de tu hijo de cinco años para obligarme a vivir contigo? —dijo Lucía aguantando las ganas de tirarse sobre él y clavarle las uñas en los ojos.

—Nada cambiará, cariño. Los tres juntos en casa, como hasta ahora. Cada uno de nosotros tendrá su vida, por supuesto.

—Quieres decir que seguirás tirándote a quien te dé la gana, claro. ¿Desde cuándo de has convertido en el mayor hijo de puta del mundo y yo sin darme cuenta?

—Lo tomas o lo dejas. —Y comenzó a darle bocados a una

magdalena rellena de chocolate mientras se dejaba caer indolente en la encimera de la cocina.

—Te odio, Andrés —dijo Lucía con los puños apretados—. Acabas de destrozarme la vida, pero no te preocupes, *cariño*, todo seguirá igual que hasta ahora.

El día había comenzado perfecto. Pero las cosas se sabe bien cómo empiezan y no cómo terminan.

*Nunca desistas de un sueño. Solo trata de ver las señales que te  
lleven a él.*

*Paulo Coelho*

# Capítulo 1

—Lucía, tranquila, tienes tiempo de sobra todavía. ¡Deja de ir de un lado a otro de la cocina!

—No lo puedo evitar. Por las mañanas me levanto y tengo que hacerlo todo antes de irme.

Maite, amiga de Lucía desde el instituto —la única—, pasaba por casa de esta cada mañana para irse juntas al trabajo. Maite era

secretaria de dirección en una empresa informática, que quedaba relativamente cerca de la firma de publicidad donde trabajaba Lucía. De esta manera solo les era necesario coger un coche para ahorrar combustible y pagarlo a medias. Solían coger el coche de Lucía, ya que su empresa disponía de aparcamiento para empleados. Y porque Maite seguía trasnochando y muchas mañanas no estaba en condiciones de conducir.

De todos modos, lo del transporte había quedado como motivo oficial, cuando, en realidad, Maite decidió hace años que su amiga necesitaba tenerla cerca cada día para no sentirse sola, aunque Lucía jamás admitiera esa soledad. Daba a entender que su trabajo y su “familia” ya la hacían sentir completa, pero a Maite no podía engañarla. Y Lucía le daba las gracias en silencio por conocerla tan

bien y saber qué necesitaba exactamente.

—Te exiges demasiado con esos dos tiranos que viven contigo, sobre todo uno que yo me sé.

—¿Ya estás echándome de menos? —dijo irónico Andrés cuando apareció en la cocina terminándose todavía de arreglar el nudo de la corbata.

—¿Echarte de menos? Podrías desaparecer de repente de la faz de la Tierra y yo seguiría tan feliz —contestó Maite al marido de su amiga.

—¿Tu amiga no tiene casa donde dar el coñazo? —se dirigió Andrés a Lucía mientras le daba un mordisco a su tostada.

—Sí, tengo casa —respondió la aludida— y no doy el coñazo a nadie, no como otros.

—¡Mamá, mamá, se me ha hecho tarde! —Adrián, como un torbellino, se sentó ante su cola cao y sus galletas y empezó a mojarlas en el vaso echándoselas enteras a la boca.

—Tranquilo, cariño, desayuna y os vais enseguida.

—¡Acuérdate que hoy tienes que hacerme un bizcocho para el cumple de la seño!

—No te preocupes, hoy lo hago sin falta.

—¡Y tienes que comprarme aquellos bolis de colores que te pedí para el cole!

—¡Que sí, que sí, cariño! ¡Al final voy a tener que partirme en dos!

—¿Nos vamos, campeón? —le dijo Andrés a su hijo.

—¡Sí, papá! ¡Ya estoy listo! Adiós, mamá, un beso.

—Hasta luego, cariño. ¡Y pórtate bien!

—Y así, cada uno de tus cansados, repetitivos y monótonos días

—soltó Maite cuando se hubieron marchado el padre y el hijo.

—No empieces, Maite. Tengo la vida que tengo y punto. —Lucía hablaba mientras recogía la mesa y le iba dando sorbos a un café que ya se le había quedado frío.

—Una mierda de vida, si me lo permites —decía Maite mientras la ayudaba a recoger.

—Tengo un buen trabajo, un bonito piso y un hijo que es un cielo.

—Y un marido, que no es un marido, acoplado en tu vida. En tu mierda de vida.

—Ha sido crucial para Adrián que su padre y yo hayamos

permanecido juntos. Sus problemas de hiperactividad están ya muy controlados. Con la ayuda de los especialistas y del colegio hemos hecho un buen trabajo. Apenas necesita ya algunas sesiones más con la psicóloga.

—¿Desde cuándo eres una santa? —Seguían hablando mientras salían de casa y cogían el ascensor—. Porque tu marido se comporta como padre pero no ha dejado de tener sus líos con un montón de mujeres, mientras que tú no has estado con nadie, que yo sepa.

—Estuve saliendo con Diego. —En ese momento ya entraban en el coche estacionado en su plaza de garaje.

—¿El director creativo de tu empresa? Menudo capullo. ¿Te acostaste con él?

—No.

—Lo que yo digo. Al menos podías haberle sacado un polvo a ese tío, que a este paso se te va a oxidar. O lo mismo se te acaba cerrando, como los agujeros de las orejas cuando no introduces en ellos unos pendientes. Y tú ahí no introduces nada.

—No tengo tiempo de pensar en eso.

—Por supuesto, tu tiempo es para tu hijo y para el gilipollas de tu marido, para que lo tengan todo a punto cada día. Y a ti que te den.

—Por favor, déjalo —ya se aproximaba al cruce, donde Maite se bajaba y cada una tomaba su camino—. Ya seguiremos hablando este *finde*. Adiós.

...

Desde que Adrián estaba más tranquilo y más seguro de sí mismo y sus posibilidades, Lucía estaba un poco más relajada, y aceptó, hacía un año ya, la propuesta de su amiga de pasar juntas el primer fin de semana de cada mes. Al principio le costaba separarse dos días seguidos de su hijo, pero comprendía que con su padre estaba realmente bien. Además, Andrés ya tenía el resto del mes para sus ligues y sus devaneos, mientras ella solo se permitía esos dos días para salir con su amiga. Eso sí, a lugares tan inocentes como tiendas o cafeterías en invierno, y playa o piscina en verano. Eran días que

también aprovechaba Maite para relajarse con su amiga, pues el resto de los fines de semana solía tener compañía masculina.

Lucía siempre bromeaba con ella por ello: —“¿Para qué quiero yo sexo si tú ya tienes por las dos?”

—Hoy lo vamos a dedicar a hablar. —Fue el saludo que le brindó Maite ese viernes por la tarde de su fin de semana, mientras tomaban café y pastas en una de las terrazas de *La Plaza de la Porxada*.

*La Porxada*, antigua construcción del siglo XVI que servía originariamente para albergar el trigo en el mercado, es actualmente el centro neurálgico de ocio del pueblo, donde las madres dejan que sus hijos corroteen un rato o pasan la tarde charlando. Situada

estratégicamente frente al ayuntamiento y rodeada de calles peatonales, comercios y terrazas, suele alojar parte del mercado de los jueves o se instalan puestos de lo más variado los fines de semana. O lo mismo se colocan las paradas del *Mercat de Santa Llúcia* en navidad, que sirve de escenario para actuaciones infantiles, musicales o cualquier tipo de evento.

—¿Hablar? ¿De qué?

—De ti y de tu vida, si puede llamarse así.

—Maite, ¿ya estás otra vez con lo mismo?

—Sí, Lucía, sí, y vas a escucharme. No puedes seguir así, volcándote únicamente en tu hijo y en el capullo de tu marido. ¿Qué clase de vida es esa? ¿Cómo puedes convivir con Andrés sabiendo lo que sabes?

—Eres mi única amiga, Maite, casi mi única familia, la que mejor me conoce en el mundo. Tú menos que nadie deberías hacerme esa pregunta porque sabes la respuesta: por mi hijo.

—Lo sé, Lucía, pero no lo entiendo. Te agobiaste mucho al principio con el problema de tu hijo, sobre todo porque le diagnosticaron erróneamente. Ya te han dicho los especialistas que no hay de qué preocuparse. Adri es completamente normal e inteligente. Lo llevas al psicólogo por su hiperactividad, pero no necesita cuidados especiales. Deja de atormentarte.

—Hace ya tres años —comenzó Lucía mirando a ninguna parte, mientras daba vueltas sin cesar a la cucharilla de la taza del café—, decidí mantener la situación con Andrés por mi hijo. Sé que la gente me mira con lástima: —“pobre cornuda”—deben decir. Pero hace

mucho tiempo que dejó de preocuparme lo que piense o diga la gente. Solo critican, pero nadie te tiende una mano cuando lo necesitas.

—Tienes toda la razón, cariño. Todo lo que has hecho es muy admirable por tu parte, pero no creo que cuidar de un hijo sea incompatible con tener una vida un poco más feliz, salir más o estar con un hombre.

—No, tener una relación está descartado. No puedo compaginar la vida que tengo con una relación con otra persona.

—Pero, ¿y quién está hablando de una relación? ¡Me refiero sencillamente a echar un polvo! ¿Desde cuándo no echas uno?

—Ni me acuerdo —suspiró Lucía.

—Ya te lo digo yo, desde tu “pacto” con Andrés hace ya tres

años, y eso sin contar que ya entonces se os pasaban meses. Pero no te preocupes, me voy a ocupar de que, al menos, una parte de tu vida sea un poco más feliz, que para eso están las amigas.

—No me habrás vuelto a concertar una cita a ciegas como la última vez...

—No, nada de citas, escucha, que lo tengo todo pensado. Esta semana hay un Congreso de Cardiología en un hotel de Barcelona. Imagínate un montón de médicos y científicos reunidos durante varios días, que de vez en cuando necesitarán evadirse o simplemente distraerse, por ejemplo, tomando una copa en el bar del hotel. Y ahí estarás tú, tomando también una copa y ligando con un pedazo de cirujano cardiovascular que seguro tendrá una habitación en ese lujoso hotel. Son profesionales venidos desde toda

España y otros países, o sea, que ya no volveremos a verlos por aquí en mucho tiempo, sin peligro de que te lo cruces en el supermercado y se te quiera pegar como una lapa.

—A ver, para, para. Me estás diciendo que vaya a un hotel lleno de médicos, me ligue a uno, suba a su habitación con él para pasar la noche y me largue a la mañana siguiente. ¿He entendido bien?

—Exacto. ¡Es una idea brillante!

—Maite, por Dios...

—Pero no pongas esa cara, que no te estoy diciendo que lo hagas con cualquiera, sino con uno que te guste. ¿Qué crees que hacemos el resto de los mortales para poder echar un quiqui? Pues ir a algún lugar donde tomar una copa y que haya hombres para elegir. Una mirada, una sonrisa, te invito, pues gracias, te apetece un polvo,

pues gracias otra vez... Además, nada menos que en un hotel de categoría, con un tío elegante, culto y limpio, que siempre se agradece. Nada de ir a un sórdido lugar de encuentros esporádicos o concertar una cita por internet para luego encontrarte con un adefesio. En directo, cara a cara, el ligue de toda la vida, vamos. Y además con un médico, o algo parecido. Un tío con corbata y con bata blanca es mi ideal de hombre. Seguro que tú también has tenido alguna fantasía erótica con uno de ellos, mientras te quita la ropa para reconocerte, te ausculta, te toma el pulso... mmm... —suspiró Maite soñadora—. ¿No te parece una idea genial? —Y sonrió satisfecha como si acabara de descubrir la nueva panacea universal.

—Maite —dijo Lucía frotándose la cara—, te lo agradezco de

verdad, pero no voy a poder hacer algo así. Empecé a salir con Andrés a los dieciséis años y ese es todo mi currículum. ¿Cómo voy a saber ligarme a un desconocido? Tengo tal falta de entrenamiento que no tendría ni idea de por dónde empezar.

—No tendrás que hacer nada, él se encargará de hacerlo todo. Así te entrenarás con un desconocido, que lo más probable no vuelvas a ver, y no te sentirás tan coartada como si estuvieras con una posible relación. Por favor, Lucía —le tomó la mano a su amiga—, confía en mí. Piénsatelo esta noche y si tienes claro que no quieres hacerlo no voy a obligarte. Pero si tienes aunque sea una pequeña duda, por diminuta que sea, hazme caso y déjate llevar. No se trata solo de sexo, se trata de sentir, de ver la cara de deseo por ti en un hombre, de sentir de nuevo la sangre correr por tus venas. Tener sexo con

alguien que te gusta no es nada malo. Es más, creo que es la mejor cura antiestrés que existe hoy en día.

—Suenan bien, pero creo que soy una de esas mujeres frías y frías a las que el sexo no les interesa. O tal vez ya se me ha olvidado cómo se hace.

—¡Gilipolleces! Tú no eres nada de eso. Lo que sucedió durante los primeros años de tu matrimonio es que os pusisteis a estudiar, luego tuviste a Adri y después ya no había nada entre Andrés y tú. Ahora has madurado, estás más relajada. Pruébalo una vez y te convencerás. Luego podrás seguir con esa vida que has elegido y Santas Pascuas. Seguro que hasta querrás repetir.

—Lo pensaré, pero no te prometo nada.

Durante esa noche en casa de su amiga, en la cama de la habitación de al lado, Lucía apenas pudo dormir. Ya había tenido ese tipo de conversación con su amiga docenas de veces y nunca le había hecho caso, pero esa vez no sabía qué había de diferente en su ánimo que la hacía dudar. Tal vez era cierto que ahora estaba más tranquila en el tema de su hijo. Había pasado los últimos años volcada totalmente en él, angustiada porque su hijo no tuviese una vida normal cuando fuese adulto. Había sido un periplo por psicólogos, logopedas y un sinfín de especialistas que se contradecían muchas veces en sus diagnósticos, pero al final, con tesón y cariño lo habían conseguido. Y sacrificando su propia vida personal, lo reconocía, pero en la vida de cada uno existen ciertas prioridades y había preferido pasar muchas horas con él en casa,

jugando o haciendo los deberes, en sus visitas al psicólogo, intentando seguir el ritmo del niño y comprenderle un poco mejor.

Volvió al tema de la loca propuesta de su amiga. ¿Y si no fuese tan loca? Ella no buscaba una relación, pero tal vez un poco de sexo no estaría mal. Podría probar. Si al llegar al hotel y encontrarse cara a cara con un desconocido no podía seguir adelante, pues se iría por donde había venido.

Pero, ¿en qué coño estaba pensando? Cómo iba a presentarse ante un hombre y decirle: —“Ei, ¿echamos un polvo?”. No, no, imposible. Era demasiado tímida e insegura.

Aunque, al fin y al cabo, ya tenía treinta y cuatro años y nadie a quién rendirle cuentas. Seguro que infinidad de personas en el

mundo se presentan en bares y hoteles para ligar y no le dan tantas vueltas.

Que no, que no sería capaz...

Se quedó dormida sin haber llegado a decidirse.

...

—Buenos días —le dijo tranquilamente Lucía a su amiga mientras se sentaba ante la mesa de la cocina para desayunar.

—Buenos días. —Maite la miraba expectante, esperando que le contestara a la propuesta del día anterior. Pero Lucía, tranquilamente, se sentó, se echó zumo en una taza, abrió un paquete de galletas, se llevó una a la boca...

—Estas galletas con fibra están bastante bien.

—¡Déjate de galletas y dime algo de una vez! —gritó Maite exasperada.

—Algo, ¿de qué?

—¡Lucía!

—Era broma, tonta. He decidido que sí.

—¿Que sí? —gritó la amiga incrédula.

—Eso he dicho —Lucía seguía tranquilamente con su desayuno.

—¿Y qué te ha hecho decidirte, si puede saberse?

—Que prefiero la locura que me propones antes que conocer a alguien. Solo pensar en comenzar el proceso de una relación ya me causa desidia. Y por otro lado, no me apetece tener discusiones con ningún tío, diferencias de opinión o escenas de celos por mantener el tipo de vida que he elegido. Un polvo y se acabó. Sin explicaciones sobre mi vida ni reproches porque vivo con un marido como si fuese mi hermano. Además —suspiró—, supongo que no tengo nada que perder.

—¡Claro que sí! ¡Por fin has visto la luz! Pero entonces, ¿a qué esperas? —Maite cogió a su amiga del brazo y tiró de ella, haciendo volcar la taza de zumo sobre la mesa.

—¿Adónde me llevas?

—A prepararte.

Lucía miraba pasmada a su amiga desde la puerta del cuarto de baño, mientras esta llenaba la bañera de agua y le añadía todo tipo de potingues perfumados, provocando una montaña blanca en la superficie, como si acabara de hacer erupción un volcán de espuma y burbujas.

—Ahora te metes aquí —le quitó la bata y el pijama— un buen ratito. —Su amiga obedeció y se sumergió en aquel recipiente de agua perfumada.

—¿Tengo que estar mucho tiempo aquí en remojo? ¿Qué insinúas? ¿Que no estoy limpia? ¿Por qué no tengo suficiente con una ducha normal y corriente?

—No te lo tomes a mal, cariño, pero una mujer que no se acuesta con un tío desde hace años no se cuida como debiera.

Maite se sentó junto a la bañera y se aprovisionó de todo un arsenal de objetos punzantes y cortantes, que hicieron abrir desmesuradamente los ojos a Lucía.

—Para empezar, coge esto —le dijo ofreciéndole una *Venus* con la cuchilla nueva—, y te la pasas por todo el cuerpo. Y cuando digo todo es TODO.

—Perdona, guapa, pero trabajo en una empresa de marketing y publicidad, y suelo ir limpia y depilada.

—Ya, pero sé por experiencia que a los tíos les gusta que lo tengas como el culito de un bebé. Mira —se bajó el pantalón corto y las bragas y le enseñó su pubis perfectamente depilado.

—¡Joder, Maite, súbete la ropa! ¡No necesito una muestra!

—Por si acaso. Y ahora —volvió a sentarse a su lado— te quitaré

las cejas y te arreglaré la uñas, que las llevas hechas un desastre.

—¡No tengo tiempo para eso! —dijeron las dos a la vez, y rompieron a reír, cómplices y tan compenetradas como siempre.

—Gracias, Maite. Por todo. Por todos estos años a mi lado aguantándome. Seguro que en algunos momentos habrás tenido ganas de matarme.

—¡Cómo lo sabes! —volvieron a reír—. Te quiero mucho, Lucía, y quiero volver a verte feliz. O por lo menos satisfecha.

Más tarde, ya en la intimidad del baño después de aquella sesión completa de belleza en aquel improvisado spa, Lucía pasó una toalla

en círculos por el espejo para limpiar el vaho y poder observar su imagen en él. Creía tener un rostro agraciado, de rasgos armoniosos, con unos llamativos ojos grises, una larga melena y un cuerpo deseable. Su embarazo no le había dejado huella en la piel, y la depilación a conciencia junto a una buena cantidad de crema hidratante, se la habían dejado suave y brillante.

Su mirada bajó hasta su pubis depilado y, mirando por encima del hombro sintiéndose avergonzada, posó su mano en él. Hacía una eternidad que esa mano no era la de un hombre. En realidad, su marido tenía razón cuando la comparó con un cojín, pues nunca había disfrutado con el sexo.

Pero, como si la realidad quisiera llevarle la contraria a su pensamiento, un estremecimiento de placer le sacudió el cuerpo

cuando su mano frotó aquella íntima zona entre sus piernas.

—Dios —susurró apoyando las manos en el filo de la pica del lavabo—. ¿Será posible que mi cuerpo sea ahora más receptivo que cuando tenía diez años menos?

En pocas horas lo descubriría. O no.

# Capítulo 2

Nada más atravesar las puertas del lujoso hotel, a Lucía ya comenzaron a flaquearle las piernas. Y la in-seguridad con la que había tomado aquella decisión, también.

Era uno de los hoteles más bonitos que había visto nunca. La perfecta mezcla entre diseño y elegancia era espectacular. Antes de entrar ya se sintió especial, caminando bajo la marquesina,

flanqueada por dos lagos artificiales que diseminaban el sonido y el agradable frescor que producían la miriada de pequeñas gotas de las espumosas fuentes de agua.

Atravesaron la elegante recepción, de brillantes baldosas negras, un largo mostrador del mismo color y el techo salpicado de multitud de pequeñas luces que acrecentaban todavía más aquel brillo metálico y cegador. Pero fue al dar un paso más, cuando Lucía no pudo evitar elevar la mirada y contemplar la enorme cúpula transparente que cubría el inmenso y estiloso vestíbulo.

Al fondo se podían observar las escaleras que bajaban al piso inferior y el cartel que anunciaba el evento que tendría lugar aquella semana.

## XXIII CONGRESO ANUAL DE CARDIOLOGÍA

Pero su amiga guio a Lucía hacia la derecha, por donde, después de subir un pequeño tramo de escalera de brillantes peldaños, un largo pasillo cubierto por otra interminable hilera de focos daba acceso al bar del hotel.

—Espera, espera —pidió Lucía antes de entrar—. Creo que no voy a poder hacerlo.

—Claro que puedes hacerlo. Únicamente has de repetirte a ti misma esa idea en tu cabeza una y otra vez. Es solo una cuestión mental.

—Joder, Maite, a ver si te entra en la cabeza que esto es muy difícil para mí, que no tengo experiencia ni carácter para ello.

—Para eso estoy yo aquí, para allanarte el camino. A ver, ¿llevas en el bolso todo lo que te dije?

—Sí.

—Maquillaje, toallitas, unas bragas de repuesto...

—Que sí, que sí.

—¡Condomes! Llevarás condones, ¿verdad?

—¡Qué sí, por Dios! ¡Menos mal que estabas para tranquilizarme!

—Solo quiero que todo te salga bien. Por cierto, si te sirve de algo, estás guapísima.

En eso le daba la razón, pues más que verse, esa noche se sentía guapa. Se había puesto un discreto vestido con unos finos tirantes, en color gris metálico, que hacía juego con sus ojos y se amoldaba a su figura, complementado por unas sandalias plateadas de tacón. Se

había dejado el pelo suelto, que siempre llevaba recogido, y se lo había planchado. De esa manera podía apreciarse su brillante color castaño claro, cubierto por una fina pátina que reflejaba la luz de los focos del techo.

Se dejó arrastrar por su amiga y se sentaron en uno de los sofás que había al fondo del bar.

A la entrada, ante un gran espejo, estaba la barra, flanqueada por una fila de taburetes de piel e iluminada por suaves destellos verdosos. Donde ellas se acomodaron, el ambiente estaba prácticamente en penumbra, con unas suaves luces que daban directamente sobre las mesas, y unas filigranas de cristal con pequeños leds azules que colgaban del techo, formando una tenue telaraña que parecía querer atraparte entre sus brillantes redes. Lo

mismo que la suave y sedante música que sonaba de fondo en ese instante, con *Sade* y su “*Smooth Operator*”, que parecían envolvete en una suave capa de seda.

Se sentaron, pidieron unas bebidas y comenzaron a observar a su alrededor.

Aunque había alguna que otra pareja, la mayoría de los clientes eran hombres que, tal como había dicho su amiga, parecían relajarse con una copa tras una larga jornada. Tendría que darle la razón también a su amiga al advertir que todos ellos tenían un aspecto pulcro y elegante, aunque algunos de ellos charlaban en grupos de dos o tres personas y no parecían estar muy por la labor de ligar con desconocidas.

—¿Más tranquila? —preguntó Maite.

—No —contestó Lucía.

—La mayoría de hombres están solos, así que tienes para elegir.

—¿Tú crees que me atrevo a mirarles a la cara?

—Recuerda, Lucía, no has de pensar en ellos como parejas. No hay compromiso, no ha de gustarle tu carácter, tu vida o tu forma de ser. Piensa solo en un rato de sexo, ardiente y lujurioso sexo con un desconocido al que no volverás a ver nunca... Joder, solo de pensarlo ya me estoy poniendo cachonda.

—Vale, ya me has hecho reír —Lucía no pudo evitar reír y relajarse con las gracias de Maite—. Por cierto, ¿qué harás tú si yo..., bueno, si alguien se me acerca y eso?

—Tranquila, guapa, lo tengo todo controlado. He reservado una

habitación por si al final no hubiera suerte. Y si la cosa va como yo creo, lo mismo te sigo y me ligo a aquel camarero que ahora mismo se dedica a sacar brillo a las copas. Si demuestra la misma destreza con las manos al estar con una mujer, es todo mío.

—Una habitación en este hotel de cinco estrellas debe ser bastante cara, ¿no?

—Deja de preocuparte por mí. Todavía puedo darme algún capricho.

Maite había conseguido su objetivo, que era hacer reír y relajarse a su amiga. Así que Lucía comenzó a observar de nuevo y su mirada se detuvo en la barra. Un hombre la miraba. No sabía si podía llevar ya unos minutos allí o acababa de entrar. Tal vez no la mirase a ella, pero en aquella zona no había nadie más y su amiga la había hecho

colocarse estratégicamente de frente mientras ella estaba de espaldas.

Aquel hombre seguía mirándola. Se dejaba caer sobre la barra con una copa en las manos. Iba bien vestido y parecía joven, pero a esa distancia y con tan poca luz, como se suele decir, todos los gatos son pardos.

—Un tío me está mirando —dijo disimuladamente Lucía a su amiga.

—Por supuesto. Esta noche estás que rompes.

—No estoy segura si me mira a mí. Ahora ya no lo hace.

—Seguro que es a ti.

—Ahí está otra vez. Sí, parece que me mira a mí. Joder, ¿qué hago? ¿Le miro yo también? —dijo entre dientes.

—¿A qué has venido? ¡Pues claro!

—Ahora me sonrío —apretó la mano de su amiga—. ¿Le sonrío yo también?

—Joder, Lucía, que se supone que has venido a ligarte a un médico, no a que te opere. Relájate.

—Pues ese ya me está haciendo una radiografía de cuerpo entero.

—¿Y qué tal? ¿Cómo es?

—No sé, tiene buen aspecto.

—Lucía, una ensalada tiene buen aspecto. ¿No podrías ser más concreta?

—Está bastante bien —de repente se tornó pálida—. Madre mía, madre mía, que viene —susurró—, que viene, que viene...

—Muy bien —explicó su amiga como si fueran unas

instrucciones—, ahora yo me levanto disimuladamente, me giro para mirarle de cerca y si no me gusta para ti, vuelvo a sentarme, sino, te dejo el camino libre y ya me contarás.

—¡Maite! —Susurró Lucía con fuerza—. ¡No te vayas, todavía no me he mentalizado!

Pero Maite no le hizo caso. Se levantó y se giró, tal como había dicho, y se topó de frente con aquel desconocido.

—Perdón —dijo el hombre—, no pretendía hacerla levantarse.

—No te preocupes —dijo Maite sonriente—, yo ya me iba — caminó hacia la salida, no sin antes dejarle claro a Lucía lo que pensaba de aquel hombre levantando hacia arriba su dedo pulgar.

—Te mataré —susurró.

—¿Ha dicho algo? —preguntó el desconocido.

—No, no, nada —Lucía no se atrevía ni a mirarle.

—¿Puedo sentarme?

—¿Eh? Sí, sí, claro.

El hombre tomó asiento en el sillón frente a Lucía que antes ocupaba su amiga. Lucía comenzó a sentir palpitaciones y no sabía dónde mirar, qué hacer con sus manos o cómo colocar las piernas, que movía sin cesar.

*¿Qué hago? ¿Qué digo? Hace mil años que no intento ligarme a un tío, joder...*

—Siento que se haya ido su amiga. No las reconozco de mi círculo y mi intención era invitarlas a otra copa y charlar un rato.

Llevo demasiados días escuchando hablar de aortas, coronarias, aneurismas o miocardiopatías, y charlar con otras personas de cualquier tema trivial sería bienvenido por mi parte.

—¿Cómo dice? Ah, sí, puede pedirme otra copa —dijo mirando a cualquier parte menos a él.

—Perdona —decidió comenzar a tutearla al verla tan nerviosa—, puedo invitarte a lo que quieras, pero esa copa que no paras de retorcer entre tus dedos todavía está llena.

—Sí, es verdad —Lucía se llevó aquella copa a los labios y se la bebió hasta dejarla casi vacía.

—¿Te encuentras bien? Pareces intranquila.

—¿Yo? —suspiró—. Lo siento, estoy un poco distraída —y lo miró por primera vez.

No era un hombre guapo de una manera convencional, pero tenía algo atrayente. Su mandíbula era fuerte, su nariz y su boca generosas, y los altos pómulos ligeramente marcados. Unos rasgos que eran suavizados por el abundante cabello castaño y, sobre todo, por unos grandes ojos oscuros bordeados de unas pestañas casi demasiado largas. Eran unos ojos que inspiraban calidez y confianza.

Y otras cosas. Lucía no pudo evitar mirar más abajo para comprobar que era alto, ancho de hombros —muy ancho— y vestía con elegancia, con traje y corbata oscuros y una camisa celeste. Siempre le había gustado el contraste que proporcionaban esos dos colores en la tez de un hombre.

Empezó a sentir mucho calor de repente.

—¿He aprobado el examen? —preguntó divertido.

—Oh, Dios —dijo Lucía contrita—. Perdona, creo que esta noche no soy yo misma.

—¿Ah, no? ¿Y quién eres normalmente?

—Una mujer normal y corriente, que no va a los bares a intentar ligarse un tío. En realidad, no va a ninguna parte ni liga nada.

—¿Eso es lo que hacías todo este rato? ¿Ligar? Pues perdona que te lo diga, pero lo haces francamente mal.

Lucía captó el deje bromista de aquel comentario y no pudo evitar reír al mismo tiempo que él. Que un hombre sea capaz de hacer reír siempre es tenido muy en cuenta por una mujer. Pero era bastante más difícil intentar relajarse. Desde que aceptara aquella locura de su amiga, su mente no había dejado de llenarse de imágenes

retozando con un hombre, y ahora ese hombre tenía rostro. ¡El del hombre que estaba frente a ella!

¿Y si él no tenía ni la más mínima intención de llevársela a la cama? ¿Y si no le gustaba?

Se dice que la mujer es coqueta por naturaleza, pero Lucía hacía demasiado tiempo que no flirteaba con un hombre. Ya no recordaba cómo debía comportarse, o la sensación de las famosas mariposas en el estómago, desde que siendo una cría conociera a Andrés. La primera cita, el primer beso, la primera vez que hizo el amor con él... Todo aquello parecía perdido en la bruma del tiempo.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —rio Lucía—. Ni siquiera recuerdo cómo se hace. Ha sido idea de mi amiga, la que acaba de irse.

—¿Tu amiga te obliga a salir para ligar?

—No, es la primera vez que lo hago. —Mientras más lo miraba, más guapo le parecía. Y más nerviosa se ponía.

—No creo que necesites salir a buscar un hombre. Debes de sacártelos de encima todos los días —dijo sonriendo.

¡Y qué sonrisa! Lucía observó embelesada aquella boca sonriente que lo hacía más joven y atractivo, con una sonrisa cálida, sincera, que le formaba pequeñas arruguitas en los ojos.

*¿Cuántos años tendrá?*

*No te interesa. No debes interesarte por nada de él.*

—Y yo creo que tú eres experto en más cosas, aparte de la medicina —dijo ella un poquito más tranquila.

—¿Has deducido que soy médico por participar en una conferencia sobre cardiología? —dijo él con ojos pícaros.

—¿Lo eres? ¡No! ¡No me lo digas! Perdona, prefiero no hacer preguntas personales.

—¿Por qué? ¿Es algún juego?

—No, nada de eso, yo...

—Escucha, preciosa —le arrancó la copa que seguía retorciendo sin piedad y le tomó las manos entre las suyas—, tranquilízate. No sé qué te sucede, pero si te parece bien, pediré otra copa para cada uno y te relajas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Lucía sonrió y se sintió mejor. El tacto de las manos de aquel hombre, elegantes y de largos dedos, agarrando las suyas, la reconfortaba. Aunque también le hacía sentir un

hormigueo por todo el cuerpo, una especie de anhelo, de anticipación, imaginando esas manos recorriendo su cuerpo. Y volvía a ponerse nerviosa. Era como una rueda que giraba y giraba...

A la señal del hombre, el camarero volvió a servir otra copa para cada uno.

A partir de ese instante, Lucía cambió totalmente de estrategia. Nada de disimular, ponerse nerviosa o no saber qué decir. Sentía que estaba comenzando a rayar el ridículo y lo mejor sería ir con la verdad por delante, como ella solía hacer con todo.

—Para empezar —comenzó él a decir— podríamos presentarnos.

—No —contestó Lucía sin vacilar.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque mi amiga me ha traído aquí esta noche con la intención de que tenga sexo fácil y sin compromiso, solo una noche, con alguien a quien no vuelva a ver más. —Ya está, ya lo había dicho.

—Vaya —el hombre se dejó caer sobre el respaldo del sillón—. Te prometo que yo no me había acercado con esa intención. Quiero decir, que tú eres muy guapa y me gustas, pero ese no es mi estilo. Normalmente solemos presentarnos, conversar, quedar para otro día, y todo el proceso normal. No suelo llevarme a la cama a desconocidas.

—Pues yo no voy a aceptar nada de ese proceso. Si no te interesa, puedes marcharte. —Eso Lucía lo tenía muy claro. Nada de relaciones, nada de compromisos, nada de conocer la vida de nadie

ni involucrarse.

—No es muy halagador por tu parte.

—¿Por qué no? Yo creía que sería una excelente proposición para un hombre, que una mujer le ofreciera sexo sin pedir a cambio nada como citas, flores, cenas y toda esa parafernalia que utilizan los hombres solo para echar un polvo que a veces les sale demasiado caro.

—Yo me refería a si, para lo que tenías en mente, te he parecido bien yo o te hubiese servido cualquiera.

—Por supuesto que no me servía cualquiera. Tú me has parecido... agradable.

—¿Agradable? —dijo levantando una ceja.

—Agradable de escuchar, agradable a la vista... —¿Se habría

sonrojado? Seguramente. A pesar de no ser ya una adolescente, dedicarle un cumplido a un hombre era algo que no solía formar parte de su vida cotidiana.

—Gracias —volvió a sonreír—. En realidad creo que tienes razón cuando mencionas la cantidad de estupideces que hacemos a veces los hombres por echar un polvo —la miró a los ojos. Esta vez fue una mirada diferente, penetrante, seductora, que provocó en Lucía un anhelo como hacía mucho tiempo que no sentía. Su piel hormigueaba, su temperatura subía un grado por minuto y el vientre parecía contraerse.

—El único problema es que yo jamás he hecho esto —continuó Lucía—. Es la primera vez que le digo directamente a un hombre algo así.

—O sea, tienes clarísimo lo que quieres pero no sabes cómo.

—Exactamente.

—En realidad, yo tampoco tengo muy claro cómo proceder contigo, después de todo lo que me has soltado. Pero, ¿sabes una cosa? Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto de una conversación con una mujer. Eres sincera y atrevida, pero tímida e inexperta, y lo mejor es que no te importa admitirlo. La mayoría de mujeres se hubiesen hecho las interesantes, las difíciles o las experimentadas. A ti no te hace falta nada de eso.

*Pero, ¿por qué tiene que ser tan perfecto y maravilloso?*

*Ahora no me interesa una pareja estable, joder. Ya podía haber aparecido en otro momento.*

*No, no importa cómo sea y lo sabes. Al fin y al cabo, si te vas a*

*liar con un tío, mejor que sea el más fantástico y fenomenal del mundo. Aunque sea solo para una noche.*

*Porque solo es para eso. Un polvo. Una noche. Adiós y hasta nunca.*

—Entonces, ¿te interesa? —preguntó Lucía. Nunca en la vida entendería cómo fue capaz de hacer semejante pregunta.

—Sí, me interesa. —Otra mirada penetrante. Otra contracción de su vientre. Y aquella voz ronca y masculina sonaba cada vez más sensual, tan intensa que la sentía sobre su piel, haciéndole erizar los finos cabellos de la nuca.

—No lo hagas por quedar bien. Si no te gusto o no te apetece, solo tienes que decírmelo.

—Sí que me gustas. Sí me apetece.

—No me lo ha parecido.

—Escúchame —se acercó hasta ella hasta hacerla sentir su tibio aliento. Tan cerca sus ojos parecían aún más grandes, oscuros e intensos—. Hacía mucho tiempo que no deseaba a una mujer tan intensamente a primera vista. Desde que has pronunciado la palabra sexo, me he puesto tan duro que me duele. Me tira tanto el pantalón que creo que me va a estallar. Ahora solo quiero llevarte a mi habitación, desnudarte y hacerte el amor una y otra vez.

Lucía comenzó a respirar muy aprisa. Su corazón latía sin control. Hacía demasiado tiempo que un hombre no le decía algo así, tan directo, tan sexy, hasta hacerla desearle desesperadamente.

Pero había algo que debía quedar claro.

—No, no me vas a hacer el amor. Vamos a follar. No te confundas.

—Está bien —y comenzó a reír—. Perdona, es la costumbre. Si fuera por ahí diciéndole a las chicas: —”Cariño, ¿te apetece follar?”, seguro que me tirarían la bebida a la cara, se marcharían y yo no conseguiría echar ni un polvo en años.

—Te lo digo para que lo tengas claro.

—Muy bien, cariño.

—Nada de cariño ni de ningún tratamiento cariñoso.

—Entonces dime tu nombre.

—No, y tampoco quiero saber el tuyo. Lo mismo que no quiero saber nada de tu vida, de dónde eres, a qué te dedicas o si estás casado y con tres hijos.

—Pero tendré que llamarte de alguna forma, ¿no te parece?

—Como quieras. Invéntate un nombre.

—No lo dirás en serio.

—Completamente. Y yo me inventaré uno para ti.

—Esto es lo más surrealista que me ha pasado nunca. En fin, me gusta... María.

—María —Lucía le miró como si hubiese sido la peor elección.

—Has dicho que eligiera uno y lo he hecho. María me parece un nombre muy femenino.

—Vale, vale. A mí siempre me ha gustado... Samuel.

—¿Samuel? —y soltó una suave carcajada.

—¿Qué sucede? ¿No te gusta?

—No, no, no pasa nada, solo que si supieras mi nombre

alucinarías.

—Entonces todo arreglado. Únicamente dos condiciones.

—¿Por qué será que ya no creo que nada de lo que digas me vaya a sorprender? —dijo levantando una de sus cejas.

—La primera ya la conoces. Nada de nombres, ni preguntas personales ni charlas confidenciales. Creo que es la única manera de que vaya a ser capaz de hacer esto. —Prefería recordar en el futuro que ella un día fue capaz de acostarse con un desconocido, y no recordar a Fulanito de Tal sabiendo dónde vive o dónde trabaja.

—No la comparto pero la acepto.

—La segunda, que soy una mujer normal, sexualmente hablando, y espero que tú también lo seas. No busco historias raras de sumisión o cualquiera de esas cosas de las que todo el mundo parece

hablar ahora.

—No te preocupes, en eso coincidimos. Soy un hombre de lo más normalito en ese sentido. Creo que hay algunas mujeres que no piensan como tú y se esperan que ahora todos los hombres tengamos algún trauma que nos provoque alguna desviación sexual. ¡Cuánto daño nos ha hecho el personaje de cierta novela a los hombres comunes y corrientes!

—Pues yo busco precisamente eso, normalidad —sonrió Lucía por la ocurrencia del hombre—. ¿Subimos ya?

—¿Estás segura?

—No vuelvas a hacerme esa pregunta, porque no lo estoy. Estoy muerta de miedo y de vergüenza, así que subamos de una vez.

—¿He de salir primero a la farmacia? Porque no pensaba que

fuera a encontrarme con una proposición semejante.

—Tranquilo, vengo preparada.

Samuel —como ella pensaría en él durante aquella noche— se puso en pie y le ofreció la mano para que se levantara. Se la puso en la cintura y la guio hasta el ascensor, un gesto que la hizo sentir plenamente su presencia cerca de ella. Lucía emitió un suspiro de alivio al observar que había más personas esperando para subir, pues pensar en quedarse a solas con él en un espacio tan reducido le producía taquicardias.

Podría llegar a ser una ventaja que en realidad fuese cardiólogo.

Una risa histérica amenazó con brotar de su garganta.

*Deja de pensar tonterías, Lucía.*

Aunque los nervios reales comenzarían cuando Samuel introdujo la tarjeta en su ranura correspondiente y la puerta se abrió.

—Adelante, María —dijo pícaro.

Era una suite muy elegante, con modernos muebles y detalles bastante exclusivos, como los sofás en tonos ocre, las cortinas a juego con los cojines, los cuadros o la gran pantalla de televisión encastrada en la pared. Varios jarrones diseminados por la estancia con flores naturales daban un toque de color dentro de aquel ambiente en tonos cálidos y acogedores.

Se adentraron en el dormitorio, presidido por la gran cama que disponía de un gran cabezal forrado de suave terciopelo, y varias lámparas que coloreaban el espacio en diversos matices violetas.

Lucía dejó su bolso y el chal sobre una silla, después de sacar la caja de preservativos y dejarla sobre la mesita de noche. Un simple gesto que ya la cubrió por completo del rubor de la vergüenza.

—¿Quieres algo más para beber del mueble bar?

—No —al ver que él comenzaba a sacarse la chaqueta y la corbata, dio un paso atrás—. Espera, antes he de decirte algo.

—Lo que quieras. Y tranquilízate, no voy a abalanzarme sobre ti.

*Paciente, considerado, amable, atractivo, ¡joder!*

En la fantasía erótica de sus últimas horas, Lucía se había imaginado una especie de pene andante, sin rostro y sin personalidad, que únicamente le daría placer si ella se mostraba receptiva. No un hombre que fuera un auténtico cielo y encima

estuviese bueno. No era más que un desconocido y sentía que podía confiar en él. No tenía ni idea de porqué, pero lo sentía en cada célula de su cuerpo.

—Solo quiero que sepas que no tengo experiencia, que no lo hago desde hace años —confesó Lucía ligeramente avergonzada. No deseaba hacerle creer que era una experta en el tema—. Estoy nerviosa y vas a tener que llevar tú toda la iniciativa.

—Ven, acércate —Lucía le obedeció y se puso frente a él—. ¿Por qué una mujer como tú se ve obligada a esto para pasar una noche con un hombre? Eres maravillosa, hermosa, y tu sinceridad es un soplo de aire fresco para lo que uno se encuentra por ahí. ¿Por qué con un desconocido? ¿Por qué sin decir siquiera tu nombre?

—Estoy aquí ahora mismo porque llevo un tiempo de bajón y mi

amiga ha decidido que necesito sexo —¿qué tendría ese hombre que la animaba a dar explicaciones?—. Y estoy con un desconocido con el que no quiero establecer ninguna conexión porque, por circunstancias que no vienen al caso, he dejado de confiar en los hombres y he perdido la credibilidad en ellos. Palabras como fidelidad o compromiso han dejado de tener sentido para mí.

—Creo que lo mejor será que yo te haga olvidar todos esos pensamientos tan negativos. Acércate, voy a besarte.

—¿Besarme? No, no quiero besos. Demasiado personales. Demasiado íntimos.

—¿Cómo que no quieres besos? ¿Como en “*Pretty Woman*”? ¿Qué tontería es esa? Llevo mucho rato deseando besarte y voy a hacerlo ahora mismo.

Le puso una mano en la cintura y otra en la nuca, y Lucía se vio arrastrada hacia la boca del hombre, que primero se conformó con suaves besos en los labios, para darle confianza, tironeando suavemente de su labio inferior con los dientes para luego pasar ligeramente por él la punta de su lengua. Con sutil habilidad, le abrió la boca, hasta que ella sintió cómo le introducía la lengua, caliente y dulce, y la enroscaba en la suya, se la succionaba, le lamía los labios y se la volvía a succionar.

Lucía no recordaba un beso así en toda su vida, ni que saborear la boca de un hombre pudiera provocarle tanto calor, que se le tensaran los pechos o le produjera aquella humedad entre las piernas. Se aferró a su pelo y lo saboreó ella también, sintiéndose un poco avergonzada cuando emitió un profundo gemido. Hubiese sido

capaz de pasarse horas besándole. ¡Qué bien sabía y qué bien besaba! Aunque, en realidad, ella no tenía con quién compararle, pues los besos de Andrés de hacía siglos no contaban. Besar a aquel desconocido resultaba excitante, erótico. Su cuerpo se inundó de sensaciones placenteras y estimulantes, comenzando a sentir la excitación en su sexo.

Cuando él levantó la cabeza, sonreía satisfecho. Con la suave luz de la habitación, Lucía pudo apreciar las motas doradas que salpicaban los iris de sus ojos oscuros, y las pestañas parecían aún más largas y espesas.

—Como veo que al final te ha gustado, seguiremos adelante.

Le bajó los tirantes del vestido, dejándolo caer al suelo en un

brillante charco, y admiró su cuerpo cubierto por el sujetador y el tanga de encaje negro.

Lucía se sentía extrañamente confiada, expectante y satisfecha al comprobar la cara de asombro del hombre al verla con aquel sugerente conjunto que había comprado para la ocasión. Solo con ver deseo en los ojos de aquel hombre, deseo por ella, pensó que había merecido la pena toda aquella locura.

Aquella ardiente mirada provocó que notase la piel tibante y caliente, cerrando los ojos para imaginarse por un segundo que aquel desconocido le arrancaba la ropa interior con los dientes y la penetraba de golpe contra la pared, mientras ella se corría inmediatamente.

*Basta, Lucía, ¿en qué clase de mujer te has convertido en el poco tiempo que llevas con este tío? Has tenido más fantasías eróticas en la última media hora que en los últimos cinco años.*

Había descartado usar su ropa interior, que últimamente dejaba mucho que desear, pero no le duró puesta demasiado tiempo. Samuel le desabrochó el sujetador y le bajó el tanga, y no pudo evitar pasarle suavemente las manos por aquella zona que ella se había depilado a conciencia.

—Eres tan preciosa... —susurró.

Lucía, completamente desnuda, acariciada por la mirada del hombre, sintió el cuerpo ardiendo, como si un torrente de lava recorriera sus venas. Nerviosa, pero sintiendo que estaba cada vez

más excitada, se acercó más a él y con manos inseguras le desabrochó la camisa y se la sacó por los hombros, y lo mismo hizo con los pantalones, que él se encargó de sacarse de una patada junto a zapatos y calcetines. Al verlo en ropa interior, a Lucía casi se le escapa un jadeo. Ya había podido vislumbrar parte de aquel poderoso cuerpo estando vestido, pero la visión de su torso desnudo la había dejado literalmente con la boca abierta. Aquel traje que acababa de quitarse debía de estar confeccionado a medida, para poder abarcar aquella anchura de su espalda y, sin embargo, conjuntarlo para unas caderas tan estrechas. Cuando ella tocó la cinturilla de los calzoncillos, Samuel le cogió las manos para que parara.

—Todavía no. Tú primero.

Lucía actuaba por instinto. Si realmente fuera consciente de dónde estaba y qué hacía, habría salido corriendo por la puerta hacía rato. Pero se dejó llevar, como en trance, guiada por el deseo. De forma inexorable, se sintió arrastrada por el enorme e irracional deseo de tener sexo con aquel hombre.

Él la guio hasta el filo de la cama, la sentó, se arrodilló ante ella y la miró directamente a los ojos.

—¿Me irás diciendo lo que te gusta?

*Tú, me gustas tú, y todo lo que me hagas me parecerá bien.*

—No sé... lo normal, supongo.

—¿Lo normal? ¿Y qué se supone que es lo normal? —dijo inclinando la cabeza y sonriendo.

*Que me toques y me beses por todas partes y luego me eches el polvo de mi vida...*

*Joder, qué vergüenza. Moriría antes de decir algo así.*

—Por favor, no me lo pongas más difícil. Haz lo que sueles hacer y ya está.

Samuel, sin dejar de mirarla, le fue subiendo lentamente las manos por las piernas, le abarcó la cintura y acabó en sus pechos, donde comenzó a pellizcarle suavemente los pezones, a hacerlos rodar entre sus dedos, mientras acercaba su rostro y volvía a besarla profundamente en la boca. Lucía se aferró a sus anchos hombros, perdida en aquella calidez que la envolvía, y se le abrieron las piernas instintivamente, notando cómo brotaba cada vez más

humedad entre ellas. El placer entraba desde sus pechos, punzante, recorriendo todas sus terminaciones nerviosas, hasta reflejarse bajo su vientre. Si realmente su vagina había llegado a cerrarse después de años sin uso, habían sido necesarios únicamente unos minutos con ese hombre para que se le despegase de golpe.

El hombre se separó de su boca, y la miró con una sonrisa de satisfacción masculina al observar sus ojos nublados de deseo. Continuó dándole suaves besos en los labios, en el cuello, en los pechos, y siguió bajando hasta que ella sintió el íntimo calor de su aliento en su sexo. Y contuvo la respiración.

De pronto, él le abría las piernas al máximo, lo mismo que sus labios vaginales, y le pasaba la lengua por el interior hinchado y húmedo, arriba y abajo, hasta abarcar su clítoris entre los labios, que

lamió y chupó hasta dejarlo endurecido. Lucía apresó su espeso cabello entre sus manos, observando aquella erótica escena en la que ella era la protagonista de la fantasía erótica más alucinante: sexo oral con un desconocido.

Soberbio.

Mientras el placer la inundaba, caliente, denso, estremecedor, entrando en su sexo y desbordando por todos los poros de su piel, aquella lengua siguió lamiendo perversa hasta que su cuerpo se convulsionó, presa de un orgasmo ardiente que la hizo caer de espaldas a la cama mientras gemía y sollozaba.

Samuel depositó pequeños besos en su pubis y en su vientre para tranquilizarla.

—Lo siento —dijo ella posando el brazo sobre sus ojos—, no sabía que fuera a durar tan poco. Debo parecer tan necesitada...

Se sentía realmente mortificada, lamentando lo que ese hombre pudiese pensar de ella. Seguro que la tomaría por una treintañera desesperada, carente de sexo y de la cercanía de un hombre en los últimos años.

Claro que, eso era precisamente lo que era, aunque mientras estaba inmersa en su vida y en su rutina no hubiese llegado a reconocerlo.

—Tranquila, tú misma me lo has reconocido sin pudor, que ya hacía mucho tiempo, por eso he pensado en desahogarte un poco primero. Pero no te preocupes, que no hemos hecho más que

empezar.

—Por supuesto, tú también querrás tu parte.

Todavía estaba un poco aturdida y muy nerviosa, pero ya estaba metida de lleno en aquella locura, y pensaba llegar hasta el final. Aquel desconocido no había hecho otra cosa que tranquilizarla, darle seguridad y confianza, incluso ternura. Durante todas aquellas horas previas de incertidumbre y nervios, no había llegado ni a imaginar que le esperasen unas caricias rebosantes de suavidad y delicadeza y que a la vez la excitasen hasta sentir que la sangre le hervía.

Se incorporó en la cama e hizo que él se levantara para tenerlo de frente. Alzó la cabeza y contempló su atractivo rostro sonriente.

Dirigió sus manos a la cinturilla elástica de los calzoncillos, se los bajó, y en aquel momento pareció borrarle la sonrisa de su boca. La miró con los ojos aún más oscuros, si ello era posible, con las pupilas dilatadas y su pecho subiendo y bajando rápidamente. Lucía cogió su miembro entre sus dedos y lo acarició lentamente, arriba y abajo, como si experimentara con un objeto que no recordara exactamente cómo funcionaba. Lo acercó a sus mejillas y las acarició con él, reparando en cómo crecía cada vez más, percibiendo bajo sus dedos el relieve de las venas que surcaban aquella sedosa piel. Sopesó sus testículos, los acarició y, tras un ronco gemido de él, notó una pizca de humedad en su mejilla. Lo miró de nuevo, apretó un poco más, y una nueva gota transparente surgió del extremo.

Él también estaba excitado y eso le dio a Lucía la confianza suficiente para seguir adelante.

Pero Samuel le apartó las manos.

—Esta es tu noche. Relájate y disfrútala.

—Ya lo estoy haciendo.

Lucía estiró su brazo hacia atrás para coger la caja que ya había dejado previamente sobre la mesita y sacar un pequeño sobre plateado. Lo rasgó, sacó el preservativo y se lo colocó suavemente.

—Espero que esté bien colocado.

—Está perfecto —dijo él con la voz ronca.

—Pues entonces —Lucía inspiró, se relajó y procuró que no se notara demasiado que ella no solía hablar así—, quiero que me

folles ahora mismo.

—Será un verdadero placer.

Samuel situó a Lucía sobre la cama y acomodó su alto y fuerte cuerpo sobre ella. Comenzó a besarla de nuevo, esta vez de manera más febril, puesto que ella no dejaba de frotar sus pechos contra el vello masculino, al tiempo que abría las piernas y frotaba su sexo contra la longitud de su miembro.

Lucía parecía estar viendo la escena desde fuera de su cuerpo, nada menos que una mujer que se retorció desesperada sobre las sábanas de una cama desconocida, bajo el cuerpo de un hombre desconocido... Pero era su cuerpo, precisamente, el que se arqueaba desesperado, buscando ansioso un placer que los años y las

circunstancias llevaban demasiado tiempo negándole. Nunca había deseado que un hombre penetrara su cuerpo con tanta desesperación.

Con tan clara invitación, el hombre se apoyó sobre los codos para poder observar aquellos tempestuosos ojos grises mientras comenzaba a penetrarla. No quería hacerle daño, después de escucharla decir que llevaba años sin hacerlo, pero nada más tantear el camino con la redonda cabeza de su miembro, el resto se abrió paso sorprendentemente fácil, hasta quedar completamente incrustado en ella.

Lucía estuvo a punto de gritar en ese momento de puro placer. Su vagina, tanto tiempo inútil, se sentía ahora llena, colmada y viva.

Samuel comenzó a moverse poco a poco, mientras la miraba con sus ojos oscuros, y los suyos propios se oscurecían por el placer que se extendía por su vientre y amenazaba con liberarse, aunque él no pareciese tener demasiada prisa.

—Samuel —gimió Lucía—, no es necesario que vayas con cuidado. Quiero que sea más rápido, más fuerte.

Y él la obedeció. Bajando la cabeza para apresar un pezón entre sus dientes, comenzó a embestirla fuertemente, entrechocando sus pelvis en aquel encaje perfecto, y a Lucía aquella presión le estalló de lleno, mucho más fuerte que antes, mucho más intensa. Gritó como jamás lo había hecho, mientras miles de relámpagos de placer atravesaban su cuerpo, sintiendo poco a poco aquellos destellos

abandonar su cuerpo y dejarlo laxo, y de esa forma poder admirar a aquel hombre acompañarla poco después, observando su cuello tenso y surcado de tendones mientras emitía un grito ronco y se vaciaba totalmente, hasta caer desplomado a su lado.

Sus corazones latían fuertemente y sus cuerpos brillaban de resbaladizo sudor. Samuel se levantó para tirar el preservativo y volvió a situarse en la cama junto a Lucía. La colocó delante de él, con la espalda femenina pegada a su pecho. Los cubrió a ambos con la colcha, le echó el cabello hacia un lado y le dio un tierno beso en el hombro.

—¿Quieres dormir un poco? —le preguntó al oído en un susurro.

—Sí, por favor.

# Capítulo 3

Aquella no era su cama, ni su habitación, ni siquiera el cuerpo masculino que la abrazaba desde atrás era nada suyo.

Lucía abrió los ojos, que parpadearon por el efecto del sueño. Todavía debía ser de madrugada, puesto que a través de las cortinas entreabiertas de la ventana podía contemplar parte del oscuro cielo salpicado de estrellas.

Se encontraba un tanto extraña pero comfortable, sintiendo el

calor de unos brazos alrededor de sus pechos y el cosquilleo del vello de unas piernas junto a las suyas. Había olvidado hacía tiempo lo placentero que era dormir junto a un hombre, la sensación de protección y tibieza.

Como pudo, se desasíó de la pinza de aquellos brazos y se levantó de la cama. Se orientó perfectamente con la tenue luz del techo que se había quedado encendida y se dirigió al baño.

Al mirarse en el espejo, pudo comprobar que físicamente seguía siendo ella: el mismo rostro, el mismo cabello... Pero en realidad se sentía como si otra persona hubiese invadido su cuerpo. Un cuerpo que ahora era mucho más consciente de cada fibra y cada célula que formaba parte de él.

¿Ella había hecho aquello? ¿Acostarse con un desconocido?

¿Gritar de placer como jamás había hecho?

*Dónde estás, Lucía, y qué han hecho contigo...*

Salió del baño y se paró ante la imagen de la figura masculina que yacía en la cama de espaldas a ella. Era impresionante. Se acercó, traviesa, y echó hacia atrás la colcha para poder observar aquel maravilloso cuerpo: sus anchos hombros, su cintura estrecha, sus nalgas prietas y sus largas y musculosas piernas levemente separadas, por entre las que se vislumbraba la piel oscura de su escroto.

Era una fantasía hecha realidad y así debía de tomárselo. Cuando saliera de aquella habitación de hotel para no volver nunca más, volvería a ser Lucía la seria, la tímida, la sensata, incluso la borde.

Pero en ese momento era una mujer sensual, atrevida, insensata, porque aquello no era más que una fantasía, su propia fantasía. Sería como un sueño excitante que viviría y paladearía hasta que se viera obligada a despertar.

Si solo un par de días antes alguien le hubiese dicho lo que iba a hacer y dejarse hacer por un desconocido, le hubiese contestado que se había vuelto loco.

Tal vez era ella la que se había vuelto como una cabra. Pero una cabra feliz que se lo estaba pasando en grande.

Rodeó la cama y se volvió a tumbar en ella, esta vez frente a él. A menos de un palmo de distancia, se deleitó en admirar su rostro relajado. A ella siempre le había resultado más atrayente un hombre con el pelo corto y cuidado, pero aquel cabello alborotado, de

sedosos mechones revueltos, le parecía precioso. Estuvo tentada de introducir sus dedos entre aquellos brillantes mechones castaños que le caían por el cuello y la frente, pero no quería despertarlo. Aún no.

Volvió a sonreír al fijarse de nuevo en sus largas pestañas. Aquellos abanicos sobre sus mejillas eran un rasgo tan femenino, que resultaba incongruente en aquel rostro tan marcadamente masculino.

Quería tocar y no sabía por dónde empezar. Posó su mano sobre la piel caliente de su pecho, cuyo sedoso vello le cosquilleaba la palma, y donde notaba el latido de su corazón, lento y pausado. Le llamaron la atención sus oscuros pezones y comenzó a pasar sobre ellos la yema y la uña del dedo índice, suavemente.

Su sonrisa se ensanchó más al contemplar su miembro agrandarse súbitamente. Pasó también la yema del dedo pulgar por el glande, suave y húmedo, y al volver la vista a su rostro se quedó sin respiración. Aquellos grandes ojos oscuros la estaban mirando, muy abiertos.

—Hola —dijo Lucía sonriente.

—Hola —contestó él con su sensual sonrisa—. ¿Ya ha amanecido?

—No. —Ni siquiera habían intentado desviar la mirada y continuaban mirándose fijamente el uno al otro.

—¿Y qué estás haciendo? —preguntó el hombre.

—Tocarte un poco. ¿Puedo?

—¿No se suponía que eras tímida y vergonzosa?

—Sí, pero ahora mismo no soy yo. He decidido que esta es mi fantasía particular, y hasta que no salga por esa puerta pienso comportarme como si fuera un sueño, o sea, decir y hacer lo que me dé la gana.

—¿Y de qué tienes ganas ahora? —le dijo él con voz ronca.

—De que vuelvas a follarme —y dicho esto, le plantó ante su cara el pequeño sobre plateado, que él mismo rasgó para colocarse de nuevo su contenido.

—Y volverá a ser un placer. Aunque, ya que ahora eres osada y atrevida, esta vez me follarás tú.

Antes de que ella pudiese replicar, Samuel la colocó encima de él, comenzando a frotar los dos sexos, húmedos y palpitantes. Mientras ella se deleitaba en aquella fricción, él le chupaba los pezones y

amasaba sus pechos con deleite. Sin poder esperar más, con una necesidad acuciante de volver a sentirlo en su interior, Lucía se introdujo el miembro masculino en su cuerpo y comenzó a cabalgarlo, mientras él la guiaba y la ayudaba con las manos en sus caderas.

Ni hurgando en lo más recóndito de su mente, fue capaz de encontrar alguna ocasión en la que se hubiese sentido tan libre, tan osada y tan excitada como para subir y bajar de esa manera sobre un hombre, cerrando los ojos, echando su cabeza hacia atrás, gimiendo en voz alta y suplicando que no parase.

En unos instantes habían alcanzado los dos juntos un arrollador orgasmo que volvió a dejarlos exhaustos y sudorosos, pese al aire

acondicionado de la habitación.

Volvieron a quedarse dormidos de nuevo, cada uno en los brazos del otro.

...

Esta vez, el parpadeo de sus ojos sí que estaba provocado por los relucientes rayos de sol que entraban por la ventana. Las cortinas habían sido descorridas totalmente, dejando entrar a raudales la

prístina claridad de las primeras horas de la mañana. Sin terminar de abrir del todo sus párpados, Lucía observó a través de las pestañas. Samuel salía del baño con un blanco albornoz y su pelo húmedo y alborotado, y parecía dirigirse a ella.

Qué maravillosa visión a esa temprana hora del día. Cualquiera mujer podría acostumbrarse a tener esa imagen ante ella cada día...

*Lucía, no sigas por ahí...*

Él se sentó en el filo de la cama y le apartó dulcemente el cabello del rostro con sus dedos.

Lucía sonrió, abrió los ojos y se desperezó estirando sus brazos por encima de la cabeza, haciendo elevar sus pechos como si los ofreciera succulentos en una bandeja.

—Buenos días —le dijo al hombre que la miraba ávidamente.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido? —le preguntaba mientras pasaba el dorso de sus dedos por las puntas rosadas de sus pezones.

—Bien. Mejor que bien —cerró los ojos al sentir la excitante y a la vez tierna caricia—. Pero ahora —le apartó las manos y se tapó con la sábana— quisiera darme una ducha.

—Perfecto —Samuel se levantó de la cama—. Ahora mismo llamo al servicio de habitaciones para que nos suban un buen desayuno.

—Espera, espera, espera —Lucía se enrolló la sábana alrededor de su cuerpo y dio un salto de la cama—. ¿Desayuno? No, Samuel. Creo que ha llegado el momento de que me vaya.

—¿Por qué? ¿Qué importancia tiene un desayuno?

—Pues porque comer contigo significa charlar, comentar, y ya te dejé claro que no habría nada de eso. Únicamente lo que hemos hecho esta noche.

—María —se acercó a ella—, aún no son ni las siete de la mañana. No creo que un simple desayuno te comprometa más de la cuenta. Además, ¿no tienes hambre? —le dijo en tono pícaro.

Lucía suspiró. Le estaba dando la impresión de que ese hombre estaba retrasando lo inevitable y durante un segundo se estremeció. ¡A ella tampoco le apetecía irse! ¿Qué se creía? ¿Que acaso estaba acostumbrada a intimar así con un hombre para luego pegarse media vuelta y marcharse por donde había venido? ¿Así, sin más?

*Solo será un desayuno, nada más, no seas paranoica. Tal vez este*

*hombre está deseando marcharse y perderte de vista. Además, estás muerta de hambre.*

—Está bien —contestó Lucía con una sonrisa torcida—. Desayunaremos. Estoy hambrienta.

—Lo sabía —y le lanzó una de sus deslumbrantes sonrisas, que hacían que algo aleteara en el estómago de Lucía—. La ducha es toda tuya.

Lucía se preparó su albornoz y cerró tras de sí la puerta de cristal de la mampara. El agua tibia comenzó a caer sobre su cabeza y a resbalar sobre su cuerpo, ayudando a tonificar músculos y articulaciones que hacía siglos que no ejercitaba. Se echó gel sobre las manos y comenzó a extenderlo por su cuerpo, creando una suave

y blanca capa de espuma.

De pronto, unas manos que no eran las suyas, frotaban su cuerpo y ayudaban a extender aquellas burbujas sobre su piel.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó cuando notó el cuerpo masculino pegado al suyo.

—¿No sabes lo excitante que es compartir una ducha por la mañana? —le dijo mientras le frotaba los pechos con sus grandes manos.

Lucía primero quiso decirle que ella podía ducharse solita, pero cuando aquellas intrépidas manos se aventuraron por el territorio de sus pechos, ya no pudo responder. Jamás había sentido algo tan erótico como aquella fricción creada por la resbaladiza espuma del

jabón en su piel. Sus pezones estaban tensos y duros y comenzó a sentir la ardiente sensación de excitación que le era familiar desde hacía tan solo unas horas.

Y lo mejor estaba por llegar, cuando una de aquellas manos comenzó a deslizarse entre sus piernas. Sintió su vagina palpitar, mientras el hombre frotaba su vulva y encajaba su miembro entre sus glúteos para deslizarlo arriba y abajo, viéndose impulsada hacia delante sin otra salida que apoyar sus manos en la lisa pared de azulejos.

—¿Te gusta esto? —oyó que le preguntaba, aunque el agua no dejaba de caer sobre ellos y amortiguaba el sonido de sus palabras.

—Sí —pudo responder jadeante con su pecho oprimido contra la pared—, me gusta, me gusta mucho.

—Pues entonces te gustará esto.

Lucía, al borde del clímax, notó frustrada cómo aquella mano desaparecía de su sexo, pero al mismo tiempo, le levantaba una pierna para volver a sentirse llena una vez más. Su sexo resbaladizo acogió ávido aquel grueso miembro, que se deslizaba desde atrás, primero lentamente, y después en fuertes acometidas, que la impulsaban contra la lisa y húmeda superficie, ciñendo sus pezones contra la rígida pared. Cuando su cuerpo explotó, lo sintió estremecerse a él en su interior al mismo tiempo, hasta que notó cómo él se relajaba y la ayudaba a sostenerse de nuevo en la ducha.

—Necesitaba sentirte una vez más —le susurró al oído—. Iré a ver si ya han traído la comida.

Cuando se vio sola, de nuevo bajo la cascada de agua caliente, tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le doblaran las rodillas.

¿Qué acababa de ocurrir? ¿Cómo algo tan rápido, primitivo y elemental, podía llegar a ser tan íntimo y satisfactorio?

Supuso que, simplemente, el sexo se puede disfrutar en cualquier momento y en cualquier lugar, algo que ella, ni en sus primeros tiempos con Andrés había llegado a apreciar o experimentar. Solo hacía falta tener una pareja adecuada, con quien sentirse cómodo y compenetrado, libre y confiado.

Como ella se sentía con Samuel. Un desconocido...

Cuando volvió a la habitación, Samuel la esperaba sonriente junto a una mesa con un variado y colorido desayuno, con tostadas,

mantequilla, mermelada, pastelillos dulces, huevos, salchichas, zumo y café. Una escena tal vez demasiado cotidiana para dos personas que se acababan de conocer, aunque Lucía se concentró en saciar su sensación de hambre y no pensar en nada más.

—Como se suele decir, he pedido un poco de todo porque no sé tus preferencias.

—Gracias —y se acomodó frente a él.

A Lucía se le hacía la boca agua. No recordaba las horas que llevaba ya sin comer que, junto al ejercicio extra, la hacían sentir que podría comerse una tonelada de comida. De momento, se llevó a la boca un buen trago de zumo de naranja y comenzó a untarse una tostada con mantequilla.

—Tu pelo —dijo él señalando su cabello todavía húmedo— no es tan liso como pensaba.

—No, ayer lo llevaba planchado —decía sin levantar la vista del succulento desayuno.

—Natural también es muy bonito.

—Gracias —dijo ella algo descolocada. Ciertamente, su cabello natural era liso pero con unas ligeras ondas en las puntas.

—Y tus ojos son preciosos. Parecen dos rayos que se hubiesen quedado atrapados ahí dentro.

—Samuel, ¿qué te dije sobre conversar? Y encima diciéndome esas cosas...

—Lo siento. Me ha impactado verte a la luz del día. —Ella seguía comiendo intentando no prestar atención a unos halagos que hacía

demasiado tiempo que no escuchaba. Al menos sinceros o de boca de alguien que le interesara—. Realmente, estás hambrienta —dijo él volviendo a sonreír.

—La falta de costumbre de no ejercitarme —y le dedicó una mirada traviesa.

—Eso podría arreglarse —el hombre pareció dudar un segundo—. Podríamos repetir en otra ocasión.

Lucía dejó de masticar y soltó la tostada con mermelada que sujetaba entre los dedos.

—¿Cómo has dicho?

—Me gustaría volver a verte.

—No —dijo sin dudar, volviendo a dar otro sorbo a su zumo.

—Había pensado que, como hoy es el primer fin de semana del mes, volver de nuevo a encontrarnos aquí el primer sábado del mes que viene.

—No.

—María... —se exasperó al recordar que aquel no era su verdadero nombre—, joder, al menos dime tu nombre.

—No —volvió a repetir sin levantar la vista de su plato.

—¿Por qué no me dices tu nombre? ¿Por qué no quieres repetir? —alzó la voz exasperado—. ¿Ha habido algo que te haya molestado? ¿No he cubierto tus expectativas? ¿Esperabas otra cosa?

—Ya basta, Samuel.

—Antes de volver a dirigirte a mí podrías probar a preguntar mi nombre —dijo claramente irritado.

—Pero, ¿qué te ocurre? ¿No quedó ayer bastante claro?

—Sí, lo dejaste bastante clarito —se levantó bruscamente de la mesa y se puso a mirar por la ventana.

—¿Entonces? ¿Qué problema hay? Nos divertimos, me invitas a desayunar y cuando acabo me visto y me marcho, como acordamos. Sin más citas, sin las gilipolleces previas o posteriores a un poco de sexo.

—¿Y luego? ¿Qué harás cuando vuelvas a sentirte de bajón? ¿Te presentarás en una conferencia de físicos nucleares para follarte a cualquiera de sus miembros?

—Vete a la mierda. —Lucía se puso en pie, se dirigió a la silla donde colgaba su ropa y comenzó a vestirse con rápidos movimientos.

—Lo siento, perdona, no quería decir eso.

—¿Y a ti qué coño te importa lo que yo haga a partir de ahora? —

Gritó Lucía mientras terminaba de subirse el vestido y se calzaba sus zapatos—. ¿No fue lo que acordamos?

—No puedo remediarlo —dijo él apesadumbrado mientras se pasaba la manos por el rostro y el cabello—. No estoy acostumbrado a este tipo de... acuerdos.

—Para todo hay una primera vez. —Lucía cogió su bolso, el chal y se dirigió a la puerta.

—¡Espera! —La detuvo Samuel antes de que saliera de la habitación—. Yo estaré aquí el primer sábado del próximo mes. Estaré en el bar, donde nos encontramos ayer. Si decides cambiar de opinión.

—No lo haré —dijo ella sin mirarle.

—Bajo tus condiciones. Sin ningún tipo de compromiso u obligación. Sin explicar quiénes somos. Sin decirnos el nombre. Pero por favor —le susurró—, vuelve.

Lucía se desasíó de sus manos, abrió la puerta, y desapareció al fondo del corredor sin mirar atrás.

# Capítulo 4

En uno de los sillones de la elegante recepción, bajo la enorme cúpula transparente que la cubría, Lucía terminaba de enviar un mensaje a su amiga. Al obtener respuesta, guardó su móvil en el bolso y se dispuso a esperar cómodamente, con las piernas cruzadas, mientras no dejaba de observar el ajetreo de personas y empleados del hotel. Había bastante movimiento y no cesaba el constante fluir de idas y venidas, tanto de profesionales que parecían estar

relacionados con la conferencia médica, como de turistas que parecían poder permitirse el precio de una reserva en aquel lujoso hotel.

Una figura entre aquel tropel llamó su atención y se forzó a aguantar la risa. Su amiga entonaba perfectamente en aquel ambiente, con su bonito vestido azul, sus altos tacones —sobre los que parecía mantenerse precariamente en ese momento—, y su media melena rubia platino. Pero su pálida cara, donde parecían destacar sus labios de rojo carmín más que nunca, era un poema. No se había dignado ni a quitarse las gafas de sol. Suponía lo que debía molestarle la luz en los ojos a esas horas de la mañana después de una larga noche sin dormir.

—Hola, Lucía —dijo Maite inexpresiva—. Aunque vinimos en mi coche creo que es mejor que conduzcas tú a la vuelta.

En la puerta, ya les esperaba un empleado del hotel con el coche que, muy sonriente, les devolvió las llaves y las invitó a que volvieran por allí cuando desearan.

—¿Qué te ocurre, Maite? —Preguntó Lucía incorporándose ya al tráfico—. Cualquiera diría que eres tú la que no está acostumbrada a una noche de excesos. Mírame a mí. Como una rosa.

—Procura no hablar muy alto —contestó la aludida apoyando su cabeza en el cabezal del asiento—. Claro que estoy acostumbrada a alguna juerga que otra, pero con gente de mi edad, no con un *yogurín* de veintidós años que es capaz de absorber alcohol como

una esponja sin alterarse siquiera. Los treintañeros ya no podemos seguir ese ritmo.

—¿Veintidós años? Maite, siempre pensé que te gustaban experimentados.

—A veces no se debe hablar de lo que no se sabe —se giró hacia Lucía—. Raúl es un estudiante de Arquitectura que se paga la carrera trabajando de camarero o en lo que puede. No te puedes imaginar la energía que tiene un chico de esa edad. Tienen pilas alcalinas que duran y duran y duran... —las dos amigas rompieron a reír a carcajadas—. Dios, Lucía, ha sido alucinante. Tienes que probarlo. Te hace sentir más joven, incluso. Mejor que cualquier tratamiento de belleza, te lo aseguro.

—No, Maite —decía Lucía sin dejar de reír—, yo no podría con

un chico tan joven. Me moriría de vergüenza.

—¿Seguro? También te morías de vergüenza ayer por la noche y hoy te veo muy relajadita —Maite giró todo su cuerpo hacia su amiga—. ¡A qué esperas para contarme!

—¿Y qué quieres que te cuente?

—Pues, no sé... ¡cómo te fue con aquel tío tan bueno, por ejemplo!

—Oh, cállate, me voy a acabar ruborizando y sabes que no voy a darte detalles.

—Pero... serás... ¿Cómo que no? ¡Te recuerdo que la idea fue mía! ¡Agradéceme, al menos, tu gran noche con ese pedazo de hombre!

—Tendrás que conformarte con que te diga que... ¡fue

alucinante!

—Joder, no me extraña. En cuanto lo tuve delante estuve a punto de intentar ligármelo yo.

—No está mal —dijo Lucía como la que habla del paisaje—. Tampoco era tan guapo. —Diciendo aquella tontería, únicamente pretendía olvidarse para siempre de su hermoso rostro.

—A ver si nos ponemos al día, guapa. ¿No entiendes de hombres? Tu médico tenía un pedazo de polvo. Hacía tiempo que no me topaba con un tío con semejante físico, con un cuerpo de infarto y un rostro tan masculino. Por cierto, ¿era médico?

—Supongo, pero no lo sé.

—Así me gusta, directa al grano. ¿Cómo se llama?

—Tampoco lo sé. No quise que nos diésemos el nombre.

—Guau, chica, eso sí que es un polvo sin compromiso en toda regla. Y dime, ¿fue un caballero o más bien del tipo guarro?

—¿No vas a parar hasta saber algún escabroso detalle? La verdad, fue un caballero. Demasiado.

—¿Demasiado? ¿Y eso qué significa?

—Él... —Lucía dudó y después suspiró—, me ha pedido volver a verme.

—Vaya, una vez que sales y haces un pleno. ¿Detecto un leve indicio de incomodidad o indignación? De cabreo, vamos.

—Sí, Maite, exactamente. Estoy cabreada. Yo solo quería un rato de sexo, no una relación, tú lo sabes, y este hombre no ha dejado de demostrar que le gusto, que quería estar conmigo de una forma más convencional, y he tenido que dejarle las cosas claritas. —¿Por qué

se escuchaba a sí misma tan irritada?

—Así me gusta, cariño, que le dejes las cosas claras a un tío que ha cometido el disparate de sentirse atraído por ti. Si es que hay cada cabronazo por el mundo...

—Perdona, creí que eras tú la que estaba a favor de los polvos de una noche. ¿A qué viene ese sarcasmo?

—Dime la verdad, Lucía. ¿Hubieses preferido toparte con un tío que lo primero que te soltase fuera: “¡vamos, chúpamela, zorra!”? ¿O que se hubiese limitado a follarte mientras grita: “¡me corro, me corro!”? Porque eso es lo que te encuentras por ahí la mayoría de las veces.

—No, con él no ha sido así. Ha sido perfecto. —Lucía recordó los momentos apasionados vividos esa noche. Samuel había sido

sensual y erótico, pero generoso y comprensivo. Dulce, tierno, excitante... —. Pero sabes que aquí se acaba, Maite. Vuelvo a mi vida de mierda, como tú la llamas.

—¿Volverás a repetir? —Preguntó su amiga—. Me refiero con él o con quién sea.

—Con él no. De momento lo dejaremos así.

—Está bien. —Maite intentó distender de nuevo el ambiente y la conversación mirándola pícaramente—. ¿Cuántas veces han sido?

—¡Maite! —no pudo evitar volver a reír. Pero luego la miró traviesa—. ¡Cuatro!

—¡Me has ganado por uno!

...

—¡Mami, mami, mira! ¡He ganado a papá! ¡Este juego nuevo de la *Play* que me ha traído es una pasada!

—Así me gusta, cariño —Lucía abrazó cariñosamente a su hijo —. Tu padre no acaba de aceptar que su hijo de ocho años es demasiado inteligente para él.

—¡Eh! Dejad de poneros en mi contra. Ya tengo asumido que nunca más podré con el campeón de los videojuegos. —Andrés dejó a un lado el mando de la consola y se levantó del sofá. Tanto él como Lucía sabían que era muy importante para su hijo hacerle

saber que era muy inteligente, que sus problemas en el colegio eran propiciados por su hiperactividad, no por falta de inteligencia—. ¿Cómo te ha ido, Lucía? ¿Te has divertido?

Lucía se quedó sin palabras unos instantes mientras observaba a su marido colocarse la chaqueta.

—Sí, bien, como siempre.

—Pues ahora me toca a mí divertirme un rato. Ya sabes que no vendré a cenar, pero no te preocupes, estaré aquí mañana a primera hora para llevar a Adri al colegio.

—No te preocupes. Vete tranquilo.

Lucía sabía que su marido pasaría la noche en compañía femenina, pero, en vez de ignorar aquel hecho como el resto de las

veces, en aquel instante comprendió a Andrés un poco más. Miró su rostro sonriente y supo qué veían las mujeres en él. Tenía un rostro juvenil, resaltado por sus chispeantes ojos azules y su pícaro sonrisa, que le conferían un aire travieso. Seguro que tenía una gracia y un talento especial para caerles bien y acabar, por supuesto, llevándoselas a la cama.

Y supo, en ese preciso instante, que ya no lo odiaba por ello. Ella misma acababa de descubrir una maravillosa experiencia, y entendía, en cierto modo, que su marido buscara aquello que su propia mujer no le ofrecía.

—Andrés —se dirigió a él cuando se acercaba a la puerta—, un momento.

—Dime —le dijo él sonriente. Era realmente difícil verle enfadado o de mal humor.

—Yo, quería decirte que... lo siento. Siento mucho que lo nuestro no saliera bien.

—Yo también —Andrés le rozó la mejilla con la yema del dedo—. No sabes cuánto. —Y se marchó.

# Capítulo 5

Aquel lunes por la mañana, mientras atravesaba las puertas de las oficinas de *Smith&Benson Publicidad*, Lucía se sentía francamente bien. Bajo su brazo portaba una carpeta con varios bocetos y sugerencias para la campaña publicitaria en la que estaba trabajando. Rebosaba optimismo e incluso parecía apreciar su entorno de manera diferente. Normalmente se limitaba a caminar en dirección a su mesa, con la cabeza al frente y casi sin mirar a nadie.

Pero ese día sus sentidos parecían mucho más alerta. Saludó efusivamente al personal —lo que dio lugar a algunos cuchicheos— y entró directamente a la sala de reuniones, donde el resto de compañeros que trabajaban en la campaña también iban llegando poco a poco.

Lucía dejó sus carpetas sobre la mesa y miró a su alrededor por el rabillo del ojo. Entre los que iban llenando la sala estaba Diego, el director creativo y responsable de su departamento, con el que había salido en un par de ocasiones. Se fijó en él más detenidamente de lo que lo había hecho entonces. No estaba mal. Alto, cabello corto y oscuro, una cuidada barba, elegante, buen culo... No pudo reprimir una sonrisa. ¿Desde cuándo se fijaba ella en el culo de los tíos, y menos en el de su jefe?

—¿De qué te ríes? —le susurró Blanca, su compañera y única amiga en la empresa.

—De nada. Bueno sí —decidió dejar salir sus pensamientos. Ya era hora de no reprimirlos más, al menos con las personas de su confianza—, de que Diego tiene un buen culo.

—¡Lucía! ¿O eres una hermana gemela de la que nunca me ha hablado?

—No —rio—, soy yo. Solo que hoy vengo bastante más animada.

—Ya te veo, ya. Por cierto, ya que lo dices, yo también lo creo —le dijo pícara—. Lástima que sea un capullo, cabronazo, gilipollas... No sé cómo pudiste salir con él.

—No lo tengo muy claro. Supongo que no deja de parecerme un hombre interesante.

—A ver, señores redactores —se escuchó la voz grave del aludido—. Pueden comenzar a exponer sus ideas, y espero que esta vez sean merecedoras de mi tiempo. Han dispuesto de tres días para ello, así que, espero que me presenten algo más digno de esta empresa, algo que dé que hablar —dirigió sus ojos azules a Lucía—. Lucía, comienza tú. Supongo que no hace falta que te recuerde la importancia de esta cuenta, la pérdida de la cual podría suponer cortar algunas cabezas, por muy bonitas que sean.

—Por supuesto.

Lucía colocó varias fotografías y dibujos en el caballete y acompañó su explicación con la presentación reflejada en la pantalla que surgió al introducir su *pendrive*. Todos la escucharon atentamente, mientras asentían con sus cabezas, dando muestras de

aceptación e interés por sus interesantes ideas.

Había trabajado mucho en aquella campaña y estaba satisfecha con el resultado. Se trataba de una famosa marca de perfume que deseaba despojarse de su fama de “perfume de mujer mayor” y crear un producto que calara tanto en chicos como en chicas, jóvenes, modernos y universitarios.

Cuando terminó su exposición, Diego se pasaba las manos por la barba, como si de esa manera se obligara a no demostrar un entusiasmo que no emitiría ni aunque le tocaran varios millones en la lotería.

*¿Podrías exclamar un “buen trabajo, Lucía” por una vez en tu vida?*

—No está mal, Lucía —se limitó a decir—. Interesante.

Después de que el resto de compañeros redactores expusieran otras ideas, algunas más acertadas que otras, se dio por concluida la reunión y todos comenzaron a dirigirse a sus respectivos puestos de trabajo.

Aparte de los despachos de los jefes, directores y responsables, la mayoría de las mesas se encontraban en un mismo espacio, pero separadas entre sí por varias mamparas que creaban cierta independencia entre cada uno. Los puestos de Lucía y Blanca se encontraban uno junto al otro, lo que propiciaba un continuo intercambio de opiniones —entre otras cosas— y su buena relación como compañeras.

—Pueden volver a su trabajo, señores —dijo el director mientras el grupo se retiraba—. Lucía, tú no. He de hablar contigo un momento.

Lucía miró de reojo a Blanca y las dos se encogieron de hombros. No tenía ni la más remota idea de lo que querría hablar con ella en ese momento.

—Dígame —le dijo Lucía cuando hubo cerrado la puerta.

—Lucía, cuando estemos solos puedes tutearme —hablaba sin mirarla, sin dejar de ordenar y revisar unos papeles, lo que a Lucía le pareció de lo más arrogante por su parte. Como si pensase que ella estaría deseosa de obtener su permiso por tutearle—. En presencia de cualquiera de la empresa, no, por supuesto.

—No importa si hay alguien o no delante. Mientras estemos en el trabajo es usted el señor Mendoza, y lo trataré como tal.

—Como quieras. ¿Eso quiere decir que nos volveremos a ver fuera del trabajo?

—Me ha dicho que quería hablar conmigo. Tengo cosas que hacer —dijo ella eludiendo la pregunta.

—Sí, claro —el hombre parecía algo confuso. ¿Desde cuándo esa mujer se mostraba tan segura de sí misma con él?—. Quería felicitarte por tu propuesta. La presentaré a los de arriba, pero estoy seguro de que la aprobarán.

—Gracias. ¿Algo más?

—Sabes que seguimos ofreciéndote el ascenso que te comenté, pero no has contestado todavía.

—Mi respuesta sigue siendo no.

—¿Por qué? De momento pasarías a ser directora de arte, pero sería un mero trámite para acabar liderando tu propio departamento creativo, y sabes que ese puesto conlleva un aumento considerable de sueldo, mejor trabajo, mayor reconocimiento, tu propio despacho...

—Incompatibilidad familiar —fue su simple y llana explicación.

Diego Mendoza le había ofrecido aquel ascenso la primera vez que la invitó a cenar, y ya entonces declinó la oferta. Reconocía que era un puesto fantástico, donde demostraría su valía y su experiencia, pero que también implicaba un mayor número de horas fuera de casa, largos horarios, reuniones a horas intempestivas, y un largo etcétera que ella no estaba dispuesta a asumir en detrimento

del cuidado de su hijo. Ya era suficiente que hiciese una jornada más larga que su marido, al que le daba la oportunidad de pasar más horas con Adrián.

Por otro lado estaban las visitas a los especialistas. Esa misma tarde, en cuanto saliera de allí, tendría que conducir rápidamente para estar a la hora acordada en el psicólogo, donde le esperarían su hijo y su marido, y al día siguiente tenía entrevista con la tutora del colegio.

Su hijo había mejorado hasta el punto de considerar sus problemas superados, y no pensaba dejar de lado la satisfacción que eso le producía como madre para cambiarla por un ascenso laboral.

—Sé que la relación con tu marido no es buena, está en boca de todos, y tu hijo tiene ya ocho años. Así que no veo el problema.

—Mi relación con mi marido no le importa a usted ni a nadie en absoluto —Lucía tuvo que apretar los puños y clavarse las uñas en las palmas para reprimir su lengua y no insultarle en ese momento. Y el resto de la gente se podía ir directamente a freír espárragos.

—Está bien, perdona —dijo demostrando poca sinceridad en sus palabras—. Podríamos discutir lo del ascenso cenando el viernes por la noche.

—Se lo agradezco, pero no.

—Espero que cambies de opinión.

—No lo creo. ¿Algo más?

—No. Ya hablaremos.

Cuando Lucía desapareció por la puerta, Diego se quedó unos momentos pensativo. Algo había cambiado en esa mujer, y le

parecía un cambio para mejor. Se la veía más segura, más tranquila, incluso físicamente se apreciaba ese cambio, con una ropa más juvenil y su bonito cabello suelto.

Aunque seguía pareciéndole reservada y distante, intentaría de nuevo acercarse a ella y conseguir una cita.

Y esta vez iría un paso más allá.

...

Tras cuatro vueltas a la manzana, Lucía consiguió encontrar un

aparcamiento, toda una proeza a esas horas de la tarde en el centro del pueblo. Si como aparcamiento contaba estacionar en la zona azul, donde debía de pagar el ticket y además pasarse la hora mirando el reloj para no excederse en el tiempo y encontrarse a la vuelta el regalito de la multa en el parabrisas.

En la sala de espera del centro de psicología infantil ya la esperaban Andrés y Adrián.

—¡Hola, mami! —su hijo se lanzó a sus brazos y casi la hizo caer.

—Hola, cariño. Cuidado no me tires, que ya eres muy mayor. — Todavía quedaban retazos de una impulsividad que trataban de aplacar.

—Llegas tarde —le dijo Andrés mientras hojeaba una revista—.

He tenido que decirle a Eva que debíamos esperarte.

—Lo siento, pero en el trabajo me han entretenido un poco más de la cuenta, y había mucho tráfico...

—Adrián, ya puedes pasar —se oyó la voz de Eva, la psicóloga—. Más tarde les haré pasar a ustedes —dijo dirigiéndose a los padres del pequeño.

Después de que su hijo entrara en la consulta, Lucía se dispuso a hojear una de las revistas que se apilaban en una pequeña mesa junto a los cómodos sillones donde llevaba haciendo lo mismo durante incontables lunes por la tarde, los cuales habían disminuido hasta convertirse en visitas esporádicas.

—¿Mañana irás tú sola a la reunión con la tutora o prefieres que te acompañe? —le preguntó Andrés.

—Hemos de pedir permiso en el trabajo para salir, así que, de momento, creo que ya no es necesario que vayamos siempre los dos. Adri ha mejorado mucho.

—Yo también lo creo —Andrés le tomó la mano y se la apretó suavemente para compartir su optimismo—. Por cierto, recuerda que tenemos que acompañarle para leer aquel cuento que nos recomendaron y hemos de seguir con los ejercicios cada tarde. ¡Ah!, ¿recordaste pedir hora para la revisión del coche? Esta semana tengo mucho lío.

—Sí, sí, vale, no me agobies más. —Lucía sabía de antemano que el “tenemos que” significaba realmente que le tocaba hacerlo a ella

— Yo también tengo bastante lío con el trabajo, la casa, el niño y acordarme de todo, ya que tú te crees que soy una agenda viviente.

—¿No sigue viniendo aquella señora para las tareas de la casa?

—Sí, pero sigo teniendo demasiadas cosas en la cabeza, Andrés.

—No sé qué más necesitas, si te ayudan con la casa y yo me encargo de llevar y recoger al niño del colegio.

—Pero tienes muchas horas para ti solo.

—¿Qué necesitas? ¿Unas vacaciones? Pues bienvenida al club — dijo sarcástico.

—Ya basta, no creo que este sea el momento de discutir.

—Yo nunca discuto. Tú eres la que siempre se está quejando.

—Déjalo, Andrés.

—Sí, será lo mejor.

Al día siguiente a la misma hora, Lucía ya corría por el pasillo del colegio donde se ubicaba el aula de su hijo. Como siempre, el trabajo y el tráfico eran los que mandaban, obligándola a correr más de la cuenta, a dejar el coche de cualquier manera o a tener que justificarse siempre por su retraso.

—Lo siento, Mónica —se disculpó ante la tutora que se encontraba en el aula repasando algunos trabajos de sus alumnos—, me ha sido imposible venir antes.

—Tranquila, Lucía. Sé lo atareada que estás y he aprovechado el tiempo mientras te esperaba. Tranquilízate, sabes que hemos hablado muchas veces de que empleas demasiado tiempo y energías en los tuyos. Procura darte un respiro de vez en cuando. Te lo digo como educadora, como madre y como mujer.

—Lo sé, lo sé, pero lo primero es lo primero.

—Está bien. De todas formas ya hemos hablado en las últimas ocasiones que todo va fenomenal. Adrián ha progresado mucho, tanto en el ámbito del aprendizaje como en el de las relaciones sociales. Tiene muchos amigos y cada vez comparte más sus cosas —comenzó a extraer folios y cuartillas de una carpeta—. Mira, te explico. Este trimestre hemos comenzado en matemáticas con los números de tres cifras y lo lleva bastante bien, aunque tendríais que ayudarle en casa con el tema de los euros y los céntimos. En ciencias sociales estamos estudiando el universo y en ciencias naturales el cuerpo humano —la educadora colocó sobre la mesa varios dibujos—. Observa qué maravillosos dibujos ha realizado de los planetas, y qué bien define los rasgos faciales en los dibujos de

las personas.

Lucía admiró aquellas pequeñas obras de arte y se sintió realmente orgullosa. Tal vez su hijo desarrollara más una vena artística que intelectual, y no le importaba en absoluto. Solo deseaba que su hijo tuviera un buen futuro y fuese feliz.

—Recuerda, de todos modos, seguir con los ejercicios que os aconseja Eva, para intentar tranquilizarle un poco. Yo sigo teniéndole en primera fila, para no perderle de vista y controlar su constante actividad y su parloteo para que no distraiga al resto. Por lo demás, todo va estupendamente. Relájate y date un homenaje. Pasa un fin de semana en un balneario o algo por el estilo, ¿de acuerdo? Y ya nos veremos más adelante.

—Gracias, Mónica.

Esa noche, ya en su cama, Lucía no podía dormir. El ajetreo del día le pasaba factura. No quería volver a pedirle a su doctora que le recetara pastillas para dormir, pero la infusión relajante de hierbas que se tomaba antes de acostarse no era suficiente. Después de dar vueltas y más vueltas, consiguió quedarse dormida, pero adentrándose en un estado de sueños convulsos, donde unos grandes ojos oscuros la acechaban, y ella corría y corría para acercarse a ellos, pero nunca los alcanzaba.

Cuando despertó —mucho antes de sonar el despertador—, Lucía sudaba copiosamente y su corazón latía desaforado. Giró la cabeza hacia el tenue resplandor que entraba por las rendijas de las persianas y cerró los ojos. Por mucho que se lo negara a sí misma,

todas las noches soñaba con la misma persona. La que la había hecho sentir viva durante los más maravillosos momentos que ella recordaba haber vivido en mucho tiempo.

...

—Lucía, acabas de meter la tostada en el microondas. ¿Qué será lo siguiente, colocar la taza de leche en el tostador?

—No me hagas caso, Maite, estoy un poco despistada.

—¿Despistada? ¡No! ¿Por qué lo dices? ¿Por qué llevas un ojo

pintado y el otro no? ¿O porque las tostadas llevan rato quemándose y no te has dado ni cuenta?

—Vale —Lucía se dejó caer en una de las sillas de la cocina—, estoy fatal. Llevo días sin dormir bien y ya sabes que si no duermo mis ocho horas no soy persona.

—Ya, falta de sueño. Y de algo más.

—Maite... —gimió Lucía con cansancio.

—Luego hablamos —susurró Maite.

—¿Qué ocurre aquí? —Preguntó Andrés al aparecer en la cocina—. ¿Qué son esos cuchicheos?

—Y a ti qué te importa —le contestó Maite—. Tú ya tienes tus propios problemas, como por ejemplo, cómo ligarte a la nueva secretaria.

—¿Para qué le cuentas nuestras cosas a esta pesada? —gruñó

Andrés a Lucía.

—Porque somos amigas —contestó de nuevo Maite—. Y porque le da la gana.

—A ver si encuentras un tío que te satisfaga, que cada día estás más amargada.

—Y tú a ver si encuentras una tía que te ofrezca su casa además de su cama, y dejas así de incordiar.

—¿Te ofreces voluntaria? —preguntó Andrés con sorna.

—Antes me ofrezco voluntaria para paliar la deforestación en el Tíbet.

—Mi hijo está a punto de venir a desayunar —cortó Lucía—. Así que hacer el favor de dejar de discutir.

—¡Mami! ¿Te acordaste de pagar la excursión? —entró gritando el niño.

—Claro que sí, como de todo lo demás —y miró a su marido de forma elocuente.

—Vamos a ir a un parque en una montaña —comenzó el parloteo incesante del pequeño—, donde nos tiraremos con tirolinas, y nos subiremos a los árboles y haremos cabañas...

—Suenas muy divertido, cariño. Ahora termínate la leche que se te va a hacer tarde.

—Nos vamos, Lucía —le dijo su marido—. Acuérdate de lo que hablamos.

—De acuerdo, hasta luego —y cerró la puerta tras ellos.

—Ahora que por fin estamos solas y —se miró el reloj— vamos

bien de tiempo, tengo algunas cosillas que comentarte.

—Te estoy viendo venir, Maite —decía Lucía mientras terminaba de recoger y de arreglarse.

—Antes de nada te haré una pregunta y quiero que seas sincera, ¿de acuerdo?

—Dispara.

—¿Has pensado alguna vez, durante estas semanas, en tu amante desconocido?

—Maite —Lucía sonó claramente irritada—, no quiero hablar de eso.

—¿Por qué no? —Decía Maite mientras correteaba detrás de su amiga—. No me niegues que te sentó de fábula. Tu vida es un continuo estrés y un cúmulo de obligaciones que te has ido echando

a la espalda. Pasar otra noche con aquel hombre solo puede reportarte beneficios.

—Maite —dijo Lucía de nuevo bajando ya en el ascensor—, sé lo que vas a decirme y la respuesta es no. No voy a ir a ese hotel y no voy a volver a ver a ese hombre. Fin del asunto.

—Está bien —dijo Maite elevando los brazos y poniendo los ojos en blanco—. Lo he intentado, así que tendré que ceñirme al plan B.

—¿Plan B?

—Exactamente. Para nuestro próximo fin de semana de chicas he quedado con un hombre que traerá un amigo.

—No me líes, Maite.

—Sí, lo sé, lo sé, no ha sido muy original por mi parte.

—No me refiero a eso y lo sabes. —Lucía conducía ya a través

del tráfico—. Siempre hemos pasado esos días juntas y sin hombres.  
¡Quién los necesita!

—¿Qué pasó, Lucía? —Le preguntó su amiga un poco más seria—. ¿Por qué esa obstinación en no repetir con él? ¿Algo no te gustó o hay algún detalle que no me hayas contado?

—Hasta mañana, Maite —le dijo su amiga cuando llegaron a la bifurcación.

—¡Eres una cabezota! —se oyó gritar a lo lejos.

...

Pero ahí estaba Lucía, el viernes por la noche, en un bonito y acogedor restaurante, en compañía de su amiga y de dos desconocidos. A base de sus dotes de persuasión —llamarla a todas horas, enviarle mensajes, correos, y perseguirla cada mañana mientras le llenaba la cabeza de consejos prácticos antiestrés—, su amiga había acabado convenciéndola para que saliera con un hombre —otra vez—. No era la primera vez que le concertaba una cita a ciegas, aunque sí la primera que Maite la acompañaba, y eso era lo que había acabado por convencerla, saberse respaldada si le entraban ganas de salir corriendo.

*¿Y por qué no?, pensó. Hablar con otros hombres me hará ver más allá.*

Maite había quedado con un compañero de trabajo y este se había traído a un amigo. Los dos eran informáticos y tendrían solo unos años más que ellas. Observó con disimulo al acompañante de su amiga. No estaba mal. Ojos verdes, cabello rubio muy corto y no demasiado alto, pero parecía simpático y la hacía reír constantemente. En cuanto al amigo... no sabría qué decir. Bastante común. En realidad, no la atraía en absoluto. El hombre puso todo su empeño en darle conversación, pero ella parecía estar en otra parte.

*En el bar de un bonito hotel, con suave música y luces atenuadas. Teniendo ante ella unos profundos ojos oscuros que la miraban intensamente. Y el recuerdo de una sonrisa que le producía suaves olas en su vientre...*

—Lucía —la despertó de su ensoñación la voz de su amiga—, ¿has escuchado lo que te hemos preguntado?

—Perdón —se removió inquieta en la silla—. Es viernes y estoy cansada —era verdad, en parte.

—Estábamos pensando en ir a tomar la última a mi casa.

*Ni hablar.*

—¿Me acompañas al baño un momento? —le dijo Lucía entre dientes.

—¿Qué sucede? —le preguntó Maite mientras se retocaba los labios frente al gran espejo con su habitual carmín rojo.

—No voy a ir a tu casa y no voy a acostarme con ese tío.

—¿Por qué? Está bastante bien. Y no te preocupes por que quiera

algo más serio. Se acaba de divorciar y solo quiere echar un polvo. Le gustas. ¿Qué más quieres?

—Él a mí no me gusta.

—¿Y tu amante desconocido sí? —le preguntó con una media sonrisa.

—No sé qué me sucede, Maite —Lucía parecía apesadumbrada—. No he dejado de pensar en él, pero al mismo tiempo trato de arrancarme yo misma esos pensamientos. No quiero vínculos, no quiero una relación, no quiero ser la amante misteriosa de nadie. Pero su imagen y su voz parecen perseguirme. No sé qué voy a hacer.

—Sabía que cuando te vieras en una situación como la que he provocado esta noche acabarías confesando algo así —dijo Maite

indulgente—. Te conozco, cariño, y sé que tu desconocido dejó huella en ti.

—Pero no iré, y tampoco voy a ir a tu casa esta noche con tus amigos.

—Está bien, no te preocupes. Ahora mismo les pongo una excusa y nos vamos tú y yo solitas a casa, como el resto de las veces.

—Siento haber agitado tu noche de sexo —se lamentó Lucía.

—No pasa nada. Nuestros *findes* nunca habían incluido a tíos. Procuraré quedar con él para la semana que viene, pero si no le interesa, que le den. Mañana sábado nos vamos a ir tú y yo de compras y lo pasaremos genial.

—Gracias, Maite, por tu comprensión, como siempre.

Ya en casa de su amiga, durante la noche, Lucía volvió a dar

vueltas en la cama, y volvió a tener los mismos sueños convulsos. Sueños con eróticas imágenes, de cuerpos desnudos, susurros y palabras excitantes.

Al despertar en medio de la oscuridad, notó su piel caliente y sensible, excitándola el mismo roce de las sábanas, que las sentía húmedas sobre su cuerpo frustrado e insatisfecho.

Le habían dado a probar un trocito de paraíso, y ahora sería muy difícil renunciar a volver a probarlo. Aunque solo fuera un pequeño pedacito más.

...

—Buenos días, Lucía —saludó Maite mientras preparaba la cafetera—. Tienes una pinta horrible.

—Lo imagino —contestó con la cabeza apoyada en las manos. Dejaba caer los codos en la mesa de la cocina, y su cabello revuelto le rodeaba el ojeroso rostro—. Ya te dije que duermo poco.

—Pues tómate un café y espabila, que nos vamos de compras.

Pasaron la mañana y parte de la tarde paseando por las calles peatonales del casco antiguo de Granollers, repletas de tiendas de todas las marcas, de ropa, de calzado, de perfumes. Ya sea invierno o verano, llueva o haga frío, el gentío abarrota esas calles y esos comercios, ocupa las mesas y las terrazas de bares y cafeterías, y siempre parece sentir que es día de fiesta en ese pueblo.

En un impulso, Lucía compró varias cosas, sobre todo bonita y picante ropa interior, mientras su amiga cargaba con maquillaje, perfume y un carísimo bolso que llevaba mucho tiempo deseando comprar.

—¿En qué pensabas cuando comprabas esa lencería que cualquier hombre encontraría irresistible? ¿O debo decir “en quién”? — preguntó Maite a su amiga cuando soltaron todos los paquetes sobre el sofá del salón.

—No sé —Lucía rozaba suavemente con sus dedos aquel encaje que se imaginó puesto en su cuerpo mientras unos ávidos ojos la devoraban con la mirada.

—Todavía estás a tiempo —le dijo Maite comprensiva—. Él estará allí, ahora mismo, esperándote.

—Pero no quiero ir, no debo ir. —Lucía comenzaba a tener serias dudas.

—¿Por qué no, cariño? Vuelve a encontrarte con él, disfruta una vez más.

—Él me hizo sentir cosas que no había sentido nunca —le dijo soñadora—. Volví a sentirme deseada, y volví a sentir deseo. Y sigo deseándole cada noche. Joder, parezco una adicta al sexo. —Más bien adicta a Samuel, pensó.

—¡Nada de adicta al sexo! Lo que te ocurre es lo más normal del mundo, el impulso sexual de cualquier ser humano con sangre en las venas. No puede ser sano llevar tanto tiempo sin darte un gusto. Ya te dije que el sexo es algo más que mero placer. ¿Te ayudo a arreglarte? —le dijo Maite para terminar de convencerla.

—Tal vez sea un poco tarde.

—Tengo experiencia en citas repentinas. Yo misma soy capaz de arreglarme en tiempo récord.

—¿Y tú? ¿Qué harás esta tarde? Después de estropear tu cita...

—No te preocupes por mí, tengo mis recursos, pero esta noche ya no vas a necesitarme. Vamos, ponte guapa, ve a ese hotel, y sé feliz por unas horas.

# Capítulo 6

Sentado en un taburete, apoyando un solo brazo sobre la barra del bar, un hombre esperaba, mientras daba vueltas a su vaso y contemplaba ensimismado su traslúcido contenido.

Llevaba demasiado tiempo esperando, a alguien que ya sabía que no vendría, y no pudo reprimir un leve suspiro de resignación.

Dos horas más treinta días de espera. Treinta días durante los cuales le había sido imposible desprenderse del incisivo recuerdo de

unos ojos grises, del color de un rayo de tormenta, brillantes, pero con un deje de tristeza. Y él se había propuesto indagar en aquellos ojos hasta encontrar la raíz de aquella melancolía que los inundaba, para arrancarla, y dejar crecer la semilla de la alegría que estaba ahí pero que no la dejaban arraigar ni crecer.

Deseos vanos.

Vació en su garganta el último trago de su copa y se giró hacia la puerta.

Y entonces la vio.

Sin moverse de su asiento, contempló absorto aquella imagen y se embebió de ella, todavía más hermosa de lo que recordaba. Algo se le removió por dentro cuando observó su largo cabello del color de la miel, acabado en suaves ondas que rozaban su espalda, en su

estado natural. Llevaba un vestido negro, hasta las rodillas, atado al cuello, y que se amoldaba a la perfección a su estilizado cuerpo, resaltado por los altos y finos tacones.

Se miraron y se dijeron muchas cosas en silencio.

Lucía atravesó el vestíbulo con pasos acelerados, haciendo resonar los tacones de sus zapatos sobre las brillantes baldosas. Tenía la impresión de haber estado en ese lugar solo unas horas antes, como si su vida se dividiese en dos vidas, la real y la creada en su imaginación.

Ahora mismo estaba inmersa en su fantasía, rodeada de nuevo por

aquellas tenues luces y la suave música, pero al mismo tiempo, con el desasosiego de saber que llegaba tarde y que, probablemente, el protagonista de aquella quimera tal vez acabara de marcharse cansado de esperar. O tal vez, ni siquiera se hubiese presentado.

Frenó sus pies en seco. Ahí estaba, donde lo vio por primera vez, sentado en la barra, envuelto en sombras. Y ahora sin la incertidumbre de saber cómo sería, pues su rostro la había perseguido en sueños durante treinta noches eternas.

Esta vez vestía un traje oscuro y una camisa blanca, sin corbata, que hacía resaltar el color de su cabello y de su piel. Le pareció el hombre más seductor que hubiese visto en su vida.

¿Cómo pudo pensar que no era guapo?

Cuando la miró con sus grandes ojos oscuros, Lucía sintió que le

flaqueaban las rodillas. Aquella mirada parecía atravesarla, acariciarla, devorarla, y ella pretendía dejarse hacer todo aquello y más.

Se acercó a él hasta que pudo notar su calor y se dejó envolver por su masculino aroma.

—Has venido —le dijo él con su voz grave, que parecía encerrar una emoción contenida. Cogió la mano de la mujer y se la llevó a los labios para besar su palma, sin dejar de observarla bajo sus largas pestañas.

—Tú también. —Lucía sintió una aguja de placer clavarse en su mano, extendiéndose por su espalda y bajando hasta los dedos de los pies.

—Te dije que vendría. Fuiste tú la que dijiste que no lo harías.

—Lo sé, pero, aunque un poco tarde, aquí estoy.

—¿Algo te ha hecho cambiar en el último momento?

—Sí. Recordar que esto no es real, que es un mundo que yo me he creado. El lugar, la situación, ni siquiera tú eres real.

—Yo diría que sí lo soy.

—No, para mí eres Samuel, y Samuel no existe, lo mismo que María.

—Como quieras, aunque yo creo que esto es bastante real —le echó hacia atrás un mechón de cabello y sus dedos siguieron el camino desde su hombro hasta el centro de su espalda—. ¿Deseas tomar una copa?

—No, te deseo a ti. —Nada más decir esas palabras, observó cómo a él se le dilataban las pupilas y el pecho al respirar, como si

pudiese apreciar el olor de su excitación.

—Entonces vamos arriba.

Le posó la mano en la parte baja de su espalda y se dirigieron al ascensor. Esta vez no había nadie esperando, y en cuanto se cerraron las puertas tras ellos, Samuel enredó sus manos en aquella sedosa melena y su boca se abatió sobre la de Lucía con la fuerza del deseo contenido durante tanto tiempo.

Lucía dejó que aquella fuerza la arrastrara, deseosa como estaba de sentir aquella boca en la suya, su lengua caliente, sus labios húmedos. Su corazón volvía a latir, su piel volvía a bullir y su cuerpo volvía a vibrar.

Cuando las puertas se abrieron, Samuel tiró de ella bruscamente, todavía sin resuello, hasta detenerse frente a la puerta de la

habitación y abrirla con rápidos movimientos.

Sin encender la luz, con la única claridad de las luces de la ciudad que entraban por la ventana, apoyó a Lucía contra la pared y volvió a abalanzarse sobre ella, para seguir besándola, en la boca, en el cuello, en los hombros, utilizando los labios y los dientes, poseído por la pasión acumulada durante tantos días y largas noches.

Lucía volvió a dejarse llevar por aquel deseo mutuo. Los besos de Samuel parecían quemarle la piel, sintiendo su boca bajar por entre sus pechos mientras le desataba el lazo del vestido y este caía al suelo en un oscuro charco.

Emitió una risa ronca cuando Samuel la despojaba de un tirón de su bonita ropa interior, sin pararse a apreciarla, dejándole puestas únicamente las medias con las ligas y los zapatos. Gimió al sentir

cómo él asía sus pezones para pellizcarlos suavemente y tirar de ellos, para pasar después a llevarse uno a la boca y chuparlo con fuerza, mientras sus dedos tanteaban su sexo húmedo para comenzar a abrirlo y prepararlo.

—¿Quieres que te folle, María?

—Sí, por favor —suplicó.

Afortunadamente, Lucía sintió la fresca pared en su espalda para dejarse caer en ella, mientras Samuel se desabrochaba los pantalones, se colocaba el preservativo, y la alzaba del suelo con suma facilidad, haciendo que le abrazara la cintura con las piernas. Sin previo aviso, la penetró de un golpe, y Lucía se sintió llena y abierta completamente, mientras subía y bajaba sobre su miembro,

apoyando las manos en sus hombros. Era una sensación extrañamente erótica, sentir contra su cuerpo desnudo el roce de la tela de su traje. Aquella fricción proporcionaba un sorprendente placer en cada centímetro de su piel. Gimiendo intensamente, introdujo sus dedos en los mechones de cabello del hombre y hundió los dientes en su cuello.

—No he dejado de pensar en esto día y noche —susurraba el hombre intensamente, exhalando su aliento en el oído de Lucía, deslizando su miembro arriba y abajo, con fuerza, en el interior del cuerpo femenino, sujetándola por las nalgas.

—Yo tampoco —Lucía ya no pudo seguir hablando. Se arqueó y gritó, presa de un orgasmo que se extendió por todo su cuerpo en profundas oleadas, mientras escuchaba al mismo tiempo el grito

ronco de su amante.

—Lo siento —jadeaba Samuel deslizando el cuerpo de Lucía hacia el suelo—. Esta vez he sido yo el que necesitaba desahogarme primero de forma rápida, sobre todo para poder hacerte durante la noche lo que tengo en mente.

—No has de disculparte. Yo no me he quejado.

—Me alegra que te haya gustado. —Él la miró a los ojos y emitió una de sus hermosas sonrisas, que tenían el poder de paralizar por un instante el corazón de Lucía.

—Yo también tenía algunas cosas en mente. —Lucía comenzó a tirar de las prendas, despojando a Samuel de toda su ropa, y poder volver a admirar su impresionante cuerpo desnudo.

Esta vez se deleitó en tocar aparte de mirar. La primera vez había

estado demasiado nerviosa y, aunque en esta ocasión seguía con el corazón acelerado, volvía a sentir aquella conexión especial que parecía unirles de alguna forma, y que trascendía más allá del sentido físico.

Pasó sus manos por el ancho pecho, mientras se inclinaba para pasar la lengua por los oscuros pezones rodeados del suave y enortijado vello oscuro. Lo sintió estremecerse con la simple caricia, al tiempo que él la acercaba a su cuerpo tomándola por la cintura. Lucía se estremeció al notar en su vientre la dureza de su miembro y la agradable aspereza del vello crespo de su ingle. Todo en él resultaba tan masculino, que con solo inhalar su aroma especiado hacía que le diera vueltas la cabeza. Cuando aferró su pene enhiesto y extendió sobre su glande la humedad que volvía a

brotar del pequeño orificio, Samuel casi rugió de placer, alzándola en brazos mientras la besaba de nuevo devorando sus labios, en un estado de extrema necesidad que parecía aturdirle.

Cayeron los dos sobre la cama y Lucía volvió a sentir su piel ávida de las caricias que solo ese hombre le prodigaba, mientras él lamía y besaba todo su cuerpo. Se demoró en sus pechos, hasta que ella sintió que le quemaban los pezones, y siguió bajando por su estómago, besando sus muslos mientras deslizaba las medias y se las quitaba, hasta besarle el empeine después de sacarle los zapatos. Le sonrió travieso cuando se introdujo en la boca el dedo gordo del pie y ella lo observó hipnotizada, pensando que nunca hubiese imaginado tanto erotismo en algo aparentemente tan inocente.

De pronto, él se colocó sentado ante el cabecero de la cama y la

situó a horcajadas sobre sus piernas. Lucía notaba ya la redonda cabeza del grueso miembro tantear la entrada a su cuerpo, pero sin intentar penetrarla. Samuel la retiraba, apresándola de la cintura, provocando la frustración en ella, que se sentía de nuevo febril y excitada, muy excitada.

—¿Quieres que te lo chupe? —le preguntó él mirándola desde abajo.

—Sí —gimió—. Sí. —No intentó disimular ni ser la tímida mujer que era normalmente. Quería sentir su boca precisamente ahí. Lo deseaba con locura.

—Échate hacia delante y baja hasta mi boca.

Lucía se aferró al suave terciopelo del cabecero de la cama y se

situó donde él le ordenaba. Al instante, sintió su lengua deslizarse por toda la longitud de su sexo, caliente y húmeda, mientras ella clavaba las uñas en el cabecero y bajaba la vista para contemplar los ojos de Samuel, que la miraban mientras lamía con fruición. Aquella visión la volvió loca de lujuria, y su cuerpo tembló de sublime placer cuando él introdujo la lengua en su vagina. Comenzó entonces a mover las caderas hacia delante y hacia atrás, experimentando un placer insoportable cuando él siguió lamiendo con la lengua, los labios y los dientes, hasta que explotó en un increíble orgasmo que la impulsó a lo más alto, sintiendo la quemazón de las lágrimas tras sus párpados. Samuel siguió bebiendo de ella, mientras la sujetaba por los glúteos, hasta succionar todos los fluidos de su excitación.

Lucía cayó laxa sobre el pecho del hombre, con su errático corazón golpeando contra sus costillas, sintiendo cómo él la calmaba acariciándole la espalda y besándola con ternura en la frente y en el pelo.

Un poco más tarde, Lucía yacía exangüe sobre el cuerpo fuerte de su amante, sintiendo cosquillear el vello de su pecho en la mejilla.

—Dime tu nombre —escuchó que le decía.

—No —contestó ella.

—¿Por qué?

—Te lo dije nada más llegar —Lucía se incorporó y apoyó la barbilla en su torso mientras jugueteaba con los remolinos de vello oscuro—. Esto no es real. Si lo fuese, yo no estaría aquí, diciendo lo

que digo o haciendo lo que hago. Esta mujer que tienes ahora mismo sobre ti, no soy yo, es María, una ilusión que yo he creado para ti. Nada más.

—Supongo que es normal que quiera saber algo más de ti, no lo puedo evitar. El ser humano es curioso por naturaleza.

—Dijiste que aceptabas mis condiciones, sin vínculos, sin preguntas.

—Sí, lo siento, perdona —el hombre se pasó una mano por el rostro—. Me chocan las diferencias que a veces observo en ti. Lo mismo me pareces tímida que una experta seductora.

—¿Y a ti cuál te gusta más? —preguntó Lucía juguetona, mientras bajaba la mano por su estómago y más abajo.

—Creo que eres una mezcla de las dos, pero que conmigo dejas

salir a la seductora que sueles llevar oculta.

—¿Y eso te disgusta? —Lucía siguió con aquel diálogo como si fuese un juego, ignorando la verdad que encerraban aquellas palabras.

Por supuesto que ella era tímida. Por supuesto que solo con él dejaba salir a la seductora que llevaba dentro y que ni siquiera sabía que existía. Porque Lucía jamás se atrevería a hacer aquellas cosas con nadie, y menos con un desconocido.

Pero no hablaría de ello con él. Él era Samuel, un desconocido que únicamente servía para obtener placer, no para hablar de sus inquietudes o sus deseos ocultos. Una fantasía erótica y nada más.

—No. Me encanta esa combinación —el hombre exhaló un

gemido ahogado cuando contempló a la mujer bajando por su cuerpo y deteniéndose frente a su hinchada erección.

—Creo que hay algo por aquí que reclama atención. —Lucía decidió terminar de hablar y dar paso a la acción. Pasó la yema del dedo a todo lo largo de aquel grueso y largo miembro, y a continuación imitó el movimiento con la punta de su lengua.

—Sí —gimió él. Solo con imaginar a María introduciéndose en la boca aquella parte de su cuerpo, ya comenzó a derramar las primeras gotas de líquido seminal.

—¿Quieres que te la chupe? —preguntó divertida utilizando las mismas palabras que él le había dicho a ella.

—Oh, Dios, sí... —el hombre la miró perplejo cuando contempló cómo ella se acomodaba sobre la cama y lo colocaba a él encima—.

¿María...?

—Quiero hacértelo como tú a mí. Quiero que disfrutes como lo he hecho yo, devolverte el enorme placer que has provocado en mí. Y ahora, arrodíllate y apoya las manos en el cabecero.

Lucía se incorporó ligeramente con las almohadas tras su espalda y atrajo hacia ella a Samuel, cuyas manos ya aferraban el suave tejido de la pared y cuyo miembro apuntaba directamente a su boca. Jamás lo había hecho así, en esa postura, pero en aquel momento deseaba hacerlo más que cualquier otra cosa. Deseaba ver a ese hombre excitado por ella, descontrolado y tenso por el placer que ella le proporcionara.

Comenzó por pasar la lengua alrededor del suave glande, enroscándola, saboreando aquel regusto salado y viril, mientras sus

manos aferraban aquella sedosa longitud. Samuel clavaba las uñas en el cabecero, gimiendo, pero intentando canalizar las enormes ganas de embestir aquella húmeda boca.

Lucía fue introduciéndosela cada vez más adentro, hasta sentir que ya no le cabía más en la boca y, acariciando los suaves testículos con sus manos, comenzó a deslizarla adentro y afuera, adentro y afuera, llegando a sentir la punta en lo más profundo de su garganta.

Era lo más erótico y excitante que podía haber imaginado en su vida.

—Dios, María —Gimió Samuel—. Es como si te follara la boca...

Samuel ceñía sus glúteos mientras embestía con sus caderas la boca de Lucía, sintiendo aquellos labios y la sedosa lengua desde el glande hasta la misma base. Durante un instante, María deslizó su boca más abajo y chupó los testículos, duros e hinchados, provocando que él estuviera a punto de arrancar el cabezal de la pared.

—Apártate, María —le avisó Samuel cuando ella se volvió a introducir el miembro en la boca—, estoy a punto de correrme y no quiero incomodarte. Ya no puedo aguantar más...

Pero Lucía lo ignoró completamente, deleitada como estaba en ese momento por el sabor y el tacto de aquella sedosa piel surcada por el relieve de sus hinchadas venas. Lo aferró firmemente por los

glúteos impidiendo que se retirara, con lo que Samuel, emitiendo un fuerte y potente rugido, eyaculó completamente en el interior de la boca de la mujer.

Lucía sintió la primera descarga de semen en su garganta y comenzó a intentar absorber aquel líquido espeso y caliente, y aunque en un principio lo hizo, no conseguía tragar toda la cantidad. Cuando comenzaron las primeras arcadas, se retiró rápidamente y se abocó sobre el filo de la cama, tosiendo y expulsando lo que no había conseguido tragar.

—¡María! —Samuel, preocupado, corrió hacia ella y la cogió por los hombros mientras ella daba una última arcada y tosía y expulsaba de su boca el resto de saliva y semen—. ¡Lo siento! No era mi intención, pero tú me has sujetado y yo no podía pensar con

coherencia... —Samuel se encontraba todavía demasiado aturdido por la experiencia. La más excitante de su vida.

Consternado, corrió presuroso al baño para humedecer una toalla y pasársela por la frente, las mejillas y la boca.

—Lo siento, preciosa —volvió a decirle mientras le pasaba la toalla acuclillado frente a ella—. No pude controlarme, estaba siendo tan perfecto que yo... —se cortó en seco cuando ella se sentó sobre la cama y lo miró con una sonrisa en los labios.

—Deja de disculparte, por favor. Yo también lo siento. Me pilló desprevenida. La próxima vez lo haré mejor. —Y dibujó una traviesa sonrisa en su rostro.

—¿La próxima vez? —preguntó divertido Samuel levantando una

ceja.

—Por supuesto. Solo necesito práctica —rio de nuevo complacida.

—Eres una mujer realmente sorprendente.

—Tú también eres increíble —lo miró a los ojos—. ¿Sabes? Nunca lo había hecho así, hasta el final —quiso confesarle.

—Y nunca lo habían hecho por mí —le confesó él.

Samuel la acomodó en la cama y se tumbó a su lado, apoyando la cabeza de la mujer en su pecho. Ella le miró y él le dio un suave beso en los labios, mientras le pasaba el dorso de los dedos por la piel aterciopelada de su mejilla.

—¿Descansamos un poco?

—Sí —respondió Lucía amoldándose a su cuerpo—. ¿Samuel?

—Dime.

—Gracias.

No tuvo que explicar nada. Él la comprendió perfectamente.

...

Hacía mucho calor. Lucía se removió inquieta cuando sintió el incipiente ardor sobre su piel. Sus pechos parecían quemar, en su

cuello algo la abrasaba, y algo duro y muy caliente se instalaba entre sus nalgas.

Abrió los ojos y, todavía en medio de la bruma de aquel ardiente placer, reconoció las manos de Samuel sobre sus pechos pellizcándole los pezones, sus dientes clavados en su cuello, y su miembro frotándose arriba y abajo tras ella.

—¿Estás despierta? —le susurró.

—¿Acaso importa? —contestó ella dejándose llevar por las sensaciones que le prodigaban aquellas manos y aquella boca.

—No podía esperar más —siguió susurrando él—, teniendo tu cuerpo encajado en el mío, sintiendo tu suavidad, tu calor, el maravilloso olor de tu perfume...

—Pues no esperes —emitió un jadeo cuando él le levantó una

pierna y la penetró desde atrás.

—No pienso hacerlo —Samuel comenzó una serie de lentas embestidas, sacando su miembro casi en su totalidad para volverlo a introducir hasta el fondo, hasta que sus testículos chocaban contra los suaves montículos femeninos.

—Dios, Samuel, ¿no puedes ir más aprisa? —la única respuesta que obtuvo fue una mano del hombre sobre su clítoris, ciñéndoselo en círculos, la otra pellizcado fuerte un pezón, y sus dientes en el pulso de su cuello.

Lucía se vio rodeada y desbordada de sensaciones, suplicando que él la embistiera más fuerte, y no con aquellas penetraciones pausadas y profundas, cada vez más lentas y más profundas, que parecían llegar hasta lo más hondo de su ser.

—¿Solo te gusta precipitado, desenfrenado y explosivo? —siguió él hablando en susurros.

—¡Sí, sí! Me gusta que me folles rápido y fuerte —decía ella más excitada y lujuriosa que nunca—, que me penetres hasta el fondo y hagas que me corra enseguida.

—Cariño —le dijo él cada vez más agitado, sintiendo las gotas de sudor caer sobre sus sienes—, a veces lento también es satisfactorio. No te precipites, déjate llevar.

—¡Joder, Samuel! ¡No puedo más! —su cuerpo exigía a gritos una satisfacción que no llegaba, que estaba ahí, en el filo, cerca, muy cerca, y Lucía quería gritar de frustración, sintiendo la sangre quemar sus venas.

Hasta que llegó, el orgasmo más fuerte y poderoso que había

experimentado en su vida, denso y fulgurante, que la obligó a clavar las uñas en las sábanas y los dientes en la almohada, mientras aquellas profundas ondas la atravesaban desde lo más hondo de su cuerpo hasta el último centímetro de su piel, provocando que su cuerpo se sacudiera en espasmos incontrolados que parecían no tener fin.

—¿No te ha gustado? —le preguntó Samuel cuando ella comenzaba a recuperar el aliento.

—Has sido perverso —Lucía se giró para poder estar frente a él—. Pero sí, me ha gustado, mucho. Aunque —lo miró a los ojos, sonriente, mientras le pasaba las manos por el pecho—, también me gusta a mi manera. Me gusta todo lo que me haces.

## *Porque me gustas tú*

—Me alegro. —Samuel, intentando contener la satisfacción que le producían esas palabras, se desasíó, a regañadientes, del suave abrazo de María y se levantó de la cama para abrir las cortinas, que dejaron pasar los primeros rayos de sol del día, aún envuelto en la neblina de las primeras horas de la mañana. Ella observó con languidez su silueta recortada sobre la luz que entraba por la ventana, admirando su ancha espalda, las largas piernas y un trasero que le provocaba unas incipientes ganas de morder y lamer...

—¡Samuel! —Se incorporó de pronto en la cama—. ¿Cómo no me has avisado que ya había amanecido? Pensé que me habías despertado en mitad de la noche.

—Lo he intentado, créeme, pero no había forma de despertarte.

Estabas tan profundamente dormida que no he sido capaz de seguir adelante —se acercó a ella y le apartó el pelo de la cara—. Creí que estabas muy cansada y he preferido dejarte dormir.

—Lo siento. Vaya un plan que te buscaste para el sábado, que está tan cansada que se queda dormida toda la noche —dijo ella apesadumbrada.

—No te preocupes. Esta mañana he conseguido despertarte —se miraron de una forma muy intensa—. Además, ahora el que lo siento soy yo. Tengo que marcharme.

—¿Marcharte? ¿Ahora?

—Sí, lo siento —decía mientras comenzaba a vestirse—. Tengo un mensaje del trabajo. Una urgencia.

—Vaya. No te preocupes, me voy ahora mismo.

—No, no, tranquila. Puedes quedarte en la habitación todo el tiempo que quieras. Te he pedido el desayuno y puedes ducharte o darte un baño relajante. O puedes dormir un poco más, como prefieras.

—Ahora la ducha me gusta más en compañía —dijo ella con un mohín.

—¿La próxima vez? —Y aquel desconocido, que ya no se lo parecía en absoluto, la miró con una expresión anhelante y esperanzada. Parecía suplicar con sus ojos lo que no se atrevía a pedir con palabras.

—¿Quieres verme otra vez? —Preguntó Lucía—. ¿Aunque me duerma durante la noche?

—Sí —Samuel soltó una suave carcajada que, como siempre,

devastaba las entrañas de Lucía—, aunque te quedes dormida. ¿Y tú? ¿Quieres volver a verme?

—Sí, quiero volver a verte.

Esta vez no tenía dudas. Quería volver a estar con aquel hombre. Quería volver a ser María. Ya tendría tiempo de ser Lucía. Aquel juego no podía hacer daño a nadie. Porque eso era precisamente, un juego. Un juego divertido, excitante, imprevisible, pero un juego al fin y al cabo. Como jugar a ser otra persona, o a interpretar un papel en una actuación muy convincente.

—El problema es... —Samuel se sentó junto a ella en la cama— que un mes me parece demasiado tiempo.

—¿Y qué propones?

—Dos veces al mes. Sábados alternos.

—No sé, Samuel —Lucía se incorporó y se sentó en el filo de la cama—. Recuerda que tenemos otra vida. Esto es como un juego, que no se puede mezclar con la realidad.

—No lo mezcles. Sé quién quiera que seas todo tu tiempo, menos esos dos días, en que serás María y yo seré Samuel —colocándose la chaqueta, se dirigió a la puerta—. No voy a presionarte. Yo estaré aquí, ya lo sabes —y asió la maneta de la puerta.

—¡Espera! —Lucía se levantó de la cama sin preocuparse de su desnudez y se acercó a Samuel—. Yo también estaré —le dijo mirándole a sus penetrantes ojos oscuros—. No voy a hacerme la interesante con un “tal vez” o un “quizá”. Deseo volver a verte de nuevo y esa es la verdad.

Como respuesta, Samuel la estrechó entre sus brazos y la besó profundamente, haciendo sentir de nuevo a Lucía la extraña y erótica sensación de sentir contra su cuerpo desnudo el roce de las ropas masculinas, envuelta en su calor y el olor de su colonia. Ella le rodeó el cuello y se apretó contra él, haciendo despertar su cuerpo otra vez, incitándole a besarla aún con más pasión, y bajar por su garganta y sus pechos, que lamió enfebrecido. Lucía se frotaba contra el bulto de su pantalón, notando ya la humedad que brotaba de su sexo.

—He de irme —dijo él sin respiración, pasando la yema del dedo por los sensuales e hinchados labios de la mujer, que le conferían el aspecto más excitante que había visto jamás—. Pero antes, dime tu nombre.

—María —contestó ella sonriendo.

—Lo seguiré intentando —sonrió él también. Abrió la puerta y se marchó.

Lucía se giró y comenzó a dar vueltas y saltos por la habitación. Ahora sí se sentía Julia Roberts en “*Pretty Woman*”. Levantó los brazos, emitió un grito y se encaminó optimista a darse una ducha. Cuando estuvo fresca y limpia, llamó para que le enviaran un desayuno a base de tostadas y frutas, del que dio buena cuenta en pocos minutos.

La sonrisa no se le borraba del rostro. Por fin su vida se convertía en algo más que un cúmulo de obligaciones, en poder pensar en ella aparte de los demás. Estaba feliz porque tenía un aliciente y un

estímulo que la alentaban a recordarse a sí misma que existía, que todavía era una mujer joven y deseable, y que podía excitar hasta el límite a un hombre como Samuel. Después de tantos años de vivir sin caricias, sin besos, sin mimos o halagos, sin placer, ahora vivía cada momento de su vida a la espera de sentirlos, como si su cuerpo hubiese estado todo ese tiempo hibernando esperando a poder despertar.

Por un momento, frunció el ceño. No debería interferir para nada en su vida que ella se acostara con un hombre. Nada menos que con un desconocido del que no sabía nada. Se estaba comportando como una jovencita que acabara de descubrir el mundo del placer.

Criar a su hijo seguía siendo su mayor prioridad, y eso conllevaba

continuar manteniendo la extraña unidad familiar que componían Adrián, Andrés y ella misma.

—Despierta, Lucía —se dijo en voz alta—. Se acabó el sueño por hoy. Vuelve a tu rutina, no se te vaya a ir la cabeza y pienses cosas que no pueden ser.

Hasta dentro de quince días.

# Capítulo 7

—¡Cumpleaños feliz...! ¡Vamos, cariño! ¡Sopla las velas! —El pequeño cogió aire y sopló con fuerza hasta apagar las nueve velas que ardían sobre la tarta— ¡Bravo, Adrián!

Lucía aplaudía feliz, besaba a su hijo, y posaba para multitud de objetivos de cámaras y teléfonos móviles, en cuyas imágenes aparecería junto a Andrés y Adrián, sonriendo los tres.

Un montón de amigos de su hijo habían acudido esa tarde a la fiesta que había organizado Lucía en La Bolera, con merienda, juegos y partidas de bolos. Atrás quedaron los días en que a su hijo le costaba hacer amigos. Ahora, aunque seguía siendo un no parar, era un niño encantador, sociable y cariñoso, y Lucía no podría sentirse más orgullosa y satisfecha.

—Andrés —se dirigió Lucía a su marido mientras el grupo de niños disfrutaba de la fiesta—, quería agradecerte que hayas cambiado tus planes para poder estar esta tarde aquí.

—No podía perderme la fiesta de cumpleaños de mi hijo. Supongo que nuestro pequeño ya no se conforma con ir con sus papás al cine o a merendar el día de su cumpleaños. ¿Has visto cuántos amigos tiene? —dijo con aura de padre orgulloso.

—Sí, lo he visto.

Lucía sintió un momentáneo destello de culpabilidad al recordar que había planificado desaparecer dos sábados al mes, con un desconocido. Pasaría un día menos con su hijo a cambio de estar con aquel hombre, al que no conocía de nada y al que había visto únicamente en dos ocasiones.

—¿Qué te ocurre, cariño? —Maite la cogió de un brazo para alejarse de Andrés, que las miró con el ceño fruncido—. Lo mismo te veo feliz que veo una sombra pasar por delante de esos bonitos ojos que tienes.

—Tengo un pequeño problema —Lucía hablaba sin dejar de mirar hacia su marido—. Quedé con aquel hombre en vernos dos

sábados al mes.

—¡Lucía! Pero, ¡eso es fantástico! ¡Quién nos iba a decir que mi idea resultaría tan acertada! ¿Por qué yo nunca encuentro un tío tan fascinante con el que quiera repetir?

—¡Maite, atiéndeme! ¿Cómo voy a hacerlo ahora? Fui una irresponsable. Andrés ya se queda un fin de semana con Adrián, no puedo decirle ahora que se ha de quedar en casa otro más.

—¿Por qué no?

—¿Y qué le digo? ¿Qué excusa le pongo?

—Mira, en mi opinión no deberías darle explicaciones, después de todo lo que has aguantado estos años, pero si es tan importante para ti, no te preocupes. Ese sábado adicional yo me quedaré con Adri.

—¿Harías eso por mí? ¿Quedarte toda la noche de un sábado con mi hijo?

—¡Claro que sí! Es mi ahijado y lo quiero un montón. Ya verás qué bien nos lo pasamos jugando a la *Play* y comiendo un montón de chucherías.

—No sé, Maite, me siento tan culpable...

—¡Ni una palabra más! Asunto arreglado.

Durante los siguientes días, Lucía se sintió como una adolescente ante la expectativa de su primera cita. Estaba feliz y contenta, y le costaba mucho menos esfuerzo continuar con sus obligaciones.

Todos sus actos eran un reflejo de su optimismo, incluso en el trabajo y con su jefe todo parecía mucho más fácil. Diego lo percibió y volvió a intentar un acercamiento con ella.

—Lucía, ¿tienes un momento? —le preguntó mientras ella rebuscaba papel para la impresora en el cuarto del material de oficina.

—Dígame.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me trates de usted cuando estemos solos?

—Está bien —como con todo, Lucía se sentía más indulgente, incluso con su jefe, al que acabó dirigiéndole una sonrisa—. Dime.

—Así me gusta —se acercó más a ella—. Cena conmigo este sábado.

—No puedo —contestó ella distraída hojeando el papel que había localizado—, tengo una cita.

—¿Una cita? —dijo Diego descolocado—. ¿Con quién?

—No le conoces —¿qué pensaba, que su vida era tan inocua que si no estaba con él no estaba con nadie? Así hubiese sido hacía tan sólo unos días. Pero no ahora. Ahora existía Samuel. O como quiera que se llamase. Frunció un momento el ceño al recordar la precariedad de aquella relación imaginaria.

—Pensaba que había quedado claro mi interés por ti.

—No mucho, la verdad. —Lucía recordó aquellas aburridas citas con él, en las que pareció mucho más interesado en explicar su apasionante vida laboral que en hacerle siquiera a ella alguna pregunta un poco más personal, sobre sus gustos o sus preferencias.

—No quería ir demasiado rápido, ni quería asustarte.

—Y yo te lo agradezco, de verdad. Pero ahora mismo estoy con otra persona.

—Parece ser que uno no debe confiarse —suspiró—. Aquí estaré, Lucía, para lo que necesites. —Y la miró más intensamente que nunca.

Qué verdad es aquella que dice que cuanto más difícil tenemos conseguir algo, con más fervor lo deseamos, y Diego ahora la quería más porque sabía que había quedado con otro. Siempre se quiere lo que no se tiene.

Aunque para Lucía, aquello representaba un aliciente más. Ahora sabía que los hombres la encontraban deseable, y que si seguía con su vida plagada de obligaciones era porque ella así lo había elegido.

...

—¿Dónde está Lucía? —Maite se extrañó al aparecer esa mañana en casa de su amiga y encontrarse a Andrés solo desayunando en la cocina.

—Llegará enseguida. Adri tenía revisión con el pediatra a primera hora de la mañana.

—Qué raro que no me lo comentara.

—No lo recordaba. Se ha dado cuenta esta mañana al mirar en la agenda que tiene pegada en la nevera. Últimamente parece un tanto despistada.

—Ya, bueno, la esperaré aquí. Si no te molesta.

—Y si me molestase te importaría un pimiento.

—Exactamente.

—Te recuerdo que estás en mi casa. —Andrés en ningún momento dejó de seguir con su desayuno.

—Más bien en casa de Lucía.

—Que yo sepa la pagamos a medias.

—Andrés —Maite colocó sus manos sobre la mesa y acercó su rostro al marido de su amiga, aquel que un día también fue su amigo hasta que la vida acabó con aquella amistad—, que ligués con cualquiera con esa sonrisa de imbécil que tienes y que Lucía lleve años soportándote no significa que yo vaya a hacerlo.

—Me importa una mierda lo que tú hagas o pienses. Y mira la

que fue a hablar de ligar con cualquiera. ¿No sabes la fama que tienes?

—Como si me importara.

—Pues deberías hacerlo.

—¿Por qué? ¿Ya estamos con el típico machismo? ¿Tú eres un ligón muy simpático y yo una puta?

—Eso es lo que piensan muchos tíos.

—¿Tú también?

—¡Sí, yo también! —Andrés cada vez se mostraba más alterado—. ¡Deberías hacértelo mirar! ¡He tenido que soportar muchas veces a capullos que me han preguntado por la amiga putita de mi mujer para pedirme cita!

—¡Pues mándales a la mierda! ¡O mejor, dales día y hora por si

me interesan!

—¿Hola? —Preguntó Lucía desde la puerta, observando alucinada aquella escena—. ¿Qué sucede aquí?

—¡Nada! —contestaron los dos a la vez.

—¿Nada? Andrés, tú y yo apenas hemos discutido en trece años, y menos a gritos. Y tú, Maite, fuimos muy amigos los tres en el pasado pero llevas años ignorando a mi marido. ¿Qué ha cambiado para que os comportéis así?

—Tengo que irme. —Andrés se levantó con expresión irritada y se marchó por la puerta con su hijo.

—¿Maite? —esperó Lucía una respuesta.

—¡No preguntes, Lucía! No preguntes. Sencillamente, no lo soporto.

—Ya. —Lucía los miró alternativamente con ceño interrogante en su rostro.

...

Después de dos semanas de expectación y con la ilusión similar a la de una adolescente, Lucía volvía a encontrarse en aquel exquisito hotel y su bonito bar de ensueño. Entrando por aquellas puertas acristaladas, traspasaba el umbral de otra dimensión, donde se acababan sus prisas, sus desvelos, sus continuas disculpas o

justificaciones ante los demás. Solo verse allí la transportaba a otro mundo, aquel que se había creado para sí misma, sin reglas, sin normas, donde era otra mujer, libre, sensual, atrevida, deseosa de las caricias de un hombre. De las caricias de Samuel, aquel desconocido que la trataba de forma exquisita. El hombre más dulce que había conocido nunca. Todavía seguía asombrada y conmovida por la suavidad de aquellas caricias, por la ternura que siempre entrañaban sus palabras, aunque fuesen palabras excitantes o eróticas, y que la transportaban a un paraíso donde solo existían ellos dos y el placer que compartían.

No es que tuviese mucha experiencia, pero no es necesaria cuando detectas esa sensibilidad. El fracaso de su matrimonio le había hecho creer que no existía tal virtud en un hombre, pero

estaba equivocada. Samuel era un hombre maravilloso.

¿Sería igual en su vida normal? ¿Tendría pareja? ¿Dónde vivía? ¿Era médico realmente? Parecía algo factible teniendo en cuenta que la última vez le había dicho que tenía una urgencia. Se lo imaginó con una bata blanca sobre su elegante ropa y sonrió al recordar lo que le dijo su amiga sobre sueños eróticos con un hombre vestido de médico. Seguro que enfermeras y pacientes no paran de corretear a su alrededor...

*¡Para, Lucía! ¿Se puede saber qué estás haciendo?*

Muchos de los momentos durante su vida cotidiana eran para hacerse ese tipo de preguntas, sobre él, sobre su vida. Demasiadas veces, demasiadas preguntas. Y nunca obtendría respuesta. No

debía obtenerla. ¿Para qué?

Miró a su alrededor cuando se paró ante el rincón de la barra donde se habían encontrado el resto de las ocasiones. No lo veía por ninguna parte y un asomo de pánico asaltó su corazón.

*Tal vez no ha podido venir. ¿Qué hago si no viene? ¿Y si no vuelve más? Nunca podría ponerme en contacto con él. No lo vería más.*

Esa era la verdad. Fue consciente de lo precaria y frágil que era aquella situación. Si él o ella decidían no aparecer por allí nunca más, se acabó.

*Pero, ¿no era eso lo que tú querías? ¿Sexo sin compromiso?*

*Sí, por supuesto que sí. Expulsa ahora mismo el terror que invade tus huesos.*

Aquel temor pareció disminuir en cuanto descubrió que Samuel sí se encontraba allí, incluso le pareció escucharse a sí misma suspirar de puro alivio. Además estaba sentado en el mismo lugar de siempre, solo que lo había pasado por alto porque... ¿estaba con otra mujer?

Por eso no lo localizaba, porque una morena pechugona lo acaparaba cerniéndose sobre él, colocando su canalillo a la misma altura de su nariz y una de sus manos sobre su muslo. Los dos reían y bebían, aunque le pareció que la risa de Samuel no incluía a sus ojos, como si lo hiciera por compromiso.

Aun así, Lucía sustituyó el miedo anterior por una inmensa ira.

No recordaba cuándo había sido la última vez que quiso pegar a alguien. Y tirarle de los pelos, arrastrarla por el suelo, patear su culo...

—¡María! —gritó encantado Samuel cuando la vio.

Parecía... ¿aliviado?

—Hola, Samuel —contestó Lucía apretando los dientes, sobre todo cuando la mujer la miró de arriba abajo con expresión despectiva.

—Así que era verdad, tenías una cita —se dirigió hacia Samuel con un odioso mohín en sus rellenados labios.

—Sí, ya te lo dije. Lo siento Gemma.

—Yo también lo siento. Lo hubiésemos pasado genial tú y yo. —

Le acarició sensualmente la mandíbula y se marchó hacia la salida contoneando sus caderas enfundadas en un ajustado vestido color verde botella.

—¿Gemma? —preguntó Lucía ligeramente envarada.

—¿No vas a acercarte? —preguntó Samuel con una de sus sonrisas devastadoras.

—¿Para que puedas colocar tu nariz entre mis tetas?

—No sé qué tiene este lugar que se me acercan tantas mujeres — siguió bromeando.

—Yo no me acerqué a ti. Te recuerdo que fuiste tú.

—Para tomar una copa. Nada más —dijo con los ojos brillantes de regocijo.

—Tal vez prefieras a Gemma, y pasarlo genial con ella y sus

súper tetas.

—¿Estás celosa? —dijo levantando una ceja.

—No digas chorradas.

—Pues entonces acércate.

Lucía se moría por acercarse, abrazarle, besarle, tocar su pelo y oler su fragancia. Samuel volvía a vestir impecable, con un traje azul marino y una camisa celeste, como la primera vez que le vio, pero sin corbata. Le cosquillearon los labios al imaginarse posándolos sobre el triángulo de piel que mostraba la abertura de la camisa, para seguir subiendo por la suave piel de su cuello, la zona áspera de su mandíbula, el lóbulo de su oreja...

Empezó a acalorarse. Solo con pensar en besar su tibia piel, su corazón latía enloquecido.

Pero no se lo pensaba insinuar. Estaba cabreada. Pero, ¿por qué? ¿Cuál podía ser el motivo? ¿Celos? No, imposible. Ellos no eran nada. No sabía por qué. Solo sabía que tenía unas enormes ganas de romper algo.

—La verdad, no me apetece mucho —mintió descaradamente.

—Esa mujer no me interesaba en absoluto. Se me acercó e intentó ligar conmigo. Estaba deseando que aparecieras para dejar de ver esos rasgos tan artificiales. Nunca había visto tanta silicona junta. Creo que me ha dicho que su ex marido es cirujano plástico y acordaron que le pagaría su parte del divorcio con su trabajo. Parece ser que es una pensión considerable, a la vista del resultado.

Algo se desató dentro de Lucía y no pudo evitar ponerse a reír

con unas ganas que hacía tiempo que no sentía. Samuel, disimulando también la risa, la atrajo hacia sí cogiéndola del brazo y ella ocultó su rostro en su hombro para amortiguar la risa que podía convertirse en verdaderas carcajadas de un momento a otro. Le dolía el vientre por no poder hacerlo y agradeció que Samuel la cogiera por los hombros y la sentara junto a él en uno de los sofás del fondo, el mismo donde hablaron por primera vez.

—Lo siento —susurró Lucía con los ojos brillantes por las lágrimas provocadas por la risa—, no he podido evitarlo.

—Tranquila —dijo él tratando también de calmarse—, te comprendo perfectamente. No imaginas lo que he pensado al verla acercarse. Si no hubiese sido cruel por mi parte me hubiese ido corriendo.

—¿Y conmigo? —Dijo Lucía un poco más serena—. ¿No te entraron ganas de salir corriendo cuando te expuse mi proposición?

—Sí, pero a mi habitación, contigo —la miró cómo él solía hacer cuando hablaban de intimidad, directa e intensamente—. Donde deseo estar ahora mismo.

—Pues hoy no estoy muy de humor —algo se había instalado en su interior que la reconcomía por dentro—. Tu amiga operada me ha enfriado el ánimo.

—¿Ah, sí? —dijo Samuel en un tono tan sensual que Lucía casi temió lo que podía estar pensando—. Pues yo te lo caliento de nuevo.

—No pienso moverme de aquí —dijo ella cruzando los brazos, como una niña que no quiere obedecer.

—No va a hacer falta. Aquí mismo, sin que tengas que hacer nada, voy a conseguir que te excites.

—¿Cómo? —preguntó Lucía impasible por fuera y expectante por dentro.

—Voy a tocar la parte más sensible de tu cuerpo.

—¿Aquí? —dijo ella con los ojos muy abiertos.

—Sí, aquí. Porque cuando subamos a la habitación, te preguntaré si quieres que te folle rápido y duro, o si por el contrario, prefieres suave y lento.

—No lo tengo muy claro. ¿Cuál sería la diferencia? —preguntó Lucía tragando saliva.

—Si te decantas por que te folle duro —comenzó a susurrar Samuel, con una voz tan cargada de sensualidad que pareció de

pronto que el resto del local dejaba de existir—, te tumbaré en el rígido y frío suelo, te levantaré el vestido solo hasta la cintura y te arrancaré las bragas. Luego yo me arrodillaré ante ti, colocaré tus piernas en mis hombros y te penetraré tan fuerte que se te levantará la espalda del suelo. Sentirás dolor cuando se te claven los huesos en el suelo, pero no te importará, porque estarás muy mojada y excitada, y yo cada vez te follaré más fuerte, hasta que te hayas corrido tantas veces que estés a punto de desmayarte.

Silencio. Solo dos respiraciones aceleradas y miradas muy intensas.

¿Qué había sido eso?

¡Dios! ¡Su vagina había debido de absorber el tanga hacia dentro

y hacerlo desaparecer!

Lucía sentía palpar su corazón, su vagina y su cabeza. Con tan sólo unas palabras, Samuel había logrado lo que otros hombres habían intentado y jamás ninguno había conseguido: llevarla a un estado de excitación absoluta. Su voz, sus ojos, su boca... Con solo mirarle a la par que escucharle, había conseguido, simplemente, que se derritiera allí mismo.

A punto había estado de que quedara únicamente una mancha de humedad sobre el sillón donde estaba sentada.

—¿Y si escojo la otra opción? —a Lucía apenas le quedaba oxígeno para seguir hablando.

—Si escoges suave y lento —continuó susurrando Samuel, clavando sus negros ojos en los grises de ella—, te desnudaré muy

poco a poco, prenda a prenda, mientras te paso la lengua por cada centímetro de piel que vaya quedando desnuda. Cuando te tenga completamente desnuda, comenzaré por besarte cada uno de los dedos de los pies, subiré por tus piernas, tu estómago, y me demoraré en tus pechos, que chuparé hasta que abras las piernas para suplicarme, pero yo seguiré lamiéndotelos mientras te penetro lentamente, muy lentamente. Volverás a suplicar que vaya más aprisa, y yo cada vez iré más despacio, hasta que tengas un orgasmo tan interminable que no quedará ni un ápice de energía en tu cuerpo.

*¡Joder!*

—Así que, dime, María. ¿Cuál escoges?

—Pero dijiste que ibas a tocar mi parte más sensible, y ni me has

rozado.

—No he dejado de tocártela, cariño.

—No entiendo.

—Tu parte más sensible es... tu imaginación.

—Vaya —dijo Lucía asombrada—, eres diabólico.

—Pero he conseguido calentar tus ánimos, ¿no?

—Ligeramente, no te creas —y le sonrió, cómplice de sus bromas. Sintió entibiarse su corazón al recordar los momentos de risa compartidos esa noche con él.

—Sigo esperando que te decidas —volvió él a preguntar.

—Las dos —contestó ella mirándole a los ojos—. Escojo las dos maneras. No me perdería ninguna por nada del mundo.

—¿Y por cuál empezaremos? —dijo Samuel intentando disimular

su excitación.

—Eso dejaré que lo decidas tú.

# Capítulo 8

—Me alegra que aceptaras mi oferta de salir todos juntos.

—Y yo de que me lo propusieras, Andrés. Adrián está feliz.

Imagínate, para él resulta de lo más perfecto estar con sus padres y con un amigo para jugar.

Aquel día festivo entre semana, Andrés le había propuesto dar una vuelta con su hijo y un amigo, ya que Adrián se hacía cada día

más mayor e, inevitablemente, como le pasaba a todos los niños, se aburría a veces con sus padres. En aquellos momentos, a Lucía le parecía más que nunca que eran una familia normal y feliz, compartiendo charlas y bromas con su marido y las risas infantiles de su hijo. Pero de sobra sabía que no lo eran, que cada uno tenía sus propios secretos, pero al mismo tiempo compartían lazos muy fuertes. Aparte de un hijo, tenían tras de sí toda una historia juntos, de muchos años, que comenzó cuando ambos no eran más que unos críos en el instituto. Miró a su marido de reojo y sintió una punzada en el corazón al advertir que sus recuerdos se iban diluyendo poco a poco, aquellos bellos recuerdos donde un chico guapo se interesaba por ella y la acompañaba a casa, le daba un casto beso, y se convertía en poco tiempo en su primer y único amor.

Demasiado jóvenes, demasiado inexpertos, demasiado impacientes.

Andrés vivía con una familia que no le prestaba atención y había tenido que buscarse la vida para poder estudiar, trabajando en lo que podía. Lucía había perdido a sus padres en un accidente de tráfico y había pasado a vivir con una tía paterna, que tampoco parecía reparar en su existencia. Así, los dos decidieron casarse en cuanto tuvieron lo suficiente para pagarse un alquiler, mientras estaban todavía estudiando en la universidad.

Los comienzos fueron duros, pero tanto uno como el otro tenían muy claro qué querían de la vida, aquello que habían construido con tanto esfuerzo, estudiando de noche y trabajando por el día, formando un vínculo y unos intereses comunes.

Lucía no podía recordar cuándo había dejado de amarlo, pero al pensar en él y en su vida juntos, la envolvía una capa de nostalgia, pues Andrés formaba parte de su propia infancia. Andrés, Maite y ella, habían vivido muchísimas cosas juntos, en el instituto, en la universidad o en cualquier situación, desde ser cómplices de robar en un supermercado, hasta pasar interminables jornadas en la orilla de la playa de Mataró, hasta que anocheceía y se resistían a volver a la dura realidad de sus vidas. A veces le dolía que Maite criticara tanto a Andrés, después de tanto por lo que habían pasado, pero la entendía, máxime cuando le reveló que lo había sorprendido en su propia cama y que llevaba haciéndolo desde hacía mucho tiempo. A partir de entonces, la amistad que siempre había unido a su amiga y su marido, pasó a convertirse en una guerra absurda que parecía no

tener fin.

Volvió a mirar a su marido mientras este le explicaba una anécdota divertida de su trabajo. Todavía seguía viendo sus ojos iluminados por un brillo constante de entusiasmo y, a pesar del horrible marido que había sido, no podía evitar seguir sintiendo por él un cariño tan hondo que resultaba casi exasperante.

Lucía suspiró. Ese estaba siendo uno de esos días en los que la asaltaban las dudas y los remordimientos cuando pensaba o soñaba con su amante misterioso. Se insultaba a sí misma, tachándose de egoísta y desagradecida, sintiendo mala conciencia cuando formaba parte de alguna de esas escenas tan cotidianas y hogareñas como la de ese mismo día.

Hasta que llegaba el viernes por la noche y su marido desaparecía para no volver hasta el domingo.

...

—¿Preparada de nuevo?

—Sí —contestó Lucía mientras se maquillaba frente al espejo, poniendo un poco más esmero que de costumbre—, tranquila. Estoy depilada, hidratada y perfumada.

—Lo que te dije. Cuando un hombre entra en escena, estás más

pendiente de ti misma. Has dado un cambio importante, Lucía, tanto físico como de carácter. Se te ve más segura, más decidida, incluso más guapa. Y todo se lo debemos a unas cuantas sesiones de sexo con un tío que está cañón. Un posible médico que yo, tu amiga, puso en tu camino.

—¿Quieres dejar de colgarte medallas? Sí, estoy de acuerdo contigo. Me noto distinta, con más entusiasmo por las cosas. Es increíble lo que el sexo gratificante puede hacer por una persona.

—¿Estás segura de que todas esas sensaciones han aparecido simplemente por un poco de sexo?

—¿Qué quieres decir?

—No sé —dijo Maite con disimulo mientras parecía mirar su bonita manicura—. Tal vez ese hombre te inspire algo más.

—No. Y deja de decir tonterías. ¿Vas a salir esta noche?

—Por supuesto. Es sábado y ya no tengo a mi amiga para salir aunque sea a tomar algo, así que me he buscado un plan.

—Lo siento —dijo Lucía apesadumbrada—. Con mi “rollo sexual” hemos pasado a vernos bastante menos. Te echo de menos, cariño —le echó los brazos al cuello y le dio un beso en la mejilla—, pero piensa en positivo, esto tendrá un final.

Cuando pensaba en aquella relación extraña con su amante desconocido, Lucía no dejaba de darle vueltas a la idea de buscarle una fecha de caducidad. Era algo innegable que aquello tendría un pronto final, y no por ello le resultaba menos doloroso, pero se rebelaba ante la absurda idea de que dejar de ver a Samuel pudiera causarle tanto pesar. Solo hacía unas pocas semanas que formaba

parte de su vida. No, de su vida no, de su “otra vida”, la ficticia, la no real. Y esa no contaba. ¿No?

—Yo también te echo de menos, pero creo que es por una buena causa. Y no pienses ahora en ningún final, cariño. Disfruta del presente. —Maite volvió a mostrar su semblante más despreocupado—. ¿Ya te he dicho que estás guapísima? ¿Y a mí? ¿Cómo me ves?

—Estás rompedora, Maite —le dijo Lucía observando lo impresionante que se la veía con su minivestido blanco y sus tacones de vértigo. Como en otras ocasiones, le recordó a Marilyn Monroe en “*La tentación vive arriba*”—, pero ya sabes lo que te digo siempre, con un poco menos de maquillaje y ropa menos extravagante estarías aún mejor. Con todo lo que te pones encima

no resaltas tu belleza, simplemente enmascaras tu verdadero encanto, mucho más evidente cuando estás al natural.

—Vámonos —dijo empujando a Lucía para salir por la puerta.

Maite no aceptaba muy bien los halagos. Tal vez sería porque nadie, aparte de su amiga, le había dedicado jamás uno sincero. Ni siquiera unos padres que, con problemas de alcohol y ludopatía, se habían limitado a echarla a un lado, con lo que más allá de Lucía, Andrés y Adrián, no existía para ella más familia.

A veces, muy a su pesar, seguía recordando aquella triste infancia, si bien tuvo la suerte de conocer a Lucía y más tarde a Andrés, y gracias a su amistad y sus buenos consejos, seguir el camino correcto.

—Mamá, mamá, ¿dónde estás?

—¿A qué viene tanto alboroto? ¿No ves que estoy durmiendo?

—Lo siento —se disculpó—. Solo quería decirte que mi tutora del curso quiere hablar con vosotros. Cree que tengo buenas aptitudes y que debería ir a la universidad —soltó con entusiasmo.

—¿Qué tonterías dices! ¡Ni hablar! ¡Seguirás con tu trabajo de cajera en el supermercado y no se hable más!

—Pero, mamá, mi amiga Lucía también va a seguir estudiando pagándose la carrera con su trabajo. Puedo hacer las dos cosas a la vez.

—Escúchame, idiota —la intimidó su madre asiéndola del brazo—, déjate de gilipolleces y procura traer dinero a casa si no quieres que te eche de una patada.

—¿Para pagarte unas cuantas fichas del casino? ¿O tal vez para una botella de vodka para tu marido? No, mamá, esta vez no voy a hacerte caso. Quiero estudiar y puedo hacerlo. Seré secretaria, y me pondré ropa bonita, conduciré mi coche, tendré mi propio piso...

La bofetada de su madre la pilló esta vez desprevenida. Pero no lloraría como antes. No la miraría con miedo. La miró con rabia y determinación.

—En cuanto pueda me largaré de aquí. Y conseguiré todo lo que te he dicho.

Y así fue.

...

Nada más despedir a su amiga ante el portal de su casa, Maite se dirigió al coche que la esperaba en la esquina de su misma calle. Después de cancelar la noche que habían planeado días atrás por el arrebatado de pudor de Lucía, volvió a quedar con su compañero de trabajo para pasar un rato de distensión y ocupar así su mente, demasiado fastidiosa últimamente. La única manera de hacerlo era con un poco de sexo rápido, y Nacho era el que tenía más a mano.

Esta sería la última vez que se liaba con alguien del trabajo. Con Nacho ya serían tres y, aunque todos ellos eran de departamentos

diferentes, no quería dar aún más que hablar. La próxima ocasión volvería a su antigua costumbre de buscar a algún desconocido en un bar, pero esa noche no se encontraba con el ánimo de seducir a nadie, y con su compañero ya tenía el trabajo medio hecho, pues llevaba metiéndole mano toda la semana cada vez que se encontraban en cualquier rincón apartado de la empresa.

—¿Vamos primero a tomar algo? —le preguntó Nacho arrancando el coche.

—Me parece una buena idea —le contestó Maite. Con un poco de alcohol siempre le era más fácil.

Entraron en un local que Maite ya conocía y que estaba bastante bien. Oscuridad, suave música, discreción y unos cómodos y

apartados reservados. Se pidieron una copa, bebieron, rieron, charlaron de trivialidades, hasta que Nacho dejó su vaso sobre la mesa, colocó su mano en la nuca de Maite y comenzó a besarla. Casi al mismo tiempo, la joven sentía posar una mano sobre su pecho y acariciarle el pezón con el pulgar a través de la fina tela del vestido. Maite se dejó hacer y en respuesta el hombre introdujo la mano en el escote y le afianzó el pecho desnudo. Ella posó una mano sobre la bragueta, obteniendo un gemido a cambio. Él estaba muy excitado y fue bajando la cabeza hasta tomar un pezón en la boca, mientras introducía una mano bajo el vestido y echaba a un lado el fino tanga para deslizar sus dedos por el resbaladizo sexo. Maite le abrió el botón del pantalón y con su pequeña mano aferró la gruesa erección que pugnaba por salir del encierro de la tela.

—Mmm, qué mojada estás, cariño. Y esa mano que me está volviendo loco... Creo que no voy a aguantar hasta llegar a casa. ¿Vamos un momento al servicio?

—No —contestó Maite sin dudar. Ya los tenía demasiado vistos —, no me apetece de pie.

—¿Y entonces? ¿Qué sugieres?

—¿Qué te parece en tu coche? Hace mucho tiempo que no me follan en un coche.

—Esa sí que es una buena idea. —El hombre dejó un billete sobre la mesa y se pusieron en pie mientras trataban de arreglarse mínimamente la ropa.

El coche se encontraba en un apartado aparcamiento. Las luces de las escasas farolas alumbraban lacónicamente justo al otro lado, y

los destellos anaranjados que brillaron al abrir el vehículo parecieron resaltar aún más aquella deseada oscuridad.

—Sube a la parte de atrás —le dijo a Maite al oído cuando esta fue a abrir la puerta, clavándole su erección entre las nalgas—. Quiero follarte a cuatro patas.

Maite así lo hizo. Entró en la parte trasera del coche y él la siguió y se acomodó en el asiento, mientras ella se arrodillaba ante él y le abría los pantalones.

—Déjame chupártela primero.

—Toda tuya, puta.

*Qué original. Será cabronazo...*

Comenzó a deslizar sus labios arriba y abajo por aquel duro miembro, dejando irregulares senderos de carmín rojo por la fina piel. Fue justo entonces cuando Maite separó su mente de su cuerpo, como hacía tantas veces, como intentaba hacer siempre. No supo por qué, precisamente, tuvo su inoportuno pensamiento la brillante idea de viajar hasta aquel preciso instante de su vida...

—*¡Vamos, Lucía, métete en el agua! ¡Está genial!*

—*¡No! ¡Estáis locos! ¿Cómo se os ocurre? ¡Todavía está muy fría!*

—*¡No seas gallina! ¡Mira a Maite! ¡Ya la tengo a mi lado! —y para corroborar sus palabras, el joven desliza sus brazos por la cintura de su amiga.*

*Es una noche cualquiera del mes de mayo. Durante el día han podido tomar el sol en la arena, charlar y reír, con un sol casi veraniego que permite despojarte ya de algunas prendas de ropa, pero al caer el día el aire vuelve a impregnarse del frescor propio de una noche de primavera. Como siempre, Andrés, Lucía y Maite, juntos, inseparables.*

*Se suponía que solo se tumbarían al sol durante la tarde, después de clase, como tantos viernes solían hacer, pero el loco de Andrés propuso un baño nocturno, recordándoles a su novia y su amiga que el último tren a Granollers sale a las once de la noche y que aún pueden disfrutar un poco más de la soledad de aquella playa.*

*—¡No está tan fría! —le grita de nuevo Maite a su amiga.*

*—No pienso meterme. Os espero aquí —y se sienta en la arena*

*mientras vuelve a colocarse sus shorts y su camiseta.*

*—¡Tú te lo pierdes! —gritan los amigos al unísono.*

*Maite comienza a nadar junto al novio de su amiga para entrar en calor. El agua está realmente fría, pero la cercanía y el calor del cuerpo de Andrés parecen calmar la frialdad de su piel. Una miríada de escalofríos recorre su cuerpo, no sabe si por el frío o por la proximidad del muchacho, que ya había dejado atrás su larguirucho cuerpo de adolescente para dar paso al hombre en el que se había convertido.*

*—¿Tienes frío, Maite?*

*—Solo un poco —dijo disimulando sus tiritonas.*

*—Acércate, te frotaré los brazos.*

*Maite cierra los ojos imaginando que aquellos roces forman parte de un tierno abrazo, que las manos de Andrés la acarician por otro motivo, y de pronto le parece que el agua del mar ha subido de temperatura.*

*—¿Mejor? —pregunta su joven amigo.*

*—Sí, mucho mejor. Gracias.*

*—No sé si será el reflejo de la luna pero te veo algo pálida. Será mejor que volvamos —el muchacho sonríe y ella, como siempre que lo hace, siente un cosquilleo en el estómago, como si miles de hormigas corretearan por él. Asomado sobre la superficie del agua, el rostro del chico resplandece bajo la tenue claridad argentina de la noche. Sus perfectos dientes blancos delatan su preciosa sonrisa juvenil, aquella que ya la cautivara cuando lo viera por primera*

*vez, cuando Lucía se lo presentó como su chico hacía un par de años ya.*

*Lucía, su amiga... Pero ¿qué estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando?*

*—Sí, tengo frío, será mejor que volvamos.*

*Nadan de nuevo hacia la orilla para lanzarse de cabeza a sus acogedoras toallas, donde envuelven su piel mojada y fría. Lucía espera a su novio sujetando la toalla con sus brazos abiertos, y lo envuelve cariñosamente, recibiendo un tierno beso como premio.*

*Maite se frota la piel con bruscos ademanes, mientras mira hacia el cielo nocturno, intentando ignorar las caricias que se prodigan dos personas muy cerca de ella.*

*La vida le parece una mierda.*

—Ya basta, putita, deja de chupar que te voy a follar.

Maite se situó de rodillas en el asiento trasero y posó sus manos sobre la ventanilla del coche, cuyo cristal ya se había empañado por el vapor de las respiraciones apresuradas por el placer. El hombre, colocado tras ella, le levantó el vestido para dejar al descubierto el fino tanga incrustado entre sus húmedos pliegues. Se lo arrancó y hundió su rostro en aquella oscura humedad para introducirle la lengua y lamer su sexo, mientras Maite jadeaba y deslizaba las palmas de sus manos por el cristal, dejando tras de sí surcos de pequeñas gotas de agua. Al instante, sintió el golpe de la súbita

penetración y comenzó a mover su pelvis mientras unas fuertes manos la aferraban por las caderas.

—¡Joder, voy a correrme, zorra!

Maite apoyó la cabeza sobre el duro tapizado de la puerta, mientras las fuertes embestidas la empujaban contra ella, dejando invadir su cuerpo por un placer tan superficial como efímero.

La vida le parece una mierda.

# Capítulo 9

Tal vez por las ganas que tenía de llegar, Lucía se presentó en el hotel más temprano que de costumbre. Era demasiado pronto para sentarse en uno de los sillones del bar y esperar allí a Samuel, así que decidió caminar unos momentos a solas por los alrededores del hotel.

Desde la primera vez que estuvo allí, a pesar de los nervios de aquel día, ya le quedó patente lo bonito que resultaba tanto el hotel

como sus aledaños y edificios anexos. Y ya entonces observó el gran lago artificial a un lado del edificio principal, donde varios desniveles formaban pequeños saltos de agua.

Lucía se acercó, notando cómo se clavaban los tacones de sus zapatos en la fragante y húmeda hierba del suelo. Se apoyó en la barandilla, cerró los ojos y se relajó, sintiendo en el rostro la humedad que emanaba del agua, escuchando el sonido de las pequeñas cascadas, hipnotizada, mientras inspiraba el olor a humedad y a noche. Afianzó más fuerte el chal que solía llevar sobre sus finos vestidos, envolviéndose en la mínima protección que podía ofrecer la ligera prenda ante el relente del crepúsculo. El cielo mostraba todavía aquel trazo de claridad que precede a la oscuridad absoluta de la noche.

No fue consciente del tiempo transcurrido. En su vida llena de prisas y agobios, nunca disponía de un mínimo de tiempo para algo tan trivial como relajarse, dejar la mente en blanco y permitirse el lujo de no pensar. Su mente trabajaba constantemente, ocupándola con la lista de la compra, los horarios de su hijo, las ideas para su trabajo, la irresponsabilidad de su marido o el recuerdo de Samuel.

Samuel...

Sonrió sin dejar de mantener sus ojos cerrados cuando unos brazos fuertes se cerraron en torno a su cintura. El calor que emanaba de aquel pecho calentó su espalda y por ende, el resto de su cuerpo. Sintió apartar delicadamente a un lado su larga melena y notó su tibio aliento en el cuello.

—¿Qué haces aquí? —le susurró Samuel junto al oído,

dispersando con su aliento escalofríos de placer por todo su cuerpo.

—Relajarme. He visto que todavía era temprano y tal vez no hubieses llegado aún.

—Yo puedo relajarte también —siguió susurrando el hombre, esparciendo pequeños besos por la delicada piel del cuello de Lucía, asiéndola aún más fuerte entre sus brazos.

—No lo dudo —rio ella, echando la cabeza hacia atrás para apoyarla en su hombro—. ¿Cómo me has visto?

—¿Cómo podría no verte, si paso los días pensando en ti, contando las horas que quedan para el día en el que, por fin, vuelva a reunirme contigo? —Mientras hablaba, sus manos tentaban los pechos de Lucía sobre la suave tela del vestido, sintiendo ya sus pezones endurecerse por el tierno contacto.

—Samuel... —Lucía intentó girarse en el círculo de sus brazos, pero él se lo impidió.

—Chsst, no te muevas, cariño. Quédate tal y como estás. Relájate.

—Eso intento, pero no dejas de tocarme y besarme.

—Tranquila. Déjate llevar.

Samuel siguió manteniendo su boca junto a su oído, una mano sobre los pechos y la otra protectoramente sobre el estómago. Lucía volvió a cerrar los ojos, dejándose invadir por la placidez de aquellas caricias, que pronto se convirtieron en osadas, cuando una de aquellas grandes manos se aventuró bajo el escote del vestido, encontrando fácilmente la suave piel de su pecho sin la barrera del sujetador.

—¡Samuel! —Se sorprendió Lucía cuando Samuel comenzaba a frotar con el pulgar su tierno pezón—. ¡Estamos en la calle!

—Chsst, tranquila, tranquila —y la mantuvo quieta entre su fuerte abrazo—, te he dicho que te dejases llevar. Vamos, relájate, confía en mí.

—Pero, la gente...

—Aquí no nos ve nadie —siguió susurrando para tranquilizarla—, ya me he fijado antes. Y ahora, apoya las manos en la barandilla.

—¿Estás seguro de que...?

—Te he dicho que confíes en mí. Vamos, coloca las manos aquí. Así, bien.

Lucía le obedeció. Se agarró a la baranda que los separaba del

lago y se dejó caer en el pecho de su amante, mientras este le volvía a introducir la mano bajo el vestido y le estimulaba los pezones tomándolos entre el índice y el pulgar.

La joven no supo si era por volver a sentir a Samuel después de días de espera, por la relajación, por el erotismo del lugar y la duda de ser vistos, pero aquella simple caricia la estaba volviendo loca.

—Llevo tantos días deseando tocarte —los susurros de Samuel no hicieron sino incrementar la sensualidad del momento—, y por las noches es aún peor, añorando tu cuerpo entre mis sábanas solitarias, donde ni siquiera mi propia mano puede aliviar el vacío que siento, acumulando un placer que desea ser liberado.

Lucía comenzó a jadear. Sus pechos ya estaban duros y pesados,

sus pezones hinchados por la fricción, y sus nudillos blancos por la fuerza con que se aferraban al filo de la barandilla. Su mente evocó a Samuel como él mismo se había descrito, desnudo en su cama dándose placer, aferrando su pene entre sus dedos largos, gimiendo por ella...

—Samuel, por favor... —aquellas caricias ya no eran suficientes. Su sexo mojado palpitaba y exigía una atención que no llegaba. Ella misma aferró la mano de Samuel que descansaba en su estómago e intentó deslizarla más abajo, sin conseguirlo.

—No, no me seas impaciente. —Poco a poco, Samuel deslizó su mano por la cadera de Lucía, hasta alcanzar el borde del vestido, e introducirla para dejarla sobre el muslo.

—¿Quieres que te toque, María? —le preguntó mientras

pellizcaba más fuerte sus pezones.

—¡Sí, joder!

—María —chasqueó la lengua—, así no se piden las cosas.

—¡Por favor, joder!

—Está bien —rio Samuel—, ¿aunque nos pueda ver alguien?

—¡Me importa una mierda que nos vean! —Lucía respiraba cada vez más rápido, hasta que soltó un fuerte jadeo cuando sintió que Samuel le abría las piernas introduciendo la rodilla entre ellas.

La mano del hombre se situaba sobre el encaje de las braguitas pero sin ir más allá, y la joven comenzó a mecer sus caderas en muda súplica, sintiendo la gruesa erección presionar su espalda.

—Tienes que relajarte, cariño —seguía susurrando Samuel—, ese

es nuestro objetivo. Muy bien, quieta, relajada, y así recibirás tu premio.

—Me vengaré —dijo Lucía entre dientes mientras intentaba relajarse como él le ordenaba. Él la recompensó haciendo a un lado sus finas braguitas y deslizando los dedos sobre el sexo húmedo e hinchado.

—Bien, muy bien, sigue así —sintió el espasmo de la mujer cuando sumergió un dedo en su interior—. ¿Mejor así?

—Sí, si... —las paredes de su vagina se ciñeron alrededor del dedo, al que acompañó un segundo poco después. Samuel comenzó a embestirla con los dos dedos, adentro y afuera, sujetándola por la cintura para evitar que cayera, pues sus rodillas habían dejado de sostenerla.

Todo pareció desaparecer alrededor de Lucía, el suelo, el cielo, el sonido del agua, excepto el calor y la presencia de aquel hombre, sus palabras, aquellos dedos que penetraban su cuerpo, cada vez más rápido, hasta que ya no pudo soportarlo más.

—Córrete para mí, María, ahora —y ella estalló, deshaciéndose entre espirales interminables de placer, dejándose caer sobre los brazos que la sujetaban, intentando dominar lo que ya le era imposible controlar—. ¿Mejor? —le preguntó besando su pelo a la altura de la coronilla.

Lucía jadeaba intentando respirar. Sus manos aún sujetaban la barandilla de metal. Abrió los ojos y observó a su alrededor. Nadie parecía haber reparado en ellos, nada había cambiado, el mundo

seguía girando igual.

¿Cómo era posible, si para ella nada era igual? ¡Acababa de tener una experiencia sexual maravillosa en la calle, por el amor de Dios! Ella, Lucía, la sosa, la infeliz, la incapaz de sentir, a la que nunca le pasaba nada interesante ni tenía nada que contar.

Pues ahora mismo tendría un buen repertorio.

O el mundo se había vuelto loco o lo había hecho ella.

Se giró entre los brazos de Samuel para poder mirar de cerca su hermoso rostro. A pesar de la experiencia íntima que acababa de tener con él, todavía no le había visto la cara desde que apareciera esa noche. Lo observó extasiada, reconociendo sus facciones ya tan familiares y tan queridas. Lo había echado de menos hasta no poder hacerlo más.

Apoyó las manos en sus mejillas recién afeitadas y se acercó para depositar un tierno beso en sus labios.

—Una venganza bastante indulgente, diría yo —dijo observándola con sus grandes ojos oscuros, brillantes en la oscuridad, bajo unas pestañas tan largas que Lucía casi sentía su caricia en la piel.

—Estás loco. —Lucía sonrió y se dejó caer sobre su pecho, abrazando su cintura, inhalando su fragancia amaderada, envuelta entre sus fuertes brazos, sintiéndose más que nunca en su lugar.

—Siempre te noto tensa y preocupada —le decía con la barbilla apoyada en su cabeza, acariciando las suaves hebras de su cabello color miel—, y sueles relajarte después de tener un orgasmo conmigo —Lucía le dio un fuerte pellizco en el costado—. ¡Ay!

¿Qué haces?

—Serás presuntuoso —dijo ella separándose de él y poniendo los brazos en jarras.

—Solo constato una verdad —le dijo con un deje de picardía.

—Hombres —dijo poniendo los ojos en blanco—. Por cierto, tú también has llegado más pronto que de costumbre.

—Sí, he tenido un día muy complicado y no he comido nada desde ayer, así que pensé en comer aquí en el hotel. Ya lo he hecho otras veces, la comida es excelente. Y ya que tú también estás aquí, ¿quieres acompañarme?

—¿Cenar? ¿Contigo? —dijo Lucía perpleja.

—María —le dijo posando las manos en sus suaves mejillas—, todos nuestros encuentros han sido dentro de las paredes de una

habitación. ¿No te gustaría tener una cita conmigo antes de lanzarnos como desesperados sobre una cama?

Una cita. Si se la hubiera pedido unas semanas atrás, hubiese echado a correr hasta desaparecer del mapa. Pero ahora no lo tenía tan claro. Le apetecía hacerlo. Quería estar con Samuel sentada en la mesa de un restaurante, disfrutando simplemente de su presencia y su cercanía.

Pero tal vez no era una buena idea. Aquello no era una relación normal. Era... ¿qué era exactamente? No tenía ni la más remota idea. Mejor no pensar.

—No sé, Samuel...

—Te prometo —dijo levantando la mano derecha teatralmente—,

que no habrá conversaciones personales, ni preguntas —le dedicó una mirada traviesa—, ni te diré que eres la mujer más preciosa y extraordinaria que he conocido en mi vida.

—Vale —contestó ella sonriente. Se sentía... ¿feliz? ¿Tenía ella derecho a aquel pedacito de felicidad que se le había concedido?—. Pero déjame antes pasar por el baño.

—Por supuesto —dijo Samuel cogiéndola de la mano—. Supongo que debes llevar alguna prenda, digamos, algo pegada a tu cuerpo.

—Idiota —dijo Lucía dándole un codazo en el estómago—. Estás hoy muy gracioso, ¿no te parece?

—Debe ser que hoy me siento bien. —Comenzó a caminar y le posó un brazo sobre los hombros, como si fuesen una pareja, una

pareja normal. No dos personas que no sabían absolutamente nada la una de la otra. Ni siquiera su nombre.

Bueno, tal vez nada, nada... Lucía conocía perfectamente el sabor de sus labios y su boca, a misterio, a seducción y a pecado. Adoraba su risa, sincera, como demostraban las arruguitas de sus ojos, y adoraba su cuerpo fuerte y perfecto, sentir su peso y notar cada contorno y cada músculo encajando perfectamente en el delgado cuerpo de ella. Además, por muy extraño que pareciera, sabía con seguridad que se trataba de un hombre dulce, paciente, generoso, sensual, seguro de sí mismo y con sentido del humor.

Sonaba demasiado perfecto, pero así era él y ella se sentía orgullosa y privilegiada por haberle conocido.

Ya dentro del baño, en el hotel, se cambió de ropa interior — continuaba siguiendo el consejo de su amiga de llevar bragas de repuesto—, se repasó el brillo de labios y se pasó ligeramente un cepillo por el pelo. No hacía falta nada más. Su rostro resplandecía y había estrenado un vestido de color marfil, sin mangas y pronunciado escote, y con vuelo en la falda, de aquellas que si das vueltas sobre ti misma sientes que puedes volar.

Se vio de pronto delante del espejo del dormitorio de su madre, llevando su vestido y unos zapatos con altísimos tacones de los que le sobraba la mitad, dando vueltas, imaginando que era una princesa, mientras su madre la miraba desde el fondo de la habitación con una sonrisa y una mirada rebotante de amor.

Le resultó curioso que en aquel preciso momento sus recuerdos

fueran para aquella imagen de su infancia. Debía ser el reflejo de su ánimo.

Entró en el restaurante junto a Samuel, donde ya le tenían una mesa reservada en un lugar discreto y acogedor. Al igual que el resto del hotel, el ambiente y la decoración resultaban sorprendentes, pues todo era muy actual y exclusivo, incluso lujoso, y con un toque romántico.

Samuel apartó la silla para que se sentara y él lo hizo frente a ella. Lucía adivinó con ese gesto que se trataba de un hombre cortés y educado, acostumbrado al lujo y a las comodidades. Lo mismo que su actitud a la hora de elegir la comida y el vino, al dirigirse al personal, o sus movimientos y ademanes elegantes.

—Espero que te guste —le dijo Samuel sonriente—. He pedido *carpaccio* de salmón y...

—Vaya —se escuchó a un hombre hablar al pasar junto a la mesa—, veo que te resistes a dejar el lugar después de tu impresionante intervención en la conferencia.

—Hola, mi viejo amigo —Samuel se levantó de la mesa para saludar a aquel hombre con el que parecía sinceramente feliz de encontrarse allí, aunque miró de reojo a Lucía mientras lo hacía.

—No te preocupes —dijo el desconocido mirando a Lucía también—, que no he venido a chafarte la noche. Ya me iba. Solo deseaba saludarte. Buenas noches a usted también, señorita.

—Igualmente, caballero —contestó Lucía.

—Permíteme que te acompañe a la puerta y te haga una consulta

—dijo Samuel a su amigo.

Los hombres se dirigieron a la puerta y hablaron unos minutos. Lucía observó la escena y sintió entibiarse su corazón al admirar a Samuel y ver cómo echaba la cabeza hacia atrás para soltar una breve carcajada.

El otro hombre había mencionado su intervención en la conferencia, lo que seguía haciéndole creer que se trataba de un médico. Deseó saber si realmente lo era. Y deseó más que nunca saber su nombre verdadero, dónde vivía o con quién. Deseó saber su comida favorita, qué libro estaba leyendo, o cómo era de pequeño, si había sido un niño travieso, si tuvo muchas novias o si le gustaba el cine o el fútbol.

Pero no podía saberlo y empezaba a resultarle desesperante. A

veces se sentía incapaz de imaginar ya la vida sin él, y a veces deseaba no haberle conocido nunca. No sabía si lo mejor era sentir aquella inesperada felicidad cuando se reencontraban, o haber sido más feliz en la ignorancia.

Mientras más lo miraba, más fascinación sentía por él. Le envolvía un aura de seguridad en sí mismo, de carisma, y aquella admiración comenzaba a irritarla, por desearle tanto, por saber que él la deseaba a ella con la misma inusitada fuerza.

Y no era únicamente atracción física. Desde el primer momento sintió que entre los dos existía una especie de conexión que la llevó a confiar en él plenamente.

¿Cómo era posible sentir aquella amalgama de sensaciones hacia alguien del que apenas sabía nada? Hacia alguien del que nunca

sería nada...

—Siento la interrupción —dijo Samuel sentándose de nuevo—.

No sabía muy bien qué decir o cómo presentarte.

—No me lo digas —dijo Lucía—. Tu amigo, al que no habías hablado nunca de mí, se ha creído que soy, digamos, una chica de compañía.

—Exactamente —dijo Samuel contrariado—, pero le he sacado de su error.

—¿Y quién le has dicho que soy?

—Una antigua amiga con la que me he reencontrado. Lo que se suele decir en estos casos.

—No creo que se lo haya creído.

—No me importa.

—¿No te importa que un conocido tuyo crea que tienes que recurrir a una profesional?

—Mi vida privada no le interesa a nadie.

Comenzaron a cenar y la velada fue pasando entre silencios agradables, hasta que Lucía comenzó a intuir un gesto algo forzado en el semblante de Samuel.

—Suéltalo ya, Samuel —dijo Lucía divertida.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Sé que quieres decirme algo, e intuyo que es algo parecido a un halago, pero no te preocupes, no voy a ponerme histérica.

—Vale —sonrió Samuel con una mueca—. Ya te imaginaba saltando de la silla derribándola contra el suelo y saliendo

enfurecida por la puerta.

—No podemos hablar de nada personal —dijo Lucía con sensatez—, así que si deseas decirme algo bonito, adelante, te escucho.

—Esta noche estás preciosa.

—Gracias —Lucía, tranquila, seguía degustando su postre de flan de queso con arándanos.

—Supongo que te habrán dicho muchas veces los ojos tan maravillosos que tienes.

—No demasiadas.

—El gris suele ser un color frío —continuó Samuel—, aunque tus ojos son cálidos, pero les falta una chispa de alegría.

—Y seguro que tú puedes proporcionármela —dijo Lucía con mirada pícaro. Intuía que la cosa podía ponerse seria y era mejor

tomar el camino del sexo, mucho más seguro

—No me refería a eso —Samuel pareció entenderla y prefirió seguir el mismo derrotero—. Pero si es eso lo que buscas, te lo ofrezco encantado. Estoy deseando que subamos a mi habitación. Ya he comido y ahora necesito otra clase de alimento.

Sus ojos depredadores parecían quemarla. Se levantaron de la mesa y se encaminaron al ascensor, donde una pareja esperaba también para subir. Durante el trayecto no dejó de mirarla, enlazando la mano con la suya, y Lucía captó la promesa implícita en esos gestos de lo que estaba por llegar.

Ya en la habitación, esa noche, no hubo prisas, ni urgencia o impaciencia. Samuel desnudó a Lucía poco a poco, saboreando cada centímetro de su piel en el proceso, mientras ella también le

despojaba de su ropa sin dejar de besarle y acariciarle, como un ciego que desea aprender cada detalle de memoria.

Cuando Samuel se situó en la cama sobre Lucía, los dos parecieron sorprenderse ante las electrizantes sensaciones de aquel contacto, como si fuera la primera vez que estaban juntos y desnudos en una cama. Lucía gimió nada más sentir su peso y el tacto del vello de su piel. Deseó como nunca devorarlo, acariciarlo, lamerle.

—Voy a hacerte el amor durante toda la noche —susurró Samuel—. Hasta que amanezca, hasta que no diferenciamos dónde empieza tu cuerpo o dónde acaba el mío, hasta que me quede sin aliento.

A Lucía ya no le molestó aquella expresión. Lo que sentía era

algo más que placer. Volvió a percibir aquella conexión que la hacía sentirse querida y adorada como no se sentía desde hacía una eternidad.

—Sí, por favor —suplicó—. Hazme el amor una y otra vez.

—Dime tu nombre —suplicó Samuel antes de penetrarla, tentando la entrada a su vagina con el hinchado glande.

—No —gimió.

—Dime tu nombre —repitió él con la frente perlada de sudor.

—¡María! —ya no podía más. Lucía aferró el miembro con sus manos y ella misma lo guio hasta la entrada de su cuerpo.

Cuando Samuel la penetró, su mente se quedó en blanco, sintiendo su miembro llegar hasta su útero y tocar hasta su alma, y

su cuerpo suspiró colmado, como si lo hubiese estado esperando siempre.

Tal vez así había sido.

Comenzó a embestirla primero lentamente, sujetando su cara entre las manos para no perderse la expresión de su rostro o el oscurecer de sus ojos, para seguir besándola al mismo tiempo y respirar el mismo aliento. Sus bocas y lenguas se movían frenéticas, siguiendo el compás de sus caderas. Lucía se aferró fuerte a su espalda y elevó las caderas para sentirlo más profundamente. Sus cuerpos se movían al unísono, en un baile perfecto, hasta que Samuel la elevó a lo más alto y sintió que casi la despojaba de parte de sí misma, pasando a convertirla en parte de él.

Horas más tarde, Lucía yacía aún despierta enredada entre los

brazos de su amante, que dormía plácidamente. Algo dificultaba su sueño y se vio inundada de una sensación parecida al frío, que le calaba hasta los huesos.

Una sensación parecida al miedo.

...

—¿Ves, Adrián? Aquí has de poner un acento y aquí una hache. Recuerda para la próxima vez.

—Gracias por ayudarme con mis deberes, mami. ¿Puedo bajar ya

al parque a jugar a la pelota con mi amigo Eric?

—¿Seguro que no tienes más tareas?

—No, ya las he hecho todas.

—Te prepararé la merienda y podrás ir a jugar cuando venga tu padre y te acompañe.

—Pero no ha venido todavía. ¿Por qué viene hoy tan tarde?

—No sé... Mira, parece que ya escucho la puerta.

—Hola, campeón —saludó Andrés a su hijo.

—Papi, tienes que acompañarme al parque.

—Está bien, pero primero merienda mientras yo me cambio.

—Has venido tarde hoy —le recordó Lucía.

—Sí, un lío en el trabajo. Gracias por recoger a Adrián.

—No pasa nada.

Lucía siguió con la mirada a su marido mientras este desaparecía tras la puerta de su dormitorio. Su bonita sonrisa parecía últimamente un poco más apagada y la camaradería que habían ganado tiempo atrás parecía estar perdiéndose poco a poco.

¿Sospecharía algo?

A veces sorprendía a Andrés mirándola fijamente, con una mirada intensa que parecía contener muchas preguntas, y que tenían el poder de hacerla sentir que le estaba traicionando, a pesar de que entre ellos esa palabra hubiese dejado de tener sentido hacía mucho tiempo.

Fueron días de muchas dudas para Lucía, en los que se debatía entre la responsabilidad hacia su familia y su rechazo a renunciar a un sueño.



# Capítulo 10

Maite había conseguido por fin que Adrián se quedara dormido. Había sido una larga tarde jugando a la *Play*, durante la que se hizo una experta en lanzar faltas, tirar penaltis o sacar un córner. De todo menos en marcar goles. Su ahijado manejaba aquel dichoso mando como si fuese una prolongación de sus dedos.

Dichosa generación tecnológica.

Habían ingerido tantas chucherías entre los dos, que más tarde ya

no les quedaba ni un diminuto hueco en el estómago para cenar nada decente, consiguiendo únicamente que Adrián bebiera un vaso de leche antes de irse a la cama.

—De esto —le había hecho prometer mientras le arropaba con la colcha estampada con un gran escudo del Barça—, ni una palabra a tu madre, ¿entendido? Como se entere de lo que has cenado esta noche, ya no me dejará venir nunca más. Y el juego nuevo de zombis que te he prometido, se quedará en conversación.

—Ni una palabra, tita Maite —contestó el niño muy serio y sensato—, que quiero que vengas más veces.

—No me extraña. Te dejo hacer lo que te da la gana y no paro de regalarte juegos nuevos. Por cierto, tampoco le digas a tu madre que te traigo juegos de zombis. No me apetece nada escuchar su sermón

sobre responsabilidad, sensatez, etcétera, etcétera.

—Será nuestro secreto, tita. Hasta mañana —dijo sin poder evitar un bostezo y cerrando los ojos.

—Hasta mañana, cariño —y le dio un tierno beso en su suave mejilla.

Más tarde, a pesar de rebasar ya la medianoche, Maite seguía en el sofá frente a la pantalla del televisor. Era ya una costumbre y un hábito para ella no irse a la cama hasta que su cuerpo no podía aguantar más. La mayoría de los días se despertaba todavía en el sofá, lo que parecía estar pasándole factura a su cuello y su espalda. Pero no le importaba, y lo remediaba con algunos ratos en el gimnasio y recibiendo masajes de manos de su fisioterapeuta. Lo realmente importante era que se habían acabado los días de las

pastillas para dormir, aquellas que empezó por tomar en dosis normales y terminó ingiriendo sin control. No estaba dispuesta a depender de ellas ni a verse obligada a tomar cada vez más dosis o con una composición cada vez más fuerte, que la sumían por la noche en el más profundo sueño y durante el día en un continuo flotar, embriagada, como en un estado constante de felicidad artificial.

Así que, ahí estaba, en el sofá del salón de su amiga, sin soltar el mando a distancia para no dejar de cambiar canales, aguantando estoicamente los horribles programas de la noche, entre lecturas de cartas del tarot, partidas de póker y ruleta, o la teletienda.

Pero, como siempre, parecían realizar bien su cometido, que era

que Maite comenzara a notar un gran peso en sus párpados. Cuando parecía que sus músculos se aflojaban y por fin el maravilloso mundo del sueño la reclamaba, el sonido de la una llave en la cerradura y el posterior golpe al cerrarse la puerta, hicieron que se esforzara en abrir uno de sus ojos.

De pie, ante ella, apareció la persona que menos imaginaba y aún menos deseaba encontrarse esa noche. Durante unos segundos creyó que ya estaba inmersa en uno de sus habituales y agitados sueños, cuando observó aquella figura masculina envuelta en sombras, con el rostro iluminado con los espectrales reflejos de la pantalla del televisor.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Maite cuando reconoció sin asomo de duda que se encontraba todavía despierta.

—¿Cómo se te ocurre preguntarme eso? ¿No tienes vergüenza?

¡Estás en mi casa y en mi sofá!

—Joder, ya me estaba quedando dormida —dijo tapándose los ojos con el antebrazo, todavía tumbada sobre los cojines.

—¿Dónde está Adrián?

—En su cama.

—¿Y Lucía?

—Eh... —esta vez Maite sí se incorporó y se sentó— pues, durmiendo.

—Sabes que puedo entrar ahora mismo en su habitación y comprobarlo. Pero no hace falta, ¿verdad? Los dos sabemos que no está.

—¿Qué quieres que te diga?

—Está con un hombre, ¿no es eso?

—¿Y qué esperabas? —gritó Maite, aunque seguidamente bajó el tono al recordar al niño que dormía tranquilamente—. ¿Crees que puedes estar casado con Lucía y al mismo tiempo acostarte con otras mujeres durante años, en esta farsa de matrimonio, y que ella solo se dedique a callar, trabajar y a cuidaros? ¿Crees que ella no tiene derecho a ser feliz?

—Yo nunca he dicho eso.

Andrés se quedó un tanto descolocado. Nunca lo había visto de esa forma. Egoístamente, se había acostumbrado a que Lucía siempre estuviera ahí, y últimamente le parecía que su mujer lo llevaba mejor que antes. Estaba más relajada, más risueña —incluso la encontraba siempre cantando mientras hacía sus tareas—, pero

también más despistada, incluso con menos ganas de discutir y recriminarle sus faltas como antes.

—¿A qué se debe, por cierto, tu presencia en casa? ¿Te ha fallado tu plan esta noche? ¿Acaso se lo ha pensado mejor? —se le dirigió Maite con sorna.

—No tengo un plan diferente para cada fin de semana. A veces solo estoy con amigos. No como otras. —Ya comenzaba esa mujer a irritarle. En realidad, si fuese sincero consigo mismo, había ido para comprobar si Lucía se encontraba en casa. Tenía sospechas y estas se habían corroborado en cuanto vio a su amiga durmiendo en el sofá.

—Ya has visto mi plan de esta noche.

—Ya lo veo. Encubrir a Lucía.

—Pues mira, creo que ha sido lo mejor, enterarte de esta manera que ella todavía gusta a los hombres. Que hay alguien por ahí al que le apetece su compañía cuando otros la rechazaron hace tiempo.

—¿Y se supone que debo alegrarme? ¿De que mi mujer esté ahora mismo con otro tío?

—Pero, ¿cómo puedes llegar a ser tan egoísta? ¡Si la obligaste a aguantarte a ti y tus infidelidades, deja que ella también haga su vida!

—Esto es el colmo —sonrió Andrés con desprecio—, aguantar tus sermones. Tú, la persona con la moral más intachable —escupió con ironía—. No sé siquiera, cómo te dejo entrar en mi casa.

—Oye, gilipollas —Maite se levantó de un salto del sofá y se puso frente a él—, deja ya de insultarme. Al fin y al cabo hacemos

lo mismo, divertirnos y acostarnos con quién nos da la gana. Siempre he de soportar tus recriminaciones y tus reproches y que te creas mucho mejor que yo cuando no lo eres. Tú y yo somos iguales.

—Por mí, como si te tiras a un equipo de fútbol entero el mismo día.

—Vete a la mierda.

Estaban discutiendo como tantas veces, pero parecían estar más cerca que nunca, viéndose reflejados en los ojos de su oponente. Cada uno sentía el aliento caliente y acelerado del otro por la rabia y la tensión. Durante un solo instante, Andrés frunció el ceño. Al tener su rostro tan cerca pudo apreciar que estaba muy diferente al resto de las veces que tenía la desgracia de estar obligado a mirarla.

Ahora su rostro estaba completamente desprovisto de maquillaje, sin el llamativo carmín rojo de sus labios, y sin la negrura que rodeaba normalmente sus ojos, siempre saturados de máscara de pestañas y perfilador que, junto a su pelo tan rubio, le conferían el aspecto de una antigua actriz en decadencia.

Esa noche, sin embargo, su aspecto era mucho más juvenil. Aparentaba más que nunca lo que en realidad era: una mujer joven y guapa, sin los artificios del maquillaje y el aura de falsa sofisticación que ella misma se había creado. Parecía incluso... inocente, como si con aquellas capas de pintura se dedicara a enmascarar algo que no quería que el resto del mundo supiera.

Rio al relacionar en su mente la palabra “inocente” junto a la imagen de Maite. Ni en mil años se lo parecería, por mucho que se

lavara la cara.

—¿De qué te ríes, imbécil?

—De nada. Dime dónde está Lucía.

—No me da la gana. ¿Le das tú acaso explicaciones de tus idas y venidas?

—Me voy a la cama —dijo Andrés cansado de discutir. En todos sus treinta y cuatro años de vida había discutido menos que en los últimos tiempos con Maite—. Así que ya puedes largarte a la tuya. O a la de quien sea.

—Me quedaré aquí. Ya es muy tarde —y lo miró desafiante esperando a que la contradijera.

—Haz lo que te venga en gana —contestó Andrés asiendo ya la puerta que daba acceso al pasillo—. Por cierto —dijo sin apenas

girarse hacia Maite—, como bien has dicho, tú y yo somos iguales. Tú también te tiras al primero que se te pone por delante, pero porque estás tan sola como yo. —Y cerró la puerta tras él.

...

A media mañana del domingo, Lucía entraba por la puerta de su casa, feliz y contenta, para dirigirse a la cocina, donde suponía que se encontraría con su hijo y su amiga. Y estaban, sí, pero con alguien más. Lucía se quedó clavada en las baldosas del suelo.

—¡Hola, mami! —gritó entusiasmado su hijo dándole un abrazo que la conmovió.

—Hola, mi niño —y le devolvió el gesto mientras miraba significativamente a su amiga—. Andrés, ¿qué... qué haces aquí tan temprano? Los domingos siempre vienes a la hora de comer.

—Últimamente no hago más que escuchar la misma pregunta. Que qué hago en mi propia casa. ¿Y tú? ¿De dónde vienes, Lucía?

—Yo...

—Lo siento, Lucía —dijo Maite sin asomo de pesadumbre—. Siento que se haya enterado por mí.

—Tranquila, Maite.

—Adri, cariño —Maite cogió de la mano al niño—, vamos a vestirte, que aún estás en pijama.

—¡Yo ya sé hacerlo solo! —gruñó.

—Está bien. Te acompaño y de paso recojo mis cosas.

—Vienes de estar con otro hombre —dijo Andrés cuando Maite hubo cerrado la puerta, dándole el último sorbo a su café—. ¿Estás con él o es algo pasajero?

—Solo es algo pasajero, Andrés, de verdad —se justificaba Lucía ante un marido que no se merecía esas justificaciones, pero al que en ese momento le pareció que había traicionado de alguna forma.

—Ahora no es momento de discutir. He quedado con Adrián para ir a hablar esta mañana con el entrenador del club de fútbol municipal. ¿Recuerdas que hablamos sobre ello? —le dijo remarcando las palabras, haciéndola sentir más culpable todavía—. Sabes que le encanta jugar a fútbol y, después de hacerlo varios

años en el colegio, ya es hora de que lo haga de forma más continuada. El monitor me comentó que ya está más que preparado para jugar en equipo y es realmente bueno.

—Sí... —decía Lucía apesadumbrada—, lo recuerdo.

—Ya, pues parece que ahora tienes otras cosas más importantes en las que pensar.

—¡Papi, papi, vámonos ya! —gritaba Adrián feliz—. ¡Mami, vamos a hablar con el entrenador! Seguro que me cogen, ¿verdad?

—Claro que sí, cariño —se agachó frente a él, aunque en ese momento advirtió que ya no tenía que hacerlo tanto como antes—. Eres un auténtico crack.

—¡Hasta luego, mami y tita Maite!

—Siento de nuevo que haya sido así, Lucía —dijo Maite cuando

se hubieron marchado.

—No pasa nada —Lucía comenzó a sentir una rigidez inesperada. Se sentía terriblemente mal, física y anímicamente—. Adri ya es mayor y en cualquier momento hubiese comentado algo. Fue una imprudencia por mi parte.

—Pero, ¿qué dices, Lucía? —Gritó Maite—. Fue providencial que apareciera anoche y tuviera que enterarse por fin. Así ya no tendrás que obligarte a hacerlo, sabiendo que no te atreverías. Te conozco.

—Maite —Lucía la miró y su amiga pudo advertir la palidez de su rostro y la tristeza en sus bonitos ojos grises—, se acabó. Ha sido divertido, pero ya no puede continuar.

—¿Divertido? —Gritó de nuevo Maite exasperada—. ¡Reacciona,

Lucía! Ha sido algo más que divertido. ¡Has vuelto a vivir! ¡Has vuelto a ser feliz!

—¡Y cómo voy a volver a serlo, si me siento tan culpable!

—¿Cómo puedes sentirte culpable por lo mismo que tu marido ha hecho durante todo vuestro matrimonio y nadie le ha recriminado?

—¡Porque yo tengo la culpa! ¡Yo lo alejé de mi cama! Yo... he descubierto que el sexo une a dos personas como no se puede hacer de otra manera. Los cuerpos a veces expresan mucho más que las palabras. ¡Y yo le he ofrecido todo eso a un desconocido del que no sé nada! Unos momentos de placer a cambio de mi familia. He sido una egoísta.

—Escúchame, Lucía —le plantó un dedo en el pecho—. Lo que tendrías que haber hecho hace mucho tiempo es divorciarte de

Andrés y rehacer vuestras vidas cada uno por su lado. Seríais más felices los dos.

—No. Piensa en mi hijo. Podría empeorar, reflejarse en su comportamiento, volver a pelear con los demás niños o ir mal en el colegio.

—¿Y eso quién lo dice? Porque yo no creo que ver a sus padres felices y con la custodia compartida le vaya a suponer un trauma a tu hijo. Es mayor, muy maduro y muy inteligente. Lo entendería enseguida.

—Maite —comentó cansada Lucía dejándose caer sobre una silla —, quiero estar sola, por favor.

—Lo entiendo. Hasta mañana, Lucía —le dio un beso a su amiga en la mejilla y se marchó.

...

En la única parte donde aún daba el sol a esas horas de la tarde, en las gradas del campo de fútbol municipal, Lucía observaba entrenar a su hijo mientras mantenía en equilibrio sobre su regazo algunos bocetos con diseños para la nueva campaña en la que trabajaba. Esta vez se trataba de una marca deportiva, que deseaba cambiar la archiconocida estrategia de utilizar la imagen de algún deportista famoso por ofrecer una campaña atrevida y llamativa.

Lucía esperaba que estar envuelta por aquel ambiente repleto de los gritos de los entrenadores y la algarabía de los chicos que

entrenaban, la contagiaron del suficiente espíritu deportivo como para meterse en situación. Esperaba que le fuera tan útil como cuando se pasó varios días en un concesionario de coches escuchando las conversaciones de vendedores y clientes, para saber qué necesitaba la gente y crear un eslogan para una marca de coches que fue bastante comentado en su momento.

En realidad, había sido una coincidencia. Estaría allí de todos modos, observando las ganas y el empeño que estaba poniendo su hijo en hacer todo lo que su joven entrenador decía. Era cierto lo que le había dicho su marido. A Adrián le entusiasmaba el fútbol, pero cuando intentaron apuntarlo más pequeño, casi siempre salía llorando o enfadado por haberse peleado con algún compañero, cuyas madres, en cuanto la veían, no dudaban en echarle en cara el

comportamiento de su hijo. Pero reconocía que esa etapa ya había pasado. Había sido un niño un tanto difícil, pero había cambiado muchísimo y se había convertido en un líder nato, con un don de gentes que lo convertía cada vez en un niño más sociable.

Volvió a observar su agilidad y desenvoltura con el balón. Cada vez que podía, se giraba y la saludaba con la mano y Lucía no podía menos que emocionarse. Comenzaron por apuntarle en la actividad extraescolar del colegio, pero el monitor se había fijado en su destreza y les había propuesto que lo probaran en el club municipal, donde el entrenador de la categoría Benjamín no había dudado en acogerlo en su equipo.

Maestra y psicóloga habían coincidido que el deporte en equipo le haría mucho bien, donde aprendería sobre el respeto, las normas, la

convivencia y el trabajo en grupo, además de dotarle de una gran autoestima.

—Hola —la saludó Andrés al llegar y sentarse a su lado. Movi<sup>ó</sup> la mano para alertar a su hijo de su presencia, y este le imit<sup>ó</sup>—. Pensé que no podría venir, pero al final he logrado escaparme. Gracias por traerlo tú hoy.

—No me importa. Me encanta ver cómo entrena. Y creo que lo hace fenomenal.

—Sí, yo supe hace tiempo que conseguiría todo lo que se propusiera. Es un auténtico campeón y un luchador.

Siempre era música para sus oídos escuchar lo que Andrés tuviera que decir sobre su hijo. Era un padre atento, entregado y

maravilloso.

Lo que la hacía volver a recordar el sentimiento de culpabilidad que la invadía cada vez que su marido la miraba a los ojos, donde parecía leer un atisbo de censura.

¿Por qué? ¿No llevaba él muchos años haciendo lo mismo? ¿No eran simplemente un matrimonio de apariencia? Andrés jamás le había insinuado volver a intentarlo, puesto que, suponía, él compartiría los mismos sentimientos que ella, sentimientos de amor fraternal. Se habían convertido en una especie de compañeros de piso bien avenidos, que hablaban o bromeaban, compartían gastos y la educación de un hijo. Algo tan sencillo y tan complicado a la vez.

Pero ahora, observándole de reojo, le pareció ver unas pequeñas arruguitas alrededor de los ojos que antes no estaban. Parecía un

poco más tenso, menos risueño, y le descubría algunas veces mirándola con una mirada que parecía envuelta en la tristeza. Sintió una conexión y un cariño que no podría explicar.

De esta forma, cada día, cada minuto de esos días, Lucía dudaba si volver a encontrarse con Samuel. Que sí, que no, que no, que sí...

Ya había decidido no presentarse el próximo fin de semana, pero su cuerpo y su mente parecían rebelarse ante esa idea.

...

—¡Andrés! ¿Qué haces tú aquí? —se sorprendió Maite al verlo apoyado en el mostrador de recepción de su empresa. Otra de las secretarias la había avisado hacía unos momentos que alguien preguntaba por ella. “*Un tío alto, guapo, simpático y elegante. Vas mejorando, Maite*”, le había comentado su compañera.

—¿Tienes un momento? —le preguntó Andrés, el cual le pareció bastante tenso a pesar de su bonita y blanca sonrisa, su arma “*atrapamujeres*” más poderosa.

—Sí, claro —le respondió desconcertada—. Tengo unos minutos para tomar un café. Vayamos a la cafetería.

La cafetería era una simple sala con varias mesas y sillas de polipropileno —o diseño *Ikea*—, y con varias máquinas de café, refrescos o bocadillos. Maite escogió la mesa más alejada mientras

Andrés sacaba dos cortados de la máquina. Después de tantos años juntos, ya fuera como amigos o enemigos, recordaba perfectamente sus gustos, y sabía que le gustaba el café con un chorrito de leche y poco azúcar.

—Tú dirás —comenzó Maite.

—Creo que el próximo fin de semana Lucía volverá a marcharse.

¿Es así?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—Porque no quiero quitarle la idea. Sé que si le pregunto algo al respecto, se sentirá mal, y no quiero que su decisión se base en la pena que yo le inspire.

—En eso estamos de acuerdo. La respuesta es sí, debería irse este sábado, pero no acaba de decidirse. No deseaba que tú lo supieras.

Se ha debido sentir tan mal como tú cuando te pilló tirándote a la vecina en vuestra cama. ¡Ah, no!, perdona. A ti te importó una mierda.

—¿Podemos hablar como personas durante unos minutos? Si no es mucho pedirte.

—Sí, perdona. Sacas lo peor de mí —inspiró—. ¿Para qué quieres saber si va a marcharse?

—Porque quería pedirte un favor. Necesito que te quedes con Adri mientras Lucía esté fuera. Llevaría muy mal quedarme en casa jugando con mi hijo sabiendo que mi mujer se está acostando con otro. Prefiero salir y distraerme esa noche.

—¡Qué morro tienes! ¡Ella lleva años haciendo eso, precisamente!

—Lo sé, deja de recordarme lo cabrón que soy —suspiró cansinamente—. No lo puedo remediar. Creo que siento celos, pero la clase de celos que sentiría un muchacho porque su mejor amigo se ha echado novia y ya no le hace caso. Me he acostumbrado a su presencia, a su serenidad y sensatez frente los problemas. Cuando vuelvo a casa me invade una tibia sensación de paz, porque sé que allí nadie me va a fallar.

—Lo dicho, un cabrón egoísta —dijo Maite sonriendo a su pesar.

—¿Te alegra mi desgracia? —le dijo él levantando una de las comisuras de su boca, dándole a su rostro un aire tan pícaro que Maite se sintió deslizar sobre una nube.

—Un poco —volvió a sonreír—. En realidad, estoy disfrutando.

—Supongo que me lo merezco.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? —dijo Maite con remarcada ironía.

—Y supongo que tendré que acostumbrarme a que Lucía tenga su propia vida, si pretendemos seguir viviendo como amigos.

—Eso yo lo llamo comodidad, Andrés. Simplemente os resulta una situación cómoda, tanto a ella como a ti.

—Quizá tengas razón, pero de momento es la mejor situación —suspiró—. Entonces, ¿me harás el favor que te he pedido?

—Sí, lo haré. Pero más por Lucía que por ti.

—Tú y yo también fuimos amigos, Maite.

—Hace ya mucho tiempo de eso.

—Gracias de todos modos —dijo Andrés levantándose de la mesa.

—Gracias por el café.

No había nadie en aquella pequeña y fría sala. Solo una mujer que, afortunadamente para ella, nadie pudo ver cómo una fina y oscura lágrima teñida de rímel bajaba por su mejilla, abriendo un negro surco sobre su piel.

# Capítulo 11

Todo resultaba tan diferente esa noche... Nada a su alrededor era igual, ni parecía provocar en Lucía las increíbles sensaciones que la inundaban cada vez que entraba en el hotel, su mundo ficticio. Y le pareció menos real que nunca. No la emocionaron ni las fuentes de la entrada, ni la gran cúpula del vestíbulo, ni el bar con sus redes de luces azules o su suave música. Nada. Se sentía como una cáscara de nuez vacía, incapaz de sentir, a la deriva dentro de aquel sueño

que ella misma había fabricado. Todo le parecía artificial.

Se suponía que Andrés no debía enterarse. Solo así hubiese tenido ella el coraje suficiente para seguir adelante con toda aquella locura. Pero así no. No sabiendo que él lo sabía. Ahora ya nada podía ser igual.

A ver, sí, de acuerdo, él llevaba años haciendo lo mismo, pero eso a ella no le importaba. Andrés era Andrés y ella era ella. Nada que ver.

Si al menos solo hubiese sido un polvo, como siempre decidió que sería... Pero la última vez había sido demasiado rollo pareja, lo que había evitado desde el principio, y se le habían disparado todas las alarmas. ¡Si hasta había sentido celos cuando lo había visto con Gemma La Operada!

Demasiadas emociones y situaciones de una relación normal: celos, varios desayunos y una cena juntos, momentos de risa distendida, pasarse los días contando las horas para volverlo a ver, noches enteras enredada entre las sábanas por el deseo insatisfecho...

Eso no podía seguir adelante. O Samuel otorgaba a que aquello solo fuera sexo o se acabó. Evocó en la mente la imagen de su hijo, jugando su primer partido de fútbol de liga, haciendo los deberes con ella, parloteando sin cesar mientras le explica cómo ha ganado a todos sus amigos jugando a la *Play*... Le había costado muchos años de paciencia tener la vida que se había marcado, para que ahora apareciera un desconocido y pusiera su mundo patas arriba. Ella, que siempre se había creído una frígida por no pensar en

hombres, mientras escuchaba las calenturientas escenas narradas por Maite sobre sus rollos de una noche. Ahora resulta que era capaz de echar su ordenada vida a perder por un tío y unos cuantos revolcones.

*Joder, Lucía, ya te vale.*

Levantó la barbilla y entró muy segura en aquel diabólico bar que parecía querer atraparte allí dentro. Le expondría las cosas muy claritas a aquel hombre del que no sabía ni su nombre y a otra cosa, mariposa.

Frenó en seco en cuanto divisó su silueta al fondo de la barra, su lugar de siempre. No estaba tan serio como en otras ocasiones, pues charlaba y sonreía con Raúl, el joven camarero de las pilas

alcalinas. Y de nuevo vestía impecable, con un traje gris marengo, camisa blanca y corbata granate.

El corazón de Lucía se aceleró. Tragó saliva compulsivamente y su vientre se contrajo. Como una polilla ante la luz, era como si al tenerlo frente a ella su cuerpo lo reclamase, más allá de toda razón o pensamiento coherente, sin tener en cuenta pasado, presente o futuro.

Y en ese momento le odió. Por sentir un deseo y una atracción incontenible, por no dejar de soñar con él ni una sola noche desde que se hubieron conocido, por tener que obligarse en ese momento a no salir corriendo para echarse en sus brazos y abrazarle.

*Solo es sexo, solo es sexo...*

Aquella letanía no dejó de martillear en su cabeza, mientras él, maldito fuera, la localizaba, le sonreía y curvaba su dedo índice advirtiéndole de que se acercara. Le pareció escuchar su voz hipnotizadora diciéndole: —“Ven, acércate”.

Cuando estuvo a su altura él la tomó de las manos y acercó su rostro para darle un beso en los labios, algo que ella evitó al girar la cabeza y recibir el beso en la mejilla. Incluso ese inocente gesto la obligó a cerrar los ojos por sentir sus suaves labios, calientes y llenos de promesas.

—¿Qué es esto? ¿Un súbito ataque de pudor? —preguntó él divertido. Su sonrisa pareció clavarse en el pecho de Lucía como un puñal.

—No, es solo que he tenido unos días bastante malos y necesito

desahogarme con un buen polvo, que es ni más ni menos lo que vengo a buscar aquí.

—De acuerdo —dijo Samuel algo descolocado por aquella observación tan fría—. Te daré lo que me pides, preciosa. ¿Quieres tomar algo primero?

—No —contestó secamente—. ¿Podemos subir ya, por favor?

—Por supuesto. Mi tímida gatita se ha convertido en una fiera tigresa. Me excito solo con pensar en las marcas que dejen tus uñas en mi espalda.

Y ella también. La mente de Lucía se llenó de imágenes de Samuel embistiéndola salvajemente mientras ella le clavaba las uñas y dejaba surcos en la piel de su espalda. Sus bragas se mojaron inmediatamente. Y volvió a odiarle por ello.

Cuando entraron en la habitación, Lucía comenzó frenética a quitarle la ropa, mientras él la desnudaba a ella, deseosa de sentirlo dentro de su cuerpo, y recordándose a sí misma al mismo tiempo que debía dejarle unas cuantas cosas claras a ese hombre. Debía transformarse de nuevo en María, la atrevida, un personaje ficticio. Llevaba demasiados días dejando aflorar a la verdadera Lucía, y eso debía terminar.

—Fóllame, Samuel. Necesito que me folles ahora mismo —lo lanzó de espaldas contra el sofá y se situó sobre sus piernas.

Comenzó a frotar su sexo mojado contra la gruesa columna del pene de Samuel. Ella misma lo aferraba entre sus dedos, deslizándolo arriba y abajo, mientras estimulaba su clítoris con el

hinchado glande. A continuación, y ante el asombro de Samuel, apartó su mano y la cambió por la de él.

—Quiero ver cómo te masturbas, cómo te das placer.

—María... —Samuel, asombrado pero muy excitado, comenzó a deslizar su mano sobre su grueso miembro, mientras Lucía, igual de excitada, se masajeaba el clítoris con la yema de sus dedos.

—Vamos, más rápido —le ordenó—. No he dejado de pensar en ti mientras te tocas, desde que me dijiste que lo hacías pensando en mí.

—Preferiría... que fueses tú... la que me tocase —a pesar de sus quejas, no dejaba de mover su mano cada vez más aprisa—, y que... fuese yo el que... te tocase a ti.

Aquella era una imagen excitante, erótica, que estaba llevando a Lucía a las más altas cotas de la lujuria. En alguno de sus muchos sueños eróticos con Samuel, aparecía tal y como estaba en ese momento, aferrando su grueso miembro con su propia mano para darse placer mientras ella le miraba. Eso le recordó lo que Samuel era para ella: una simple fantasía erótica. Además, de esa manera cumplía su cometido: tener sexo sin el acercamiento que tuvieron la última vez. Sin pasar las manos por su duro cuerpo, sin besarle, sin la increíble sensación de su peso sobre ella.

Solo placer.

—Quiero ver cómo te corres, Samuel. Yo estoy a punto, mírame.

Lucía presionó fuerte sobre su clítoris a la vez que introdujo su

dedo corazón en su vagina. Samuel gimió, observando cómo ella mecía sus caderas contra su propia mano, y preso del frenesí, con la mano que tenía libre tomó sus hinchados testículos para acariciárselos y ya no pudo controlar los espasmos de placer que le sacudieron.

Lucía abrió mucho los ojos cuando Samuel se tensó, levantó las caderas, y entre un fuerte gemido derramaba un potente chorro de esperma sobre sus piernas.

Ella le siguió, embistiendo más fuerte con su dedo, dejándose caer sobre el respaldo del sofá por el poderoso clímax que atravesó su cuerpo ante la afrodisíaca imagen que le había ofrecido Samuel.

En esta ocasión nadie habló. Se escuchaban únicamente las respiraciones aceleradas, mezcladas con el olor del sexo y con una

cargante sensación de asombro y perplejidad. Algo extraño acababa de ocurrir y los dos sabían que había sido Lucía la que había llevado la voz cantante, pero ni uno ni otro dijeron nada.

Samuel, todavía conmocionado, fue a cogerla de la mano para acercarla y que posara su suave mejilla en su pecho, como siempre hacían después de la pasión. Pero Lucía parecía tener otras intenciones y se levantó en medio de un silencio algo incómodo.

—Voy al baño a lavarme. ¿Quieres una toalla?

—No. Ahora voy yo también.

Cuando los dos se hubieron aseado, Samuel se sentó en el sofá, todavía desnudo, y antes de que ella se vistiera, la atrajo hacia sí con fuerza, para que no se apartara como antes. La acomodó en su

pecho, no sin notarla tensa y algo rígida ante el contacto de sus pieles desnudas.

—¿Hoy no te has relajado lo suficiente, cariño?

—Ha estado bien —contestó ella sin más.

—Ha sido... diferente. Personalmente prefiero el contacto.

Supongo que contigo estoy acostumbrado a otra cosa.

—¿A qué Samuel? —Dijo ella envarada—. Siempre ha sido sexo.

¿Qué más da la postura?

—Es algo más que la postura y tú lo sabes. —Parecía tranquilo, aunque se podía advertir un rayo de furia al fondo de sus ojos oscuros.

—Bueno —siguió ella despreocupada—, supongo que al final no hemos follado, pero me he excitado mucho. ¿O tienes que

metérmela para que te guste?

—Joder, María —se incorporó para poder mirarla—, ¿no lo entiendes? Llevo quince putos días sin verte y sin tocarte y, aunque no me importa hace cualquier cosa contigo, primero me apetece acariciarte. Ni siquiera nos hemos besado. Te he echado de menos —dijo pasándose la mano por entre los densos mechones de su cabello—. Cada día se me hace más larga la espera.

Había llegado el momento. Era ahora o nunca. Un dolor punzante pareció instalarse en su corazón.

—¿Por qué se te hace larga la espera? ¡Será porque tú quieres! ¡No estarás haciendo la tontería de tener sexo únicamente conmigo!

Samuel se separó de ella y quedaron sentados cada uno en una

punta del sofá. La miró como si de repente ella se hubiese convertido en un insecto gigante.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Joder, Samuel! ¿No recuerdas lo que hablamos al principio? ¿Lo que acordamos? ¡Sexo! ¡Follar! ¡No una relación ni exigencias de fidelidad! ¿O acaso te falla la memoria?

—No, no me falla, pero he visto que siempre acabas volviendo. Supongo que pensé que estabas tan impaciente como yo.

—¿No me escuchas? —gritó Lucía poniéndose en pie ante él—. ¿Quién te ha dicho que debes esperarme? Te dije que no quería saber nada sobre ti, porque tal vez estuvieras casado o tuvieras novia o un harén de amantes. ¡Y a mí qué coño me importa, si solo quiero echar un polvo!

—Entonces —dijo él sin moverse aún del sofá—, tal vez tú te acuestas con otro aparte de mí.

—¡O con otros, Samuel! ¡Tal vez me tiro a un tío diferente cada día, quién sabe! ¡Nunca ofrecí ni exigí exclusividad! ¡Solo es sexo, nada más!

—¿Estás segura? —Samuel se levantó y se cernió sobre ella, alto, desnudo, imponente. Lucía tragó saliva y ordenó a su corazón que latiese más despacio, aunque el órgano rechazó la orden.

—Por supuesto que lo estoy. Puedes tirarte a quien te dé la gana que yo haré lo mismo. Tú y yo lo pasamos bien y me gusta lo que me haces. Me imagino que soy otra persona en situaciones excitantes. Luego vuelvo a mi vida real. Eres una fantasía erótica. Punto.

—Volveré a hacerte la pregunta —Samuel siguió acorralándola, obligándola a dar varios pasos hacia atrás, hasta que la pared apareció a su espalda y se dejó caer en ella. Nunca le había parecido tan alto, tan ancho de hombros, casi amenazador. Sus ojos, más oscuros que nunca, parecían poseer un brillo diabólico. Tuvo que levantar la cabeza para poder mirarle y sintió su tibio aliento en el rostro. Sus pezones se tornaron erectos ante el roce inesperado del vello de su pecho. Irradiaba su olor masculino, calor y una sugerente sensación de peligro. Su pene volvía a cobrar vida y apuntaba directamente a su vientre. Sintió su cuerpo inundarse de un denso calor líquido, que le hizo temblar las piernas, cuando lo vio apoyar las palmas de las manos en la pared, sobre su cabeza—. Te he preguntado si estás segura de que solo es sexo —su boca

estaba a menos de un centímetro de la suya—, que ahora mismo no deseas besarme —le pasó sutilmente la lengua por su labio inferior—, que no deseas tocarme —incrementó la fricción de su pecho sobre sus pezones—, que no deseas hacer el amor conmigo ahora mismo —y acomodó su miembro entre los pliegues de su sexo.

Lucía cerró los ojos. Se sentía ingrávida, envuelta en aquel cuerpo grande y confortable. Emitió un gemido cuando él la tentó de nuevo con su miembro excitado y sus caderas se mecieron instintivamente. Era plenamente consciente de su presencia, notando desde su aliento en el pelo hasta el cosquilleo del vello crespo de su sexo en la suave piel de su ingle.

—Contéstame —siguió acosándola—. Dime que solo es un polvo

cuando estás conmigo, que no desato en ti nada más allá del mero placer. Y mírame a los ojos cuando lo hagas.

Lucía pensó que moriría si no la besaba en ese momento. Lo necesitaba tanto que le dolía. Era pura necesidad, física y emocional. Necesitaba su lengua en su boca, su miembro en su interior, que le hiciera el amor allí mismo, de pie contra la pared.

Que le hiciera el amor...

No, no, no...

—Solo es sexo, Samuel —dijo lo más serena que pudo, teniendo en cuenta el remolino de sensaciones acumulado en su interior—. ¿Cómo tengo que decírtelo? ¡Se-xo!

Samuel la miró. No, más bien clavó sus ojos en ella. Despedían destellos de ira mezclados con una sombra de decepción. Y Lucía se sintió más despreciable que nunca.

—Entiendo —se separó de ella, dejando a Lucía desposeída de su tacto y su calor. Fue como si la despojase de una parte de sí misma—. No voy a seguir acosándote. Todavía acepto cuando una mujer me rechaza.

—No te estoy rechazando —dijo ella abrazándose a sí misma por la falta de su proximidad. Volvió a intentar que su voz sonara fría e impasible, levantando la barbilla en un gesto de obstinación—. Un polvo de vez en cuando, si te sigue interesando.

Observó cómo Samuel se ponía de nuevo algunas prendas de

ropa. Solo calzoncillos y pantalones. Con el torso y los pies desnudos, se acercó a la bandeja de bebidas, y se sirvió algún tipo de licor con hielo, algo fuerte teniendo en cuenta la mueca que hizo al beberse de un trago la mitad del vaso. Fijó su mirada en los cubitos de hielo que flotaban en aquel líquido color ámbar, y sonrió. Más bien torció la boca en un rictus que apenas se asemejaba a alguna de sus hermosas y sinceras sonrisas. Era una mueca cargada de cinismo.

—¿Por qué no? —Contestó sin dejar de mirar la bebida—. Un polvo un par de sábados al mes, mejor que muchos matrimonios, que solo follan una vez al mes. ¡Ah, no!, se me olvidaba. Podemos follar con otras personas, así que, genial —se echó a la garganta el resto del líquido, haciendo tintinear los cubitos de hielo contra el

crystal—. Me siento importante teniendo una amante guapa y dispuesta. Soy un tío afortunado. Jodidamente afortunado.

—Pues si te ha quedado claro —dijo Lucía colocándose el vestido y el resto de su ropa—, hasta dentro de quince días.

—¿Te marchas? —le preguntó él sin apenas mirarla.

—Sí. Creo que no tiene razón de ser que me quede esta noche. No somos buena compañía ninguno de los dos.

—Es muy tarde —¿parecía preocupado?

—No importa. Vine en taxi y haré lo mismo para volver. Cogeré uno de los que suele haber en la entrada. Siempre hay alguno, sino, en recepción me conseguirán otro.

—Está bien. Como quieras. —Y volvió a servirse más licor en el vaso.

No se dirigieron ningún tipo de saludo de cortesía o de despedida. El hombre escuchó el golpe de la puerta al cerrarse y, sin pensárselo dos veces, lanzó el vaso con todas sus fuerzas contra la pared, provocando un agudo estrépito que resonó en todos los rincones de la lujosa suite, haciendo saltar por el aire una miríada de fragmentos de cristal, hielo y gotas de licor.

...

Maite yacía por fin dormida en el sofá de casa de su amiga. Bajo

la pequeña manta de cuadros solo asomaba el claro cabello rubio y el óvalo de su rostro, iluminado por los espectros azulados de las imágenes parpadeantes del televisor carente de sonido. Soñaba con zombis que se disparan unos a otros con armas futuristas haciendo volar por los aires miembros cercenados, después de cambiar durante la tarde los pases y los goles de fútbol, por guerras entre muertos vivientes.

Pero no eran esos sueños los que la inquietaban. No movía la cabeza de un lado a otro ni comenzó a darle patadas a la manta al sentir los sudores que la inundaban por soñar con un juego de muertos que vuelven a morir.

Era mucho peor.

*“... deberías hacértelo mirar... me piden hora para la amiga putita de mi mujer... no sé siquiera cómo te dejo entrar en mi casa... te tiras a cualquiera... porque estás sola...”*

*Hace mucho calor...*

*“... fuimos amigos, Maite... creo que siento celos... ¿podrías hacerme un favor?...”*

*El calor comienza a dificultarle la respiración...*

*De pronto, ese rostro no la acusa ni la censura, únicamente le sonrío, con la sonrisa que la enamoró tantos años atrás, la sonrisa más bonita del mundo, la que sería la envidia del mismísimo Tom Cruise. Y se acerca, cada vez más cerca, hasta que sus labios se*

*unen, en un beso que le calienta el cuerpo y el alma. Por eso tiene tanto calor.*

*—Maite... —le oye susurrar a él—. Maite...*

*—Andrés, sigue besándome, por favor, más profundo, más intenso...*

*Y él la besa, hundiendo su lengua en su boca, tocando con sus manos todo su cuerpo, desplazando sus labios hasta su cuello, sus pechos, su vientre.*

*Y ella resigue con sus manos los contornos de sus brazos, su pecho, su cuerpo delgado pero fuerte.*

*Todavía más calor...*

—*Maite, Maite...*

—*Andrés, por favor...*

—¡Maite! ¡Maite!

—¿Andrés? —el sueño es tan vívido que parece sentir su presencia más que nunca. Hasta parece aspirar su aroma masculino, la fragancia del perfume que usa hace tantos años, a cítricos y a menta... y a... ¿alcohol?

*¡Joder!*

Maite se incorporó de un salto en el sofá y se encontró el rostro de sus sueños frente a ella. Su hermoso rostro, su hermosa sonrisa... y su cabello desaliñado, su ropa arrugada y un aliento que tiraba de

espaldas.

—¿Otra vez en mi sofá, Maite? —dijo Andrés sonriendo, arrodillado frente a ella.

—Andrés —le recriminó ella—, estás borracho.

—Sí, eso parece —contestó él sin dejar de esbozar una sonrisa de tonto de remate.

—Levanta del suelo, anda. —Ella se levantó del sofá y lo ayudó a incorporarse hasta que lo tuvo frente a un sillón, donde él se dejó caer como un pesado saco de patatas.

—Estás hecho un desastre —dijo Maite con los brazos en jarras—. ¿Ahora te ha dado por ahogar tus penas en alcohol?

—He bebido tanto —apenas podía entenderse lo que decía con la lengua trabada por la borrachera— que un par de amigos han tenido

que traerme a casa a rastras. Yo quería seguir bebiendo y bebiendo, pero no me han dejado. Los muy gilipollas...

—No, no son gilipollas, son buenos amigos. —Maite se arrodilló ante él y colocó sus manos sobre sus piernas—. ¿A qué viene esto, Andrés? Si las cosas fuesen así, Lucía sería una alcohólica crónica.

—No he bebido por ella, sino por mí, porque estoy un poco perdido. Tengo las mujeres que quiero, pero ninguna me sirve más que para un polvo. Las comparo con Lucía y todas salen perdiendo.

—Ya. —Maite lo miró envuelta en una capa de ternura y comprensión. Lucía seguía siendo su amiga y la madre de su hijo, pero no dejaba de ser el recuerdo de su fracaso. Buscando sin cesar otra mujer que pudiera estar a su altura, no dejaba de tener rollos pasajeros que no hacían sino recordarle lo solo que estaba. Y ella

sabía muy bien de qué hablaba.

—Por cierto —dijo Andrés inclinando la cabeza y mirándola con ojos brillantes carentes de lucidez—, cuando he entrado no dejabas de moverte y repetías mi nombre una y otra vez.

—Sería una pesadilla —dijo ella alarmada—. Seguro que soñaba con que me estabas torturando de alguna manera.

Eso era totalmente cierto. Aunque la torturaba de una forma diferente a la que él pudiera pensar.

Pero Andrés no pareció muy conforme con la explicación, a pesar de su falta de lucidez por la bebida. Yacía desparramado sobre el sillón, con la camisa a medio abrochar, barba de dos días, el flequillo descuidado sobre la frente y una extraña expresión en sus nublados ojos azules. Y a Maite le pareció más irresistible que

nunca.

—¿Por qué llevas tan poca ropa?

—Yo... —la joven fue consciente en ese momento de su atuendo.

Por comodidad, se había despojado antes de dormirse de los tejanos y la camiseta, dejándose únicamente un conjunto de algodón blanco de braguitas y top, muy diferente a la ropa interior atrevida que solía llevar puesta—, tenía un poco de calor —susurró.

—Estás... diferente.

Las ideas debían abrirse paso entre la mente abotargada de Andrés como un machete a través de la jungla, pero aun así, volvió a percibir la imagen de Maite como ya lo hiciera hacía poco. Con aquel infantil conjunto de ropa interior le pareció una adolescente,

volviendo a llevar la cara exenta de maquillaje y con una extraña expresión de anhelo en sus ojos castaños. Su sedosa melena rubia por los hombros no hacía más que resaltar aún más aquel aire de inocencia que, por alguna razón que en ese momento no estaba en condiciones de entender, le provocaba un leve desasosiego, sobre todo de cintura para abajo. Sus pequeños pechos se adivinaban entre el blanco tejido, lo mismo que su estrecha cintura, donde vio refulgir el metal del *piercing* de su ombligo. Sintió el apremiante deseo de sentir el tacto de aquel objeto metálico en su lengua, y su miembro se agitó en el acto.

—Creo que será mejor que te metas en la cama. —Maite se sintió expuesta con aquel escrutinio del hombre, y no le pasó desapercibido el bulto bajo su pantalón.

¿De verdad se había excitado por ella?

*Maite, tonta, está borracho y solo ha visto a una tía en bragas, nada más.*

—¿Por qué te maquillas tanto si así estás tan bonita? —le dijo Andrés mientras le pasaba el pulgar por el labio inferior.

Maite sintió cosquillear todo su cuerpo con aquella simple caricia. Las manos de cualquier hombre sobre su cuerpo no habían sido capaces de provocar jamás lo que sintió únicamente con aquel tierno gesto acompañado de aquellas dulces palabras.

¿Lo había dicho porque los borrachos dicen la verdad o porque los borrachos no saben lo que dicen?

—Deja de decir chorradas y vamos a tu habitación. Vamos, te ayudaré a levantarte.

Con demasiado esfuerzo para un cuerpo tan menudo que ha de cargar con semejante peso, Maite tiró de su brazo para levantarlo del sillón y él se dejó caer sobre sus hombros. Aparentemente era un hombre delgado, pero era muy alto, y las muchas veces que se levantaba temprano para correr, lo habían dotado de una considerable masa muscular.

—Y ahora tumbate. —Maite apartó la colcha y lo dejó caer sobre la cama hasta hacerlo rebotar sobre las sábanas, con lo que se vio obligada a caer sobre él por la fuerza de la caída y porque sus brazos siguieron aferrados a ella.

La joven comenzó a respirar muy aprisa. Aquello era lo más parecido a sus sueños, encontrarse tumbada sobre el cuerpo de Andrés, teniendo su rostro a un suspiro de distancia. Su pubis se apretaba directamente sobre el bulto de la entrepierna y una potente excitación la recorrió de arriba abajo.

—Maite... —Andrés le apartó un mechón de cabello y se lo colocó tras la oreja. Le tomó el rostro entre sus manos y lo atrajo hacia él, hasta que posó sus labios en la suave boca femenina, que se dejó abrir como una flor cuando él introdujo su lengua y la enlazó con la suya.

A Maite le daba vueltas la cabeza. No sabía si reír o llorar. Ahí estaba ella, viviendo su más anhelada fantasía, la que tenía hacía ya

tantos años que había perdido la cuenta. Sus manos se apoyaban en el torso del hombre, sintiendo en sus palmas el cosquilleo del vello masculino. Estaba tan suave y tan caliente... Sus pechos se apretaban contra ese duro tórax y su sexo contra su miembro, duro como una roca. Instintivamente, se meció sobre él, sintiendo la maravillosa fricción entre las piernas. Y su boca... ah, su lengua sabía a whisky y a seducción. Sensaciones, olores y sabores reales que superaban con creces cualquier fantasía creada en sus sueños.

Cuando él aferró sus glúteos y la apretó contra él, Maite incrementó el movimiento de sus caderas. El roce de la tela del pantalón contra la ineficaz barrera de sus braguitas y la presión de aquella dureza hicieron que le quemara el clítoris de puro deseo. Separó un instante su boca para saciar su apremiante necesidad de

besarle en el cuello, bajando por la abertura de la camisa, y besar sus duros pezones.

No fue algo físico, más bien una sensación, pero sintió cómo el cuerpo de Andrés se relajaba y sus manos resbalaban a cada lado de sus caderas. Se incorporó sobre él y contempló su rostro dormido y relajado, con sus labios entreabiertos y los arcos de las pestañas sobre sus pómulos.

Maite sonrió y peinó con ternura con sus dedos los negros mechones que caían por su frente. Era una delicia sentir su pelo sedoso entre los dedos, acostumbrada como estaba a verle formalmente peinado con gomina, pues su cabello en estado natural se ondulaba ligeramente y él intentaba dominarlo imperiosamente para forzar un aspecto más serio y más maduro. Pero en aquel

momento, con aquellas ondas oscuras enmarcando su rostro, le pareció estar ante un muchacho, atractivo, sexy, tentador.

Su cuerpo todavía bullía y se obligó a apagar aquel fuego que la había consumido durante unos minutos en los que casi había alcanzado el paraíso. ¿Habrían llegado hasta el final si no hubiese estado bebido?

*Maite, tonta al cuadrado, si no hubiese estado bebido no se habría ni acercado.*

De momento, se acurrucó contra su pecho, apoyando su mejilla en su piel caliente y escuchando los pausados latidos de su corazón. Lo abrazó por la cintura y cerró los ojos. Estaría alerta por si se despertaba y la tiraba al suelo de un empujón cuando se diera cuenta

de quién estaba sobre él. Casi se sentía una violadora, sobando su cuerpo sabiendo que él no se enteraba de nada.

*Sólo un poquito más*

Durante unos breves instantes se imaginaría algo que no podía ser.

Hasta que sintió la llave en la cerradura.

...

El viaje de vuelta a casa de Lucía se le había hecho eterno. Durante el trayecto en el taxi se había obligado a no pensar, a mantener su mente en blanco, si no quería echarse a llorar como una magdalena. Estaba deseando llegar a casa y volver a su rutina.

¡Qué absurda paradoja! ¡Llevaba meses escapándose a ese hotel con un hombre para huir de la rutina, y ahora resulta que deseaba aquella rutina para dejar de pensar en aquel hombre!

Pero era la única forma que se le ocurría, volver a ocupar sus horas con sus quehaceres cotidianos, sus prisas y sus obligaciones, para que su mente no se viera acosada con la imagen de Samuel, con su rostro apesadumbrado y su expresión desconcertada. Se había mostrado incluso enfurecido, pareciéndole más intimidante que nunca, pero, sinceramente, era mucho mejor así. Sería mucho

mejor para los dos que él no se la tomara tan en serio, reanudara cualquier relación que tuviese en su vida y la viera a ella como un simple desahogo físico, un mero revolcón. De esta manera, para ella misma sería mucho más fácil seguir con aquel juego si él no se mostraba tan atento y cariñoso, puesto que le era de sobra sabido que aquello no tenía futuro ni iba a ninguna parte. Si a partir de entonces se encontraba con un cabronazo gilipollas, frío y sin sentimientos, mejor que mejor. Un buen polvo hasta que se cansaran y se mandaran a la mierda mutuamente.

Sacó las llaves de su bolso elevando su barbilla, como si con ese gesto acabara de decidir su futuro con Samuel firmando un contrato donde se especificara:

*Solo estará permitido el sexo sin compromiso y sin sentimientos  
Y así lo corroboran los abajo firmantes...*

Sacudió la cabeza para dejar de pensar tonterías mientras entraba por fin en el remanso de su casa. Suponía a su marido y su hijo ya durmiendo, pero las luces y sombras en el salón creadas por el parpadeo del televisor llamaron su atención.

No había nadie. Apagó el aparato y un ruido sordo la hizo encaminarse al dormitorio de su marido. Le había parecido... No, no, no sería capaz, en casa otra vez no. Y esta vez con su hijo en otra habitación...

*Lo mato a hostias, vamos*

Se quedó clavada en el vano de la puerta, cuando vio a su marido tumbado inconsciente sobre su cama y Maite quitándole los zapatos.

—¿Ya estás aquí, Lucía? —Maite había tenido tiempo únicamente de resbalar al suelo deslizándose sobre Andrés, ponerse una camiseta y agacharse a sacarle un zapato—. ¿Qué te parece tu querido marido? Borracho como una cuba hasta caerse pedo perdido.

—¿Andrés borracho? —se sorprendió Lucía.

—Sí, hija, sí. Han tenido que acercarlo hasta casa unos amigos. Al muy imbécil le dio por beber al saber que tú estabas con otro. Me pidió que me hiciera cargo de Adri esta noche.

—Vaya —susurró Lucía pesarosa—. Siento haber armado todo este jaleo por mi culpa, y perdona por tener que pasar otra noche

haciendo de canguro.

—No pasa nada, Lucía. Cualquier cosa por ti y por Adri, no por este energúmeno. Por cierto, ¿qué haces aquí tan pronto?

—Ya hablaremos mañana, Maite, ahora no me apetece. Vuelve a la cama y perdón otra vez.

—Me volveré al sofá, ahora tú necesitas tu cama.

—Esta noche me quedaré aquí —dijo mirando apesadumbrada a su marido—. Cierra la puerta, por favor.

—Claro —dijo Maite desconcertada. Cerró la puerta y se marchó de nuevo al sofá.

Lucía se sacó el vestido, los zapatos y las medias, se puso una camiseta de su marido que le llegaba casi a las rodillas y se tumbó en la cama junto a él.

Sintió que la rodeaba un halo de ternura cuando observó a Andrés dormido junto a ella. A pesar de la vida separada que llevaban no le había hecho ni pizca de gracia saberla con otro, y esa idea la hizo sonreír. Seguía siendo un inmaduro egoísta, pero lo quería tal cual era. Andrés era para ella desde hacía ya mucho tiempo como el hijo o el hermano que te ha tocado tener, que sea como sea lo quieres igual.

Le dio un beso en la mejilla, apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

...

Lucía se despertó con la sensación de haber dormido bastante bien, a pesar de todo lo acontecido el día anterior. El cansancio parece ser el mejor somnífero, y ella le estaba esta vez realmente agradecida a su agotamiento por haberle permitido dormir esa noche sin haberse visto asaltada por sueños turbulentos con ojos oscuros y sonrisas maravillosas.

Se incorporó en la cama para levantarse y no molestar a su marido, pero el movimiento del colchón fue para él como si un martillo le golpeará la cabeza.

—¿Lucía? ¿Eres tú? —dijo abriendo un solo ojo.

—Buenos días. ¿Qué te pasó anoche? ¿Ya no aguantas un par de copas? ¿Te estás haciendo viejo? —bromeaba Lucía.

—No fueron solo un par de copas, Lucía —dijo tapándose los

ojos con el brazo—. Joder, estoy hecho una mierda.

—Vamos, vamos, quejica, date una ducha y yo prepararé el desayuno.

—Un momento, espera —Andrés la atrajo hacia sí hasta apoyarla en su pecho—. ¿Has estado aquí, durmiendo conmigo?

—Sí —contestó Lucía.

—Gracias por la compañía y la comprensión —contestó él—, y por ser como eres.

—¿Aunque ahora me escape de vez en cuando, como has estado haciendo tú durante años?

—Lo siento —dijo él apesadumbrado, todavía con los ojos cerrados—, he sido un egoísta. Si vivimos como amigos es lógico que cada uno acepte la vida del otro. Supongo que a veces no puedo

evitar dejar aflorar el cavernícola que todavía llevamos dentro la mayoría de los tíos.

—Perdonado. ¿Sabes?, es la primera vez en años que tenemos una conversación seria sobre nosotros. Me alegro de que te emborracharas anoche y hayas visto las cosas desde otra perspectiva.

—No volveré a emborracharme —gruñó—. Al menos no para que tengan que traerme a rastras hasta mi casa. ¿A la cama me trajiste tú?

—No, fue Maite, ¿no lo recuerdas? Pues sí que estás mal.

—¿Maite? —De pronto Andrés pareció recordar. Y parece recordar absolutamente todo.

—Sí, Maite, a la que pediste que volviera a pasar la noche con

Adrián. Para que luego te metas con ella.

—Ya le daré las gracias, tranquila —refunfuñó.

—Eso espero. —Lucía se incorporó sobre el pecho de su marido y no pudo evitar echar un buen vistazo a aquel cuerpo masculino. Podrían haber acordado ser amigos y no existir atracción sexual entre ellos, pero no estaba ciega. Su marido era realmente atractivo, con un cuerpo alto y delgado, pero duro y musculoso. Su juvenil rostro era de rasgos cincelados y suaves, con una bonita boca y unos ojos azules que, en contraste con su negro cabello, seguro pararían más de un corazón femenino. Fue bajando la vista desde su plano estómago hacia abajo, desvió la mirada hacia la parte inferior de su cintura e, inmediatamente, abrió unos ojos como platos—. Andrés... —dijo titubeante—, ¿te has empalmado conmigo?

—¿Cómo dices? —El hombre se apoyó precariamente sobre sus codos y observó el bulto bajo sus calzoncillos—. ¡Joder! —Y se giró alucinado hacia Lucía cuando la sorprendió riéndose y desternillándose sobre la cama—. ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—¡Pues imagínate! —Siguió Lucía con sus carcajadas—. Que se te ponga dura conmigo solo puede significar que no echas un polvo en condiciones desde hace mucho tiempo —y siguió riendo divertida.

—Vale, muchas gracias, y deja ya de reír o me reventará la cabeza de un momento a otro.

—Está bien —Lucía se levantó de la cama sonriendo todavía y se dirigió a la puerta—. Voy a preparar el desayuno.

Andrés se incorporó poco a poco, intentando controlar las náuseas. No volvería a perder el control bebiendo ni aunque predijeran el apocalipsis inminente.

Se arrastró hasta la ducha y se metió bajo el agua casi fría, que le despojó de los últimos resquicios de sus excesos nocturnos y de algo que le sucedía un poco más abajo. Miró su miembro ahora más menguado por la impresión del agua fría y apoyó sus manos en la pared de cristal mientras el chorro caía sobre su cabeza y su espalda.

Ni se le había ocurrido sacar a Lucía de su error sobre su erección mañanera, el motivo de la cual había sido la simple mención de Maite y el recuerdo de la noche anterior. El recuerdo de unos suaves labios, de un cuerpo menudo que se amoldaba perfectamente al suyo, de su miembro encajado entre sus piernas, donde sintió un

placer tan inigualable que dio las gracias mentalmente a su borrachera por haberle hecho caer desfallecido y no hacerlo capaz de correrse con Maite frotándose encima de él.

¿Qué coño le había pasado?

Ni más ni menos que Lucía tenía toda la razón: hacía mucho tiempo que no echaba un polvo en condiciones. Se conformaba con conocer mujeres fáciles que no le aportaban nada, que se limitaban a abrirse de piernas y a ofrecerle un placer tan fugaz como intrascendente, y su mente últimamente le estaba jugando la mala pasada de pedirle algo más, algo que no existía o que ni siquiera se molestaba en buscar.

*Estás tan sola como yo...*

Recordó las palabras que le dijera a Maite hacía unos días. ¿Estaba cabreado o fue un momento de sensatez por su parte?

Salió de la ducha y se puso unos vaqueros y una camiseta blanca. Adoraba los domingos, entre otras cosas, porque podía vestir informal, sin la rigidez del traje y la corbata que debía usar a diario para su trabajo como abogado de empresa. Sonrió al recordar que decidió estudiar Derecho, precisamente, porque así siempre iría bien vestido y se sentiría más respetado por ello. Bobadas de juventud.

—¡Eh, vigila por donde vas! —le gruñó a Maite cuando se topó con ella en el pasillo nada más salir por la puerta.

—¿Y tú? A saber qué irías pensando con esa sonrisa de imbécil pegada en la cara.

—Seguro que en ti no —le dijo él sarcástico—, y mucho menos en lo que pude hacer anoche con semejante turca.

—¿De qué coño hablas? —dijo Maite haciéndose totalmente la sueca.

—Lo sabes perfectamente —Andrés bajó la voz y la agarró por un brazo—. Tenemos que hablar.

—No tenemos nada de qué hablar. Tú estabas borracho y yo en bragas. Fin de la cuestión.

—¡Por supuesto que es el fin de la cuestión! Solo pretendía decirte que no volverá a suceder nada parecido, ¿me oyes?

—Por una vez estamos de acuerdo en algo.

—¡Pues ya está! —refunfuñó él.

—¡Pues eso! —gruñó ella.

—¿Qué te parece, Adrián, cariño? He bajado a por churros y estoy haciendo chocolate, caliente y bien espeso, como a nosotros nos gusta. —Lucía ya se había levantado con esa idea en mente. Suponía que una buena inyección a sus endorfinas sería una buena terapia contra la depresión.

—Súper guay, mami —dijo el niño sentándose en una silla de la cocina—. Ponme un montón de churros con mucho azúcar y mi tazón grande lleno de chocolate.

—Cuando te sientes bien. Te he dicho mil veces que no pongas las rodillas en la silla.

—Vaaaale. ¿Dónde están papá y la tita Maite?

—Supongo que cada uno en una ducha. Tu tía parecía una zombi y tu padre... bueno, a tu padre no le sentó muy bien la cena. ¿Qué

tal ayer con tu tía otra vez? ¿Jugasteis al fútbol con la *Play*, como siempre?

—Eehh... —titubeó el niño—, sí, no... no sé.

—¿No sabes? —Dijo Lucía levantando una ceja—. ¿Cómo que no sabes? Explícame eso ahora mismo o te escondo el mando donde no puedas encontrarlo nunca en tu vida.

—Papá me compraría otro —soltó el niño con una sonrisa plagada de dientes negros por el chocolate.

—¿Papá te compraría otro? Ahora te vas a enterar —Lucía agarró uno de los churros, lo untó bien de chocolate en la taza y se lo pasó a su hijo por las sonrosadas mejillas como si dibujara un dulce grafiti.

—¡Mami! Tú también te vas a enterar —Adrián llenó la cuchara

de chocolate, la colocó sobre el borde del tazón, le dio un golpecito en el mango y el líquido salió disparado de la cuchara como si fuese una pequeña catapulta.

—¡Adrián! —gritó Lucía alucinada por la idea de su hijo, sintiendo las gotas calientes resbalar por su cara.

—¡Alaaaa, mírate! —dijo el niño entusiasmado—. Pareces un muñeco de chocolate derretido.

—¡Pues anda que tú! ¡Enséñame ahora mismo cómo has hecho eso!

—Es muy fácil, mira —el pequeño volvió a colocar la cuchara llena de chocolate sobre la taza y le indicó a su madre dónde debía golpear, pero Lucía le dio tan fuerte que una lluvia de chocolate salió disparada para dar de lleno sobre la camiseta blanca de

Andrés, que en ese momento entraba en la cocina.

—¡Perfecto! —dijo Andrés observando aquel estropicio. Levantó la vista y se fijó por primera vez en las caras sonrientes y manchadas de su hijo y su mujer—. Pero, ¿qué ha pasado aquí? ¿Está lloviendo chocolate en la cocina?

—Sí, llueve chocolate —rio el niño la gracia de su padre—, y mañana nevarán gominolas.

—¿Estás seguro de que es chocolate lo que ha llovido? —Dijo Andrés siguiendo el juego a su hijo—. Yo no estaría muy seguro. Probaremos a ver —se lanzó contra el niño y comenzó a pasarle la lengua por la cara—. Mmm, sí, parece chocolate.

—¡Papá, qué asco, para ya!

—Ahora probaré con tu madre —y comenzó a dar lengüetazos

por el rostro de Lucía.

—¡Andrés! —rio ella—. ¡Eres peor que tu hijo de nueve años!

—Lucía —se oyó a Maite desde la puerta—, me voy a casa.

—Maite, cariño, ¿no te quedas a desayunar?

—No —contestó su amiga observando aquella escena tan familiar de domingo por la mañana—, tengo que limpiar un poco, ya sabes, ropa sucia por todas partes y platos sucios por la cocina. Un coñazo pero necesario de vez en cuando si quiero seguir encontrando las cosas.

—Está bien, guapa, ya hablaremos.

—Hasta mañana.

# Capítulo 12

—Hola, buenos días, ¿qué tal está hoy el niño más guapo del mundo? —saludó Maite el lunes por la mañana al entrar en casa de sus amigos, dando a Adrián un fuerte achuchón acompañado de un sonoro beso en la mejilla.

—Jo, tita, no me digas esas cosas —se quejó el pequeño. A sus nueve años ya comenzaba a sentirse muy mayor para tanto beso y tanto piropo. Menos mal que no solía ser delante de sus amigos,

sino, tendría que dejarle las cosas claras a su familia—. Pues un rollo, como todos los lunes. Tengo sueño.

—Vamos, cariño, con la energía que tú tienes te comerás el día a bocados. Mírame a mí, que ya soy vieja y estoy hecha un asco.

—No eres vieja, qué tonterías dices —rio el niño—. Por cierto, tita, creo que mi madre sabe que jugamos a juegos que no son de fútbol y lo mismo le da por castigarme.

—No te preocupes —le susurró—. Diremos que toda la culpa es mía y se acabó. ¿Dónde están tus padres? —preguntó poniendo en marcha la cafetera para adelantar algo de tiempo.

—Por aquí llega un trozo —Lucía apareció colocándose todavía la ropa, intentando utilizar la otra mano para enchufar el tostador.

—No empieces con el estrés de buena mañana, Lucía, vamos bien

de tiempo. Recuerda que tienes algunas cosas pendientes de contarme —mientras tanto, se untó mantequilla en una tostada, se sentó en la mesa y se sirvió un café.

—¿Qué pasa? ¿Nadie va a prepararme un café? ¿Y mis magdalenas? —dijo Andrés al entrar en la cocina.

—¿No tienes manos o qué? —saltó Maite.

—¿Y tú no tienes comida en tu casa o qué? —contestó Andrés.

Con las mismas pullas de siempre, se daban a entender entre ellos mismos que nada había cambiado, como si lo de la noche del sábado nunca hubiese tenido lugar.

—No empecéis vosotros dos —cortó Lucía—. Toma, Andrés, tus magdalenas y tu café. Y a ver si nos levantamos un poquito antes.

—¡Va, papá, que yo ya estoy hace rato!

—Vale, captada la indirecta, ya nos vamos. —Andrés se bebió el café de un trago y se terminó de poner la chaqueta mientras sujetaba la magdalena entre los dientes y se marchaba con su hijo por la puerta.

—Parece que ahora Andrés y tú os lleváis bastante mejor —dijo Maite a su amiga.

—Sí —contestó Lucía—. Era algo que debimos haber hecho cuando decidimos seguir juntos a pesar de hacer vidas separadas. Debimos haber hablado y haber llegado a algún tipo de consenso, todo habría sido más fácil. A pesar de que nos hemos llevado bien y no hemos discutido, podríamos haber tenido más confianza, aunque, como se suele decir, nunca es tarde si la dicha es buena.

—Me alegro —dijo Maite sin demasiado entusiasmo. Y se sintió

despreciable por no alegrarse mucho más por su amiga, como siempre había hecho. ¿Por qué coño se sentía tan chafada?—. Cuanto mejor estéis vosotros, tanto mejor para Adri.

—Pues sí, nos llevamos genial. Imagínate —Lucía bajó la voz como si alguien fuera a escucharlas—, ayer por la mañana Andrés tuvo una erección conmigo.

—¿Una erección? —gritó Maite, a la que no le importaba que un vecino cotilla escuchase algo—. ¿Contigo?

—Como lo oyes.

—Ese hombre es un puto degenerado. ¿Y qué te ha dicho? ¿Y qué le has dicho tú?

—Yo, pues reírme de él y de la poca calidad de sus polvos. Seguro que no para de tirarse a tontas descerebradas que lo único

que hacen es reírle las gracias y dejarse embaucar por su bonita sonrisa.

—Seguro. Bueno, ¿y tú? —Preguntó Maite para cambiar de tema, mientras ya se montaban en el coche. Se acabó de hablar de Andrés y de sus erecciones—. Creo que algo ha pasado con tu amante misterioso. Dame detalles ahora mismo.

—Desde el principio le vi un interés especial por mí, y la extraña situación que nos hemos montado es demasiado parecida a una relación normal. Le di un ultimátum: o solo sexo o nada.

Maite miró a su amiga con una extraña expresión entre cabreo y exasperación.

—Eres tonta del culo, Lucía.

—¡Pero qué dices!

—Sí, la más tonta del mundo. ¿Sabes cuánta gente se pasa la vida buscando una persona con la que congeniar, fracasando estrepitosamente en el intento? Y vas tú, encuentras un tío que, por lo que me has explicado, es un cielo, guapo, elegante, culto y encima soberbio en la cama, y te haces la chula montándole un numerito donde le haces creer que no te importa una puta mierda lo que haga o deje de hacer, cuando eso no te lo crees ni tú. ¿A ti te parece normal?

—¡Maite! ¿Se puede saber qué te ha dado? ¿Dónde está la chica que decía “yo solo quiero de los tíos una buena polla y después que los aguante su puta madre”?

—Yo solo quiero decirte que a veces uno no sabe lo que tiene

hasta que lo pierde. —Maite abrió la puerta del coche y se alejó acera abajo, dejando a Lucía más confundida que nunca.

—Joder, Maite —refunfuñó Lucía en voz alta cuando volvió a incorporarse a la circulación—, me parece que, lo mismo que a Andrés, a ti también te hace falta un polvo en condiciones. A ver si resulta que ahora voy a ser yo la única satisfecha y con mejor sexo que nadie. Tiene gracia el asunto. —Y se echó a reír ella sola como una loca al volante.

...

—Lucía, es nuestro momento de relax —sonrió Blanca asomada al cubículo de trabajo de Lucía. Sus rizos castaños se balanceaban alrededor de su rostro redondo y sonrosado—. Nos da tiempo, por lo menos, de tomarnos un café con efecto laxante de nuestra maravilla de máquina. Siempre que nos achicharremos la lengua bebiéndolo de un trago si queremos que nos dé tiempo de mear. — La joven puso los ojos en blanco mientras ironizaba sobre el poco tiempo que les concedían para tomar un simple café.

—Sí, uf —suspiró Lucía—, llevo rato mirando el reloj y las puñeteras agujas no corren hoy.

—¿Qué tal llevas la nueva cuenta?

—Un asco. Mis neuronas están saturadas. Se han hecho una hamaca entre ellas, se han tumbado al sol con un *gin-tonic* y pasan

de mí. Vamos a por nuestro último descanso por hoy y mañana será otro día.

De pie ante la máquina de las bebidas, las compañeras le iban dando sorbos a sus cafés mientras conversaban, aunque se podría decir que Blanca hablaba y Lucía escuchaba. Siempre se le había dado especialmente bien escuchar a las personas, pero en ese momento frunció ligeramente el ceño al advertir que apenas escuchaba lo que su compañera le contaba. Ah, sí, algo sobre su última adquisición de muebles para el piso que se estaban montando ella y su novio para irse a vivir juntos. Su pensamiento, sin embargo, tenía sus propios planes, y se dedicaba a incordiarla con la última conversación que mantuvo con Samuel hacía ya una semana.

*¡Para ya, joder! Te están hablando sobre camas abatibles o compactas con cajones, y tú pensando en... él.*

Ella no era así. Normalmente la gente confiaba en ella y en su buen criterio, una especie de consejera y mediadora. Pero desde que se escapaba a su mundo de ficción, parecía no poder concentrarse en nada durante demasiado tiempo, sobre todo desde la última escena en aquella habitación de hotel, cuya imagen golpeaba sin cesar sobre su juicio y su cordura.

—Lucía —incomprensiblemente, esta vez escuchó susurrar su nombre de labios de su amiga—, por ahí viene nuestro amado jefe. Ya puedes echarte a la boca lo que queda de café o tirarlo a la papelera.

—Buenas tardes —saludó el director—, ¿un pequeño interludio antes de acabar la jornada?

—Ya nos íbamos —Blanca, siguiendo su propio consejo, se bebió de un trago lo que quedaba del café que apenas se podía tolerar.

—Tranquilas, que no las voy a amonestar por ello. Yo mismo vengo a escabullirme un momento.

Lucía, sin apenas ser consciente, siguió con su mirada los movimientos de Diego, fascinada de repente por aquellos gestos tan masculinos, como la flexión de los músculos de su espalda al agacharse o levantar un brazo para coger el vaso de la máquina, pasarse la mano por el cabello o por la barba, o arreglarse el nudo de la corbata. Y sonrió, porque como ya le sucediera al fijarse en Andrés, fue consciente del reciente despertar de su propio cuerpo y

su sexualidad. Lo que a cualquier mujer le sucedía en la primera juventud, a ella le había pasado a los treinta y cuatro años. Antes de su experiencia con Samuel los hombres no despertaban en ella más que ignorancia, incluso rechazo. Ahora sentía deseo y se sentía deseada por ellos, y eso le gustaba.

—Blanca, ve tú. Yo he de hablar un momento con Diego.

—Claro, hasta luego —contestó Blanca ligeramente suspicaz.

—¿Querías comentarme algo? —Diego se sintió ligeramente sorprendido por aquella facilidad con la que Lucía se dirigía a él últimamente. La chica tímida e insegura durante tantos años se estaba transformando en una mujer con un aplomo y una firmeza que parecían haber emergido de golpe en las últimas semanas.

—¿Tendrías un momento? Querría comentarte algo —dijo ella

mirando en derredor fijándose en la gente que entraba y salía de la sala.

—Por supuesto —el director creativo entendió aquella sutil petición de hablar sin público presente—, vayamos a mi despacho.

Lucía siguió a su jefe hasta su despacho y entró mientras este le sujetaba la puerta. Debía entrar allí muchas veces para tratar temas muy diversos del trabajo con él, pero siempre la asombraba la sensación de elegancia que la envolvía, acorde con la persona que residía tantas horas en aquella estancia.

Cuando él cerró la puerta y la instó a que se sentara, intentó mostrarse serena y mostrar el aplomo necesario para exponer la propuesta que tenía en mente.

Llevaba varios días dándole vueltas a su conversación con Samuel. En realidad, no se la había podido sacar de la cabeza en ningún maldito momento del día. Ni de muchas noches. La cuestión era que necesitaba hacer algo al respecto, y la idea la había abordado de pronto en su cabeza, como un dardo que da de lleno en el centro de la diana, durante su encuentro con Diego en la cafetería. Ahí estaba la solución, salir con otro hombre. Diego se había interesado por ella, era un hombre elegante, listo y ambicioso, tendría unos cuarenta y tantos y estaba bastante bien, mejor que bien, sin parecerse en nada a Samuel —algo que agradecía soberanamente—. Le entraron ganas de colgarse una enorme medalla en el pecho por aquella idea insuperable.

—Tú dirás —dijo su jefe sentándose en su elegante sillón de

cuero negro—. Espero que no tengas ningún problema importante con la nueva cuenta que te hemos endosado. Comprendo que te hemos exigido mucho, pero creo que la sacarás adelante.

—Sí, sí, tranquilo, nada que no pueda solucionar con la ayuda del equipo y de una buena noche de insomnio.

—¿Una noche de insomnio?

—Sí —sonrió Lucía—, son las horas donde me es más fácil crear planes y proyectos. No te imaginas la de buenas ideas que he desarrollado dando vueltas en la cama.

—Ya veo —carraspeó Diego.

—El tema no va por ahí —continuó Lucía—. Yo quería preguntarte —cogió aire— si todavía estás interesado en salir conmigo.

—Vaya —dijo el hombre algo descolocado tras unos segundos de silencio—, no me lo esperaba. No solo se te ve más desenvuelta sino que ahora eres tú la que le pides una cita a un hombre.

—Tal vez ya no te interese, lo siento —Lucía fue a levantarse, mortificada por tomar aquella decisión tan súbita e imprevisible en alguien como ella.

—Siéntate, Lucía, yo no he dicho eso. Únicamente me ha pillado desprevenido, pero sigue interesándome —apoyó los codos en la mesa, entrelazó las manos, y la miró con sus ojos azul claro, que le parecieron a Lucía más incisivos que nunca.

—Bien —Lucía se levantó por fin y se dirigió a la puerta.

—¿Cuándo te iría bien? —preguntó Diego.

—Ya te lo confirmaré. —Y salió del despacho, mientras su jefe

no perdía detalle de sus largas piernas sobre los tacones, su cabello recogido en un informal moño y sus caderas enfundadas en una estrecha falda. Sonrió y volvió a centrarse en su trabajo.

...

—Va, mami, porfa, déjame quedarme a dormir en casa de mi amigo Eric.

—No sé, Adrián, nunca has pasado la noche fuera de casa. Lo hablaré con tu padre.

—Es su cumple, mami, es mi mejor amigo, y conoces a su madre.

Vaaaaa, porfiiiiii...

—Está bien, deja de mirarme con esa carita del Gato con Botas de *Shrek*. Llamaré a su madre y lo comentaré con tu padre, pero ante todo debes prometerme que te portarás bien, y que para cualquier cosa me llamarás. —Lucía sabía que la batalla estaba perdida. Su hijo había heredado el físico y el encanto de Andrés y era capaz de convencerla para casi cualquier cosa. En su rostro ya podía advertirse el gran parecido con su padre, en sus facciones, sus ojos azules y su cabello negro, aunque su hijo lo tenía liso como ella y lo llevaba bastante largo. Sonrió al imaginárselo como un adolescente lanzando sonrisas a las jovencitas y dejándolas K.O. en el proceso.

—Que sí, mami, que sí. Gracias, gracias, gracias —y se abalanzó

a los brazos de su madre para llenarle las mejillas de húmedos besos.

—Ahora no te molestan los besos, ¿verdad? Menudo interesado —decía Lucía haciéndose la indignada pero disfrutando de aquellos besos infantiles que la colmaban de amor por dentro—. Aun así, te dejaré con una condición.

—¿Qué condición? —dijo el niño mirando suspicaz a su madre con los brazos cruzados. Compuso una imagen tan divertida, como un adulto con cara de niño, que Lucía reprimió el impulso de comérselo a besos.

—Esta noche veremos los dos juntos una película de dibujos comiendo palomitas. Y no vale quejarse ni una vez.

—Jo, mami, esas películas son de niñas. A mí me gustan de

superhéroes o del espacio —dijo el pequeño enfurruñado.

—Sigo esperando una respuesta.

—Vaaaale —cedió el niño mientras ya salía por la puerta—. Pero esto no puede durar mucho, ¿eh? Recuerda que ya tengo nueve años y ya no me interesan esas tonterías infantiles.

—Por supuesto —respondió su madre muy seria, disimulando su sonrisa y la satisfacción de haber conseguido pasar un buen rato esa noche con su hijo, asumiendo que tenía razón, pues cuando creciera ya no podría convencerlo tan fácilmente.

...

—No me lo puedo creer, Lucía —se quejaba Maite mientras se arreglaban para salir esa noche—. Tienes una cita hoy con tu jefe y la semana que viene con tu médico. ¿Qué he hecho contigo? ¿En qué clase de demonio te he convertido?

Las dos amigas terminaban de maquillarse ante el espejo del baño de casa de Maite. Lucía se había planchado el pelo y había elegido un vestido negro para la ocasión con escote palabra de honor y falda de vuelo hasta las rodillas, con lo que se la veía muy guapa, resaltando sus ojos grises con máscara de pestañas y *eyeliner*, y sus labios con brillante *gloss* en un tono claro. Maite, por su parte, persistía en su costumbre de ennegrecerse demasiado sus ojos y de cubrir sus labios con brillante carmín rojo. Completó su atuendo con un vestido también negro, pero, a diferencia del estilo elegante de su

amiga, era corto y estrecho, con lo que solo le faltaban unos largos guantes de satén para emular a *Gilda* y parecer una auténtica *femme fatale*.

—Tranquila, cariño, no me has convertido en ningún demonio. Simplemente, hacía falta poner una barrera en el camino que estaba tomando mi relación con Samuel. Ha sido el único amante que he tenido aparte de Andrés, el único en muchos años, y creo que lo he idealizado. Lo veo más perfecto de lo que es en realidad. En cuanto me enrolle con otro y compruebe que es más de lo mismo, se acabará soñar despierta con él como una adolescente enamorada, que ya soy mayorcita para esas tonterías.

—Sí, claro, y yo soy virgen y nací ayer.

—¿Ya empezamos con tus ironías? ¿Qué me quieres decir ahora?

—Nada, ya lo comprobarás tú misma esta noche. ¿A qué hora quedaste?

—Si no te importa, pasará a buscarme a las nueve por aquí. Le di tu dirección para no coincidir con Andrés.

—Claro, tu marido *el pollatiesa* hoy no ha de quedarse en casa con tu hijo. Ya le toca salir de marcha de nuevo.

—Déjale, Maite, que se divierta un poco. Llevaba varias semanas preparando el juicio para la demanda que le interpusieron a su empresa y se subía por las paredes.

—¿Y qué tal le fue? —¿desde cuándo se interesaba ella por el trabajo de Andrés?

—Ganó, por supuesto. No hay mejor abogado ni con más encanto en toda Cataluña.

—Ya. Seguro que la parte demandante era una mujer y la convenció para echar un polvo al acabar el juicio si él ganaba.

—Eso es cosa de él. Ya es la hora, Maite. Me voy.

—Espera, bajo contigo.

Mientras Maite se despedía montándose en su *Mini Cooper* de color rojo, Lucía localizaba el elegante BMW de Diego, muy acorde con la personalidad del dueño. El interior de cuero negro armonizaba perfectamente con el hombre, vestido con un sobrio traje oscuro, casi tan sobrio como él.

—Buenas noches—, saludó Lucía mientras él arrancaba el coche—. ¿Dónde vamos?

—Soy un hombre muy tradicional, Lucía, así que no esperes algo

más fuera de lo común que invitarte a cenar.

—Me parece bien, me gusta lo tradicional. —Ella misma se sorprendió de las palabras que lanzó su boca en un alarde de coqueteo. Diego la miró de reojo, seguro que tan sorprendido como ella, aunque le pareció vislumbrar un brillo sagaz en sus claros ojos azules.

Ya en el restaurante, mientras les servían la cena, hablaron unos minutos sobre el trabajo. Era algo natural, teniendo en cuenta que ambos trabajaban en la misma empresa y él era su jefe, pero cuando comenzaron a degustar la deliciosa comida, Diego pareció cambiar de rumbo, reconociendo sus anteriores fallos en las citas previas que habían tenido tiempo atrás.

—Llevas años trabajando conmigo, incluso salimos juntos en un par de ocasiones, pero apenas sé nada de ti, Lucía. Me temo que fueron unos encuentros demasiado formales y no di opción a tratar temas personales.

—No sé qué puedo contarte. Mi situación personal, como ya sabes, es bastante, digamos, peculiar. Tengo un hijo de nueve años al que adoro y mi poco tiempo libre es para él y no mucho más. El resto se lo dedico al trabajo y las obligaciones propias de un ama de casa.

—¿Detecto palabras de recriminación en cuanto a tu falta de tiempo y el que le dedicas al trabajo?

—No, no, por supuesto que no, me encanta mi trabajo. En su momento estudié lo que más me gustaba. Haciendo publicidad has

de conocer y estudiar a la gente y a su entorno, tener en cuenta su forma de vida y de pensar, sus gustos o sus valores, para poder crear una manera de poder llegar a ellos, y no solo para venderles un producto, sino un estilo de vida, donde les ayudas a creer que pueden obtener aquello que desean.

—Maravillosa forma de describir el trabajo que realizamos, Lucía. Pensé que yo era el único todavía en pensar de esa forma tan romántica sobre la publicidad. Lo que me lleva a la obligación de volver a ofrecerte aquel ascenso, donde, además de las ventajas que te he mencionado infinidad de veces, podrías inspirar esa concepción y forma de trabajar a tu propio equipo creativo. Hay ahora mismo mucho potencial joven en el mercado con ideas frescas que, junto a tu experiencia y tu entusiasmo, podríais establecer un

hueco importante en el sector.

—Diego, te he dicho cientos de veces que no puedo...

—No digas nada más —la cortó él—. Solo hazme el favor de seguir pensándolo. Tómame tu tiempo.

—¿Y tú, Diego? No sé absolutamente nada de tu vida personal. Eres como un cajón cerrado con siete cerraduras. Nadie sabe nada de ti.

—No hay nada que ocultar. Estoy divorciado y vivo solo desde hace mucho tiempo, volcado en mi trabajo, y mi tiempo libre lo dedico al pádel, la lectura, y a salir de vez en cuando.

—No sabía que hubieses estado casado. ¿Qué ocurrió?

—Ella quería tener hijos y yo no estaba preparado para hacer a un lado una carrera que estaba en pleno auge.

—Con lo que acabas de darme la razón en cuanto a no poder congeniar vida laboral y familiar.

—Creo que tú podrías con todo, Lucía —puso una mano sobre la suya—. Eres asombrosa.

—Gracias. ¿Has soltado un piropo y un cumplido y no se te ha roto la lengua ni nada parecido?

—Ahora no estamos en el trabajo —dijo él sonriendo—. Aprovecha porque en la oficina no volveré a decirte nada igual.

—Por supuesto, has de seguir con tu imagen de jefe arrogante y capullo.

—Más o menos —volvió él a sonreír.

Siguieron con aquella distendida conversación hasta el final de la velada, donde Lucía se sintió más cómoda de lo que esperaba. Fue

cuando volvieron a montarse en el coche y Diego tomó la dirección de su casa, cuando Lucía comenzó a dejarse invadir por el desasosiego. Había llegado el momento de la verdad, pues hablar con su jefe sobre publicidad había sido agradable pero previsible. Más allá de eso, todavía estaba por ver.

Pararon ante el domicilio de Diego, una casa adosada en el municipio de La Roca, a pocos minutos de donde ella misma vivía, pero que él nunca había mencionado. Un pesado nudo comenzó a formarse en su estómago.

—Lucía —dijo Diego volviéndose hacia ella todavía en el interior del coche, frente a la puerta del garaje—, no estaba seguro si era esto lo que querías.

—No sé, Diego, yo... sí es lo que quiero, pero estoy un poco

nerviosa.

—Pues tranquilízate, no voy a presionarte. —Diego se acercó a Lucía poco a poco, acercando su rostro al de ella, hasta que unió sus labios en un beso suave, sin demasiadas exigencias.

Pero Lucía tenía otros planes en mente. Aquello era lo que buscaba, ni más ni menos. Afianzó sus brazos alrededor del cuello de su jefe y profundizó el beso, hundiendo su lengua en la boca masculina, saboreándola, apreciando el roce de su barba, suave y áspera al mismo tiempo. Él, comenzando a respirar más aprisa, posó parte del peso de su cuerpo sobre Lucía, mientras ella introducía las manos bajo su chaqueta y abarcaba su espalda y sus hombros. Cuando él separó su boca para comenzar a besar su cuello y su escote, Lucía tenía los ojos abiertos, mirando hacia el techo del

coche, meditando lo agradable que le había resultado aquel beso, y con el que había sentido... nada. Absolutamente nada.

*Vamos, Lucía, pon un poco de tu parte y haz que te guste, joder*

Mientras tanto él, cada vez más excitado, volvió a apoderarse de su boca, mientras sus manos comenzaban a tomar protagonismo abarcando sus pechos, que comenzó a amasar y a frotar. Su dura erección se clavaba en el vientre de Lucía.

*Esto es lo que querías, ¿no? Ahora no tienes más que pedirle que entréis en la casa y te lleve a su cama, donde dejarás que te desnude, y tú le desvestirás a él, besará todo tu cuerpo y tú besarás el suyo...*

Aquellas eróticas imágenes se presentaban vívidas y claras en su mente, pero el rostro del hombre no era el de Diego. Cerró los ojos para ver el rostro de Samuel, tan hermoso, tan masculino, mirándola con sus grandes ojos oscuros, brillantes de excitación, sonriendo con aquel gesto tan suyo de su boca, que la derretía por dentro. Eran sus manos las que la tocaban, las que la acariciaban, el peso de su cuerpo el que sentía sobre sí, y su pene el que deseaba sentir entre sus piernas, embistiendo su cuerpo, llenándola, colmándola de un placer tan intenso que no se podía describir con palabras.

Se sintió la mujer más despreciable, ruin y rastrera, por querer follarse a un tío mientras pensaba en otro. El sentimiento de traición arraigó dentro de su alma, apresándola como una red de la que no podía escapar.

Eso era lo que sentía que la quemaba por dentro: pensar que estaba traicionándole.

¿Cómo le pudo soltar toda aquella retahíla de sandeces sobre acostarse con otras personas? Solo de pensar en Samuel besando a otra sentía que un puño penetraba su pecho y le retorció el corazón.

Cuando volvió a abrir los ojos, observó asombrada cómo Diego le bajaba el escote del vestido para dejar sus pechos al aire y comenzar a chuparle los pezones, sintiendo la humedad de su lengua y sus labios y el roce de su barba sobre su piel.

*No, no, no*

—¡Basta! —gritó Lucía apartándolo de ella—. Por favor, no puedo seguir —suplicó—. Lo siento.

Mientras ella se dejaba caer sobre el respaldo con los ojos cerrados, Diego la miró excitado y confundido, pero solo pareció necesitar unos instantes para adivinar el motivo de aquel arranque por parte de Lucía.

—Está bien, está bien, tranquila —volvió a subirle el escote del vestido—. No pasa nada. Si lo deseas te llevaré a tu casa, ¿de acuerdo?

—Sí —susurró—, gracias.

—Dijiste que estabas saliendo con otro —le comentaba Diego mientras se recolocaban la ropa—. ¿Has salido conmigo para tratar de olvidarle?

—Yo... —Lucía volvió a sentirse fatal—, sí, lo siento. Debo de parecerte horrible.

—No, solo eres humana. Pero yo también lo siento. —Diego volvió a su asiento, se puso el cinturón y arrancó de nuevo el coche para encaminarse al domicilio de Lucía.

Una vez en la soledad de su casa, Lucía se apoyó en la puerta y se dejó caer al suelo. Sintió la humedad bajar por su rostro, adivinando con ello unas lágrimas que no había soltado en mucho tiempo, ni siquiera cuando supo que su marido la engañaba con otras mujeres y decidió callarlo, ni cuando lo descubrió en su propia cama con otra, ni en muchos momentos de su vida en los que la soledad la había envuelto con su áspero manto.

Solo lloraba ahora, en ese momento, el más duro desde aquel aciago día que decidiera presentarse en un bar para ligarse a un hombre y tener un poco de sexo. Profirió una risa histérica cuando

pensó en sus intenciones de entonces: nada de emociones, nada de involucrarse, nada de sentimientos. Solo sexo.

*Idiota... Para una vez que sales a echar un polvo y te enamoras del tío. De uno que no sabes ni su nombre.*

*Torpe, estúpida y ridícula.*

Lucía apoyó la frente sobre sus rodillas. Estaba asustada y confundida, inquieta, por reconsiderar tantos planteamientos que hasta hace poco eran la base de su forma de vida. Todo por la devastadora atracción que un desconocido ejercía sobre ella.

Ahora solo tenía una salida y ella lo sabía. Debía olvidarse de él.

*Como si pudiese olvidarme de respirar...*

Y esa es la razón real de sus lágrimas, porque desde que saboreara esa noche el fracaso con Diego, supo sin género de duda, que ya no podría volver a ver a Samuel, porque una cosa era tener un amante misterioso en un mundo de fantasía, y otra muy distinta incluirlo en su mundo real y sentir que formaba parte de él.

El juego había terminado.

# Capítulo 13

—Vamos, Andrés, todos sabemos que necesitas un buen polvo, lo mismo que todos nosotros. Deja de ahogar tus penas en alcohol como la otra noche y vayamos en busca de una tía dispuesta. Además, hay que celebrar nuestro triunfo en el juicio, y no se me ocurre mejor manera de hacerlo que yendo al *Messina*.

El *Messina* podía parecer perfectamente un local agradable donde

simplemente tomar una copa, pero el que se presentaba allí sabía que la oferta iba más allá del mero ocio. Sin ser oficial, pero del todo popular, era sabido que la clientela consistía en la muy diversa variedad de personas que buscaban pareja solo para esa noche. O para cinco minutos, dependía del grado de desespero de cada uno.

Andrés llevaba un tiempo sin aparecer por allí, pero debía de darle la razón a su amigo en la referencia a su falta de sexo, algo que no podía entender puesto que su cuerpo se encontraba dispuesto, pero al parecer su mente tenía algo que decir al respecto.

*Más de lo mismo*, pensó hastiado cuando echó un vistazo a su alrededor.

El grupo de amigos, casi todos abogados, escogieron un lugar

estratégico desde donde poder tener una completa vista de la entrada y poder observar el “material” que pudiese aparecer por la puerta y decidir si valía la pena o no. Alrededor de una pequeña mesa circular, se acomodaron todos con sus bebidas, dejando a Andrés de espaldas a la privilegiada vista de la puerta, que se situaba junto a la barra.

Pronto, dos de ellos se levantaron para dirigirse un par de mesas más allá, donde un par de chicas tomaban una copa. El resto los vitoreó en silencio, mientras Andrés las observaba y era incapaz de excitarse ante la visión mental de tenerlas desnudas frente a él.

—Andrés —susurró de nuevo su amigo—, estos salidos se conforman hoy con cualquier cosa. Tú y yo nos merecemos algo especial.

—¿Tú has visto algo especial por aquí? —dijo aburrido mientras le daba un trago a su cerveza. Dejaría el whisky para otra ocasión.

—Me refería a algo diferente. Estaba pensando en escoger una chica para los dos.

—¿Un trío? ¿Contigo? —Dijo Andrés con desagrado—. Mira, Alberto, hace mucho tiempo que no me monto uno, pero cuando lo hacía era con dos tías, no con un tío y menos contigo.

—Tranquilo, amigo, que a mi polla no tendrás ni que acercarte. Se trata de que uno se folle a la chica mientras ella se la chupa al otro. O, si quieres algo con un poco más de morbo, también resulta gratificante follarme yo a la chica mientras tú miras, y luego follártela tú mientras lo hago yo.

—Joder, Alberto, contigo en medio o contigo mirando, no sé qué

me resulta menos atrayente. ¿Y esas ideas se te acaban de ocurrir ahora mismo o has estado todo el día empalmado mientras lo planeabas?

—En realidad, me ha inspirado una tía que está sentada en la barra. Se nota que está acostumbrada a venir aquí, se deja sobar por cualquiera. Si no quieres darte la vuelta ya te digo yo que es rubia, menuda y con una boca de chupona que no puede con ella. Mira, ya tiene a un tío a cada lado que seguro habrán tenido la misma idea que yo.

Aquella descripción... Andrés tuvo una terrible certeza. Tenso, giró sobre sí mismo para observar a Maite en plena acción, y algo se agitó en su interior. Rabia, ira y algo más que en ese momento no pudo reconocer, pero que llevó su sangre hasta el punto de

ebullición.

Se levantó y se plantó justo al lado de Maite, mientras ella reía, bebía y se dejaba meter mano por aquellos dos gilipollas que pretendían usarla como una loncha de jamón en un sándwich. La aferró por un brazo y la giró hacia él.

—¿Qué coño haces?

—¡Joder, Andrés! ¿De dónde sales? ¿Qué crees que puedo hacer aquí? Pues lo mismo que tú —contestó ella mirándolo con desdén.

—Tú te vienes ahora mismo conmigo —dijo Andrés tirando de ella.

—No me da la gana, suéltame.

—Oye tú, capullo —intervino uno de los que pretendía algo más que charlar con ella esa noche—, déjala en paz. ¿No ves que no

quiere nada contigo? La chica ya había elegido.

—Que te den, mamón. He dicho que se viene conmigo.

—Pero, ¿tú quién coño te has creído que eres? ¿Mi padre? —dijo

Maite intentando zafarse de su mano.

—Eso te merecerías ahora mismo, que alguien te diera una buena tunda, para que aprendieras de una puta vez.

—¡Suéltame, joder! —empezó a gritar Maite mientras se veía arrastrada por Andrés.

—¡Suéltala! —volvió a gritar aquel tío, con lo que Andrés, harto ya de aquello, se giró y le estampó un puñetazo en la nariz.

—Joder, Andrés —se acercó Alberto—, ¿qué coño te pasa? ¿Es tu hermana o qué?

—Algo parecido —y volvió a por ella.

—¡No te acerques! —Le increpó Maite—. O te daré tal patada en los huevos que te los notarás en la garganta.

Sin que ella pudiese siquiera prevenirlo, sintió cómo la cogía por las piernas y se la echaba al hombro como un vulgar saco de patatas, con lo que empezó a golpearle en la espalda con los puños cerrados y a soltar por la boca una variada sinfonía de insultos.

—¡Cabrón, gilipollas, pollacorta, escoria, desecho, basura, bazofia! ¡Puto gusano rastrero repugnante y aborrecible!

—Ya nos vamos, tranquilo —dijo Andrés al que parecía ser el tío de seguridad—. Y por la puerta de atrás.

Cuando la puerta trasera del local se cerró tras ellos, Andrés dejó caer a Maite hasta el suelo, quien al verse por fin libre de su

repentino captor, levantó la mano para asestarle una bofetada, que fue interceptada por él.

Apoyada contra la pared, con los dos brazos sujetos por Andrés por encima de su cabeza, y una rodilla entre sus piernas para que no pudiese asestarle una patada, Maite respiraba afanosamente clavando en él sus pupilas cargadas de odio.

—¡Suéltame! ¡Ya!

—¿Te estarás quietecita y dejarás de golpear e insultar? — preguntó él igual de agitado por el esfuerzo y la ira acumulados.

—¡Sí, joder!

—Está bien —la fue soltando poco a poco hasta que ella se frotó las muñecas lastimadas por la fuerza con que él la había sujetado—. Lo siento —le dijo sin convicción.

—¿Dónde coño estamos? —preguntó Maite observando el panorama que los rodeaba.

Habían ido a parar a las traseras del local, un callejón oscuro, húmedo y tenebroso digno de cualquier thriller de acción y de asesinos múltiples. Solo faltaba el vapor sobre la alcantarilla o el gato que sale maullando de repente de entre los cubos de basura.

—¿Se puede saber qué hacías en ese antro? —Andrés decidió no dejar pasar el tema.

—¿Otra vez? —Dijo ella con los brazos en jarras—. ¿Y a ti qué coño te importa?

—Eres la amiga de Lucía. Mi hijo te llama “tita” —le dijo él increpándola. Acercó su rostro al de ella hasta que sus alientos se

mezclaron, cerveza con tequila y una pizca de limón—. ¿Es que no sabes comportarte?

—¿Y tú? —Le soltó con desprecio—. Te emborrachas, casi te tiras a la amiga de tu mujer, te empalmas a continuación con tu mujer y por último sales en busca de un polvo rápido. ¿Es eso comportarse mejor?

—¿De qué coño hablas de empalmarme con...? Joder, te lo ha contado Lucía.

—Somos amigas, ¿recuerdas?

—¡Yo no me empalmé con Lucía!

—¿Ah, no? ¿Con quién, pues?

—Pues con... ¡Y yo que sé! ¡Estaba de resaca, joder!

—Déjalo, Andrés, tus argumentos se desmontan solos.

—Maite... —impotente, sin saber qué decir, se apartó el flequillo con los dedos. Con aquella cercanía que mantenían, Maite pudo captar en su mano el brillo dorado de su anillo de casado.

—¡Andrés! ¿Se puede saber qué haces con tu anillo de boda? ¡No!, no me lo digas. Forma parte de tu estrategia de ligue, ¿no es cierto?

—¡Pues sí! ¿Qué quieres que te diga? —Se pasó la mano por el rostro—. A las que solo buscan un revolcón les da morbo montárselo con un casado, y a las que buscan algo serio las ahuyenta. ¿Contenta?

—Vaya, es perfecto —comenzó Maite a reír—. Eres un auténtico cabronazo.

—Supongo —e, inconscientemente, le lanzó una de sus

maravillosas sonrisas. Directa al plexo solar.

A Maite le flaquearon las piernas, y solo por eso tuvo ganas de estrangularle en ese momento, por ser tan estúpida de dejarse embaucar por aquella sonrisa, como el resto de sus ligues, pues parecía que ella tampoco era más inmune que cualquiera de aquellas ingenuas. Lo observó con disimulo, para advertir que iba vestido más informal que de costumbre, con un pantalón oscuro y una camisa azul marino con los primeros botones desabrochados. Un rebelde mechón negro le caía por la frente y su boca seguía sonriéndole, tentadora.

—Deja de mirarme con esa sonrisa de bobo. No te creas que soy una de las descerebradas que caen rendidas a tus pies por que las

hagas reír.

—Te advierto que soy capaz de hacer reír a una rana —la provocó él más relajado.

—A una rana tal vez. A mí no.

—¿Qué te apuestas?

*Un beso, un abrazo, un roce de tus labios...*

—¡Nada! ¡Qué gilipollez!

—Yo lo decidiré, porque ganaré.

—No valen cosquillas.

—No, tranquila. A ver, déjame pensar... —la cogió de la mano y comenzó a caminar con ella a través del siniestro callejón, como si caminaran sobre la línea del tiempo, hacia cuando eran amigos y

bromeaban juntos. Andrés apartó a un lado las telarañas de sus recuerdos hasta llegar al momento que buscaba—, ¿recuerdas una vez que viniste a contarnos a Lucía y a mí que un tío te había hecho creer que iba en serio y luego resultó que tenía una mujer embarazada de gemelos?

—Sí... —Maite se dio un buen mordisco en el labio inferior para reprimir la risa. Recordaba perfectamente la venganza que se habían tomado ella y sus dos amigos contra aquel hombre que había abusado de su inocencia juvenil.

—Pues dime, ¿qué fue lo que hicimos? —le preguntó pícaro.

—Nosotros... —ya no le valió morderse ni reprimirse. Maite estalló en carcajadas incontroladas, observando de reojo cómo él reía también—. Nos colamos en su casa —decía sin parar de reír—,

pinchamos las cuatro ruedas de su Mercedes, después de meter dentro mis bragas y varios condones usados, y por último, ¡echamos toda clase de bichos dentro de su piscina, hasta una serpiente que encontramos en el bosque!

—Después de mearme en el agua.

—¡Sí! Estuvimos muy cerca de que nos pillaran.

—No había corrido tanto en toda mi vida. Tuve que arrastraros a ti y a Lucía para hacerme el fuerte, pero en realidad se me habían entumecido los brazos de tal manera que no podía sentirlos, y los pulmones casi me estallan.

Siguieron riendo un buen rato mientras Andrés seguía recordando anécdotas del pasado. Se sintieron más jóvenes y relajados, como desprovistos del peso de los años y los hechos acaecidos durante ese

tiempo. Lo que más sorprendió a Andrés fue lo cómodo que se sintió con ella, hablando y bromeando. Hacía demasiado tiempo que una mujer no tenía cabida en su vida para tales cosas, aparte de Lucía. ¿Cómo era posible sentirse precisamente así de bien con alguien con quien te pasas la vida discutiendo?

—¿Por qué ha cambiado todo tanto entre nosotros, Maite?

—Los años, la vida. La gente cambia y el entorno se transforma.

Crecimos, maduramos, bueno, no mucho —sonrió.

—Ya te he hecho reír dos veces. He ganado la apuesta.

Dejados caer sobre una valla medio derruida de aquel callejón siniestro, Maite observaba el rostro que la acosaba en sus sueños. El resplandor de la luna incidía sobre los finos rasgos, haciendo

destacar su blanca sonrisa, dotándolo de las mismas luces y sombras que aquel lejano día que nadaron juntos en la playa bajo las estrellas.

—Yo no he apostado nada.

—¿Te estás acobardando? —Dijo él arqueando una oscura ceja

—. ¿Tienes miedo de lo que pueda hacerte? —susurró.

—¡Claro que no! —no pudo evitar tragar saliva mientras escuchaba aquellos susurros que parecían expresar una sensualidad contenida—. ¿Qué tengo que hacer?

—Dame unas toallitas de esas húmedas que soléis llevar las chicas.

—¿Cómo dices?

—Vamos, Maite, los dos sabemos qué ibas buscando en el

*Messina*, así que abre tu bolso y sácalas.

—Está bien —refunfuñó Maite mientras rebuscaba en su bolso.

Sacó un pequeño paquete y se lo ofreció—. ¿Para qué las quieres?

—Ahora lo verás.

Andrés sacó una de las toallitas ante la mirada curiosa de Maite, que sofocó un grito cuando él la cogió por la cintura para situarla sobre la valla y tener los ojos a la misma altura. Sus manos abarcaron por completo la estrecha cintura, y sus dedos le calentaron la piel a través del vestido.

—Estate quieta, ¿de acuerdo? —continuó diciendo él—. Cierra los ojos.

—Ni hablar.

—Joder, Maite, ¿crees que voy a atacarte con una toallita?

—Vale, pero como me hagas algo, levanto con fuerza la rodilla que tengo situada estratégicamente y te convierto en eunuco.

—Eres una sádica.

Maite cerró los ojos y sintió el frescor en los párpados. Muy suavemente, Andrés le estaba desmaquillando los ojos, arrastrando con el húmedo tejido los excesos de negrura del perfilador y las sombras oscuras que los rodeaban, primero el izquierdo, luego el derecho.

—No los abras todavía.

Se escuchó el deslizar de otra toallita que Maite sintió a continuación sobre su boca. Delicadamente, Andrés despojó sus

labios del estridente carmín rojo que siempre la acompañaba, sobre todo en sus salidas nocturnas. La sensación era maravillosa, sintiendo el frescor acompañado de la suavidad implícita en aquel gesto. Maite no pudo reprimir abrir los ojos y el corazón le dio un vuelco cuando lo vio tan cerca, frunciendo el ceño concentrado en su tarea, fijando en su boca sus ojos azules. Con aquella cercanía pudo apreciar la pequeña cicatriz que atravesaba su ceja, recuerdo de una pelea de juventud, y que constituía la única imperfección en su rostro.

—Ya está. Mucho mejor así —dijo complacido consigo mismo y con el resultado.

—¿Por qué has hecho eso? —susurró Maite sin dejar de mirarle. Estaba tan cerca que volvió a invadirla su olor de siempre, fresco y

limpio, a cítricos con un toque de menta. Se imaginó ese sabor estallando en su boca, mientras mordía y lamía su piel.

—Porque me gusta más así.

—¿Y se supone que me ha de importar lo que te guste? —siguió ella susurrando. Apenas sabía lo que decía, perdida en aquella mirada azul.

—Voy a comprobarlo.

Maite sintió sus manos tomar su rostro para acercarse a ella. No quería cerrar los ojos para no perder detalle, por si era otro de sus sueños y al volverlos a abrir la imagen se desvanecía, como siempre. Comprobó cómo él sí los cerraba, y ella ya no pudo mantenerlos abiertos en cuanto él posó sus labios en los suyos. Comenzó a lamérselos, muy suavemente, sin prisas, como si

quisiera degustar el bocado más dulce, tirando despacio con los dientes del labio inferior para después chuparlo y besarlo.

Nunca la habían besado así, con tanto cuidado, casi con adoración, haciéndola sentir especial, no una chica fácil de usar y tirar. Ella también posó las manos en las mejillas masculinas, ligeramente ásperas, para poder saborear también aquellos labios llenos y suaves.

Sin profundizar el beso, Andrés separó su boca, jadeante, apoyando su frente en la de ella. Seguía sujetando el rostro de la joven entre sus manos, deslizando los pulgares por la blanca piel de sus mejillas, deleitándose en su tacto aterciopelado.

Aquel beso pareció perforar la coraza que los cubría y que ambos

habían fabricado para sí mismos, para no dejar ver una parte que no deseaban compartir con el resto del mundo. Ahora se había agrietado y los dos asumieron para sus adentros que ya nada sería igual.

—¿Qué has hecho? —susurró Maite dejando caer su frente en él, inhalando el mismo aire que respiraba él.

—No lo sé —contestó Andrés. Y comenzó a darle pequeños besos en sus párpados, ahora libres de maquillaje, en su nariz, en sus mejillas, en la frente.

—Basta, por favor —suplicó ella. Lo apartó de sí posando sus manos en su pecho hasta hacerle tambalear ligeramente—. Eres el marido de mi amiga.

—Lo sé, Maite, lo sé —se pasó la mano por el cabello, aturdido

—. Será mejor que te acompañe hasta donde tengas el coche.

—Sí, será lo mejor.

Caminaron uno al lado del otro, sin tocarse, como si tuviesen miedo de lo que pudiese ocurrir si lo hacían. Solo les acompañaba el eco del sonido de los zapatos de tacón sobre el asfalto. Cuando llegaron junto al pequeño coche de Maite, esta lo abrió y antes de asir la maneta de la puerta se giró repentinamente hacia Andrés. Su cuerpo y su rostro se veían tensos y crispados.

—Habías venido en busca de sexo —le increpó Maite—. ¿No has visto cómo voy vestida? ¿Por qué te has conformado con tan poco? ¿Por qué no me has arrancado las bragas y me has follado sobre un contenedor? ¡Es todo lo que desean los tíos de mí!

—Porque tú no te mereces eso, Maite, te mereces algo mejor.

Recuérdalo siempre.

—Pero seguramente habría sido más fácil de olvidar —dijo ella apesadumbrada, refiriéndose a los sentimientos que había despertado en ellos aquel beso.

—Tal vez en eso tengas razón. Pero una sola vez nunca sería suficiente para mí —contestó él, desapareciendo ya entre la oscuridad.

# Capítulo 14

Habían pasado más tres semanas desde que Lucía viese a Samuel por última vez. Después de la drástica decisión que tomara tras el fracaso de su cita con su jefe, había sido especialmente duro ver pasar el sábado siguiente, cuando se imaginó a Samuel esperándola en el bar del hotel.

Su bar, su hotel, su rincón en la barra, sus encuentros...

Después de aquella discusión, de haberle soltado aquel hatajo de

despropósitos sobre acostarse con otras personas, de ver el dolor y la furia en su rostro, ¿qué pensaría cuando vio pasar el tiempo y ella no apareció? ¿Hasta cuándo estuvo allí, en su lugar de siempre, esperando? ¿Tendría claro que era una forma de acabar con aquella situación inverosímil?

Con cada día que pasaba, sus ánimos decaían. Apenas se atrevía a mirar a Diego a la cara, a pesar de su admirable comprensión, diciéndole que no habría ningún problema entre ellos y que el tío que la había rechazado era un idiota.

*“He sido yo quien no ha querido seguir”*, le había dicho Lucía.

*“Pues entonces lo siento por él”*, le había contestado su jefe.

—Lucía —escuchó la voz de su amiga—, ahora mismo no estás

aquí. ¿En cierto hotel, quizá?

—No empieces, Maite. Sabes que no quiero hablar de ello.

—Está bien. Por ahora. ¿Quieres algo de beber?

—Un refresco de naranja estaría bien.

Lucía había aceptado el plan de Maite de pasar la mañana en su casa para charlar. Más que nunca, le hacía falta su amiga, sus consejos —casi siempre inútiles pero con la mejor intención—, sus bromas, su despreocupación y su alegría. Era más que su amiga, era como su hermana, y sentía por ella un amor profundo más allá de cualquier parentesco o lazo de sangre.

Se relajó en ese momento, estiró los brazos por encima de su cabeza y dirigió al sol su rostro cubierto por gafas oscuras. Maite

disponía en su casa de un pequeño solárium y se tumbaban infinidad de veces a tomar el sol, ya que, por su ubicación, se encontraba completamente excluido de posibles miradas de curiosos. El piso era bastante pequeño y antiguo, pero aún recordaba la cara de admiración que puso su amiga la primera vez que lo vieron, cuando descubrió unas escaleras de caracol en el pequeño balcón que daban directamente a una terraza. Nada más comprarlo, instaló una pequeña carpa con mesa y sillas de jardín y un par de tumbonas para tomar el sol. Unas cuantas macetas, un trozo de celosía de madera sobre una pared cubierto de enredadera y unos focos para la noche, hacían de ese rincón el favorito de su casa.

Le ofreció el refresco y Lucía se incorporó para posar sus labios en la pajita y absorber del vaso. Maite cogió el bote de protector

solar, se sacó la parte de arriba del biquini y comenzó a embadurnar su menudo cuerpo mientras Lucía la observaba. Tenía un cuerpo menudo pero bonito, ideal para hacer topless, con pechos pequeños y firmes. Ella hacía mucho tiempo que no lo hacía, pues su cuerpo, a pesar de su delgadez, tenía más curvas y, sobre todo, un pecho bastante más generoso.

—Pues si tan poco te importa ya aquel tío, ¿por qué no me explicas algún detalle morboso de vuestros encuentros? —preguntó Maite mientras sujetaba su refresco y se tumbaba al lado de Lucía —. Hace tiempo que no hablamos de sexo o de tíos buenos.

—Ni hablar. No voy a darte detalles del tipo forma o tamaño, posturas ni nada parecido.

—¿Por qué no? Yo lo he hecho muchas veces contigo. Te he

explicado detalles de algunos tíos que no saben ni ellos.

—Tú eres una cotilla.

—Y tú sigues siendo una estrecha.

—Muy bien, a ver —Lucía se colocó boca abajo y se apoyó en los brazos. Aprovechó para sujetarse su largo cabello con una pinza en lo alto de la cabeza—. Ya que tú me lo cuentas todo, dime ahora mismo con quién estás saliendo últimamente.

—¿De qué hablas? Con nadie. Estoy a dieta de hombres.

—Te conozco hace mucho tiempo, Maite, y he visto un cambio en ti estos últimos días.

—Lucía, ya sabes que para mí los tíos son tan olvidables como una película de la tele un domingo por la tarde. Así que no sé a qué te refieres.

—Pues a que ya no te maquillas tanto, te vistes con más gusto, estás más tranquila...

—¿Tranquila yo?

—Pues claro. Te recuerdo aquel partido de Adri de hace unas semanas. El árbitro le anuló un gol y bajaste corriendo al campo a insultarle y le clavaste el tacón en el pie. Tuvimos que sacarte de allí a rastras para que no le hicieras daño serio. Sin embargo, la última vez que fuimos no te diste ni cuenta de lo malo que fue.

—Bueno, me he tranquilizado. Debe ser la edad.

—¿Y tu ropa y tu maquillaje, o mejor dicho, la falta del mismo?

—Este verano cumpliré treinta y cuatro años, así que, ya es hora de madurar.

—Eres una cuentista.

Maite dio un trago a su bebida de cola y sonrió con disimulo, cerrando los ojos bajo sus gafas de sol para recordar la cara de Andrés cuando ella había aparecido por su casa el lunes a la hora del desayuno como todas las mañanas. Fue el primer día que se había presentado con su sutil cambio de *look*, aunque decir sutil era quedarse ligeramente corta. Había cambiado su falda corta y su escote por unos vaqueros, una blusa de seda blanca y una americana, y su rostro resplandecía cubierto por un suave maquillaje en tonos coral.

Andrés la había mirado intensamente, con una mirada mucho más ardiente que si hubiese ido enseñando las bragas, y ese era el piropo más maravilloso que un hombre podría dedicarle jamás.

Ese mismo día por la tarde, al filo del anochecer, Maite volvía a

dejar pasar las horas sobre una de sus hamacas, ya sin la compañía de su amiga, observando relajada y soñolienta la combinación de tonos que coloreaban el cielo recortado sobre los edificios, desde el intenso naranja del fuego al púrpura más brillante.

El sonido del *WhatsApp* la sobresaltó. Poca gente tenía su número, aparte de su jefe y varias personas de su trabajo, Lucía o... ¿Andrés?

Contempló un instante su foto de perfil, donde sonreía —como casi siempre— junto a su hijo vestido con su equipación azul y blanca como jugador del Granollers.

Le enviaba un mensaje:

*Vuelvo con mis amigos al Messina. No se me ha ocurrido ninguna excusa para no ir, así que espero que me libres de esta. 21:36*

Quería verla. Se levantó de un salto y fue derecha al armario de su dormitorio. Rebuscó entre sus prendas y por fin dio con lo que buscaba.

...

De nuevo volvía Andrés a encontrarse en aquel antro, esta vez aburrido por escuchar las interminables batallitas de Alberto y los detalles sobre el trío que se había montado la última vez con dos imponentes rusas.

Miró el reloj impaciente. Tal vez no había sido buena idea enviarle un mensaje a Maite dejando claro que deseaba verla, pero ya se le habían acabado las excusas que solía endosar últimamente a sus amigos para no salir. Las frases del tipo “estoy cansado”, “he tenido un día horrible” o “mañana me espera un día duro”, ya no daban más de sí y se había visto obligado a volver allí.

Volvió a mirar el reloj. Las once. Bebió otro trago y miró hacia la puerta. Nada. ¿Habría decidido no ir? Tal vez él estaba viendo cosas que no existían y Maite pasaba de él. No, imposible, se había derretido con un simple beso, como él.

—Hola, guapo, ¿puedo sentarme?

Lo que faltaba. Una morena de grandes ojos oscuros al ataque.

Boca jugosa, grandes pechos y cabello hasta la cintura. Y joven, muy joven. Veintidós como mucho. Muy apetecible. Unos días atrás no lo hubiese ni dudado. Pero cuando se sentó a su lado, le puso la mano en el paquete y le metió la lengua en la oreja, decidió que ya había aguantado bastante. Se bebió lo que quedaba de su copa y se levantó tras farfullar una horrible disculpa que no se creyó nadie.

Se dirigió a la salida y el aire de la noche penetró de lleno en sus pulmones. Inspiró y el movimiento se quedó a medio camino cuando divisó una figura femenina que emergía de un *Mini Cooper* rojo. Se quedó sin aliento al contemplarla. Llevaba un vestido estampado de tirantes con falda de vuelo hasta las rodillas y unas sandalias de tacón blancas. Un chal en tono marfil cubría sus hombros. Su pelo parecía un tono más oscuro, pasando del rubio

platino habitual a un dorado brillante, y en su rostro natural solo se apreciaba la máscara de pestañas y el tono rosado de sus labios. Le pareció la chica más preciosa que hubiese visto en su vida.

Maite le sonrió y caminó hacia él, mientras Andrés, dando solo tres pasos, la alcanzaba y la estrechaba entre sus brazos. Sintió su cálida y cristalina risa en la mejilla cuando la levantó del suelo y, al deslizarla de nuevo hacia abajo, comenzó a besarla, primero pequeños besos, y después con ansia y anhelo. Esta vez fueron besos profundos, exigentes, entrechocando sus labios y sus lenguas, y manos que recorrían el cuerpo del otro con un deseo contenido durante demasiado tiempo.

Maite abrió las piernas para sentir su dura erección sobre su sexo, frotándose arriba y abajo mientras lo besaba con desesperación. Le

fue imposible recordar otra ocasión en la que se hubiese sentido así de excitada, con esa impaciencia por que un hombre la penetrara.

—Maite, tranquila, tranquila —Andrés trató de zafarse de sus besos—. Para un momento.

—¿Qué pasa? —Le preguntó ella con su rostro acalorado por el deseo—. ¿No quieres esto?

—Más que nada, pero no así, no aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Es la primera vez que te voy a hacer el amor y será en una cama, con tranquilidad y sin prisas.

—Normalmente los tíos no quieren así, como tú dices. Solo pretenden de mí un polvo rápido o una mamada. Y nunca... —se le quebró ligeramente la voz—, nunca quieren “hacerme el amor”.

—Pues vete acostumbrando. ¿Vamos a tu casa?

Nada más encontrarse en el interior de su piso, Maite volvió a abalanzarse sobre Andrés para continuar con sus besos, pero él tenía en mente unas ideas un tanto diferentes.

A pesar de sus protestas, la alzó en brazos y la depositó sobre la cama. Le quitó el vestido, deslizó su diminuto tanga hacia abajo, y paró unos instantes para observar su cuerpo desnudo. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, expectantes, confundida porque no se abalanzara sobre ella. Andrés, sin embargo, se quitó despacio cada prenda de ropa, una a una, sin dejar de clavar sus ojos en ella, y se situó desnudo en la cama a su lado.

—¿Qué sucede? —preguntó ella algo temerosa.

—Chsst, déjame mirarte. —Apoyado sobre un codo, comenzó a pasar la yema de los dedos por sus pequeños y tersos pechos, mientras ella le miraba impaciente, comenzando a respirar más aprisa cuando él apresó los pezones entre sus dedos. Maite cerró los ojos, perdida en las sensaciones de aquellas caricias, que le provocaban temblores y espasmos en el interior de su vagina. Los hombres con los que había estado no habían prestado atención a sus pechos, mucho menos siendo tan pequeños, así que prácticamente desconocía el ardiente placer que provocaba aquel contacto. Andrés no dudó en llevarse uno a la boca mientras seguía pellizcando el otro.

—Andrés... —gemía ella arqueando su cuerpo—, Andrés...

—Vuelve a tranquilizarte, cariño —le dijo él posando la palma de

su mano sobre su estómago—. Vamos a hacer que esto dure toda la noche.

—¡De eso ni hablar! —gritó ella.

—Ya tendremos ocasiones para un polvo más rápido.

El joven abogado continuó besando sus pechos y su estómago, situándose entre sus piernas. Chupó, por fin, el aro metálico que adornaba su ombligo, con resbaladizas pasadas de su lengua, saboreando el regusto salobre del metal mezclado con el dulce de su piel. Y experimentó aún un deseo más imperioso de lamer cuando descubrió el tatuaje que embellecía su suave ingle depilada. Lo miró mientras pasaba su mano por esa zona y acariciaba las mariposas negras y azules que la adornaban, resiguiendo los contornos con la yema del dedo.

—Preciosa —susurró. Sonrió al pensar que con ese tatuaje de mariposas, demostraba la chica sensible que se escondía bajo la fachada de tía dura que se había impuesto.

—¿Te gusta? —Preguntó ella volviéndose a arquear cuando él comenzó a lamer aquellos dibujos de su piel—. ¿No te parece demasiado femenino para mí?

—Tú eres femenina y preciosa, linda como una muñeca. —Se situó sobre ella, ya no podía esperar más. Tanteó la entrada a su cuerpo con su glande hinchado, que ya comenzaba a derramar gotas de semen, y la penetró hasta encajar perfectamente en su delgado cuerpo. Comenzó a embestirla lentamente, sacando su miembro casi totalmente para volver a incrustarse en ella, una y otra vez. Deseaba saborearla, observar su rostro excitado mientras la torturaba con

aquellos lentos envites.

—Andrés, por favor...

—Ya voy, preciosa.

Le tomó el rostro entre las manos para acercar el suyo, besarla y aspirar sus jadeos, mientras arremetía más fuerte, hasta que ella ya no pudo más y gritó al sentir un placer inimaginable, viendo cómo él se estremecía dentro de ella y dejaba caer su rostro en su cuello húmedo y caliente.

Cuando levantó su peso para no aplastarla, se acomodó a su lado y la puso frente a él. Algo se clavó en su pecho cuando distinguió una lágrima brillar y resbalar por su mejilla.

—Ven aquí, cariño —dijo él apretándola contra sí. Sospechaba

qué había podido provocar esa reacción. Él mismo estaba atónito por lo que había sentido, con un gran nudo en su estómago después de experimentar aquella necesidad, aquella pasión, tan distinta al resto, como haber buscado algo durante toda su vida y por fin haberlo encontrado.

—Tantos hombres, Andrés, tantos... y nunca he sentido nada igual.

—Chsst, duerme, cariño.

—Abrázame.

—Sin dudarlo.

...

*Joder, ¿eso es el timbre de la puerta?*

Maite se desasíó a regañadientes de las legañas que unían sus pestañas, producidas por pegotes de rímel, y de los brazos masculinos que la aferraban con firmeza, para poder levantarse de la cama. Se colocó lo primero que pilló para tapar su desnudez y arrastró los pies hacia la puerta, donde el timbre no dejaba de sonar y sonar.

—¿Quién coño... ? —su estupefacción fue mayúscula—. ¡Lucía!

¿Qué... qué pasa?

—Siento molestarte, Maite, pero estoy nerviosa y cabreada —  
Lucía no dejaba de hablar mientras entraba en el interior de la  
vivienda—. Acabo de dejar a Adri en el campo de fútbol, pero  
cuando empiece el partido querrá que su padre esté allí. ¿Dónde se  
habrá metido el muy idiota?

—Pues... no sé...

—Lo siento, Maite, yo aquí histérica, sacándote de la cama un  
sábado por la mañana. ¿Tienes compañía masculina? —preguntó  
Lucía con ojos pícaros, mirando traviesa hacia el dormitorio.

—¡No! Quiero decir...

—Maite —dijo de repente Lucía muy seria—, esa camisa que  
llevas puesta es igual a otra que tiene Andrés.

—¿Sí? Vaya... —Maite miró la prenda que llevaba puesta sobre su cuerpo. En sus prisas no se había dado ni cuenta de que se trataba de la camisa de Andrés.

—¿Quién viene a tocar los huevos a estas horas? —Andrés, con solo los pantalones puestos, salió al salón al escuchar la conversación de las mujeres. Con el cabello revuelto, y una cara que delataba el no haber dormido en toda la noche, se irguió tenso en toda su altura cuando descubrió el origen de las voces—. ¡Joder, Lucía!

—Andrés, no, por Dios... —Lucía cerró los ojos. Jamás en su vida se había sentido más traicionada, en ninguna de las infidelidades que su marido le hubiese podido infringir a lo largo de trece años de matrimonio—. Mi marido y mi amiga, mi única

amiga... ¿Desde cuándo folláis a mis espaldas? —dijo sin poder controlar ya su furia e indignación.

—Lucía, no es así, esto no es lo que parece... —titubeó Andrés.

—¡Ahora me vienes con esas! Por favor, Andrés, esa es una frase demasiado trillada incluso para ti. ¿Por qué no sueltas algo más realista? Por ejemplo, ¡soy un cabrón y un grandísimo hijo de puta!

—Lucía, por favor, escucha... —intervino Maite.

—¿Y tú, Maite? Lo tuyo no tiene nombre. Podría esperármelo del desgraciado este, que sigue siendo un inmaduro y un cabrón, pero tú eres la peor. ¿Por eso te has pasado los últimos meses machacándome con tus ideas geniales sobre ir a un hotel a buscarme un tío? ¿Para tener el campo libre y tirarte a este inútil?

—¡No! ¡Claro que no!

—Aunque intuyo que los dos sois un par de depravados que os tiráis todo lo que se mueve —profirió una risa siniestra—. ¡Ja! Ahora lo veo claro. Tus maravillosos consejos de buena samaritana —dijo con desdén—. “Lucía, búscate un hombre”, “Lucía sal y diviértete”. ¿Qué querías, quitarme de en medio?

—No vuelvas a pensar algo así, por favor.

—¿No hay más tíos en el mundo que tenías que tirarte a mi marido?

—¡Él no es tu marido! —nada más decir esas palabras se arrepintió de haberlas dicho. Se tapó la boca en un intento por parar su lengua viperina.

—Porque no follamos, quieres decir.

—Lucía, por favor, no me hagas esto —suplicó Maite—. Te

quiero.

—Tú no quieres a nadie. No eres más que una zorra traidora.

—¡Lucía, basta! —Cortó Andrés—. Te estás pasando, y no tienes ni puta idea de nada.

—¡Cállate! Debí haberte dejado hace mucho tiempo. Sola hubiese podido con mi hijo, sin tu maldita ayuda. ¡Todavía puede que te pida el divorcio a estas alturas y no veas a tu hijo más que un puto fin de semana al mes!

—Jamás —se acercó Andrés a ella con gesto colérico, más furioso de lo que recordaba en toda su vida—, jamás vuelvas a amenazarme con quitarme a mi hijo, ¿me oyes?

—No, claro que no —dijo Lucía derrotada—. Tú y yo siempre juntos, ¿verdad, cariño? Como siempre —suspiró—. Puedes pasar a

buscar a tu hijo al mediodía. Yo hoy no estaré por casa. Cualquier cosa con tal de que desaparezcáis de mi vista.

Cuando Lucía desapareció por la puerta, Maite se dejó caer en el sofá, destrozada. Las lágrimas le anegaban el rostro, que dejó caer sobre sus manos en gesto derrotado.

—¿Cómo he sido capaz? A mi amiga, mi hermana. ¿Todo por acostarnos juntos? ¿Por un puto polvo? —le dijo a Andrés.

—No, Maite —se arrodilló ante ella—. No ha sido un simple polvo y tú lo sabes.

—Vete a buscar a tu hijo, Andrés —Maite se levantó de nuevo del sofá y se encaminó a su habitación mientras se deshacía de la camisa masculina.

—¿Con esa indiferencia quieres insinuarme que no volvamos a vernos? —preguntó al hueco por donde acababa ella de desaparecer.

Pero no obtuvo respuesta.

...

El chorro de agua de la ducha caía implacable sobre Lucía. Deseaba que se llevara hacia el desagüe los sentimientos acumulados en su interior, desde el de traición hasta el de

confusión, pasando por el de pesadumbre.

Traicionada por las personas en quién debería confiar.

*Mi marido, mi amiga...*

Confundida porque todo a su alrededor le parecía un absurdo disparate, un despropósito.

*Llevo meses sintiéndome culpable por sentir, por desear, por querer, cuando el resto del mundo parece ignorarme y seguir adelante. Todos viven menos yo.*

Apesadumbrada porque lo que más deseaba en ese momento era estar junto a Samuel.

*Te necesito.*

Mientras seguía dejando correr el agua por su rostro, una especie de resorte se disparó en ella. Se incorporó, salió de la ducha envolviéndose en una toalla y corrió hacia su dormitorio. Si quería estar con él, debería ir. Sí, estaba claro que había pasado un mes desde su último encuentro y lo más seguro era que no estuviera.

Pero, ¿y si...?

Esa era una expresión que más gente debería tener en cuenta más de una vez en su vida: ¿y si...? De momento podría aferrarse a la mínima esperanza. Aunque ella no apareció hace quince días, tal vez él se presentara dejando pasar otros quince. Absurdo, pero posible, y con eso tenía suficiente.

Se depiló todo su cuerpo, se puso el vestido gris perla que luciera la primera ocasión, se secó rápidamente el pelo, se maquilló y se plantó ante su coche en un tiempo inusitadamente rápido. Lo que es capaz de hacer el empeño y la resolución en una persona.

Condujo por la autopista y después atravesó la ciudad con el ánimo renovado. La cura para todos sus males era Samuel. Su presencia tranquilizadora, sus palabras de aliento, sus caricias curativas y reconfortantes. Ya solo podía imaginar su imagen sentado ante la barra, con su vaso entre las manos, perdido en sus propias divagaciones mientras contempla el líquido translúcido. Su reacción al verla y ella echándose en sus brazos.

Atravesó la puerta de entrada y prácticamente corrió hacia las

escaleras que llevaban al bar. Entró y observó impaciente y ansiosa a la gente que ocupaba aquel exclusivo lugar. Sus ojos viajaron por todos los rincones, de la barra, de las mesas o los sofás, y se pararon sobre cualquier hombre que estuviese solo o acompañado. Pero él no estaba. Volvió a fijar su vista al final de la barra. Allí estaba Raúl, el joven camarero con quien Samuel hablaba en algunas ocasiones. Tal y como lo recordaba la primera vez que le vio, sacaba brillo a las copas de manera rápida y eficiente. Su impecable chaleco negro y su pajarita no podían ocultar su juventud, delatada por su juvenil rostro y su cuerpo aún delgado y algo desgarrado. Decidida, se acercó hasta él, y se apoyó en la barra para preguntarle.

—Hola, ¿Raúl?

—Buenas noches, señorita. Me alegra verla de nuevo por aquí.

¿Le apetece algo de beber?

—Gracias. En realidad quería preguntarte por una persona.

¿Recuerdas al hombre que me ha acompañado siempre aquí?

—Sí, por supuesto que lo recuerdo.

—¿Le has visto hoy? —preguntó llena de ansiedad.

—No, hoy no ha estado por el hotel.

—Ya —Lucía notó el peso de la derrota hundir sus hombros.

—Creo que la última vez que estuvo aquí fue hace como un par de semanas, más o menos.

—¿Recuerdas si estuvo mucho tiempo?

—Sí, hasta muy tarde. Lo recuerdo porque llegó a quedarse solo en el bar. Le pregunté si estaba esperando a alguien y me contestó algo así como que sí, pero que sería la última vez.

—Gracias, Raúl.

Sus piernas la guiaron hasta la salida por inercia, porque ella no era consciente de estar caminando ni hacia dónde. Atravesó de nuevo la marquesina de la entrada y salió hasta el pequeño jardín, sintiendo el frescor de la noche. Se apoyó sobre la baranda que rodeaba las fuentes de la entrada y se dejó envolver por el sonido hipnótico del agua, fijando su mirada en el reflejo de las luces sobre la superficie. Pareció encerrarse en una burbuja, para aislarse del ruido, la gente y, sobre todo del dolor. El dolor que sentía por haber perdido a la única persona que parecía valorarla y comprenderla a pesar de no saber ni un ápice de su vida. Concentró su último resquicio de energía en intentar no llorar, y en no pensar en lo gris que iba a ser su vida de ahí en adelante.

—¿María? ¿Eres tú?

¿Samuel?

Lucía se giró tan rápido que perdió la visión por unos instantes. No, no había sido una alucinación escuchar su voz, ni un espejismo su imagen frente a ella. Era él, estaba ahí, había aparecido. No sabía cuál podría haber sido el motivo que lo llevó a volver a su lugar de encuentro, pero en ese momento no quiso pensar. Estaba allí y eso era lo único que importaba.

Samuel comenzó a caminar hacia ella y Lucía quiso echar a correr para lanzarse a sus brazos y acurrucarse en el calor de su cuello, pero en el último segundo cambió de opinión. Algo no iba bien. Conforme se iba acercando, ella se deleitaba en contemplarle,

tan elegante como siempre con un traje oscuro, pero existía un cambio sutil en su rostro, que descubrió cuando él quedó a la distancia de un brazo. Eran sus ojos, más oscuros que nunca, y fríos, como piedras de ónice.

—Samuel —susurró Lucía conteniendo la emoción. Siguió mirando su rostro, intentando buscar un resquicio de alegría por encontrarla allí. Pero no lo encontró.

—María —hasta su voz sonaba fría—, ¿has estado enferma?

—No —titubeó.

—¿Alguien de tu entorno, quizá?

—No —Lucía detectó mucha furia contenida. Lo conocía. Sonaba extraño pero así era, lo conocía y sabía que se estaba esforzando por reprimir la ira. Respiraba con fuerza y siguió mirándola unos

instantes en silencio.

—Ven conmigo —sin dar señales de lo que estaba pensando, la aferró con fuerza del brazo y tiró de ella hacia el interior del hotel. Lucía casi debía correr para poder seguir sus pasos.

En el interior del ascensor Lucía siguió inquieta bajo el escrutinio de esa mirada de halcón. Solo podía intentar acercarse a él con una explicación convincente sobre lo que la había mantenido alejada de él durante un mes.

—Samuel, yo...

—Chsst, no hables —le dijo él posando un dedo sobre sus labios—. No es necesario —susurró.

Una vez dentro de la habitación, habiendo cerrado ya la puerta

tras él, Samuel se fue aproximando a Lucía como un león enjaulado, con pasos lentos y calculados, y ella sintió una especie de aprensión que la desconcertaba y la turbaba y que la obligó a dar un paso hacia atrás.

—Deja que te explique...

—¿Por qué te empecinas en hablar? —dijo él nuevamente. Su tono era suave y cortés, pero distante, extraño—. Recuerda que tú y yo no necesitamos hablar. Solo nos une una sorprendente atracción y una pasión inexplicable —levantó una mano y le pasó el dorso de los dedos por la curva de su pecho, rozándola suavemente. Lucía creyó detectar un leve temblor en su mano y en su mandíbula.

—Samuel... —cerró los ojos al sentir la suave caricia. A pesar del recelo, se aproximó a él y acercó su boca a la suya.

—¿Besos, María? —Aquellas palabras fueron como agua gélida cayendo por su cabeza—. Demasiado íntimos, ¿recuerdas? Los dos sabemos a qué has venido. A que te folle, ¿no es cierto? —y dicho esto agarró el borde del vestido de Lucía y tiró de él hacia abajo, rasgándolo y echando a un lado lo que quedaba de él.

—¡Samuel! ¿Qué haces?

—¿Qué ocurre? La última vez no te mostrabas tan delicada —le sacó la ropa interior y la dejó desnuda ante él, mientras ella se dejaba hacer, sintiendo el tacto familiar de sus manos—. Si has vuelto habrá sido porque estás estresada, cansada o aburrida y necesitas un buen polvo, que es ni más ni menos para lo que vienes aquí. Recuerdo perfectamente tus palabras. ¿O ya no disfrutas follando conmigo?

—Sí... no... no así. Me gusta hacer el amor contigo.

—Por Dios, María —y soltó una cruel y siniestra carcajada—. No digas tonterías. Nosotros no hacemos el amor. Nosotros follamos.

Lucía no podía creer que aquel hombre frío e insensible fuese el mismo amante tierno que tantos momentos de pasión había compartido con ella. El mismo que la había hecho reír, que la había llevado al éxtasis en plena calle, que la había despertado con sus caricias excitantes.

—Ven, María —la cogió de un brazo y la llevó hacia la mesa que ocupaba un bonito rincón en la suite—. Déjate de gilipolleces que te voy a dar lo que estás deseando.

—No, Samuel. Así no quiero nada contigo.

—¿Seguro? —le dijo con una expresión en sus ojos cruel e incisiva.

Exclamó un gemido ahogado cuando sintió las manos de Samuel alrededor de su cintura para cogerla y sentarla sobre la mesa. Por muy frío que se mostrara, sus manos seguían quemándole la piel cuando la tocaban. Un simple contacto y ella se derretía de placer.

Le abrió las piernas para colocarse entre ellas y tenerla de frente mientras la miraba como si decidiera por dónde iba a empezar a devorarla. Él no se había desnudado, seguía con su traje oscuro impecable, pero, sin apartar sus ojos depredadores de ella, decidió quitarse la chaqueta y la corbata y las lanzó sobre el sofá.

Otro gemido escapó de su garganta cuando él le pellizcó un pezón y tiró fuerte de él, mientras tanteaba su sexo con la otra mano y

provocaba el primer brote de humedad.

—¿Lo ves, María? No te resistas. Te gusta todo lo que te hago. Por muchos tíos a los que te folles, solo conmigo te deshaces con solo tocarte.

El hombre alargó un brazo, y de un manotazo despojó la mesa de cualquier adorno que pudiese estorbar para sus propósitos. Un recipiente lleno de coloridas frutas frescas cayó al suelo con el sonido amortiguado por la alfombra, haciendo rodar por el suelo naranjas, pomelos, brillantes manzanas rojas y un racimo de jugosas uvas.

Satisfecho, Samuel volvió a aferrar a Lucía por la cintura, esta vez para darle la vuelta y colocarla boca abajo sobre la mesa,

dejando que apoyara el pecho y el abdomen en la lisa superficie e instándola a que se aferrase al filo con las manos.

Lucía comenzó a respirar cada vez más rápido. Su estómago, sus pechos y su mejilla descansaban sobre la dureza de la mesa, mientras se aferraba con fuerza al filo con los brazos levantados sobre su cabeza. A pesar de lo expuesta e indefensa que se sentía con esa postura, se estremeció por la expectativa y la excitación.

Sintió un golpe en el tobillo producido por el pie de Samuel y sus piernas se abrieron. Su voz grave fustigó a su espalda como un látigo.

—Mmm, me encanta tu culo —susurraba mientras amasaba sus glúteos—, aunque esto también me gusta —comenzó a deslizar un dedo por la zona del perineo, tanteando la entrada a su vagina.

Luego acercó ese mismo dedo a su boca—. Chúpalo, vamos —  
Lucía, obediente, apresó el dedo entre sus labios y lo envolvió con  
su lengua. Seguidamente, él volvió a llevarlo hacia su vagina—.  
¿Ves lo absurdo de tus protestas? Tu coño está mojado para mí —y  
antes de que ella siguiera protestando le introdujo el dedo en el  
interior de su cuerpo. Y luego otro más. Y comenzó a bombear,  
adentro y afuera.

¿Cómo podía sentirse tan excitada si en ese momento solo  
deseaba darse la vuelta y darle una patada en los huevos por  
comportarse como un miserable?

Seguramente porque era su mente la que le odiaba, pero su cuerpo  
traidor lo deseaba con desesperación. Respondía a sus caricias, a su  
voz, a su olor, se humedecía y se esponjaba ante el más leve roce de

su piel. Aquellas embestidas de sus dedos la estaban inundando de un denso placer y de una creciente e infinita lujuria.

—¡Samuel! —Lucía inspiró fuerte cuando algo la incomodó. Dos dedos seguían penetrándola, pero otro más tentó otra entrada, más estrecha, más prohibida.

—¿No te gusta? —siguió susurrando Samuel. La yema de su dedo corazón había traspasado aquella entrada—. Tranquila, relájate. Relaja tus músculos y disfruta de la doble penetración.

—¡Oh, joder! —exclamó Lucía. Era perverso, excitante, prohibido. Dolor y placer. Sus caderas se movían adelante y atrás, mientras aferraba fuertemente el borde de la mesa y sus pezones friccionaban contra ella. Giró su rostro para apoyar la frente y sus gemidos humedecieron la brillante superficie. El tercer dedo de

Samuel se introducía cada vez más, hasta el nudillo. Más dolor. Más placer. Nunca había sentido nada parecido y no deseaba que parase por nada del mundo.

—No te corras todavía —susurró de nuevo mientras extraía de golpe los tres dedos del cuerpo de Lucía, dejándola frustrada y vacía, a punto de gritar por la drástica interrupción—. No se te ocurra correrte hasta que yo te lo diga.

Lucía estuvo a punto de levantarse de la mesa al no escuchar sonido alguno durante unos segundos, pero le fue imposible moverse cuando la humedad de la lengua de su amante se extendió por toda su hinchada vulva, penetrando su vagina, tanteando su ano. Agachado tras ella, aferraba sus glúteos clavando sus dedos hasta dejar níveas marcas en su piel, y lamía con fruición los fluidos de su

excitación. Lucía volvió a mover sus caderas, excitada hasta el borde de la locura, lamiendo la mesa con su lengua. Justo cuando volvía a estar en el límite, volvía a sentir que la despojaba de su contacto y la volvía a dejar al borde de un clímax que no llegaba y cuya privación la estaba matando. Sintió acumularse las lágrimas tras sus párpados y un sollozo escapó de su garganta.

—Samuel, por favor, no me hagas esto.

—Chsst, tranquila, cariño. Muy pronto obtendrás mi permiso. Y tu premio —se escuchó el sonido del roce de sus ropas—. Porque tengo ahora mismo entre mis manos lo que más deseas: mi polla. ¿Estás contenta?

—Vete a la mierda —sollozó Lucía.

—Vamos, María, es lo que querías, ¿no? Sexo, follar. ¿Tal vez mi

polla no es suficiente para ti? Dime, María, ¿cuántos tíos diferentes te has follado desde la última vez que nos vimos?

—¡Oh, cállate!

—¿Te han follado así, María? —guio su miembro y la penetró de un solo golpe, completamente, hasta la empuñadura. Ella se arqueó sobre la mesa para acogerlo en su cuerpo que, traicionero de nuevo y a pesar del impacto, volvía a deshacerse de un placer insoportable.

—¡Que te jodan! —gritó ella mientras era asaltada por la erótica y perfecta sensación de tenerlo alojado dentro de su cuerpo.

—No, yo te estoy jodiendo a ti. —Y apresándola aún más fuerte de sus caderas, sabiendo que le dejaría marcas violáceas sobre su piel, comenzó a embestirla con fuerza, con rabia, obligándola a aferrarse a la mesa para no salir despedida por la potencia de

aquellas embestidas. El sonido sordo de su pelvis golpeando los glúteos femeninos invadió la atmósfera, cargada de gruñidos de placer.

El orgasmo llegó a Lucía violento, feroz, salvaje, atravesándola como un filo agudo y cortante. Samuel gruñó, embistió una vez más, dos, y ahogó un grito en su garganta, más parecido a un lamento que a un gemido de placer.

Silencio. Un denso y pesado silencio los cubrió a los dos. Lucía no se atrevía ni a moverse. Samuel apoyó las manos sobre la mesa, a cada lado de su espalda, mientras plasmaba en su nuca las bocanadas de su aliento rápido y caliente. Se deslizó para salir de su cuerpo y Lucía lo oyó arreglar sus ropas para, a continuación, sentir

sus pasos y dirigirse a la puerta, no sin antes escuchar su voz fría y acerada.

—Solo sexo, sin vínculos ni promesas, como acordamos. Como tú querías.

Escuchó el movimiento al coger su chaqueta del sofá y el tenue chasquido de la puerta al cerrarse.

Nunca sabría cuánto tiempo estuvo allí, en la mesa, sin moverse, en la misma postura. Su cuerpo estaba entumecido y frío. Como pudo, se apoyó en la mesa para incorporarse y cuando estuvo de pie volvió a sujetarse en el filo para no tambalearse. Se acercó al sofá y se sentó en él. Sobre uno de los brazos había una manta de color morado y la aferró con los dedos para cubrirse. Sus manos estaban

agarrotadas e insensibles por el esfuerzo en la mesa, lo mismo que el resto de su cuerpo y su mente.

Helada, entumecida, vacía. Lucía se aovilló en el sofá envuelta en la manta y presionó sus párpados para obligarlos a que cerraran sus ojos, para intentar descansar, vaciar su mente y no sentir nada.

...

Podrían haber pasado minutos, horas o la totalidad de la noche desde que Lucía se hiciera un ovillo en el sofá e intentara cerrar los

ojos. Al final, incluso pareció que había dormido algo, aunque no tenía ni idea de cuánto tiempo había podido ser.

Supo que se había despertado porque algo la había alertado. Un imperceptible sonido, una sensación, una presencia. Abrió los ojos y se encontró con las oscuras profundidades de los ojos de Samuel, más insondables que nunca. Tenía aspecto de cansado, a la vez que triste y taciturno, mientras la miraba arrodillado frente a ella. Sus ropas, normalmente impecables, se veían arrugadas, y su cabello aparecía revuelto, como si él mismo no hubiese dejado de mesárselo y de tironear de él.

—María —susurró—, perdóname.

Lucía se incorporó levemente e intentó que su mente abotargada

analizara aquellas palabras que, al menos, le parecieron sinceras.

—Por favor —volvió a susurrar. Con manos trémulas, acogió el rostro de Lucía, lo acercó a él y depositó un suave beso en sus labios.

Aquella caricia provocó en Lucía una ternura tan intensa que sintió ganas de llorar. Sus labios sabían maravillosamente bien, a café. A arrepentimiento y a disculpa.

—Perdóname —siguió suplicando, todavía con el rostro de Lucía entre sus manos—. Cuando no apareciste, te imaginé enferma, herida, ensangrentada en un coche o en la fría cama de un hospital. Y me volví loco.

—Lo siento. —Nunca llegó a imaginar que Samuel pensara en

aquellos trágicos sucesos como motivo para su ausencia. Se sintió infame y egoísta, por creer que él daría por hecho un simple final, sin haber pensado en ningún momento que él podría preocuparse.

—No, no, tú no has de disculparte por nada. He sido yo el miserable por mi comportamiento. Pero necesito que sepas que yo no soy así —siguió acunando su rostro, rozando suavemente con sus labios los párpados, la nariz, las mejillas o la frente de Lucía—, que aunque no tengo disculpa no sé qué me ha pasado. Supongo que ha sido la conmoción de volver a verte de nuevo, después de días y días muerto de preocupación por ti, sin saber si volvería a verte, al borde de la locura por no comprender.

Abrazó a Lucía y hundió el rostro en su regazo, mientras ella acariciaba y peinaba sus densos mechones de cabello con sus dedos.

—Lo siento muchísimo —a pesar de todo, del comportamiento de Samuel de esa noche, Lucía se sintió más amada que nunca en su vida—. Y no me has hecho ningún daño, no hay nada que perdonar. En nuestro último encuentro fui yo la que se comportó de forma irracional —le dio un beso sobre la cabeza e inspiró el maravilloso olor de su cabello.

—Eres asombrosa, cariño. —Samuel la besó dulce pero apasionadamente, obteniendo la misma respuesta vehemente de Lucía.

—Creo que hace siglos que no nos besamos —dijo Lucía sonriendo.

—Sí, y lo he echado de menos. Te he echado de menos a ti —le apartó la manta dejando expuesto su cuerpo desnudo, y compuso

una expresión desolada cuando observó las marcas que habían dejado sus dedos en la tierna piel de sus caderas—. No volverá a pasar, te lo prometo.

—La verdad, no me importaría que volviera a pasar —dijo ella con una tímida sonrisa—, pero siempre que sea contigo, no con el gilipollas de antes.

—No volverás a ver a ese gilipollas —le pasó una mano por la espalda y otra bajo las piernas para tomarla en brazos y llevarla a la cama. Él se deshizo de sus ropas y se acomodó junto a ella, cara a cara.

—Tuve miedo, Samuel, por eso no aparecí —se justificó por fin Lucía. Con su mejilla apoyada en la almohada, no perdía detalle de las facciones del rostro del hombre, iluminado únicamente por las

primeras luces del alba que entraban por la ventana.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De lo que sentía. De lo que siento.

—Te entiendo —le dijo él acariciando su cabello—, más de lo que imaginas. Por eso más que nunca necesito saber tu nombre. Dímelo. Solo eso, no te pediré nada más.

—¿Por qué es tan importante para ti? —Lucía, como un gatito, acunó su mejilla sobre la mano que la acariciaba.

—Para dar sensación de realidad a lo que siento.

Lucía lo pensó unos segundos, dudando si decir algo tan simple como su nombre, pero que en su caso resultaba algo más complicado. Para ella suponía una especie de escudo protector ante ese hombre, debido a la vulnerabilidad que le hacía sentir. Que él no

supiera ni siquiera su nombre le otorgaba seguridad frente a sus sentimientos, como si de esa forma se sintiese respaldada por María, protegiendo a Lucía y a la vida que se había construido.

Aun así, hubo un momento de vacilación. Casi sintió su propio nombre en la lengua, dispuesta a darle todo a ese hombre. Pero el simbolismo de esa concesión representaba ofrecer algo más que a sí misma: la seguridad de lo que la rodeaba, lo que le había costado años de paciencia, de miradas de lástima y de renunciar a una parte de su felicidad.

—No puedo —dijo con voz quebrada.

—¿Por qué?

—Es... complicado.

—Está bien, tranquila, no te angusties, todo se arreglará. Así pues  
—pareció inspirar aire—, mi única alternativa es decirte: mi  
hermosa desconocida, como quiera que te llames... te quiero.

Una lágrima rodó por la sien de Lucía hasta caer sobre la  
almohada.

# Capítulo 15

—¿Has podido recoger tú hoy al niño del colegio?

—Sí. Pedí permiso en el trabajo y no he tenido ningún problema.

—Lo siento. Tenía una reunión importante.

—No pasa nada. Te he dejado ensalada de pasta en la nevera. Yo me voy a la cama.

—Gracias.

Esa era la máxima conversación que mantenían Andrés y Lucía desde hacía varios días. Sobre su hijo, la cena, las facturas y poco más. Ninguno de los dos sacaba a colación preguntas que flotaban en el aire y que no tenían respuesta. O tal vez preferían no escucharlas.

Lucía volvía a tener problemas para dormir por las noches, tensa por el regreso de la frialdad a su relación con Andrés, y por no tener tan siquiera a su amiga para poder desahogarse. La echaba muchísimo de menos, pues desde la escena en su casa Maite no había vuelto a la hora del desayuno, ni iban juntas al trabajo. No le enviaba mensajes divertidos al móvil, no la acompañaba para ir de compras ni reían juntas tomando algo mientras hablaban de hombres.

Ahora resultaría demasiado inapropiado que le diera detalles sobre su último revolcón.

Más que nunca Lucía se volcaba en su hijo. Lo ayudaba a diario a hacer sus deberes, escuchaba atenta sus “problemas” con una tal Paula —que parecía demandar demasiado sus atenciones—, presenciaba todos los entrenos y partidos, iban juntos de compras —botas de fútbol “multitacos” o espinilleras nuevas—, y un par de veces al cine. Aunque nada de películas de dibujos. Lucía aguantó estoicamente la última de “Spiderman” y “Los Vengadores”. En realidad, las acabó disfrutando y lo pasaron genial, con empacho incluido de palomitas de colores.

Intentaba relegar a un rincón de su mente la confesión de Samuel.

Era algo maravilloso y a la vez aterrador saber que la quería, y que ella lo amaba también, a pesar de no saber ni quién era. Ella deseó decírselo también en aquel instante, pero fue incapaz de hacerlo sin poder pronunciar su nombre real. Sí, de acuerdo, era ella precisamente la que se negaba a decir el suyo o saber el de él, pero a veces estamos llenos de contradicciones. Le quería, pero no quería saber su nombre. Deseaba decirle que le amaba, pero no lo haría sin poder pronunciar su nombre.

La vida es una gran contradicción.

Cualquiera que hubiese sabido de su historia los hubiese tachado de locos, pero no le importaba. Hay ocasiones en que las cosas son así de complicadas y de sencillas a la vez.

En su último encuentro decidieron verse en dos semanas, para

aclararse y decidir algo sobre ellos y lo que les estaba pasando.

Nunca había deseado y temido a la vez algo con tanta fuerza.

...

Maite no le cogía el teléfono, no le contestaba los mensajes, no le abría la puerta de su casa. Se le pasó por la cabeza dedicarse a aporrear la puerta y montar un escándalo hasta que abriera, pero en un último instante se decidió por esperar pacientemente en el interior de su coche hasta que la viese salir.

Andrés tamborileaba con sus dedos sobre el volante. La paciencia empezaba a agotarse. Eran las tantas de la noche y Maite no había salido de casa en todo el día, incluso se veía luz en la última ventana del edificio, la suya.

Pues montaría guardia toda la noche si era necesario, pero necesitaba hablar con ella.

Comenzaban a rugirle las tripas de hambre. Debería haberse abastecido de pizzas o donuts como en las películas donde los polis montan guardia ante la puerta del sospechoso.

El portal del edificio se abrió. Andrés miró hacia arriba y comprobó que ya no había luz en el piso de Maite. Efectivamente, era ella la que salía por la puerta, sacando unas llaves de su bolso para dirigirse a su coche estacionado en esa misma calle.

Una furia desmesurada se apropió de su cuerpo. Maite volvía a las andadas, llevando un vestido de un llamativo color rojo donde escaseaba tela por todas partes, de finos tirantes y que apenas le tapaba las bragas. Completaba su atuendo con unos altos tacones del mismo color y el mismo maquillaje estridente de siempre.

Andrés bajó rápidamente del coche y en dos zancadas se plantó ante ella, que tuvo que parar en seco para no chocar contra él.

—¿Adónde vas? —le preguntó Andrés con la cólera pintada en su rostro y en los tensos miembros de su cuerpo.

—Adonde me dé la gana —e hizo un amago de esquivarle sin mirarle a los ojos.

—¿De qué coño vas vestida? —la aferró fuerte de un brazo para mantenerla frente a él.

—De lo que me dé la gana —y volvió a intentar desasirse de él, todavía evitando su mirada.

—Pues últimas noticias: ¡tú no irás a ninguna parte y menos así vestida! ¡Porque no me da la gana!

—¡Apártate de mi camino, imbécil!

—No, tú te vienes conmigo —y tiró de su brazo en dirección a su coche.

—¡Alto ahí! —Dijo mientras él la arrastraba hacia el vehículo—. ¡No voy contigo a ninguna parte!

—Por supuesto que te vienes conmigo —la apoyó en el coche y la obligó a mirarle a los ojos—. Después de lo que pasó entre nosotros tenemos que hablar.

—Oye, machito, ¿te crees con algún derecho sobre mí por

haberme follado? Pues ponte a la cola, guapo.

—Volvemos a ser la chica dura de siempre, ¿no? —aun así, Andrés no pudo evitar sentir bullir su sangre al escucharla hablar tan despectivamente de lo que había ocurrido entre ellos.

—¿Creías que yo era una tierna flor? Oh —compuso un mohín de pena batiendo las pestañas—, siento haberte decepcionado. Sigue buscando, como dice en las tapas de los yogures.

—No, no eres una tierna flor —la acercó bruscamente a él, hasta que se rozaron con la punta de la nariz—, eres una bruja, mala, pérfida e insidiosa, a la que tengo ganas de zarandear y de darle una buena zurra para que se comporte, pero eres *mi* bruja, ¿te queda claro? Y ahora te vienes conmigo —abrió el coche y la tiró sobre el asiento.

—¡Pero esto es el colmo! —Gritó ella cuando él ya arrancaba el coche—. ¿No me has escuchado? ¡No quiero estar contigo ni ir contigo a ninguna parte! ¡No iría contigo ni a recoger billetes!

—Ponte el cinturón y cállate.

—¡Encima se nos pone mandón! ¿Buscas algún rollo sumiso conmigo? ¡Pues te advierto que no lo vas a encontrar! Es más, ¡no pienso volver a follar contigo ni aunque te conviertas en el último hombre sobre la Tierra!

—Sé lo que estás haciendo, Maite, y créeme, no te va a funcionar.

—¿Además lees la mente? ¡Pues entonces sabrás que quiero irme ahora mismo de aquí! —y comenzó a forcejear con el cinturón.

—¡Estate quietecita de una vez o me harás perder el control del coche! ¿Quieres tener un accidente?

—¡Tú mismo! ¡Paras para que me baje o abro la puerta!

—¡Joder, Maite! —Andrés dio un volantazo cuando llegó a la altura de un camino de tierra que se internaba en el bosque y lo siguió hasta que llegaron a un pequeño claro.

Maite aprovechó para abrir la puerta y salir del coche. Andrés paró rápidamente el motor, salió y corrió hasta volverla a aferrar de un brazo, aunque ella se empecinaba en seguir andando mientras sus finos tacones se clavaban en la tierra húmeda del suelo.

—¿Vas a parar ya o piensas seguir caminando a través del campo en mitad de la noche y con tacones?

—Buscaré la carretera y me pondré a hacer dedo. Seguro que alguien me para.

—Te refieres a algún tío.

—Exactamente. Por una mamada me llevará a dónde yo le pida.

Los tíos sois así de básicos.

—¿Por qué tratas de cabrearme, Maite? ¿No te das cuenta que a mí no puedes engañarme? —La apoyó en el lateral del coche y se acercó a ella hasta que sus bocas estuvieron a un centímetro—. ¿Que te conozco desde hace mucho tiempo?

Maite soltó una carcajada mental. ¡Qué la conocía, le dijo! No tenía ni puta idea de nada.

—No sé a qué te refieres.

—A que hicimos el amor, Maite. A que sé lo que sientes cuando estás conmigo, porque es lo mismo que siento yo. Te deseo —pasó

su dedo pulgar sobre sus labios y barrió con él el rojo carmín para hacer desaparecer aquel recordatorio de lo que ella pretendía ser, y que le dio a su boca un aspecto algo grotesco—, y tú también me deseas.

Introdujo los dedos en su pelo y comenzó a besarla, lenta y profundamente, mientras ella mantenía tercamente sus brazos a los lados de su cuerpo para no tocarle. Sabía que si lo abrazaba estaría perdida.

—¿Ves? —Le dijo mientras pasaba sus labios por todo su rostro—. No puedes resistirte. Sabes que entre nosotros está ocurriendo algo y no podemos pararlo. No tenemos el poder suficiente —comenzó a deslizar sus labios por el cuello de Maite, que cerró los

ojos fundiéndose en esa caricia. La punta de su lengua humedecía su oreja, el pulso de su cuello y su clavícula, enviando descargas eléctricas a todo su cuerpo—. ¿Por qué sigues resistiéndote?

—¡Porque Lucía es mi amiga! —Maite lo empujó con todas sus fuerzas y Andrés parpadeó confundido—. ¡Porque es la persona que más quiero! —Sabía perfectamente que entre su amiga y su marido ya no había nada, al menos nada sexual o romántico, pero había decidido que no podía hacerle algo así. Por eso había pretendido salir esa noche, para aceptar que ella no tenía derecho a Andrés, que solo podía seguir imaginando su cara y su cuerpo mientras estaba con otros hombres. Debía arrancarse de raíz esa atracción que sentía por él, pero, ¿cómo podía desprenderse de algo que vivía con ella desde que podía recordar?

—No vas a deshacerte de mí tan fácilmente, Maite. Hace tiempo que nos deseamos, aunque no hayamos sido conscientes de ello.

—¡Qué no hemos sido conscientes! —soltó una risa casi histérica—. Vamos a ver, Einstein, tú que lo sabes todo, ¿cuánto tiempo hace que me deseas?

—Pues... no sé... meses quizá — más bien años, pensó.

—¿Y te crees que estás sufriendo porque me deseas desde hace unos putos meses? —Maite decidió sacar toda la rabia que llevaba dentro. Ya estaba harta, cansada, frustrada, agotada de llevar una carga tan grande ella sola—. ¿Cómo te sentirías si me desearas desde hace dieciséis años? Si estar a mi lado solo te hubiera reportado sufrimiento porque no pudieras tenerme. —No pudo evitar dejar escapar un sollozo mientras le asestaba fuertes

puñetazos en el brazo y en el pecho—. Porque eras el novio y después el marido de mi amiga y he tenido que conformarme con imaginar tu cara mientras cualquier tío me follaba, imaginando que eras tú el que me tocaba, sabiendo que jamás podría ser...

—Maite, basta, por favor —la estrechó entre sus brazos y comenzó a darle besos en el pelo—, no tenía ni idea.

—¡Ni se te ocurra tenerme lástima! —Se zafó de sus brazos mientras trataba de arrancarse las lágrimas a manotazos—. No quiero tu puta lástima.

—¿Lástima? ¿Crees que esto es lástima? —Le cogió su pequeña mano y la colocó sobre el bulto de su pantalón—. Esto es lo que siento por ti, y si no te hago el amor ahora mismo me volveré loco.

—No, por favor. Ahora mismo no soportaría que fueses tierno

conmigo.

Andrés la comprendió en el acto. Reconoció perfectamente aquel sentimiento de tristeza del que ella quería desembarazarse y sabía que el único consuelo era transformarlo en necesidad. La cruda necesidad que sentían en esos momentos el uno del otro.

—Ven conmigo —tiró de ella y la sentó sobre el capó de su coche—. ¿Quieres que te folle ahora mismo sobre mi coche, Maite?

—Sí, por favor —echó los brazos a su cuello y buscó su boca, para besarlo con desesperación. Sintió su boca muy húmeda y caliente con el sabor impreso del deseo. Hundió aún más su lengua cuando Andrés comenzó a apretar sus pechos a través del vestido, hasta que ya no soportó aquella barrera.

—Esto —le dijo aferrando el borde del vestido para bajárselo bruscamente hasta la cintura— no volverás a ponértelo a no ser que sea solo para mí, ¿entiendes? —comenzó a pellizcarle los pezones y a tirar de ellos, sin ternura en sus caricias, sabiendo que ella no la necesitaba en esos momentos. Maite solo quería olvidar tantos momentos de su vida, dejándose consumir y arrastrar por aquella ansia descontrolada.

Le hizo saltar los botones de la camisa a Andrés para quitársela y pasar las manos por sus hombros, su pecho duro y fuerte y su estómago plano y estrecho. Andrés la hizo tumbarse sobre el capó y agachó la cabeza para apresar uno de sus pezones entre los dientes. Una ráfaga de placer atravesó a Maite, sintiendo brotar en su sexo un calor líquido y ardiente, mientras él seguía chupando sus pechos,

aunque sintiera la dureza del coche en su espalda.

—Porque eres mía, y solo mía, ¿has entendido? —Le subió lo que quedaba de vestido hasta la cintura y bajó sus bragas, desgarrándolas por las prisas en quitárselas. La besó de nuevo profundamente, subiéndola más hacia arriba para colocarse entre sus piernas y volver a chupar y lamer sus pezones. Siguió bajando, dejando un rastro de fuego con su boca, lamió su ombligo y su *piercing* y bajó hasta su sexo. Inhaló su aroma íntimo y comenzó a lamerlo, chuparlo, acariciarlo, como si pudiese borrar su aflicción con las pasadas de su lengua.

Maite gritó cuando él hundió la lengua en su vagina, mientras frotaba su clítoris con el pulgar. Se aferró a su pelo mientras se

retorcía desesperada, gimiendo su nombre una y otra vez. Volvió a gritar cuando la alcanzó el orgasmo y su cuerpo tembló por entero, aunque Andrés no paró hasta que los temblores cesaron totalmente.

Cuando terminó de succionar hasta la última gota de su esencia, se desabrochó los pantalones, le abrió las piernas y apuntó entre ellas con la punta de su miembro hinchado y trémulo.

—No pienso renunciar a ti, ¿me oyes? —le decía mientras frotaba su clítoris con su redondo y húmedo glande. A pesar de haberla saciado hacía un instante, Maite volvió a excitarse de nuevo, a humedecerse, sintiendo su sexo volver a palpar de deseo por él—. No volveré a seguir con una vida vacía cuando tú la llenas —comenzó a penetrarla poco a poco—, no voy a conformarme con la Tierra cuando he alcanzado el cielo —y se introdujo en ella

completamente.

Maite creyó distinguir esas palabras entre la bruma del deseo y la pasión, pero prefirió no analizarlas de momento. En aquel instante Andrés la embestía con fuerza, levantándole las caderas para penetrarla más profundamente, haciéndola sentir al borde del abismo, sintiendo un placer tan glorioso que cuando la inundó el clímax le pareció sentir su sabor estallar en su lengua.

Andrés también se estremeció, soltando un potente rugido de su boca, mientras el orgasmo lo alcanzaba, violento y sobrecogedor. Se agachó hacia ella y la besó largamente en la boca, dejando que se difuminaran los espasmos de sus cuerpos mientras lamía lentamente sus labios y su lengua.

—¿Te ha parecido mejor así? —le preguntó él sin haber salido todavía de su cuerpo, acariciando su rostro con la yema de sus dedos.

—Ahora mismo sí.

—¿Y el otro día?

—No sé a qué te refieres —dijo ella volviendo su cabeza hacia un lado.

—Sí lo sabes. Cuando te hice el amor en tu casa, en tu cama.

—¡También! ¿Es eso lo que deseas escuchar? —Gritó mientras intentaba mantenerse serena—. ¿Que me gusta todo lo que me haces? ¿Que soy igual de feliz si me follas o si me haces el amor? ¿Soy feliz con solo tenerte cerca! —emitió un sutil sollozo que no pudo evitar—. Joder, déjame en paz.

—No, ya me has escuchado antes. Tú llenas mi vida y no pienso renunciar a ti. Llevo demasiado tiempo buscando algo que no sabía qué podía ser, y lo he sabido al encontrarlo, al darme cuenta de que eras tú lo que buscaba. Estabas tan cerca y a la vez tan lejos... —la besó en los párpados—. Tranquila, cariño, y dímelo.

—Que te diga qué.

—Algo que llevas guardando demasiado tiempo. Lo que sientes.

—¡No, no me da la gana!

—Pues yo creo que te irá bien. Sácalo, cariño, vamos, sácalo de una vez.

—¡Vete a la mierda! —Cerró los ojos—. Te quiero —y los volvió a abrir—. ¡Te quiero, joder, te quiero! ¡Llevo queriéndote casi toda mi vida, y absolutamente nadie ha sido capaz de hacerme olvidarte!

¿Estás contento?

—Ven un momento —Andrés se incorporó, la cogió por la cintura y se dejó caer hasta el suelo con ella en su regazo. Le acomodó la cabeza en su hombro y comenzó a hablar—. Recuerdo un día que fuimos a la playa. Lucía y yo ya estábamos casados y tú llevaste uno de tus ligues. Cuando nos quitamos la ropa para bañarnos, tú no llevabas la parte superior del biquini y la de abajo era un tanga que dejaba muy poco a la imaginación. Me excité en el acto y tuve que lanzarme al agua de cabeza para que no se me notara. Le eché la culpa al poco sexo que tenía con Lucía, pero más tarde te descubrí tras unas rocas con ese tío encima —inspiró unos segundos—. Quise matarle, ¿sabes? Quise agarrarlo del cuello y sacarlo de encima de ti. Pero, lo más sorprendente para mí fue

reconocer que quería apartarlo para ponerme yo en su lugar. Deseé con todas mis fuerzas ser yo el que estuviera sobre ti, besándote y lamiendo todo tu cuerpo —paró de hablar unos segundos—. Más tarde nació Adri y me centré en mi hijo, en Lucía y en mi trabajo. Tú seguiste con tu vida y yo con la mía, alejándonos cada vez más de aquella amistad, hasta que, cuando te enteraste de mi infidelidad decidiste odiarme y yo lo agradecí. Prefería pensar que no nos aguantábamos a pensar que me había equivocado de persona al casarme con Lucía.

—No, no digas eso, Andrés. Yo jamás deseé que tuvierais problemas, y nunca he dejado de querer a mi amiga y a vuestro hijo más que a nadie en el mundo.

—Lo que demuestra que eres mejor persona de lo que nos haces

creer a todos —le sonrió pícaro.

—¡Chorradas! ¿No era una pérfida bruja? —le dijo con mirada traviesa.

—Sí, pero ya me has oído. Mi bruja —le dio un sonoro beso en los labios—. Solo mía. Se acabaron tus clandestinas salidas en mitad de la noche, ¿está claro?

—¿Y las tuyas?

—Solo para escaparme contigo —le cogió el rostro entre las manos—. Hace tiempo que no deseo a ninguna otra mujer porque te deseaba a ti. Discutía contigo para enmascarar ese deseo, esa atracción, desconociendo lo que tú sentías. Si lo hubiese sabido antes nos habríamos ahorrado unas cuantas peleas —sonrió—. Pero te quiero, Maite. Creo que siempre te he querido, solo que me sentía

culpable por pensarlo. Y también entiendo ahora muchas cosas, pues creo que nos hemos pasado la vida de amante en amante, obligándonos a conformarnos con aquellos cuerpos como sucedáneos de lo que no podíamos tener. Y eras tú lo que yo quería, cariño —le pasó la mano por el pelo—. En el fondo lo he sabido siempre, solo que pensé que me odiabas.

—En realidad sí te odié los últimos años, porque le hiciste daño a Lucía. No tenía suficiente con que estuvieras casado con mi amiga, que para colmo tenía que saber que estabas siempre con otras mujeres. Y yo también pensé que no me soportabas —lo abrazó y hundió su rostro en su pecho—. Joder, Andrés —sus quejas parecían incongruentes entre abrazos y besos en su cuello, su barbilla y su áspera mandíbula, henchidos de amor y de felicidad—.

Mierda, mierda, mierda, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé. Pero creo que para todo debe haber una solución. Ya lo verás.

# Capítulo 16

El cirujano deslizó los guantes hacia los residuos, se desprendió de la mascarilla y el gorro y se dispuso a aparecer en la sala de espera, donde sabía le esperarían los familiares del paciente que acababa de intervenir. Con su verde atuendo, avanzó por el pasillo mientras un grupo de personas se abalanzaban sobre él.

—¡Doctor!, ¿cómo ha ido todo? —preguntó una mujer rodeada

por los que suponía serían sus hijos.

—Bien, bien, todo ha ido bien, no se preocupen. Con el marcapasos se regularán sus arritmias y únicamente se tratará de hacer una vida saludable y someterse a revisiones periódicas. En un par de días podrá volver a casa.

—Gracias, doctor. Le damos las gracias por todo —respondió la mujer mientras posaba su mano en el brazo del médico.

—De nada, tranquila, para eso estamos.

Formaba parte de su vida cotidiana el encuentro con los familiares y amigos de los pacientes que intervenía, sus rostros de alegría mientras intentaban tocarle como si fuese una especie de Mesías. En otras ocasiones eran de desconcierto, de perplejidad o de la mayor de las penas. La mayoría de esos encuentros —

afortunadamente— eran felices, aunque unas pocas lágrimas pesaran mucho más cuando la cosa no había ido como se esperaba. Dar una mala noticia era un trago amargo al que nunca se acostumbraría.

—¿Un café para celebrar un nuevo éxito? —Una mujer de melena oscura y unos cuarenta años, se aproximó al cirujano con una sonrisa al coincidir con él a la entrada de la cafetería.

—Sí, necesito cafeína. ¿Te apetece algo? —le preguntó mientras pasaban junto a los aparadores con bandejas de bocadillos, pastas o frutas.

—Más cafeína para mí, gracias.

—Un resultado positivo siempre lo considero un éxito —decía el hombre cogiendo los vasos del café y los azucarillos con palito de

plástico incluido.

—Cuidado, doctor, se está usted labrando una buena reputación—bromeó la mujer ya sentados en una de las mesas de la cafetería. Eligieron una de la última fila, al lado de las ventanas, desde donde se podía contemplar una parte de las traseras del hospital, el aparcamiento y algunos obreros trabajando en las obras externas de la nueva ampliación que parecían no acabar nunca. El resto de las mesas estaba ocupado a esas horas por diverso personal sanitario con el mismo atuendo blanco que portaban ellos dos—. Una operación de implantación de marcapasos ya es algo cotidiano para ti.

—No, jamás me tomaría una operación menos seriamente que otra. El paciente se pone en mis manos, tanto si es para una

operación sencilla como si es para un trasplante de corazón.

—Tú siempre tan correcto. Aunque supongo que por eso y por tus éxitos has llegado donde estás.

—¿Vas a comenzar a agasajarme a estas alturas? —dijo el médico levantando una de sus cejas.

—Sabes que siempre te he admirado, cariño —dijo la mujer en un tono bastante zalamero—. ¿Tienes algo que hacer este fin de semana? Últimamente no hay quien te localice.

—Sabes que los fines de semana solo contesto las llamadas del hospital.

—Ya, ahora resulta que haces vida monacal. ¿Estás saliendo con alguien?

—Sonia, no empieces. No debo darte explicaciones, lo nuestro

acabó hace tiempo.

—Sabes que de momento me conformo con uno de nuestros encuentros esporádicos. Hace tanto que no disfrutamos juntos... —dijo la mujer deslizando sus dedos por la solapa de la bata, haciendo un mohín con sus labios.

—¿Qué tal compañero? —Le saludó otro doctor con una palmada en la espalda, haciendo que la acompañante femenina despegara sus dedos de golpe—. Con vuestro permiso, tomo asiento con vosotros. Yo también necesito la cafeína correr por mis venas.

—Yo ya me iba —dijo la mujer levantándose de su silla y marchándose con cara de no haberle gustado en absoluto la interrupción.

—Gracias, Félix, tu aparición ha sido de lo más oportuna.

—De nada, amigo. Nunca le he caído bien a esa mujer —suspiró y luego sonrió—. Aunque seguro que está al tanto de que ella a mí tampoco. Por cierto, ¿cómo tengo que decirte que no es bueno seguir acostándose con una ex? Siempre terminan creyendo que quieres volver con ella y vuelves a comenzar de nuevo con las mismas discusiones que propiciaron la ruptura. Son polvos que a la larga pueden resultarte demasiado caros.

—Hace ya mucho tiempo que no me acuesto con ella, algo que nuestra querida pediatra no acaba de aceptar.

—En su momento te pareció admisible, aunque creo que volverla a meter en tu cama de vez en cuando se debió más que nada a tu falta de tiempo para buscarte algo mejor. Bueno, a eso y a que ella se te lleva restregando desde que volvió al hospital y uno no es de

piedra.

—Más que admisible yo diría tolerable. Estuvimos juntos cinco años en los que nos soportábamos sencillamente porque apenas coincidíamos. Después desaparece durante dos años y cuando vuelve espera que lo reanudemos todo como si no hubiese pasado nada. Como bien has dicho, de tanto insistir y porque no tengo tiempo para salir de copas, acabamos en la cama en varias ocasiones, pero no volverá a ocurrir.

—¿Y por qué no se lo dices clarito? Algo así como: “Mira, Sonia, ya no me pones en absoluto, así que búscate a otro que aguante tu cara de vinagre”.

—No le voy a decir nada de eso porque tengo que verla casi a diario, así que prefiero esquivarla hasta que se aburra.

—Por cierto, a mí tampoco me pone pero tiene una pinta de ser una fiera entre las sábanas...

—Nunca te voy a dar detalles de mi intimidad, que siempre estás intentando sondearme. Eres un puñetero degenerado.

—¡Ei, hablando de detalles! ¿Qué pasa con aquella tía que conociste en el último congreso? Me dijiste que no sabías ni quién era, una especie de polvo esporádico desestresante, así que de ella sí podrás darme algún detalle.

—No —dijo más rotundo de la cuenta—. Te di ya demasiados detalles en su momento porque eres mi amigo y sé que puedo confiar en ti, pero sigues siendo un puñetero obseso con las mujeres, así que se acabaron las explicaciones.

—Uf, la historia no puede resultar más morbosa —comenzó su

amigo con los ojos brillantes—. La conoces en un hotel, te suelta que quiere follar contigo, así por las buenas, echáis un polvo —o varios— esa misma noche y luego os encontráis en el mismo lugar de vez en cuando para seguir follando cada vez que os apetezca, sin explicaciones, sin obligaciones. Y parece ser que esta sí que te pone cardiaco perdido —nunca mejor dicho—.

—Deja ya de babear. Ya te dije que me gustó desde el primer momento, sino no hubiese aceptado su propuesta. Para tirarme a una que no me guste ya tengo a Sonia.

—Me dijiste que estaba buena.

—Es preciosa. Tiene cara de ángel, con unos preciosos ojos grises, un larguísimo cabello del color de la miel y un cuerpo perfecto.

—Joder, me pido otra igual. ¿Folla bien?

—Que te jodan, Félix.

—¡Era broma, tío! Te he dicho eso porque me da la sensación de que aquello de la no implicación me suena a patraña.

—Tienes razón —el cirujano se pasó la mano por el cabello y compuso cara de circunstancias—. Desde el primer momento en que la vi sentada en aquel bar, tan bonita, tan insegura y vulnerable... En aquel instante pasó por mi cabeza una sucesión de imágenes de los dos juntos, como si pudiese augurar un futuro con ella. Pensé: “acabo de conocer a mi mujer” —suspiró—. Me he enamorado como un adolescente. Sin conocerla, sin saber de su pasado o su presente, sus gustos, sus desvelos, sus sueños...

—Tal vez ese sea el amor más auténtico, el que no se deja influir

por nada ni nadie, únicamente lo que esa persona inspira en ti. Joder, qué cursi ha sonado eso en mi boca —se rascó ligeramente una ceja—. En fin, ya lo había captado hacía tiempo —le dio una palmada en el brazo—. Amigo, tú no sirves para una vida disipada. Agarra a ese bombón y no lo sueltes nunca. —Lo miró más seriamente—. Creo que te lo mereces.

No dejó de pensar en las palabras de su amigo mientras se dirigía en coche a su casa. ¿No dejarla escapar? Estaba en ello, pero, ¿cómo? ¿Cómo convencerla de llevar aquello adelante como una relación normal, si todavía no había sido capaz de obtener de ella ni

su nombre? Incluso le había confesado lo que sentía —a pesar de lo execrable de su comportamiento en su último encuentro—, y estaba seguro de que ella sentía lo mismo, pero había algo que la impedía dar el siguiente paso. Tenía que averiguar algo de esa mujer ya, o se le escaparía de entre las manos como una pastilla de jabón, ella y la posibilidad de ir más allá de unos momentos de placer. Al menos, a través del sexo había conseguido retenerla a su lado, pero, ¿hasta cuándo?

Accionó el mando para abrir la puerta del garaje de su bonita casa con jardín y estacionó su coche, donde aún se mantuvo unos instantes mientras intentaba despejarse. Más tarde entró en la soledad de su casa, donde, a pesar de la misma, se sentía relajado. Se sacó la chaqueta y se aflojó la corbata mientras entraba en la

cocina y levantaba la tapa de la cena que le dejaba hecha la asistenta cada día. Algo ligero, ya estaba bien. Fue primero al baño a darse una larga ducha, dejando caer el agua durante largos minutos, como siempre hacía al llegar del hospital. Después de tomar la cena en la barra de la cocina, guardó su plato en el lavavajillas, y se dirigió a su despacho, donde se acomodó en su sillón de piel abatible, conectó la música de su ordenador, se colocó sus cómodos auriculares y cerró los ojos para escuchar la Sinfonía 41 K 551 en C mayor de Mozart.

...

Música estridente, punzante, repetitiva... ¿Era la de su móvil?

Tanteando sobre la mesita sin encender la luz y sin abrir los ojos, Lucía cogió el teléfono y abrió un solo ojo para poder ver la hora y el origen de la insistente llamada.

—Joder, las seis de la mañana —pero a continuación la alertó el nombre sobre la pantalla y contestó—. ¿Blanca? ¿Qué sucede?

—Siento despertarte a estas horas Lucía, pero acabo de enterarme. Se trata de Diego.

—¿Diego? ¿Qué le ha ocurrido? —dijo incorporándose de golpe en la cama.

—Parece ser que anoche se desvaneció en su casa, aunque afortunadamente se encontraba en compañía de algunos amigos. Lo llevaron al hospital porque sabían de sus problemas de corazón.

¿Sabías tú algo?

—¿Yo? No, no, pero dime, ¿cómo está?

—Parece ser que se encuentra estable, pero sus problemas coronarios le persiguen desde hace años.

—Oh, Dios, con lo joven que es. ¿Y cómo te has enterado?

—Mi hermana trabaja en urgencias del hospital y supo que se trataba de mi jefe al hacer la ficha. ¿Quieres que pasemos a verlo antes de ir a trabajar? Es un capullo como la mayoría de los jefes, pero al final acabas cogiéndoles cariño y todo.

—Sí, sí, claro, te paso a recoger.

—Perfecto.

El olor que flotaba en el aire inundó las fosas nasales de Lucía mientras caminaba por los blancos pasillos junto a Blanca. Olor a desinfectante, a medicamento, a alcohol, a enfermedad, a tristeza, a una leve esperanza. Olor a hospital.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —preguntó Diego al verlas aparecer. Sus palabras parecían implicar un tono de censura, pero Lucía fue capaz de captar un imperceptible destello de alegría en sus claros ojos azules.

—Venimos a ver a un amigo —le dijo Lucía aferrando su mano. A pesar de estar acompañado por los que supuso eran sus familiares, el imponente director creativo parecía quedar engullido entre las esterilizadas sábanas. Por muy grande que sea una persona, en cualquier sentido de la palabra, la cama de un hospital tiene el poder

de conseguir que se vea muy pequeña.

—Gracias —respondió Diego—, pero no era necesario.

—Nunca has dicho nada sobre tus problemas de corazón.

—¿Y a quién le iban a interesar los problemas del capullo del jefe?

—La gente te aprecia más de lo que supones. —Lucía le confirió un leve apretón en su mano que a ninguno de los presentes le pasó desapercibido. Se miraron disimuladamente unos a otros y tal vez pensaron cosas que no eran, pero a Lucía no le importó. Había aprendido a vivir con los comentarios cínicos de la gente, y cada vez le importaban menos.

—Dejad de preocuparos, pues es algo que ya me diagnosticaron hace años. Tengo diabetes, padezco de estrés, fumé durante años...

Vamos, que tenía todos los números del sorteo para que me tocara un EAC o Enfermedad Arterial Coronaria. Supongo que me harán algunas pruebas, ya hablarán los médicos conmigo.

—Oh, Diego —se lamentó Lucía mientras le posaba una mano en la mejilla. Se dio cuenta en aquel momento, justo al verlo tan indefenso, del cariño que había ido acumulando por él a lo largo del tiempo que había trabajado a su lado. Podría parecer un poco arrogante, estirado o frío, pero era un jefe exigente y minucioso, y había conseguido que la firma tuviera un lugar privilegiado en el mundo de la publicidad. Siempre lo había admirado y había aprendido de él mucho de lo que sabía.

—Vamos, Lucía, Blanca, ¡a trabajar! No vayáis a querer escaquearos con la excusa de hacerme compañía —y le guiñó un

ojo a Lucía en un gesto tan poco habitual en él, que ella no pudo por menos que inclinarse y darle un beso en la mejilla.

—Adiós, viejo cascarrabias. Mañana volveré a hacerte una visita y te traeré mi nuevo eslogan a ver qué te parece, no sea que tu corazón se resienta de tanto descansar.

...

—Hola, ¿puedo pasar?

—Por supuesto, Lucía, pasa.

Lucía traspasó la puerta de la habitación con pasos inseguros, ya que Diego se volvía a encontrar en compañía, esta vez de sus padres, y le parecía invadir un espacio de su intimidad. Pero su jefe reflejó tan sinceramente en su rostro la alegría de verla, que toda incomodidad la abandonó.

—Si no les importa, me he tomado la libertad de pedir una jarra a una enfermera para ponerlas en agua.

—Claro que no —contestó la madre de Diego—, son preciosas.

—Sí, las vi y no pude resistirme. Me encantan las rosas amarillas.

—Ojalá lo hubiera sabido —le susurró su jefe, mientras sus padres parecían inmersos en el programa que ofrecía la televisión—.

Tal vez de esa manera hubiese podido conquistarte.

—Diego, por favor —Lucía se sentía francamente mal cada vez

que se acordaba de su vil manipulación a un hombre para olvidar a otro.

—Vale, vale. Ser amigos tampoco está tan mal, ¿no?

—No, claro que no. Me gusta —y le pasó los dedos por entre el cabello ya deslustrado a pesar de llevar solo un par de días en aquel hospital—. Pero bueno, dime, ¿cómo estás? —le preguntó sentándose junto a la cama.

—Hasta las narices de tanta prueba, pinchazo, monitorización y más pinchazos.

—Están a punto de venir el cardiólogo y el cirujano cardiaco— intervino su madre—. Dentro de la preocupación, el equipo médico nos ha tranquilizado bastante, puesto que nos han asegurado que se trata de unos profesionales muy reputados, de lo mejorcito del país.

Mirad, ya parece que están aquí —dijo la mujer al escuchar un leve toque en la puerta antes de que se abriera y aparecieran los doctores.

—¿Diego? —Se oyó la voz grave y amable de uno de los médicos—. ¿Qué tal? Soy el doctor Torres y voy a ser su cardiólogo. Este es el doctor Elizalde y será quien practique la operación.

—Hola, Diego —saludó el cirujano cardiaco.

Lucía, todavía girada hacia su jefe, sentada en la butaca, reteniendo la mano masculina entre las suyas, sintió cómo todo su cuerpo se tensaba y el vello se encrespaba sobre cada centímetro de su piel.

Esa voz... no, no podía ser.

Poco a poco se fue dando la vuelta, temerosa, sobrecogida, como en una secuencia a cámara lenta. Le pareció distinguir las motas de

polvo flotar suspendidas en el aire.

Cuando su cuello terminó de girar, su corazón se paró.

*Yo sí que necesito un cardiólogo,* pensó a punto emitir una risa histérica en su pensamiento.

*El mundo es un puto pañuelo o qué. ¿El cirujano cardiaco que operará a Diego es... él?*

Topó de frente con unos ojos oscuros, que parecieron asombrados durante un solo segundo, pero que rápidamente pasaron de largo y se centraron en los informes que llevaba en una carpeta y en las explicaciones de su colega, no sin antes detener la mirada en sus manos entrelazadas con las de Diego.

Apenas pudo escuchar nada de sus explicaciones. Le parecía tener

un pitido agudo y constante dentro de sus oídos. Algo sobre una operación, un bypass, injerto, vasos sanguíneos, pautas de recuperación...

—¿Te ha quedado claro? ¿Tienes alguna pregunta? —volvió a preguntar el cardiólogo amablemente.

—No, doctor, todo está claro.

—Muy bien —continuó el cirujano—, pues mañana haremos alguna prueba más y comenzaremos el preoperatorio. Nos iremos viendo —y desapareció de nuevo tras la puerta. Como si nunca hubiese estado allí, como si ella no hubiese estado a punto de desmayarse de la impresión.

—Gracias, doctor. ¿Veis? —Se dirigió el paciente a sus acompañantes—. Parece ser que lo tienen todo controlado.

—Por supuesto, hijo —lo alentó su madre mientras su padre le presionaba el hombro en señal de ánimo.

—Todo irá bien, Diego, Ya lo verás —le dijo Lucía. Le pareció escuchar su voz un poco más ronca de la cuenta.

—Gracias, Lucía. Te veo un poco pálida. ¿Te encuentras bien?

—Estoy un poco cansada, y todas esas explicaciones sobre abrirte el pecho...

—Vete a casa, Lucía. Ya estaremos en contacto. Y gracias otra vez.

Lucía se asomó al pasillo desde la puerta y miró a ambos lados. Parecía vacío. Antes de poder pensar, arrancó a correr y no paró hasta que llegó al ascensor.

—Vamos, vamos —decía entre dientes dándole al botón una y otra vez mientras no dejaba de mirar a sus espaldas, como si formara parte de una película donde la víctima es perseguida por el asesino—, ábrete de una vez, por favor...

Cuando se vio en el ascensor volvió a respirar, y cuando salió a la calle no dejó de correr hasta que arrancó su coche y salió de allí disparada.

...

*Era ella, era ella...*

No dejaba de repetirse esa letanía en su cabeza. A punto había estado de dejar caer los papeles del paciente al suelo al comprobar que se trataba de ella después de darse la vuelta, pero su temple era una de las cosas que le habían valido para forjarse su carrera, así como los años de entrenamiento y su destreza manual. Había sido capaz de seguir adelante con su trabajo mientras su cuerpo entero clamaba por acercarse a aquella mujer.

Su amante, su alegría, su vuelta al amor después de tanto tiempo. Su mujer.

Lo peor había sido añadir al impacto inicial la impresión de contemplar sus manos enlazadas con las del paciente.

¿Ese sería su secreto? ¿Estaba unida a un hombre enfermo y por

eso no podía dejarlo? ¿O había sido sincera cuando le dijo que solo quería echar un polvo?

Llevaba mucho tiempo deseando que llegara ese momento, en el que se encontraran fuera de aquel hotel y de aquella fantasía que se habían creado juntos. En el mundo real, siendo ellos mismos.

Ahora no estaba seguro si se arrepentía de haber deseado aquello, si en realidad el mundo real significaba que todo había acabado.

Mucho cuidado con lo que deseas...

...

Lucía caminaba arriba y abajo en el interior de su dormitorio, mordiéndose las uñas. Echaba de vez en cuando miradas de reojo hacía su ordenador, todavía cerrado sobre la mesita en el rincón que utilizaba para trabajar.

¡Qué demonios!, pensó. Tal vez la curiosidad mató al gato, pero le sería imposible resistirse a saber de él.

Se sentó frente al ordenador, lo puso en marcha y buscó Google. ¿Cómo había dicho que se llamaba? Era un apellido vasco... Elizalde, sí, había dicho doctor Elizalde. Tecleó “doctor Elizalde cirujano cardiaco Barcelona”.

Expulsó el aliento de golpe cuando surgió su fotografía. Un sonoro suspiro surgió de su interior mientras pasaba un dedo por aquella imagen sonriente. Lo echaba tanto de menos...

Siguió leyendo, dejando que sus ojos volaran por aquellas palabras:

*“S. Elizalde, 36 años, Barcelona. Jefe del Servicio de Cirugía Cardíaca del Hospital de Barcelona. Amplió sus estudios en Estados Unidos, Francia y Alemania. Experto en bypass coronario sin circulación extracorpórea, trasplante cardíaco, cirugía de aneurismas de la aorta y de técnicas mini-invasivas...”*

Con aquella información, su amante abandonaba su mundo imaginario y pasaba a formar parte de la realidad. Pasaba de ser un desconocido a ser alguien con una historia tras de sí, alguien con una vida y un nombre real.

Sus ojos volvieron a volar hacia la fotografía. Su nombre

constaba al pie de la misma. Lucía se tapó la boca con la mano intentando evitar un ataque de risa histérica mezclado con lágrimas de incredulidad.

No podía ser. ¿Tan grande era la conexión entre ellos?

Pues a pie de fotografía podía leerse: Samuel Elizalde.

...

—Ya está todo preparado para la operación. No deben ustedes preocuparse más de la cuenta, su hijo estará en buenas manos con

mi equipo.

—Gracias, doctor.

—¿No ha venido su mujer con ustedes? —Samuel quiso darse un puñetazo. Por más que lo había intentado no había podido contenerse en averiguar a través de los padres del paciente si él y Lucía eran marido y mujer.

—¿Mujer?

—Sí, la chica que estaba con ustedes en la habitación al lado de su hijo.

—¡Ah, no, no! Desgraciadamente no existe ninguna relación entre ellos dos, pues nos parece una joven excepcional. Pero solo son compañeros de trabajo. Mi hijo es el jefe de Lucía.

No era pareja de su paciente.

Lucía.

Qué bien sonaba. Era suave pero con personalidad, como ella misma. Lo pronunció varias veces para poder sentir su sabor en la lengua, emocionado por poder poner por fin al rostro de sus desvelos un nombre para poder llamarla cada vez que se alejara y desapareciera en sus sueños.

...

—Todo ha ido muy bien. Su hijo se encuentra ahora mismo en la

UCI, donde permanecerá unos tres o cuatro días y posteriormente pasará a planta.

—Muchísimas gracias, doctor.

La apariencia del cirujano era de cansancio, después de las cinco horas que había durado la intervención, denotada por algo de palidez en el rostro y por los mechones de cabello húmedos de sudor que se adherían a su frente.

Levantó la vista más allá de los familiares agradecidos y sus ojos se encontraron con Lucía, más apartada del resto para ofrecer intimidad a la familia.

Sin dudarle, Samuel comenzó a caminar hacia ella.

Lucía se sintió emocionada al saber del éxito de la operación, algo que su subconsciente parecía tener claro por la confianza depositada en Samuel.

Samuel.

Tanto tiempo pensando en él de esa manera que se le hacía extraño que su nombre no hubiese cambiado, a pesar del cambio tan drástico que había dado su situación al encontrarse fuera de su universo privado.

Se giró para encaminarse a la salida, dejando que todos aquellos allegados de su jefe recibieran el consuelo del doctor.

—¡Lucía!

Cerró los ojos y se detuvo en seco. ¿Cuántas veces había soñado

con esa voz pronunciando su nombre?

Sintió su presencia justo a su espalda, y a continuación sus brazos alrededor de su cuerpo.

—No te vayas —susurró. Su aliento tibio calentaba su nuca mientras le rozaba el cabello con su nariz —. Ven un momento conmigo.

Lucía se dejó arrastrar hacia una puerta por donde Samuel accedió con ella y que cerró tras de sí. Era una especie de pequeño almacén de sábanas, toallas y uniformes de personal, cuya blancura parecía despedir rayos cegadores, pero que ella ignoró completamente, siendo únicamente consciente de la persona que la envolvía en el calor de sus brazos.

—Mírame, cariño —le dijo él levantando su cabeza colocando un dedo bajo su barbilla.

Lucía realizaba un trabajo sobrehumano reteniendo las lágrimas tras sus párpados, pero no pudo contenerse en lanzarse en sus brazos.

—Preciosa mía —susurraba él—, cuánto he deseado esto —no dejaba de abrazarla, besando su pelo, oliendo su perfume femenino y familiar.

—Abrazame fuerte, por favor —no había más consuelo en ese momento para ella que el abrazo de ese hombre. Y a pesar de aquel alivio, fue incapaz de seguir deteniendo el llanto, que brotó descontrolado mientras él la estrechaba aún más fuerte, sabiendo

que no necesitaba otra cosa.

Habían sido demasiadas cosas en poco tiempo. El distanciamiento con su marido y su amiga, la enfermedad y la operación de Diego, el encuentro con Samuel sin esperarlo... Demasiadas emociones en tan corto espacio de tiempo y ya no le había quedado más remedio que desbordarse como una presa.

—Tranquila, cariño, lo entiendo —la consolaba deslizando su mano por su suave cabello, como si supiera exactamente qué la preocupaba. Poco a poco, ella se desasíó de su abrazo para poder mirarle a los ojos y deleitarse en su visión y su cercanía.

—Gracias —le susurró. Sus ojos permanecían brillantes y enrojecidos por el llanto silencioso, pero su boca dibujó una tímida

sonrisa.

—¿Estás más tranquila?

—Siempre que estoy contigo —le respondió ella rozando su áspera mejilla con la mano.

—¿Me dirás ahora tu nombre? —le dijo atrapando su mano entre la suya.

—Ya lo has averiguado.

—Pero me gustaría oírtelo decir. —Al instante, ella se separó un poco de él y estiró su brazo ante la expresión desconcertada de él.

—Hola, me gustaría presentarme —le dijo visiblemente emocionada pero con un punto de diversión—. Mi nombre es Lucía —y extendió su mano.

—Encantado —sonrió él extendiendo también la suya—. Yo soy

Samuel.

—Parece ser que tengo mejor ojo que tú —le dijo ella.

En cuanto ella tocó su mano, él la volvió a acercar a su cuerpo para poder seguir tocándola y sintiéndola lo más cerca posible. Tras unos instantes con sus rostros enterrados en el calor del otro, Lucía fue la primera en levantar su cabeza para buscar su boca y volver a sentir la tibieza de sus labios. Samuel profundizó el beso buscando su lengua, mezclando el momento de intimidad con la pasión que siempre los inundaba.

—Quiero volver a verte —le dijo Samuel rozando todavía su boca con la suya.

—Sí, por favor —decía Lucía sin dejar de besarle el rostro, la

mandíbula o la barbilla.

—¿Quieres que nos veamos en otro lugar diferente al de siempre?

—No —dijo ella mirándole a los ojos—, vayamos de nuevo al lugar donde nos conocimos, si no te importa.

—Claro que no —le dijo él con ternura—. ¿Cuándo?

—Deja que espere a ver a mi jefe fuera de la UCI y entonces volveremos a encontrarnos allí.

—De acuerdo. Ahora tengo que irme —y le dio un rápido beso en los labios—. Hacía tiempo que no deseaba tanto la recuperación de un paciente —bromeó mientras asía el pomo de la puerta.

—Un momento, espera.

—¿Qué ocurre?

Lucía inspiró aire, lo miró directamente a los ojos y su voz fue

clara y segura al pronunciar las palabras.

—Te quiero, Samuel —sintió que un gran peso desaparecía de su cuerpo y su alma, pudiendo por fin expresar sus sentimientos a aquel hombre que había aparecido en su vida de una forma tan extraña y repentina. Y notó cómo sus masculinos rasgos no podían esconder una expresión de emoción contenida.

—Te quiero, Lucía.

Por fin.

...

En aquella ocasión, cuando Samuel apareció en el bar del hotel y se dirigió a la barra como siempre, un cosquilleo pareció burbujear en su nuca. Se dio la vuelta y su pecho pareció henchirse cuando descubrió a Lucía sentada en el mismo asiento donde estuviera la primera vez que la vio. Le sonreía, tentadora, tan bonita como aquel día que parecía ya tan lejano, aunque un nuevo porte y seguridad la acompañaban ahora de una forma más patente que entonces, algo de lo que él se creía responsable en una buena parte.

Aferró su copa y se acercó.

—Hola, ¿puedo sentarme?

—Por supuesto —dijo ella de forma claramente sensual. Se había puesto un vestido blanco y negro, con profundo escote que mostraba buena parte de sus generosos pechos, y donde Samuel no dejó de

clavar sus ojos oscuros que destilaban rayos de deseo.

—Me llamo Samuel y soy médico. ¿Y tú?

—Me llamo Lucía y soy publicista.

—Interesante. ¿Puedo preguntarte por qué has aceptado mi compañía? ¿Tal vez te he parecido “agradable”? —Samuel seguía el juego que se habían marcado los dos, recordando aspectos de su primera cita, transformándolos en cómo debería haber sido realmente y añadiendo nuevas reglas. Porque ya no eran los mismos de entonces.

—Sí, muy, muy agradable.

—¿Y eso qué significa?

—Que estás tan bueno que me excito con solo mirarte —observó su nuez de Adán moverse inquieta mientras su garganta tragaba la

saliva acumulada—. Y, por supuesto, que bajo tu bonita fachada detecto a un hombre excepcional, que no soy tan superficial. ¿Y tú, por qué te has acercado a mí y no a otra?

—Porque, con solo poner mis ojos sobre ti te he imaginado desnuda —esta vez fue ella la que tuvo que morderse el labio inferior para no exhalar un suspiro—. Y porque nada más ver tu rostro he sabido que eras para mí, que no soy tan superficial. —Y le guiñó un ojo seductoramente.

A pesar de su pose segura y arriesgada, Lucía sintió su mano temblar mientras aferraba el pie de su copa y se la llevaba a los labios, para dar un pequeño trago a la bebida sin dejar de mirarle por encima del borde, haciendo de ese gesto un momento íntimo y sensual.

—Ojalá hubiese sido una mujer más de mundo, que hubiese sabido mostrarse tal como hoy.

—¿Por qué? A mí me gustaste aquel día, y te he expresado mis verdaderos pensamientos de entonces. Supe que había conocido a la mujer de mi vida.

—Pero, ¿no te parecí torpe, inexperta o insegura?

—No. Fueron precisamente tu torpeza, tu inexperiencia y tu inseguridad las que me cautivaron. Aparte de tu físico, por supuesto, la chica más preciosa que había visto en mi vida.

—Ya, por favor —suplicó Lucía parpadeando para eludir las lágrimas—, así no se vale. Tienes demasiada labia, y ninguna mujer se puede resistir a tanto encanto y halago, por mucho tiempo que haga que dejó de creer en el romanticismo.

—Eso fue lo que me dijiste aquel día, que habías dejado de creer en muchas cosas. ¿Quién pudo ser tan idiota? ¿Quién pudo atesorar el privilegio de tenerte y dejarte escapar?

—No, ya no pienso así, Samuel. Muchas cosas han cambiado desde entonces. Llevaba años pensando que los hombres no erais más que seres sin escrúpulos, sin reconocer mi propia culpa. Yo y nadie más que yo soy la responsable de mi pasado. Aunque tengo una buena razón para haber actuado así y volvería a cometer el mismo error una y otra vez.

—Algún día me lo contarás, espero.

—Tal vez.

—Y yo —comenzó él de nuevo para distender el momento—, ¿no te parecí demasiado convencional? ¿No te hubiese gustado una

aventura con alguien más interesante? Un hombre oscuro, con un pasado turbio, que te hubiese descubierto un mundo de sexo más insólito o perverso.

—Si no te crees lo suficientemente interesante, más vale que aprendas más de las mujeres, o que de vez en cuando te fijes en cómo te miran todas, que a veces me dan ganas de clavarles las uñas en los ojos para que dejen de hacerlo. En cuanto al tema de lo convencional, creo que, precisamente, tú eres el poco convencional, porque es fácil encontrar hombres que se las den de cautivadores haciéndose los misteriosos, pero, ¿ser un hombre seductor y atrayente siendo él mismo? ¿Siendo dulce, tierno, amable y generoso como tú? —Sonrió traviesa—. Y como guinda final, eres inteligente, guapo, sensual, y hueles bien. ¿Qué más puede pedir

una mujer?

—Joder —dijo Samuel pasándose la mano por el cabello—, uno no está acostumbrado a escuchar estas cosas —le tomó una mano entre las suyas—. Haces que me sienta un gigante, cariño.

—Gracias, pero creo que ha llegado el momento de pasar a la acción. Llévame a tu habitación ahora mismo. Recuerda a lo que vine la primera vez, a echar un polvo con un desconocido.

—Pero ya no lo soy, al menos ahora sabes mi nombre. Tu amante misterioso ha pasado a ser un simple cirujano de carne y hueso y con un nombre normal y corriente. Por si esperabas algo más exótico, no sé, misterioso empresario multimillonario, espía o asesino a sueldo.

—¿Un simple cirujano? He leído tu historial, cariño y se me

pusieron todos los pelos de punta —le pareció que bajaba la vista, adorable en su humildad—. Además, sigues siendo Samuel, ¿no? —Rieron los dos—. Pues Samuel, hazme el amor hasta que no pueda andar en una semana.

—Como siempre, será un placer.

Cuando entraron en la habitación, Lucía sintió el primer impacto visual en su retina de todo lo que la rodeaba. Si ya se estaba acostumbrando a la elegancia de aquel hotel, se le añadía ahora el toque que parecía haber sido obra de Samuel.

Incontables jarrones de rosas rojas y amarillas junto a infinitas

velas encendidas convertían la estancia en una especie de reino paralelo, donde las partículas de magia eran transportadas a través de colores y olores. Sobre las blancas sábanas de satén de la cama, un manto de pétalos de rosa en los mismos tonos, que invitaban a dejarse caer sobre él, abrir los brazos y reír, desafiando al mundo y sus problemas.

El toque terrenal lo proporcionaba la cubitera con cava y hielo y dos copas que Samuel llenó en cuanto descorchó la botella. Acercó su copa a la de Lucía y propuso un brindis.

—Por los encuentros inesperados.

—Por los congresos de cardiología —rieron los dos mientras bebían de sus copas—. ¿Tú has ordenado montar todo esto?

—Y todavía no lo has visto todo. —Samuel apartó las copas e

instó a Lucía a tumbarse sobre el colchón de flagrantés pétalos carmesí.

—¡Samuel! ¡Hay un espejo en el techo! ¿No te parece un poco morboso?

—¿Quieres que ordene quitarlo?

—¡No! Déjalo. —Lucía dejó la vista fija en el reflejo que ofrecían los dos, mientras Samuel se quitaba una a una todas las prendas de ropa y comenzaba a quitarle a ella el vestido, dejándole puestos únicamente su bonito conjunto de ropa interior y los zapatos. Por primera vez podría disfrutar de aquella sensual lencería.

Poco a poco, él se subió a la cama y se colocó frente a ella, que no dejaba de observar sus movimientos en el espejo del techo.

—Qué maravillosa vista ofreces por detrás, hijo mío —le dijo ella

traviesa.

—Pues anda que tú por delante...

—Muchas gracias, pero, ¿por qué no me desnudas del todo hoy?

—Todo a su tiempo.

Samuel se inclinó y comenzó a besarla, de una forma tan carnal y erótica, que Lucía sintió humedecer su bonito tanga solo con sentir aquella lengua explorar su boca. Después siguió bajando hasta sus pechos, donde apresó un pezón entre sus dientes a través del encaje, lo que la hizo gemir descontrolada, sobre todo al abrir los ojos y contemplar la imagen que ofrecían. La ancha espalda de Samuel, su prieto trasero y sus largas piernas, se movían sobre ella. Casi sintió vergüenza cuando observó su rostro, con sus labios entreabiertos de placer.

Pero solo casi. Nada con ese hombre la avergonzaría jamás.

Él siguió bajando por la suave piel de su vientre, ahondando en su ombligo, abriendo sus piernas para comenzar a besar su sexo a través de la tela del minúsculo tanga.

—¡Samuel, por favor! ¡Quítamelo todo! Necesito sentir tu boca.

—¿Estás segura?

—¡Sí!

Samuel, con cara de no haber roto un plato, subió por su cuerpo de nuevo, le desabrochó el sujetador, y antes de que ella se diera cuenta de lo que hacía, se lo ató a sus muñecas por encima de su cabeza.

—¡Eh! ¿Qué haces? —gritó Lucía agitando sus brazos estirados

hacia arriba—. ¡Dijimos que nada de sumisión!

—No te voy a atar las piernas ni tapar los ojos. No es para hacerte una sumisa, sino para que no te distraigas tocándome mientras nos observas en el espejo. Así comprobarás que mirar también es muy excitante.

—No sé... Me parece que me estás liando.

Dejó de hablar en cuanto él volvió a besarla, cuando volvió a deslizar la lengua por sus pechos, ya libres de barreras. Y siguió mirando. Su cabeza entre sus pechos, bajando hasta la unión de sus piernas para bajarle el tanga y comenzar a chupar su sexo mientras se lo abría.

Y siguió mirando.

Era la escena más erótica que había podido observar en su vida, a

ella misma con los brazos atados sobre su cabeza, sus pechos tensos y la cabeza de su hombre entre las piernas. Apenas pudo seguir mirando cuando él raspó el clítoris con sus dientes y sus gemidos inundaron el aire.

—Tranquilízate, cariño —le decía él, mientras Lucía sentía aquel íntimo aliento entrar por su vagina.

—¡No quiero tranquilizarme! ¡Quiero que continúes!

—Ahora mismo, cariño. Dobla ahora las piernas y ábrelas todo lo que puedas —Lucía le hizo caso, mientras Samuel le colocaba una almohada bajo la zona lumbar—. Perfecto.

—¿Perfecto? ¿Para qué? —Se sentía abierta y expuesta, tan cerca de su rostro. Y para colmo reflejándose en un espejo.

—Para disfrutar —Samuel introdujo un dedo en su vagina y

comenzó a moverlo, mientras ella volvía a gemir y a mover sus caderas. Dos dedos. Más gemidos, más vaivén. Un tercer dedo, por otro orificio diferente. Solo la yema del pulgar. De momento.

—¡Samuel! ¿Otra vez?

—Creo que te gustó. ¿O no?

—S-sí, creo que sí.

Samuel humedeció con su lengua aquel estrecho orificio, mientras introducía más y más su dedo pulgar, hasta que entró íntegramente, sin dejar de embestir entre tanto en su vagina con los otros dos dedos.

—¡Joder! —gritó Lucía.

El placer era abrumador, explosivo. Jadeaba en busca de oxígeno

y su clítoris palpitaba de anhelo. Adivinando su desasosiego, Samuel se lo atrapó entre sus labios y lo chupó con fuerza sin dejar de embestir con los tres dedos, hasta que Lucía gritó y se deshizo en espasmos de placer, que antes de que desaparecieran del todo, él aprovechó para colocarse sobre ella y penetrarla de golpe. La embistió con fuerza, mientras ella observaba de nuevo su imagen reflejada, las nalgas masculinas flexionando y bombeando, hasta que los dos volvieron a gritar, suspendidos en una espiral de placer que parecía no tener fin.

Cuando Samuel cayó sobre ella, le desató las manos y le masajeó las muñecas, pidiendo disculpas por si le había hecho daño en algún momento.

—No, Samuel, no me has hecho daño —le dijo abrazándole,

pecho contra pecho, corazón con corazón—. Pero esta vez sí me vengaré. ¡Como que me llamo Lucía!

¿Cuántas veces habían vuelto a hacer el amor esa noche? Había perdido la cuenta. ¿De forma más tierna? Sí, pero para andar con las piernas abiertas el resto de la semana. Por lo menos.

Lucía observó el rostro dormido de su amante, sus largas pestañas y su boca deseable, como ya hiciera su primera noche juntos.

Habían pasado tantas cosas desde entonces...

Un polvo de una noche. ¡Ja! ¡Ni hablar! Lo quería a su lado más tiempo. Le propondría verse todo lo a menudo que pudiesen

permitirse.

Aunque había algo que no había cambiado nada, que seguía estando ahí: su situación personal. Seguía estando casada y, lo más importante, tenía un hijo, que a pesar de necesitar menos cuidados día a día —algo que la hacía infinitamente feliz—, todavía era pequeño y vulnerable, y quería evitarle cualquier sufrimiento derivado de las locuras de su madre o de su padre.

Era algo que todavía tenía que hablar con Andrés, sobre cómo llevar su situación de ahora en adelante. ¿Había sido lo suyo con Maite un simple rollo o había algo más? Lucía los había observado en ocasiones mientras discutían y había percibido algo extraño que entonces no había sabido interpretar, pero que ahora, recordando en retrospectiva, le parecía que podía haber algo más.

Fuera lo que fuere, hablaría con Andrés esa misma semana. No podía seguir postergando más aquella conversación.

En cuanto a Samuel... Después de hablar con su marido lo haría con él y llegarían a un acuerdo, estaba segura.

De momento, seguiría disfrutando de él. Se hizo la dormida cuando él la besó con ternura en la frente y se levantó de la cama para entrar en la ducha. En cuanto oyó correr el agua se levantó y entró en el baño.

Primero se deleitó en mirarle unos instantes a través de la mampara de cristal. Enjabonaba y frotaba su cabello, haciendo ondular sus brazos y los músculos de su ancha espalda, cubierta de nubes de espuma blanca. El agua y el jabón se deslizaban por su piel, trazando surcos sobre el oscuro vello de sus piernas y su tórax,

y deteniéndose sobre el ensortijado nido que rodeaba su miembro.

Lucía se coló en el interior de aquel vaporoso recinto y abarcó sus hombros con sus brazos.

—¿No sabes lo excitante que es compartir una ducha por la mañana? —le susurró repitiendo las palabras de su primera ducha juntos.

—Lo sé, pero hace mucho que no lo practico.

Samuel elevó el rostro de Lucía hacia él y atrapó su boca para besarla intensamente, mientras el agua lamía sus rostros y sus cuerpos. Se acariciaron y frotaron el uno al otro envueltos en la niebla del vapor. Lucía alargó su mano para cerrar el agua y bajó su boca para lamer el torso masculino, enredando su lengua entre los

remolinos de vello mojado y los prietos pezones. Siguió bajando, deslizando su lengua por la línea oscura bajo el ombligo, que crujía bajo su boca, hasta arrodillarse frente a él.

—Lucía —gimió, con las palmas de las manos abiertas sobre los azulejos y el pecho subiendo y bajando velozmente.

—Te dije una vez que solo necesitaba práctica.

Se aferró a sus nalgas y se introdujo el miembro en la boca, lamiendo el orificio de su glande y bajando hasta la base. Samuel enredó sus dedos entre la maraña de pelo mojado de la mujer para guiarla y alentarla, mientras ella, apoyada en él, chupaba y lamía con deleite aquella muestra de potencia masculina.

—Lucía —gimió él de nuevo—, sabes que voy a correrme.

Deberías apartarte ahora.

En esta ocasión, Lucía esperó con placer sentir en el interior de su garganta su semen caliente, que absorbió y tragó hasta la última gota, mientras él lanzaba un áspero gemido y se convulsionaba dentro de su boca.

Samuel se dejó caer, resbalando su espalda por la pared mojada hasta sentarse en el plato de la ducha, junto a Lucía. La tomó por la cintura y la sentó sobre su regazo, abrazándola con ternura, mientras ella sonreía satisfecha como una niña que hubiese terminado un complicado puzle.

—¿Lo ves? —le dijo—. Aprendo rápido.

—Ya lo veo —levantó su cara para mirarla a sus brillantes ojos

grises y la besó con suavidad en los labios—. ¿Y a quererme?

¿Aprenderás?

—En eso soy una experta.

# Capítulo 17

Maite descansaba sobre el cuerpo desnudo de Andrés, apoyando su mejilla sobre su torso mientras jugueteaba con el escaso aunque oscuro vello de su pecho. Su traviesa mano no dejaba de hacer incursiones hacia un pezón, el ombligo o la suave piel de su cadera, percibiendo el desasosiego bajo la aparente tranquilidad de Andrés.

—Maite, acabamos de hacerlo. ¿Tendrás piedad y me dejarás

descansar un minuto?

—Descansa tú, yo no pienso hacerlo. Llevo demasiado tiempo aguantando a muchos capullos mientras pensaba en ti y necesito aprovechar el tiempo perdido ahora que te tengo de verdad.

—Pues nada, soy todo tuyo —le dijo él mientras abría sus brazos.

—Solo necesito que te des la vuelta —aferrando su hombro lo giró sobre la cama y lo mantuvo boca abajo mientras él se dejaba hacer—. Me encanta tu espalda —y comenzó a morder sobre sus hombros y sus omóplatos para pasar después la lengua por las marcas de sus dientes.

—¿No eres un poco sádica? —decía Andrés estremeciéndose bajo aquellas fieras caricias.

—Mmm, me gusta saborearte —siguió bajando hasta apresar una

de las nalgas bajo su boca y comenzó a morderla y chuparla, dedicando después las mismas atenciones a la otra.

—Maite... —Andrés no pudo controlar su espasmo cuando sintió que ella le abría las piernas y colocaba su rostro entre ellas para chupar sus testículos y la zona del perineo, obligándolo a aferrarse al borde de la cama mientras embestía instintivamente sobre el colchón.

—Chsst, quietecito, nada de follarse a la cama. —Maite fue subiendo de nuevo por su cuerpo hasta colocarse sobre él, haciendo que su vulva quedara abierta sobre su prieto trasero. Se afianzó a sus hombros y comenzó a balancearse sobre una de sus nalgas, sintiendo arder su clítoris en aquella inigualable fricción. Comenzó a jadear, expulsando su aliento en uno de los oídos de Andrés,

clavando los dientes en la nuca masculina, acelerando el ritmo del vaivén de sus caderas, y explotando en un ardiente clímax hasta dejar caer su rostro sobre la ancha espalda de su amante.

—Maite —preguntó Andrés jadeante—, ¿acabas de correrte en mi culo?

—Era una de mis fantasías eróticas contigo, una de mis favoritas —le dijo dándole la vuelta para volverlo a tener de frente—. ¿Es demasiado para ti? —le preguntó juguetona.

—Por mí, puedes correrte en cualquier parte de mi cuerpo —le dijo cogiéndola por la nuca para acercarla a su boca y besarla profundamente. Maite alargó su mano y apresó entre sus dedos el miembro hinchado que comenzaba a derramar las primeras gotas de líquido seminal.

—¿Y tú? ¿No deseabas descansar? —le dijo pícara mientras bajaba por su cuerpo.

—No, ya descansaré después —gimió él al observar cómo ella se introducía su pene en la boca.

Andrés se apoyó sobre sus codos para no perder detalle de la rubia cabeza que tenía entre sus piernas. Maite, del mismo modo, mantenía sus ojos fijos en el rostro que deseó tantas veces que fuera el que la mirara desde esa misma perspectiva.

La joven siguió absorbiendo el duro miembro masculino, sin dejar de acariciar el vientre plano, los huesos de las caderas o los hinchados testículos.

—Oh, Dios, Maite, eres maravillosa. —Andrés inclinó hacia atrás

su cabeza mientras emitía un potente gemido y eyaculaba en aquella cálida boca, volviendo a disfrutar de la visión de Maite bebiendo y succionando hasta la última gota de su clímax.

Cuando cesaron los espasmos, Andrés se incorporó para contemplar su miembro resbalando por entre los labios femeninos. La miró con ternura y extendió su mano para limpiar con la yema del pulgar una gota blanca de la comisura de su boca.

—Ven aquí, preciosa —la subió de nuevo sobre él, para volverla a acomodar sobre su pecho y enredar lánguidamente sus dedos entre su rubio cabello—. ¿Vas recuperando algo de tiempo?

—Un poco —sonrió—. ¿Te parezco demasiado lanzada o atrevida?

—Conmigo puedes hacer lo que te venga en gana —le contestó mientras dibujaba filigranas invisibles en su espalda con la yema de sus dedos.

—Solo deseo estar contigo —le dijo ella girando su rostro para depositar un suave beso en su oscuro pezón—. Pero todavía tenemos que vernos a escondidas. ¿Quieres que hable yo con Lucía primero y le explique?

—No —contestó rotundo—, yo hablaré con ella. Simplemente no lo he hecho todavía porque lleva unos días bastante triste y apagada, con la operación de su jefe y las visitas al hospital. Dejaremos que todo se normalice un poco.

—Tú tampoco quieres verla sufrir, ¿verdad? —preguntó Maite ligeramente emocionada.

—Claro que no, es mi amiga, tu amiga, la madre de Adri y una de las personas más importantes de mi vida desde que tengo memoria.

—Lo sé. La quieres tanto como yo.

—Y ella también nos quiere, solo que está agobiada por todo y todavía no lo puede asimilar. En cuanto todo esté aclarado, buscaremos la solución más adecuada para todos evitando en la medida de lo posible que nadie tenga que sufrir.

—¿Lo dices por Adri?

—Sí, aunque yo ya lo he ido tanteando y he hablado con la psicóloga y no hemos visto mayor problema. Mi hijo va a seguir estando rodeado de amor por todas partes.

...

—Doctor, ya llevo casi una semana en este hospital y en esta cama, ¿cuándo voy a poder volver a mi casa? ¿Y cuándo podré volver a trabajar?

—Has de tener paciencia, Diego, lo tuyo no ha sido una operación de apendicitis, sino de corazón. Un par de días y podrás marcharte a tu casa. Para volver a trabajar habrás de esperar unas cinco o seis semanas más. ¿A qué dijiste que te dedicabas?

—Soy el director creativo de una empresa de publicidad, no realizo ningún esfuerzo.

—Pero acumulas mucho estrés, Diego. Deberías relegar parte de la responsabilidad en otras personas.

—Lucía sería la más apropiada, pero nunca ha aceptado ese ascenso.

—¿Por qué? Si puedo preguntar.

—Sí, claro, no se preocupe. ¿Por qué no ha aceptado jamás ese ascenso? Pues por lo mismo que no deseó tener una relación conmigo ni con nadie.

—¿Saliste con ella? —Samuel intentaba disimular los celos ardientes que recorrían en ese momento todo su cuerpo, mientras seguía concentrado en sus informes y papeles.

—Dos o tres veces, pero no tengo nada que hacer, ni yo ni nadie.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque ella nunca dejará a su marido ni querrá compartir a su hijo.

—¿S-su marido? —su visión pareció nublarse por unos segundos.

—Sí, doctor. Está casada y tiene un hijo de nueve años, por eso no quiere un puesto de responsabilidad, para poder pasar más tiempo con ellos, sobre todo con su hijo. Con su marido tuvo algunos problemas en el pasado, pero ahora parece que la cosa les va mejor. O al menos eso se comenta por ahí.

—Bien, pues lo dicho, ya hablaremos, Diego.

—Hasta la vista, doctor.

Samuel siguió con todas sus visitas de la mañana por inercia, como en trance. Su cabeza no parecía poder asimilar la información recibida hacía unos momentos sobre la mujer que había ocupado su

pensamiento y su corazón durante los últimos meses.

¿Un marido? ¿Un hijo?

Ese era su secreto, el enigma que parecían encerrar sus tristes ojos grises.

Tristes porque sabía que lo suyo no iba a ninguna parte, que nunca tendrían un futuro juntos, mientras él, ignorante, llevaba semanas planeando cómo sería su vida en común. En realidad, casi desde el principio lo había estado imaginando.

Qué ingenuo, infeliz, ignorante y patético. Se había comportado como un ciego enamorado y ella mientras tanto, tratándolo como a un simple amante, sin dejar su vida con otro hombre con el que reía, comía, dormía, hacía el amor...

Su cuerpo parecía a punto de explotar como una caldera,

imposible de acoger tanta ira y tanto desprecio en su interior.

Lo había intentado todo con ella, desde el principio, tratando que se acercara, utilizando el sexo como pretexto pero siempre acompañado de algo más, para darle confianza, comprensión, amor... Pero no había sido suficiente. Lucía nunca había hablado sobre el futuro. Tal vez porque no lo había.

Buscó los datos de Diego Mendoza y se dispuso a cambiarse para salir del hospital.

En la vida se aprende a base de traspies, pero cuanto antes se levantara y siguiera adelante, mejor.

Lucía atravesó la doble puerta acristalada del edificio donde se ubicaban las oficinas de *Smith&Benson Publicidad* mientras extraía de su bolso las llaves del coche y se dirigía hacia el aparcamiento situado junto al edificio. Sus pasos seguros y enérgicos se ralentizaron cuando observó una figura masculina y familiar, con los brazos cruzados y apoyada sobre un elegante Audi de color oscuro. Un instante de pánico la asaltó.

—Samuel, ¿qué haces aquí?

—Pareces sorprendida. ¿Tal vez te desagrada que interfiera en tu vida privada?

—Será mejor que hablemos dentro del coche —dijo ella accionando el mando de las puertas.

—Perfecto, pero lo haremos en el mío. —Samuel abrió su coche

y ocupó el asiento del conductor mientras Lucía lo hacía a su lado.

—¿A qué has venido, Samuel?

—¿Cuándo pensabas decirme que estás casada? —preguntó sin intentar darle más vueltas a aquello que lo roía por dentro.

—No lo sé —dijo Lucía tensa sin dejar de mirar al frente a través del parabrisas.

—Que no lo sabes —Samuel comenzó a pasar suavemente las yemas de sus dedos sobre la lisa superficie del volante. Parecía contener toneladas de ira bajo su piel—. ¿Puedo saber cuáles eran tus intenciones de aquí en adelante?

—Supongo que seguir como hasta ahora. —Lucía aparentaba calma y serenidad, aunque el vértigo y las náuseas amenazaran con desbordarse.

—¿A eso aspiro contigo, Lucía? ¿A la categoría de amante?

—Yo nunca he hablado de algo más.

—Sé perfectamente que tú nunca has hablado sobre futuro.

¿Cómo ibas a hacerlo, si tenías una vida donde yo no encajaba?

—Es lo que hemos estado haciendo hasta ahora.

—No, Lucía, hasta ahora había una parte de juego y de fantasía, pero eso ya acabó, ahora estamos en el mundo real. Se acabó María y su amante misterioso y sus encuentros esporádicos en un bonito hotel.

—No puedo ofrecer otra cosa.

—¿Qué cosa? ¿Acostarte con un marido y un amante? ¿Cuál era tu problema, el aburrimiento o el deseo de vivir una nueva experiencia para escribir en tu diario de color rosa?

—No sabes de qué estás hablando.

—No, no tengo ni puta idea de nada porque tú jamás me has dicho la verdad. Te dije que te quería, y eso significaba que deseaba una vida en común contigo, no un polvo los fines de semana. De esos ya tenía con otras mujeres, pero lo que teníamos tú y yo era distinto, o al menos eso creía.

—Yo también te dije que te quería.

—¡Qué contratiempo! ¡Te enamoraste de tu amante y ahora no sabes qué hacer con él! ¡Oh, sí, claro! ¡Tu marido de lunes a jueves y el resto para mí! ¿O tal vez habías pensado en un *ménage à trois*?

—Si vas a continuar diciendo sandeces será mejor que me vaya.

—Si esperas bajarte de este coche para luego buscarme, echarte en mis brazos y solucionarlo todo con un polvo, estás muy

equivocada.

—¿Qué quieres de mí, Samuel? —le preguntó con semblante cansado.

—Primero la verdad, y después todo, Lucía. Lo quiero todo.

—La verdad es que tengo un marido, un hijo y una vida y una calma que me ha costado mucho conseguir. Y no puedo ofrecértelo todo. La vida es así, Samuel, no todo son finales felices.

—Pues es lo único que aceptaré. No pienso compartirte con otro, Lucía. Te quiero, y lo sabes, pero las cosas tienen un límite.

Ahí estaba, el ultimátum. Lucía sintió que, por fin, la verdad caía sobre ellos y se estrechaba, oprimiéndolos hasta no dejarles respirar.

—¿Qué esperabas? —gritó ella—. ¿Una historia de amor

perfecta? ¿Una mujer perfecta? ¡Pues no lo soy! ¡Arrastro un pesado lastre del que no puedo desprenderme, porque así son las cosas! ¡Existen maridos, hijos y problemas, no todo es de color de rosa! ¿Me lanzas un ultimátum? Pues entonces tal vez resulte que no soy lo que esperabas. Tal vez te enamoraste de María y ella no existe. Existe Lucía y todo lo que conlleva. Así pues, creo que lo mejor para los dos es que dejemos de vernos. Seguir es demasiado complicado.

—Puedes bajarte de este coche cuando quieras —el rostro de Samuel parecía fantasmal, cubierto por una palidez espectral que provocó que el corazón de Lucía se partiera en pedazos—, pero cuando lo hagas no vuelvas a buscarme, ni en el mundo real ni en el imaginario.

Desconcertado, perplejo y sintiendo que la sangre se le congelaba en cada rincón de su cuerpo, Samuel observó a Lucía accionar la maneta de la puerta, bajarse del coche y dirigirse al suyo. Lo arrancó y desapareció por entre el tráfico, como si jamás hubiera existido.

...

—Lucía, hemos de hablar.

Lucía pelaba y troceaba varias clases de verduras sobre la

encimera de la cocina. Su trabajo la ayudaba a evadirse, pero estando en casa únicamente podía hacerlo con la compañía de su hijo o cocinando. Nunca se le había dado especialmente bien la cocina, pero había descubierto todo un mundo en los libros de recetas o buscando por internet. En esos momentos troceaba tomates, pimientos rojos y verdes, berenjenas y calabacines para preparar un pisto de verduras.

—¿Qué quieres, Andrés? —preguntó sin levantar la vista de la colorida mezcla. Manejaba el cuchillo como si le fuera la vida en ello.

—Deja eso un momento y nos sentamos tranquilamente.

—No es necesario. Habla y yo te escucho.

—¿Crees que por ignorarme a mí ignoras el problema? Por favor,

Lucía, ven conmigo —le hizo soltar el cuchillo, la cogió suavemente de la muñeca y la acercó a una de las modernas sillas de color rojo para sentarla frente a él.

—Tengo que terminar esto y...

—Tranquilízate y escúchame. —Andrés la miró con ternura. Sabía que intentaba aparentar un desinterés que no era real. Aun así, inspiró y comenzó a hablar—. Sé que en su momento lo más lógico entre nosotros habría sido el divorcio, después de comportarme como lo hice, pero de todos modos no me arrepiento. Nuestro hijo era aún muy pequeño y creo que los tres juntos hemos hecho un buen equipo —sonrió y le pareció atisbar un asomo de sonrisa en su mujer—. Los resultados saltan a la vista, Adrián es un niño maravilloso, inteligente y maduro, y tú y yo no nos hemos llevado

tan mal. Sí, ya sé lo que me vas a decir, que yo salí ganando porque no renuncié a las juergas y las mujeres, pero si te sirve de consuelo, nunca me hicieron sentir demasiado bien. Echaba en falta algo en mi vida, que me parecía tener al alcance de la mano pero que no daba con la fórmula para poderlo alcanzar. Hasta ahora.

—No es necesario que te justifiques, Andrés. Yo tampoco me arrepiento de mi decisión, a pesar de que en mi vida no hubiera fiesta y hombres. ¿Qué quieres decirme exactamente?

Esta vez, Andrés inspiró más hondo, soltó el aire lentamente, y miró directamente a los ojos grises de Lucía.

—Me he enamorado y quisiera divorciarme.

—No me lo puedo creer —rio Lucía sin rastro de humor—. Tú,

precisamente tú... —no podía articular palabra—, increíble... me moriría ahora mismo de risa si tuviese una pizca de gracia.

—Estoy hablando muy en serio, Lucía.

—¡Y lo dices tan fresco! —explotó Lucía, como si una compuerta largos días cerrada se hubiese abierto de golpe por la presión acumulada—. ¿Y qué pasa con nosotros? ¡Dime! ¿Qué pasa con aquel acuerdo al que llegamos de mantenernos juntos por nuestro hijo? ¿Han sido todos estos años un desperdicio? ¿De qué me ha servido olvidarme de mí misma?

—Ya te lo he dicho, los dos juntos hemos hecho mucho bien por el niño. Eso es algo en lo que ambos estamos totalmente de acuerdo.

—¿Y ahora? ¿Tu hijo ya no merece ningún sacrificio más?

—¡No es eso! Lo he pensado detenidamente, lo he hablado con

Eva, con la tutora, incluso con otros profesores, y no prevén ningún problema si lo hacemos bien.

—¿Bien? ¿Y cómo se divorcia la gente *bien*?

—Escucha, por favor. Seguiré con la misma rutina de cada día, viniendo todos los días a desayunar para llevarlo al colegio y a la tarde lo recogeré, lo llevaré a los entrenos y a los partidos, seguiremos haciendo cosas los tres juntos. Seguirá relacionándose con su padre y su madre, del mismo modo que no cambiará de entorno ni de amigos, prácticamente todo seguirá igual. Apenas se dará cuenta de algún cambio.

—Oh, Dios —Lucía dejó caer su rostro entre las manos y comenzó a soltar las primeras lágrimas. Ahora que se lo escuchaba explicar a su marido le parecía tan fácil... Una solución que estaba

ahí y que ella no había sabido ver, o tal vez era cierto aquello que siempre le recriminaba Maite sobre lo adecuado y cómodo que les había resultado mantener esa situación atípica.

—Ei, cariño —le dijo agachándose frente a ella cogiéndole las manos—, no llores. Ya verás como no será un proceso traumático para ninguno de nosotros. Nuestro hijo seguirá recibiendo tanto amor como siempre y, sobre todo, verá que sus padres se siguen queriendo como hasta ahora.

—Lo sé, de eso no tengo ninguna duda —dijo Lucía con los ojos aún brillantes—. Me entristece ver una especie de final en nuestra historia.

—No es un final —le dijo cogiendo su rostro entre las manos—, es un principio.

—¿Te importaría abrazarme, Andrés?

—Todas las veces que quieras.

Andrés estrechó a Lucía entre sus brazos, dejando que expulsara a través de las lágrimas años de obligaciones, de vivir a medias, de su fracaso o de sus logros. Tantas vivencias juntos, desde el amor al desamor, pasando por el rencor, y por último, un sincero y profundo cariño arraigado para siempre en sus vidas.

—Perdóname, preciosa, por todo el mal que te haya podido causar.

—No, no digas eso —dijo Lucía deshaciéndose del abrazo—. Te juro que nunca eché en falta estos años algo que no tuviera. Si volviera atrás volvería a hacer lo mismo.

—Lo mismo digo. Estar casado contigo y tener a mi hijo no lo cambiaría por nada.

—Vale, vale —sonrió por fin Lucía, parpadeando para hacer desaparecer las pequeñas gotitas de sus pestañas—, nos estamos poniendo demasiado sentimentales. Y dime —le dijo algo más tranquila—, ¿verdad que Maite es mucho más de lo que aparenta?

—Pues... —dudó él si hablar de Maite en ese momento podría resultar lo más adecuado, aunque tenía clarísimo que la respuesta era sí. Maite era exactamente lo que necesitaba, pues era una mujer guapa, inteligente, divertida y con una extraña mezcla de perversidad y bondad en su carácter, una especie de bruja buena. Habían sido amigos durante años, y por si fuera poco, hacer cosas juntos, reír o hacer el amor con ella estaba resultando la aventura

más excitante de su vida. Nunca se aburrirían juntos. Eran tal para cual y deseaba compartir su vida con ella.

—También es mi amiga, Andrés. Es más, Adri seguirá viendo a su tita cada día, que también le quiere con locura.

—¿Por qué no hablas con ella? Lo está pasando realmente mal. Te echa de menos.

—Yo también a ella. En realidad, me alegra que estéis juntos, seguiremos haciendo cosas los tres, como cuando éramos jóvenes. Será un poco raro veros a los dos besuqueándoos —hizo una mueca—, pero prefiero que estés con ella a que te hubieses dejado atrapar por cualquier lagarta. Creo que hacéis buena pareja, guapos, divertidos y un poco locos, pero con un gran corazón.

—Me alegra de que todo haya resultado así de bien —observó

desconcertado a su mujer coger el bolso y ponerse los zapatos—.  
¿Adónde vas?

—A casa de tu novia. ¡Vigila la salsa! —gritó saliendo por la  
puerta.

Maite agitaba el plumero sobre los muebles de su casa, subida  
sobre el sofá, la cama o una silla mientras cantaba y se movía al  
ritmo de *Maroon 5*.

*Sugar,*  
*Yes please,*

*Won't you come and put it down on me.*

*Oh right here, cause I need*

*Little love and Little sympathy...*

Le encantaba ver a ese cantante y sus tatuajes. Un día de estos convencería a Andrés para que se hiciese alguno y poder admirar su cuerpo más de lo que lo hacía ahora, si ello era posible. Solo con pensar en él, se le agitaba el cuerpo de deseo y el corazón le latía más aprisa, sin poder todavía dar crédito a que el amor platónico de su vida fuese ahora todo suyo.

No. Todo, todo... no. No podía decir que fuese plenamente suyo. Solo había algo que no la dejaba ser completamente feliz, algo que aún la privaba del sueño y de la tranquilidad necesaria para seguir

adelante.

Cesó sus movimientos cuando escuchó de fondo el timbre de la puerta. Se acercó sin bajar la música para poder mirar por la mirilla y averiguar quién era. Como se le ocurriera presentarse de nuevo al vecino baboso de enfrente, le metería el plumero por el culo. No, mejor una patada en los huevos, lo del plumero seguro que le gustaba. Estaba harta que se le presentara a cualquier hora del día o de la noche, vistiendo una camiseta que marcaba pectorales y unos pantalones que marcaban paquete, y oliendo a *Paco Rabanne* que tiraba de espaldas. Una pinta de friki vicioso de lo más insufrible.

Pero no se trataba del perverso de enfrente. Era Lucía. Rápidamente abrió la puerta y una emoción contenida pareció rebosar de su pecho. Esperó unos segundos, asaltada por un leve

temor, pero al final las dos se fundieron en un íntimo y cálido abrazo, llorando y riendo al mismo tiempo.

—Lucía, ¿me perdonarás algún día? —le preguntó aún dentro del abrazo, con la voz amortiguada por las lágrimas y el pelo de su amiga.

—Claro que sí, ahora mismo. Eres mi amiga y los amigos se perdonan —se miraron por fin—. Has debido pasarlo tan mal... todos estos años...

—Ahora vas a parecer tú la mala y yo la víctima —dijo Maite mezclando risas y lágrimas.

—No hay malos o buenos en esta historia —dijo Lucía enlazando la mano en el brazo de Maite para dirigirse al sofá—. Así son las cosas. Andrés y yo nos gustamos y nos casamos porque nos

necesitábamos, pero nunca llegamos a querernos de verdad, al menos en términos de pasión. Las circunstancias nos llevaron a seguir viviendo juntos, pero renunciando a enamorarnos de otras personas. Y ahora todo ha vuelto a su lugar.

—Lo siento de todos modos, Lucía. Supongo que cuando tú también te enamoraste de tu médico, todos parecimos despertar para darnos cuenta de lo que nos había estado faltando todo este tiempo. Las cosas parecieron venir rodadas y...

—Maite —cortó Lucía—, se acabaron las lágrimas, las justificaciones y los arrepentimientos. No voy a seguir haciendo un drama de esto. Mi hijo apenas notará cambio alguno en su vida y seguiremos viviendo muy cerca. Se acabó. Somos amigas, hermanas, y eso no va a cambiar nunca. Eso sí —Lucía compuso

una mueca entre divertida y extraña—, tanto mi hijo como yo tendremos que acostumbrarnos a veros juntos. ¡No os beséis con lengua delante de nosotros!

—Joder, Lucía, y luego la burra soy yo.

—Mira qué he traído —Lucía abrió su bolso y extrajo un gran paquete de palomitas dulces que hizo oscilar ante la brillante mirada de Maite.

—¡Eso es trampa! ¡Ahora sí que me harás besarte los pies!

—Lo único que tienes que hacer, de momento, es traer algo de beber.

—Hoy nada de refrescos. ¿Qué te parece un mojito?

—Genial. Nada que ver con las palomitas pero me importa un comino.

—Ahora mismo lo preparo.

Lucía se acomodó en un sillón del coqueto salón de su amiga. Como el resto de la vivienda, era pequeño pero confortable y acogedor, lleno de luz, con colores suaves, donde predominaban la madera natural y los estampados alegres. Por su manera de ser cualquiera hubiese pensado que tenía su casa decorada en color negro y estridente rojo, o moderno en plan minimalista, pero ella era así de compleja, que un día se dedicaba a despotricar de los hombres y al otro se ponía a llorar acurrucada en su sofá viendo “*El Diario de Noa*”.

Maite apareció con los dos mojitos y se sentó frente a Lucía mientras le ofrecía uno de los vasos.

—Tantos años, Maite. No quiero ni pensar lo que has debido pasar, sin dejar de demostrarnos tu amor todo este tiempo...

—Sí, muchos años. Él... me gustó cuando me lo presentaste a los dieciséis años, aunque creí que se trataba del típico cuelgue adolescente, pues me pareció simpático, divertido, guapo... Pero el tiempo pasaba, nos hacíamos adultos y mi cuelgue empeoraba. Al principio lo pasaba fatal cada vez que os veía juntos, pero el día de vuestra boda me dije: “Maite, levanta cabeza, sigue hacia delante y olvídate de lo que no puede ser”. Y eso hice.

—Joder, Maite, ¿cómo has podido soportarlo tú sola? ¿Por qué nunca me dijiste nada?

—¿Cómo qué? ¿Me gusta tu novio, o quiero a tu marido? —suspiró—. ¿Qué podía hacer? Pues intentar mentalizarme que no era

para mí, seguir igual con vosotros y montármelo con cualquiera para sobrellevarlo mejor —le dio un sorbo a su vaso y emitió una de sus sonrisas malévolas—. Cambiando de tema y hablando de montárselo, ¿y tu médico? ¿Cómo lleváis lo vuestro?

—Terminé con él. No nos vemos desde... ni me acuerdo, ya.

—Pero, ¿qué dices? ¿Por qué?

—Me agobié, Maite. Estaba preocupada por mi jefe, no acababa de asimilar lo vuestro y para colmo me lo encuentro en el hospital como el cirujano cardiaco que operaría a Diego. ¿Crees que un corazón y un cerebro normal pueden cotejar todos esos datos sin un cortocircuito general en el sistema?

—¡Jo-der! ¡Y yo sin enterarme! ¡Explícamelo todo ahora mismo!

Dos mojitos cada una más tarde, Lucía había puesto al día a su

amiga sobre los detalles acaecidos en sus últimas semanas. ¡Cuánto la había echado de menos! Seguía siendo su alma gemela, su paño de lágrimas, su confesora y psicóloga particular, nada de eso cambiaría. ¿Ahora su marido era la pareja de su amiga? ¿Y qué? No le debían explicaciones a nadie. Los tres habían sabido salir adelante solos, contando únicamente con su tesón y su amistad.

—¿Le quieres? —preguntó Maite cuando Lucía terminó de contar sus problemas con Samuel.

—Si me hubiese propuesto encontrar el amor y un hombre ideal, seguro que jamás lo habría encontrado. Sin embargo, el destino o el azar pusieron en mi camino al hombre más maravilloso del mundo, con el extra añadido de ofrecerme el privilegio de su amor. Ojalá hubiese sabido en aquel momento algunas cosas para evitar que se

marchase. Sueño con él todas y cada una de mis noches y sin él siento que me falta parte de mi esencia.

—¿Y a qué esperas para ir en su busca, lanzarte sobre su cuello y comértelo a besos?

—Esta vez no será tan fácil, ya me lo advirtió.

—¡Por supuesto que sí! Unos besos, más un “te-quiero-perdóname-amor-mío-me-muero-sin-ti”, más un polvo de reconciliación, igual a hombre a tus pies.

—Ya me gustaría, ya —rio Lucía ante el regreso a su vida de las ocurrencias de su amiga—, pero pienso intentarlo tal y como lo dices.

El móvil de Maite vibró sobre la mesa, al tiempo que, casi de forma simultánea, sentía Lucía la vibración del suyo en su bolso.

—Es Andrés —dijo Maite—. Me pregunta si todo va bien.

—Lo mismo que a mí. Debe creer que nos estamos tirando de los pelos por él —se llevó el dedo índice a los labios y se mordisqueó la uña—. ¿Qué te parece si no le contestamos para que sufra un poco?

—¿Después de hacerme sufrir él a mí durante años? —preguntó perversa—. ¡Pues perfecto! —Rieron las dos, mientras dejaban caer sus zapatos al suelo y se acomodaban sobre el sofá—. ¿Cuándo comenzamos con el ataque a tu médico?

—Todo a su tiempo, Maite. Vayamos por partes.

# Capítulo 18

Primera de las partes: hablar con Adrián.

Andrés y Lucía se acomodaron sobre el sillón hinchable en forma de *Rayo McQueen* que su hijo aún conservaba en su habitación. Adrián hacía sus deberes sentado frente a su escritorio y se dio la vuelta cuando observó a sus padres muy serios con la intención de hablar con él.

Fue Lucía la que comenzó:

—Cariño, aunque papá y yo seguimos queriéndonos mucho, a partir de ahora él también vivirá en otra casa. Te seguirá llevando y recogiendo del colegio, y seguiremos haciendo juntos las mismas cosas, incluso vendrá a desayunar cada día o a comer los fines de semana, como veníamos haciendo hasta ahora. Sobre todo, no cambiará en nada lo mucho que te queremos los dos.

—¿Queréis decirme que a partir de ahora voy a tener dos casas, como mi amigo Sergio? ¡Ah!, y como Isaac y David, que juegan conmigo en el equipo. Ellos cuentan que es muy divertido porque viven en dos casas y tienen un montón de regalos por navidad y...

Lucía y Andrés se miraron un tanto perplejos. La realidad era que

las parejas separadas cada vez son más numerosas, y los niños han sabido adaptarse a las nuevas circunstancias. Atravesamos una época en la que tener una familia “diferente” ya no es tan relevante.

—Vale, vale, campeón —sonrió Andrés a su hijo—. Si tienes alguna duda nos puedes preguntar ahora.

—Eeeh... —dudó el niño mordiéndose el labio inferior—, no, ninguna. ¿Después de hacer los deberes podré bajar un rato al parque?

—Sí, claro —contestó su padre. Cogió a Lucía de la mano para salir del cuarto infantil y observó su rostro contrariado—. No pongas esa cara, cariño —la apoyó en la pared del pasillo y le dio un beso en la frente—. ¿Qué esperabas? ¿Que se echase a llorar?

—No es eso —contestó Lucía—. Es solo que, está creciendo y

me hace ser consciente del paso del tiempo.

—¡Ei, que no somos tan mayores! —se quejó él—. Incluso aún me resulta fácil ligar con jovencitas porque creen que aparento menos años de los que tengo en realidad. En algún juicio me han tomado por el becario y he podido camelarme a la abogada de la parte contraria —explicó pícaro guiñando un ojo.

—Siempre has sido un inmaduro —puso Lucía los ojos en blanco—. Me alegro de que hayas sentado la cabeza con Maite. Dudo que ella te permita ciertas... licencias.

—Seguro que no, pero será algo mutuo. Por cierto, eso me recuerda que tengo una cita. ¿Quieres acompañarnos?

—No, gracias —hizo una mueca—. Parecería la hermana solterona. Más adelante.

—Quizá un día vengas acompañada. Maite me ha contado lo de tu historia con el cirujano.

—Genial. A partir de ahora habré de tener más cuidado con lo que le cuento a mi amiga porque se lo puede chivar a mi ex. Joder —rio—, ¡es de locos!

Siguiente parte: los trámites del divorcio.

—Parece que todo irá rápido —decía Lucía a su ya ex marido mientras salían del despacho del abogado.

—Sí, cuando todo el proceso es de mutuo acuerdo, es más fácil, rápido y menos costoso.

Una vez en la calle, Lucía miró al cielo y contempló los negros nubarrones que se cernían sobre ellos. Casi podía decir que su ánimo estaba igual de gris. Emitió un suspiro y se abrochó la chaqueta intentando evitar el aire frío que empezaba a arreciar.

—¿Te apetece tomar algo caliente? —preguntó Andrés.

—¿Para celebrarlo? —contestó ella con matiz burlón.

—No —contestó él en tono distendido mientras le pasaba un brazo por los hombros—, simplemente vamos a ser una de las pocas parejas que salen de firmar su divorcio y todavía les apetezca charlar un rato.

—¿No has de ir a trabajar?

—Que esperen. Vamos, te invito a un café. —Y cruzaron la calle hablando y bromeando en dirección a la cafetería donde elegirían

una mesa para sentarse y seguir conversando.

Y por fin, hablar con Samuel.

—Tranquilízate, Lucía, estás más nerviosa que el primer día que decidiste ir a un hotel a echar un polvo con un desconocido.

Maite correteaba detrás de su amiga por el aparcamiento del hospital mientras se dirigían a la entrada del mismo. Lucía la había convencido para que la acompañase, pues estaba segura de que de un momento a otro sus nervios se rebelarían y la harían entrar en un estado de histeria irreversible. Maite sería su red, como tantas veces.

De esa manera, únicamente sentiría la horrible acidez que le subía por la boca del estómago amenazando con hacerla vomitar en cualquiera de las papeleras de los pasillos.

—Lo sé, pero estoy tan ansiosa por verle que en cuanto le vea le voy a pedir que me haga un electro.

—Lo dicho, los nervios solo te hacen decir gilipolleces. Me dijiste que después de vuestro encuentro en el hospital os disteis el número de móvil, ¿has vuelto a intentar hablar con él?

—Sí, ya te lo he dicho, pero sigue sin estar disponible. No me queda otra que verle en el hospital e intentar que me escuche.

—De eso ya me encargo yo —sentenció Maite—, aunque tenga que sujetarlo por los huevos.

Cuando se aproximaron al mostrador de la planta de cardiología, Lucía se dirigió a una chica joven, con una alta coleta rubia y gafas de pasta de color rosa. Prendida del bolsillo de su bata blanca, una tarjeta la identificaba como Carol.

—Hola, buenos días. Necesito hablar con el doctor Elizalde.

—¿Tiene usted cita? ¿Cuál es su nombre?

—No, es un asunto personal. Es urgente y no puedo localizarle.

—Uy, lo siento —dijo la chica consternada, como si le estuviese pidiendo que la operara ella misma—, pero no puedo darle esa información.

—Es muy importante —volvió a intentarlo Lucía.

—Lo siento —y siguió contestando las llamadas a través de su pequeño micro.

—¡Joder, niñata! —Exclamó Maite encaramándose al pulido mostrador— ¡Qué solo te está pidiendo que le digas donde puede esperarle, no que le rebeles un expediente secreto!

—Maite, tranquila, no empieces que acabarán llamando a seguridad —se volvió a dirigir a la chica—. Perdona su impulsividad, pero tiene razón, solo necesito que me digas dónde o cuándo puedo encontrarle. Por favor, Carol.

—A ver, un momento —con cara de “te-estoy-haciendo-el-favor-de-tu-vida”, la chica se puso a teclear en su ordenador—. Doctor Elizalde... la verdad, no me suena. Llevo poco trabajando aquí y no lo había escuchado mencionar. Oye, Patri —se dirigió a otra chica que se acomodaba en ese momento junto a ella—, no encuentro la ubicación del doctor Elizalde. ¿A ti te suena?

—Sí, pero creo que no está, porque ahora tenemos al doctor Sánchez como nuevo cirujano cardiaco. Habrá cogido vacaciones.

—¿Va... vacaciones? —titubeó Lucía comenzando a dejar salir su nerviosismo para dar paso al pavor.

—No sé, no estoy segura. ¡Mire!, tal vez tenga usted suerte. Ahí está la doctora Ruíz, la pediatra, que posiblemente sepa algo.

Las dos amigas se giraron al unísono para ver a una doctora, unos años mayor que ellas, morena y con un semblante un tanto autoritario. Con cara de mala leche, vamos.

—¡Perdone! —la hizo Lucía detenerse—. ¿Tendría un minuto, por favor?

—¿Qué desean? —la mujer se detuvo y miró a las amigas con su

escáner ocular.

*¿Y esta mujer es pediatra? Bueno, tal vez los niños son los únicos que la soportan.*

—Verá, estoy buscando al doctor Elizalde y me han informado que tal vez sepa usted algo.

—¿Y usted es...?

—Soy Lucía, una amiga.

—Ya —dijo la mujer mirándola de nuevo de arriba abajo—. ¿No serás la Lucía que lo ha obligado a marcharse?

—¿Cómo dice?

—Samuel y yo fuimos pareja durante años —escupió aquello a la cara de Lucía como si se tratase de veneno—, y hemos seguido

manteniendo nuestra... amistad y confianza, por así decirlo. — Volvió a emular a una cobra escupidora. Parecía ejecutar a la perfección el mismo vaivén de su cabeza—. Así que me contó que una mujer lo había engañado y decidió aceptar colaborar en un proyecto de investigación por distintos países de Sudamérica.

—¿Sudamérica? —volvió Lucía a inundarse de temor.

—Eso he dicho. Y no pongas esa cara de víctima cuando eres la única culpable de su marcha. Créeme, le conozco, y si hay algo que Samuel no tolera es la mentira y la traición.

—Lo sabes por experiencia, supongo —intervino Maite que ya había aguantado callada demasiado tiempo—. Seguro que te pilló bajo la mesa de la consulta de cualquier médico residente, ¡porque para no verte la cara los tíos solo soportan que se la chupes!

—¡Maite! —gritó Lucía.

—¡Joder, Lucía! Esta tipa ya me estaba tocando los ovarios con tanta mala baba.

—Tu amiguita la flipada puede decir lo que quiera —siguió la pediatra con el rostro casi púrpura—, que a Samuel ya no volverás a verle más.

—¿No tienes un teléfono o un correo donde pueda localizarle? — Lucía decidió rebajarse a implorarlo a aquella mujer, sin poder aceptar que no volvería a verle.

—Tal vez —sugirió con petulancia—, pero no lo sabrás nunca. — Y desapareció pasillo abajo.

—¡Será zorra! —gritó Maite, haciendo volverse a personal y visitas que llenaban aquel espacio a esas horas de la mañana.

—Déjalo, Maite, vámonos.

¿Cómo podía haber sido esa odiosa mujer la pareja de Samuel?

No se merecía ni un cabello de su cabeza. Pero esa sería una incógnita que no podría resolver nunca, puesto que Samuel había desaparecido de su vida, esta vez para siempre. Aquella mujer tenía razón al echarle a ella la culpa.

Tal vez tampoco se lo merecía.

...

La vuelta al trabajo de Diego fue una de las pocas alegrías que pudo disfrutar Lucía en aquellos días grises y sombríos, invadidos por la rutina y la desazón. Su insomnio persistente la había obligado a la vuelta de sus pastillas para dormir, y durante el día procuraba por todos los medios que su entorno más cercano no vislumbrara su ánimo decaído.

El día del regreso de su jefe a la empresa, fue uno de los momentos felices que la hizo olvidarse de su propia desgracia. Cuando el hombre entró por la puerta, quedó clavado al suelo un instante al descubrir a toda la plantilla en pie, jefazos incluidos, esperándole en mitad de la recepción. Un aplauso generalizado pareció trastocar su serio semblante, donde se pudo apreciar su esfuerzo por mantener a raya la emoción. El mismo director general

se le aproximó para tenderle una mano y expresar un “bienvenido de nuevo” mientras se la estrechaba en un suave apretón.

—Gracias, gracias a todos —pudo por fin Diego agradecer aquella muestra de afecto.

Lucía reaccionó antes que nadie y se acercó a él para tomarle de un brazo y llevarlo hasta su despacho.

—Tranquilo, Diego, en pocos días se olvidarán y volverán a criticarte en cuanto te des la vuelta —bromeó Lucía mientras entraban en el despacho.

—Gracias sobre todo a ti, Lucía, por haber estado siempre ahí, tan cerca.

—De nada, y procura tomarte las cosas de otra forma de ahora en adelante, pues en tu ausencia hemos tenido que aguantar la ineficacia de algunos. ¿Sabes? Por mucho que la gente maldiga sobre ti, ha quedado patente que prefiere la dureza de un jefe a la ineptitud de otros.

—¿Me han echado de menos? —Dijo Diego levantando una ceja—. Nunca lo hubiese dicho.

—Ni se te ocurra decirlo por ahí o me lincharán —volvió Lucía con las bromas—. ¿Has podido echar un vistazo a las propuestas para la campaña de Adolfo Domínguez?

—Sí, y me parecen de principiante, así que ya puedes decirle al equipo, tú incluida, que muevan el culo y procuren tener algo decente en veinticuatro horas.

—Por supuesto, jefe. Y bienvenido otra vez. —Lucía puso los ojos en blanco y cerró la puerta tras ella mientras el director creativo se arrellanaba sobre su sillón, colocaba las manos tras su cabeza y miraba a su alrededor satisfecho.

...

Los meses pasaban, dejando tras de sí cambio de estación y hojas arrancadas al calendario, sobre la estela del paso inexorable del tiempo. Lucía observaba con sana envidia la relación cada vez más

afianzada de Andrés y Maite, la cual había sido aceptada por su hijo de forma casi inmediata. Todo seguía quedando entre familia, con los mismos miembros que la habían formado siempre y elaborando los mismos planes. Adrián seguía contando con sus padres y con Maite, a la que seguía llamando tita, aun entendiendo perfectamente que ahora era la novia de su padre y convivían juntos la mayor parte del tiempo. Andrés bromeaba dando sonoros besos a Maite cuando Lucía y su hijo estaban presentes, a lo que contestaban tapándose los ojos uno al otro y con un “¡parad ya!”, aunque las risas de fondo no cesaran casi nunca en un ambiente inundado de amor y buen humor.

Mientras tanto, Lucía, a pesar de no faltarle un solo pilar donde apoyarse, seguía teniendo sus momentos de soledad donde la

melancolía la asaltaba. Cuando se encontraba sola en casa —aunque todos procuraran que fuera el menor tiempo posible—, se refugiaba en su habitación, encendía su ordenador con la página de internet con la biografía y la foto de Samuel —había fijado la pestaña y salía nada más ponerse en marcha—, y extraía una pequeña cajita del cajón de su cómoda. En ella había guardado los únicos objetos que le quedaban en recuerdo de aquel hombre: un posavasos del bar donde se conocieron, una tarjeta del hotel y un par de rosas ya secas, que formaron parte de la decoración de su última noche juntos.

...

—Joder, Andrés, se me parte el alma cuando veo a Lucía tan apagada. Me siento culpable cuando pienso en lo feliz que somos tú y yo ahora, mientras ella se pasea por ahí haciéndonos creer que la sonrisa que lleva pegada en la cara es auténtica.

—Lo sé, cariño —contestó Andrés—. He intentado localizar a ese dichoso cirujano por mi cuenta, pero no me ha sido posible.

—A mí tampoco. Me presenté en el hospital de nuevo y conseguí hablar con un tal Félix Santos, un cirujano vascular que es amigo suyo, pero que no pudo ayudarme. Parece ser que Samuel va

cambiando muy a menudo de residencia, siempre de aquí para allá y suele ser él el que llama desde los hoteles. Según su amigo, en su última conversación le comentó a Samuel que Lucía pretendía localizarle, pero que él contestó que había puesto todo un océano de por medio precisamente para no volver a hablar de ella.

—Joder con ese tipo. Me dan ganas cogerle del cuello y decirle cuatro cosas. A ver si se ha creído que puede volver a presentarse en algún otro congreso y encontrar a una mujer mejor que Lucía.

—Un momento... —dijo Maite pensativa. Se acercó a su portátil y se apresuró a teclear en él.

—¿Qué buscas?

—Lo que has dicho me ha hecho recordar. ¿Sabes cuánto tiempo hace que Lucía se presentó en aquel hotel por primera vez? Este fin

de semana hará exactamente un año.

—Y eso significa...

—Mira esto —Maite giró hacia él el ordenador, en cuya pantalla destacaba como título del texto “XXIV Congreso Anual de Cardiología. De nuevo en Barcelona”—. Recuerdo perfectamente que en aquella ocasión el cartel del hotel rezaba “XXIII Congreso Anual”.

—Y dices que justo ahora hace un año. ¿Crees que volverá a participar?

—No lo sé, Andrés, pero no dudes que lo comprobaremos. Porque Lucía se presentará allí este viernes sin falta.

# Capítulo 19

Lucía no dejaba de observar el paisaje a través de la ventanilla del taxi, ligeramente distorsionado por las pequeñas gotas de lluvia que comenzaban a golpear en el cristal. Estaba siendo un mes de mayo excesivamente lluvioso, que no por ello excepcional o inusitado, pero sí culpable de propiciar en Lucía días de primavera más nostálgicos de lo normal.

Excepto el día en que se había presentado Maite en su casa con

un folleto informativo en sus manos, gritando excitada y hablando sin parar con frases entrecortadas que Lucía no podía entender.

—¿Quieres leer de una vez, Lucía? —Volvió a gritarle Maite—.

¡Lo hemos encontrado!

Lucía contó los días que faltaban para tener una mínima oportunidad de volver a ver a Samuel, comenzando con una cuenta atrás que pareció devolverle algo de color a sus pálidas mejillas. Cuando llegó el día, rápidamente se arregló y llamó a un taxi, pues sus nervios no la dejarían conducir con la atención necesaria.

Después de que Maite le diera un abrazo para desearle suerte, se había montado en el taxi, deseando avistar de nuevo aquel hotel donde un día su vida había cambiado tanto que nada había vuelto a

ser lo mismo desde entonces, ni siquiera ella misma.

Nada más llegar, Lucía pagó al taxista y bajó corriendo del vehículo para dirigirse de nuevo a aquella magnífica entrada, con su marquesina y sus fuentes, y con un constante fluir de personas que pretendían el acceso a la conferencia sobre cardiología. Lucía, nerviosa y excitada, se mezcló entre la multitud, intentando atisbar por todos los medios la cabeza que sobresaldría del resto debido a su altura, pero había demasiada gente y empezaba a impacientarse y desesperarse. Disimuló tras un hombre grueso de descomunal cintura y accedió a la sala de conferencias, donde en pocos minutos comenzaron a intervenir diversos profesionales que hablaban sobre temas médicos a los que Lucía puso poco empeño en escuchar y de los que no entendía una palabra. Estiró el cuello para otear la sala

completa, pero no localizaba a la persona que deseaba encontrar. Un nuevo repaso con su vista, de un extremo a otro, parando en todos los hombres con un mínimo de parecido, filas arriba y filas abajo, derecha, izquierda y vuelta a empezar. Nada.

El abatimiento comenzaba a pedir paso en su ánimo, pero no quería darse por vencida tan pronto. Se le ocurrió la idea de echar un vistazo en el bar y se presentó allí después de subir los pocos escalones casi de un salto para acceder al lugar. Pero tampoco estaba. Dirigió su vista al camarero tras la barra, pero tampoco era Raúl, sino un joven que ella no había visto nunca y que no tendría manera de saber de Samuel.

Ahora el abatimiento ya había accedido a la entrada de su ánimo. Aun así volvió de nuevo a la sala de conferencias y asomó el rostro

por entre unas pesadas cortinas, para observar que todo seguía igual de tranquilo.

—Señorita —se le acercó un hombre bien vestido con una identificación prendida en la chaqueta—, ¿tiene usted invitación o pase?

—Yo... verá, estoy buscando a alguien. Al doctor Elizalde.

—Si no tiene usted ninguna clase de pase deberá marcharse, por favor.

—¿No lo entiende? —Subió Lucía el tono comenzando a rayar el histerismo—. Necesito encontrarle.

—¿Qué sucede aquí? —Preguntó alguien que parecía de seguridad—. Si desea usted elevar la voz la invito a que lo haga en la calle. Esto es un evento privado, márchese, por favor.

Lucía comprobó cómo el hombre que debía intervenir en esos momentos sobre la tarima dispuesta para ello, dejó de hacerlo mientras observaba el revuelo sobre las gafas situadas en la punta de su nariz.

—Ya me voy, joder —dijo Lucía zafándose del grueso brazo que la sujetaba—. Muchas gracias por su inestimable ayuda, caballeros.

El resultado fue que Samuel no estaba y ella volvía a verse de nuevo en la calle. La débil lluvia que comenzara por la tarde se había tornado fuerte e insistente, introduciendo la humedad en su piel ya fría de por sí.

Lo había intentado, pero en eso se había quedado todo, en un intento. Lucía comenzó a caminar sin rumbo bajo la lluvia, sin

importarle nada los estragos que pudiera ocasionar el agua en su ropa o su cabello. La tela del vestido se le adhería a la piel, los pies comenzaban a chapotear en las sandalias de tacón, y su cabello se le pegaba al cráneo mientras su rostro recibía el impacto de la lluvia en la boca y los ojos. Pero apenas sí lo percibía. Ya era de noche y apenas quedaba nadie en aquella calle apartada, donde solo existía el hotel, la parada de taxi y una gasolinera al frente de la calle. Siguió caminando sin ser consciente del frío que le calaba los huesos, dejando mezclar las lágrimas con las gotas de lluvia mientras sus hombros comenzaban a convulsionarse por el llanto, resultado de la sensación de pérdida, fracaso, tristeza y rabia.

Los faros de un coche de pronto la deslumbraron y giró el rostro a un lado. Un hombre alto bajaba de un taxi, abriendo su paraguas y

subiéndose el cuello de su larga gabardina oscura para guarecerse de la intensa lluvia que parecía arreciar por momentos. Lucía se frotó los párpados para aclarar su visión aunque fuera un instante y alejar la capa de agua que cegaba sus ojos.

No lo dudaría nunca. Era él, Samuel. La risa y el llanto se entremezclaron y procedió a pronunciar su nombre para advertirle de su presencia.

Samuel volvía de nuevo al hotel en taxi. Había hecho bien en llegar un día antes de su intervención en la conferencia y disfrutar esa noche de una buena obra de teatro en buena compañía. Miró

hacia su derecha y contempló a la mujer que le había acompañado, haciendo posible que sus horas en Barcelona, desde que había ido a recogerle al aeropuerto procedente de La Habana, fueran mucho más agradables y llevaderas. Sus recuerdos de hacía exactamente un año lo asaltaban sin compasión, haciéndole mantenerse en un estado de transición que iba desde la rabia al olvido. O al menos ese había sido su objetivo.

Cuando el vehículo paró frente al hotel, Samuel abrió la puerta con cuidado, intentando evitar la entrada de la fuerte lluvia que salpicaba sobre el charco formado en la cuneta. Agradeció haber cogido un paraguas antes de salir al ver los negros nubarrones que poblaban el cielo. Lo abrió, se subió el cuello de la gabardina para evitar el aire húmedo, y una palabra, una voz, pareció atravesar el

muro de lluvia hasta llegar a él.

—¿Samuel? ¡Samuel!

El joven cirujano, tenso y sorprendido, se acercó hasta el círculo de sombra del que provenía aquella voz, inconfundible a pesar del ruido y del largo tiempo transcurrido. Aquel sonido se clavó certero en su espalda, traicionero como la persona de donde surgió.

—¿Lucía? ¿Eres tú?

—Samuel... pensé que no te encontraría... —Lucía lo miró extasiada a pesar de la cortina de agua que seguía bañando su rostro. Estaba igual que lo recordaba, tal vez algo más delgado y más moreno, más atractivo aún si cabía.

—Lucía, ¿se puede saber qué haces aquí?

—Necesitaba verte. Necesitaba hablar contigo.

—Dudo que tengamos nada de qué hablar.

—Por favor, Samuel, déjame al menos intentarlo —suplicó Lucía.

Y no le importaba hacerlo. Pensó en las muchas veces que en la vida nos vemos obligados a suplicar por cualquier nimiedad, y por lo tanto, hacerlo por alguien que merece la pena no debería resultar ningún esfuerzo.

—No deberías haber venido, Lucía —seguía Samuel, frío e impasible.

—Pero he venido —comenzó ella a subir el tono de voz, parpadeando para eludir la lluvia y moviendo sus labios para evitar que el agua entrara en su boca—, y estoy aquí para decirte que lo siento, que te quiero y que mi vida sin ti no tiene sentido.

—Basta, Lucía, déjalo ya. Es un poco tarde para eso.

—¡No! ¿Por qué? —dijo intentando que la mirara a los ojos sin éxito.

—Joder... —Samuel maldijo. A pesar de sus intentos por ignorar a aquella mujer, le parecía sentir en sus huesos el frío y la humedad que debería estar padeciendo ella bajo la lluvia. Se quitó la gabardina y se la colocó sobre los hombros, llevándola al mismo tiempo hacia el pequeño refugio de una entrada de servicio del hotel —, toma, ponte esto.

—Gracias —respondió Lucía bastante más cómoda sin los regueros de agua que corrían por su rostro. Samuel, además, le ofreció un pañuelo de tela para secarse la cara. Afianzó la gabardina y pudo notar el calor que desprendía, a pesar de lo empapado que

tenía el cuerpo—. ¿Me escucharás ahora?

—Lucía —dijo adusto—, han pasado meses desde que te fuiste, por cierto, sin decirme una palabra. ¿Por qué habría de escucharte?

—Porque he de decirte lo que debería haberte dicho entonces. Estaba casada cuando te conocí, pero hacíamos vidas separadas. Teníamos cada uno nuestro dormitorio, era cierto lo que te dije que hacía años que no estaba con nadie. Y después de conocerte nunca hubo nadie más, solo tú.

—Escúchame tú ahora —comenzó él—. Me enamoré de ti como nunca lo había hecho de nadie, pero tú nunca estuviste dispuesta a tenerme como primera opción. Te pedí todo de ti, y tú como respuesta te marchaste sin mirar atrás y me destrozaste. He tardado mucho tiempo en recomponerme para que vengas ahora, de pronto,

a suplicarme. ¿Y luego? ¿Volverás a marcharte? No volveré a pasar por lo mismo, Lucía.

—¡No querré irme! ¡Te quiero! ¡Tú me devolviste la alegría, la confianza, la seguridad en mí misma! Volví a ser una mujer y volví a creer en el amor.

—¿Y te has dado cuenta meses después?

—¡No!, pero tenía un hijo pequeño que me necesitaba y necesitaba a su padre. Me dio miedo que tuviera problemas por mi culpa.

—¿Y por qué no me lo contaste entonces? Habríamos buscado una solución entre los dos.

—Lo sé. No lo pensé. Hace poco me divorcié.

—Enhorabuena. Mi sucesor lo tendrá más fácil. —Samuel se

arrepintió al momento de aquellas palabras, sobre todo al advertir el gesto de dolor en el semblante de Lucía—. Dime la verdad, ¿fue idea tuya lo del divorcio?

—No —susurró ella.

—Me lo temía, si fuera por ti ni tan siquiera estarías ahora aquí. Márchate, Lucía. No me atormentes más, por favor.

—¡Quise hacerlo bien! Necesitaba ordenar mi vida y en cuanto las cosas estuvieron claras fui a buscarte, pero no te encontré.

—No, tu misterioso amante ya no te espera hasta que a ti te dé la gana de aparecer. —Una ráfaga de luz le alertó. Eran los faros del taxi que los había llevado al hotel recordándole que alguien le esperaba—. Me alegro por ti, que ahora todo esté bien en tu vida y de haber contribuido a ello. Sé feliz, Lucía. —Y se giró hacia el

coche volviendo a abrir el paraguas.

—¿He llegado tarde, Samuel? Dime, ¿ya es tarde para nosotros? —decía Lucía desesperada mientras corría tras él. Samuel se paró ante el taxi, abrió el paraguas y la puerta, y una pierna femenina apareció por el hueco—. Oh, Dios, sí, he llegado tarde —gimió Lucía cerrando los ojos abatida ya del todo al descubrir que Samuel tenía ya otra mujer.

Samuel ayudó a bajarse del coche a una mujer guapa y elegante, a la que protectoramente guareció de la lluvia bajo su paraguas. Cuando vio a Lucía se acercó a ella con interés. Era muy alta y guardaba un leve parecido con Samuel, y Lucía le calculó unos sesenta años.

—¿Quién es esta muchacha, Samuel? —preguntó la mujer.

—Ella es Lucía —contestó él amable pero algo rígido—. Lucía, ella es Elena, mi madre.

—Pobrecita, mírala, hijo, está empapada y muerta de frío.

—Ahora mismo le pedimos un taxi, mamá. Ella ya se iba —dijo él sin apenas mirarla.

—Ni hablar —objetó su madre—. ¿La conoces, Samuel? ¿Conoces a esta mujer? Y no me mientas, te he visto hablar con ella y ahora pretendes que se vaya así de mojada para que pille una pulmonía. ¿Qué clase de educación te he dado?

—Señora, por favor —intervino Lucía—, no se preocupe por mí. No me pasará nada.

—Claro que no, porque te vienes con nosotros para quitarte esa

ropa y tomar algo caliente —tomó a Lucía del brazo y la condujo hacia el ascensor ante el desconcierto de Samuel. Cuando el ascensor los dejó en la planta correspondiente, la mujer dejó a Lucía junto a su hijo—. Hijo, yo ya me retiro a mi habitación, tú podrás hacerte cargo de ella mucho mejor que yo. —Y desapareció tras la puerta de la habitación varias puertas más allá de la de Samuel.

—Perfecto —se quejó Samuel mientras introducía la tarjeta en la ranura—, nada como una madre para dejarte en evidencia.

—Tranquilo, Samuel, no hace falta que le hagas caso. Me voy.

—No, o mañana mi señora madre me dará un buen sermón.

Adelante —ironizó—, como si estuvieras en tu casa.

La habitación no era exactamente igual a la que habían utilizado en sus encuentros en el pasado, pero lo suficientemente parecida

para que a Lucía se le hiciese un nudo en el estómago. Recuerdos que amenazaban con estallarle dentro de la cabeza se agolparon de pronto, aturdiéndola durante un instante.

—Ve a la ducha, Lucía. Te sentará bien el agua caliente.

Lucía se deshizo de sus prendas empapadas y se dio una ducha con el agua todo lo caliente que aguantó su fría piel, aunque de forma eficiente y rápida. Su tranquilidad no estaba precisamente en boga en ese momento como para alargarlo más de la cuenta. Se envolvió en un mullido albornoz y se secó el pelo antes de salir de nuevo al salón de la suite, donde Samuel vertía un licor oscuro en un fino vaso de cristal.

—Toma, bebe, te hará entrar en calor —se había desprendido de

la chaqueta y la corbata y se había remangado las mangas de su camisa de color negro.

—¿Qué es? —respondió Lucía. Sus manos temblaron al afianzar el vaso, aunque no le pasó desapercibido el gesto de Samuel para no rozar sus dedos. Sintió un dolor inmenso y profundo, al tenerlo allí, tan cerca, tan atractivo, emanando su perfume masculino de siempre, tan al alcance de su mano pero a la vez más lejos que nunca.

—Coñac. Bébetelo y te sentirás mejor.

—Es muy fuerte —se quejó Lucía haciendo una mueca—. Es difícil que no me caliente por dentro si siento el esófago ardiendo.

—Es normal —dijo Samuel sin poder evitar sonreír. Cada uno estaba sentado en un sillón, uno frente al otro. Miraban sus vasos o

reseguían con la mirada el interesante dibujo abstracto de la alfombra del suelo.

—¿Vives con tu madre? —rompió Lucía el silencio instalado entre ellos durante los últimos minutos.

—¡No!, no podría. Suele olvidar la edad de sus hijos, creyendo a veces que estamos todavía en el instituto.

—Me ha dado buena impresión.

—Sí, pero ya has visto cómo maneja la situación.

—El único problema para irme —continuó Lucía— es que mi ropa está en la pica del lavabo porque no dejaba de gotear. Y mis zapatos creo que se han echado a perder.

—Ya. —Samuel intentaba por todos los medios no mirar directamente el rostro de aquella mujer. Si el verla empapada bajo la

lluvia ya le había puesto el corazón del revés, ahora, envuelta en el blanco albornoz, con su largo cabello desparramado por su espalda y su piel sonrosada, comenzaba a hacerle perder la compostura. Sus enormes ojos grises, más apagados que nunca, parecían ocupar todo su rostro, ofreciendo una expresión tan triste y melancólica que a Samuel le parecía escuchar dentro de su pecho el resquebrajar de su corazón. Había ocupado los últimos meses en intentar unir aquellos pedazos, pero las costuras eran todavía demasiado frágiles. Una vez se rompieran de nuevo, quedaría tocado para siempre—. Se me ocurre una idea —dijo Samuel levantándose—. Creo que algo de ropa de mi madre podría servirte. Podrás cambiarte y llevar tus cosas en una bolsa. Y podrás marcharte. —Soltó aquellas palabras sin girarse hacia ella, abriendo ya la puerta de la suite—. Voy ahora

mismo a pedírsela. Espérame aquí.

Samuel tocó suavemente a la puerta y esperó que su madre abriera. Por mucho que se hubiera hecho la cansada, sabía que ella se acostaba tarde viendo la televisión.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer después de abrir, con su hijo ya en el interior de la habitación. Llevaba ya su camisón y una larga bata de color rosa pálido anudada a la cintura.

—Muy buena tu interpretación de anciana agotada, mamá. ¿A qué ha venido eso?

—Es ella, ¿verdad? Aun empapada y bajo la lluvia se aprecia lo bonita que es.

—¿Y qué si es ella? No tienes ningún derecho a interferir en mi

vida. —Él ya se había dado perfecta cuenta de que el agua no había conseguido restarle belleza.

—Perdona, jovencito —dijo la mujer con los brazos en jarras—, pero te recuerdo que eres mi hijo, y te he visto padecer por ella como no lo habías hecho por ninguna mujer en tu vida.

—Y para que no vuelva a hacerme daño, intentaba meterla en un taxi para alejarla de aquí, algo que no me has dejado hacer.

—Hablas como si se tratase de un paquete. ¡Ha venido a buscarte!  
—Exclamó la mujer mientras él se dejaba caer en la mesa apoyando las manos en el filo, sin dejar de observar las puntas de sus zapatos—. No deja de mirarte como si fueses el regalo máspreciado. Se nota que te quiere.

—Basta, mamá —se desprendió de golpe de la mesa y se dirigió

al dormitorio—. He venido a buscar algo de ropa para que pueda vestirse.

—¿Y tú? ¿Sigues queriéndola? —siguió insistiendo la mujer mientras abría su armario y sacaba un pantalón y una blusa y se los ofrecía a su hijo.

—Esa no es la cuestión —dijo Samuel pasándose la mano por el cabello—. El problema reside en si estoy dispuesto a correr ciertos riesgos.

—Bésala.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. Si la besas y no sientes nada, lo mejor será que la dejes marchar. Sin embargo, si vuelves a sentir que se te acelera el corazón y que un beso no es suficiente porque deseas algo

más... entonces no te importará correr el riesgo.

—No tengo porqué seguir escuchando —dijo Samuel cogiendo las prendas de ropa y encaminándose a la puerta—. Me niego a hablar con mi madre de besos y “algo más”.

—¿Acaso me ves ya con un pie en la tumba? —Se indignó la madre—. Podría darte algunos consejos que te harían sonrojar. Y ahora ve y aclara las cosas con esa chica.

—¿Es una orden, mamá? —le preguntó él con ironía.

—No, pero si la quieres y la dejas ir serás un idiota. Porque otro que no seas tú la tendrá para él. Recuérdalo.

Samuel salvó la distancia que separaba las dos habitaciones, moviendo su cabeza para intentar aclarar sus ideas después de las palabras de su madre. Ante la puerta, inspiró fuerte y después abrió.

Dejó las prendas de ropa sobre una silla y miró alrededor. Un extraño desasosiego y una sensación de pánico se apoderaron de su cuerpo. Lucía no estaba. Se había marchado.

Sin dudarlo, abrió la puerta y se lanzó al pasillo. El ascensor bajaba, posiblemente con Lucía dentro. Aferró la barandilla y se dispuso a bajar de cuatro en cuatro los escalones de los ocho pisos que lo separaban del vestíbulo, sin apenas poder seguir con la vista el movimiento rápido de sus pies. Cuando aterrizó en la planta de recepción, el ascensor ya estaba vacío, así que siguió corriendo sin resuello hasta la calle. Miró a un lado, al otro, y por fin la localizó. Estaba a punto de meterse en un taxi de la parada de la entrada del hotel, y lo impidió aferrándola de un brazo. Se había vuelto a poner sus mojadadas ropas.

—¡Espera! —Le dijo respirando con dificultad—. ¡Un momento, Lucía!

—Samuel, por favor —dijo ella zafándose de él—, deja que me vaya.

—Solo será un momento —le dio un billete al taxista por las molestias y se llevó a Lucía hacia la oscuridad que permitían las sombras del edificio, eludiendo las luces de la entrada—. Lucía, yo... —dudó volviendo a mesarse los cabellos, como él solía hacer cuando algo lo preocupaba.

—¿Qué, Samuel? Lo he captado. Llego tarde y eso es todo. No se puede obligar a nadie a querer a otra persona.

*Bésala*

Aquella palabra penetró en su mente y abrió una puerta largos meses cerrada. Ante el asombro de Lucía, Samuel se abatió sobre su boca y la besó febrilmente, magullando sus labios mientras la sujetaba por la nuca, dejando que su boca se deslizara sobre los sensuales labios de ella mientras su lengua avanzaba para explorar e incitar, paladeando su sabor mezclado con lluvia, como un hombre que saborea una pizca de cielo. Apenas sin tiempo de reaccionar, Lucía volvió a experimentar las mismas emociones que los besos de Samuel produjeron en ella aquel aciago día en que se conocieron y decidieron tener solo sexo, pero ahora multiplicadas por mil, por un millón. Ahora sentía calor, paz, tibieza, anhelo, deseo y mucho amor, más del que ella misma podía imaginar sentir nunca por ningún hombre. Enlazó las manos entre sus espesos mechones y

aceptó encantada la invasión de su lengua, con sabor a coñac, siguiendo con la suya el ritmo que él le había enseñado y que tan bien recordaba.

—Lucía —susurró él con las manos a cada lado de su rostro y la frente apoyada en la de ella—, ahora no puedo pensar. Solo sé que no deseo que te marches todavía. Quédate esta noche, yo dormiré en el sofá y mañana podremos hablar. ¿Qué me dices?

—Eso es lo que pretendía yo desde el principio —sonrió—, hablar contigo y que me escucharas.

—Vamos, subamos y quítate ese vestido empapado, o al final caerás enferma y la ira de una madre caerá sobre mí.

Samuel yacía sobre el sofá de la elegante suite. Con la blanca claridad de la luna llena podía distinguir cada contorno gracias a las cortinas entreabiertas del gran ventanal, que no dejaban de agitarse debido a la brisa nocturna que se colaba por un leve resquicio, todavía cargada de humedad. A pesar del relente, Samuel permanecía descalzo y desnudo de cintura para arriba, vistiendo únicamente los pantalones desabrochados. Con los brazos cruzados bajo su cabeza, ni siquiera se planteaba poder dormir, sabiendo que no lo conseguiría, echando de tanto en tanto miradas furtivas hacia la puerta cerrada del dormitorio que había ocupado Lucía. Intentó varias veces cambiar de postura, apoyándose sobre el lado derecho, después sobre el izquierdo, pero sabía demasiado bien que no se trataba de la postura, sino de saber que tras una simple puerta se

encontraba la mujer de sus desvelos, la que había amado tanto que su rechazo lo llevó al otro lado del Atlántico. Pero si cinco mil kilómetros de distancia no habían podido expulsarla de su pensamiento, mucho menos iba a poder conseguirlo una puerta y tres metros.

¿A quién pretendía engañar? Desde el momento en el que bajó a pie ocho pisos, supo que esa noche estarían juntos, que no la dejaría marchar. Y desde el momento en que volvió a saborear su boca, decidió que esta vez sí sería suya para siempre.

Se levantó de un salto y se colocó frente a la puerta, con la mano a un centímetro del picaporte. Dudó un instante. Recordó el día en el aparcamiento de su empresa, donde ella, fríamente, se marchó, dejándolo tan vacío por dentro que pensó que todos sus órganos

habían muerto, dejando únicamente un envoltorio hueco y socavado.

Era un riesgo, pero quien no arriesga difícilmente podrá ganar.

Sus dedos hormiguearon, pero asieron el pomo con decisión y de súbito la puerta se abrió de par en par.

Allí estaba Lucía con la mano extendida, frente a él, casi tan sorprendida como él mismo, vistiendo únicamente una de sus camisas blancas, que parecía refulgir en medio de la semioscuridad. Comprendieron rápidamente qué había sucedido, y Samuel, en un murmullo, le preguntó:

—¿En tu cama o en mi sofá?

—Por mí como si deseas en el suelo o sobre un florero. Solo quiero que sea contigo.

—¿Esa que llevas puesta es una de las camisas que guardaba en el armario? —le preguntó a un suspiro de distancia.

—Sí —contestó ella—, y sería una pena que se arrugara. Será mejor que me la quite. —Y la dejó resbalar por sus brazos.

Al tenerla desnuda frente a él de nuevo, después de tanto tiempo, algo floreció en el pecho de Samuel. Se abalanzó sobre ella y la abrazó con fuerza, besándola con brusquedad, con la intención de castigarla con aquel doloroso beso, como si quisiera transmitirle una pequeña parte del dolor que él había tenido que soportar por su ausencia. Lucía, por su parte, se abandonó por completo a él, abriendo su boca para aceptar las embestidas lacerantes de su lengua, rindiéndose por completo a su pasión.

Pero tal y como se había acercado a ella, drásticamente se separó,

respirando deprisa, mirándola con desconcierto y temor. Y ella lo comprendió perfectamente, compartiendo todavía aquella inexplicable conexión que habían sentido siempre. Sin palabras, él le estaba rogando que no volviera a hacerle daño, aunque la perdonaba porque seguía queriéndola.

—No más secretos entre nosotros, Samuel. Podrás preguntarme lo que quieras y solo hallarás sinceridad. Te quiero. Déjame quererte si tú todavía sientes algo por mí.

—¿Sentir algo por ti? —Suspiró Samuel con fuerza, mientras la sujetaba por los hombros—. No supe lo que era amar de verdad hasta que apareciste en mi vida, y no supe lo que era sufrir hasta que desapareciste de ella.

—¿Y ahora? ¿Queda algo de ese amor? —preguntó ella con un

fuerte nudo en las entrañas.

—Más del que tú puedas atesorar.

—Entonces —sonrió aliviada—, haré un esfuerzo y cargaré con todo.

Sin necesidad de más palabras por el momento, Lucía comenzó por besarle en el cuello, pasando sus manos sobre el vello de su pecho y penetrando en él para poder tocar la tibia piel y los duros pezones. Bajando por sus costados, al topar con la cintura del pantalón tiró con fuerza hacia abajo.

—Antes que nada, esto sobra.

Una vez desnudos los dos, comenzaron de nuevo a besarse, mientras Samuel la elevaba sobre él, y ella enroscaba las piernas en

su cintura. Intentaban por todos los medios ir despacio, saborear el momento, pero el roce de sus cuerpos, las sensaciones y el ansia acumulada durante tanto tiempo, les dificultaban al máximo su tarea. Trastabillando, Samuel se dejó caer sobre una silla, colocando a Lucía a horcajadas sobre él, sin dejar de besarla un solo instante, mientras ella seguía frotando sus pezones en su pecho y su sexo a lo largo de su miembro.

—Lucía —gimió él—, no podré aguantar mucho más. Ha pasado demasiado tiempo.

—No importa —gimió ella en su boca—, yo estoy igual que tú. No te reprimas. Tendremos todo el tiempo del mundo.

Sin poder esperar un segundo más, Samuel la levantó por las

nalgas y la penetró lentamente, sin dejar de mirarla, volviendo a disfrutar de la visión de sus ojos grises oscurecidos por el placer, y de su labio inferior apresado entre sus dientes. La aferró por la cintura y la ayudó a subir y bajar, bajando su cabeza para apresar un pezón entre sus labios. El orgasmo no tardó en llegar, haciéndoles gritar al unísono, entrando en aquella conexión que sintieran ya desde la primera vez, como si cada cuerpo reconociera de inmediato al otro porque hubiesen pertenecido a un todo que nunca debió separarse.

—Lo siento —dijo Samuel torciendo ligeramente su boca, pasando tiernamente sus manos por la espalda femenina—, creo que se nota mi falta de entrenamiento.

—Créeme —dijo Lucía riendo feliz, abrazada a él, con la boca

sobre su piel, lamiendo el sudor salado del latido pulsante de su cuello—, puedes estar tranquilo. Esa confesión no me molesta en absoluto. Por si te interesa, ya somos dos.

—Ahora, lo mejor será que vayamos a la cama y comience con mi entreno —e hizo amago de levantarse.

—Un momento, Samuel, espera. —Lucía puso las manos sobre sus hombros para que permaneciera allí sentado, con ella encima y sus cuerpos aún unidos—. Una vez dijiste que no podía esperar arreglarlo siempre buscándote, lanzándome en tus brazos y echando un polvo. No quiero que parezca algo tan calculado.

—No me lo parece, cariño —le decía acariciando su suave mejilla—. Creo que es la mejor manera de romper el hielo, ¿no te parece? —Sonrieron los dos—. Como tú bien has dicho, tenemos todo el

tiempo del mundo.

—¿Te arrepientes de que haya venido? ¿De haber aceptado estar juntos? ¿Tal vez hubieses preferido que no lo hiciera y seguir con tu vida?

—Eso es como preguntarme si me arrepiento de amarte. Y la respuesta es no. Te agradeceré eternamente que te presentaras aquí. No quiero ni pensar en otra opción. Porque desde el mismo instante en que me hiciste aquella inverosímil proposición en el bar de este mismo hotel, supe, sin género de duda, que serías mía para siempre.

—Y en el momento en que levanté la vista y me reflejé en tus preciosos ojos oscuros, yo también supe de alguna forma que ya no tendría que seguir buscando, que había encontrado lo que había necesitado durante los últimos años de mi vida.

—¿Amor a primera vista? —preguntó Samuel besando tiernamente sus labios para intentar sofocar la intensa emoción que le provocaban las palabras de Lucía.

—Amor para siempre. Soy tuya incondicionalmente —volvieron a besarse, lentamente, lamiendo, recordando el sabor íntimo de cada uno, aún conservado en sus lenguas después de meses de sed de aquellos besos.

—Esta vez no dejaré que te marches nunca —para corroborarlo, la abrazó fuertemente entre sus brazos, mientras besaba sus hombros y su cuello, perdidos los dos en las sensaciones de sus pieles desnudas, fundiendo sus cuerpos, aunque poco a poco su conciencia les recordara la incomodidad de permanecer sobre una silla.

—Quizá prefieras solo un polvo de vez en cuando... —dijo ella después haciendo un mohín con su boca mientras hacía remolinos de vello con su dedo índice—. Creo que no soy la primera con la que mantienes ese sistema.

—¿Por qué dices eso?

—Por una pediatra con cara de mala hostia.

—¿Sonia? Eso acabó hace mucho tiempo. Fueron años en los que estaba demasiado centrado en mis investigaciones y en los que no tenía tiempo de salir y conocer chicas. Sonia estaba allí y su insistencia acabó venciendo, pero no compares en absoluto aquello con lo que tengo contigo. El primer día que hice el amor contigo fue más excitante y satisfactorio que todos los años con ella. Por cierto, ¿estás celosa?

—¡Sí! Trabajas con ella, la ves cada día, seguro que se te tira encima y vuelve a insistir para que vuelvas con ella... —cesó sus palabras cuando Samuel rompió a reír a carcajadas—. ¡No te rías! ¡A mí no me hace ninguna gracia! —Y le dio un tirón al vello con el que había estado jugueteando.

—A mí tampoco, cariño —dijo él sin dejar de reír—, es solo que me hace feliz que tengamos los problemas de una pareja normal, como celos por una ex y cosas por el estilo.

—Odio a esa mujer, la odié nada más verla.

—Suele causar esa impresión, así que no tienes de qué preocuparte. A partir de ahora habremos de confiar el uno en el otro.

—Vale, pero de momento, ¿qué te parece si me llevas a la cama y seguimos haciendo las cosas de una pareja normal?

—Ahora mismo. Como siempre, será un placer.

A la mañana siguiente, Lucía, junto a la madre de Samuel, seguía orgullosa las palabras que él pronunciara en la conferencia sobre las nuevas técnicas quirúrgicas que estaba desarrollando. Mientras hablaba, se sintió realmente orgullosa de él, su corazón henchido de amor y de admiración. Comenzaba a familiarizarse con algunas de aquellas palabras y expresiones técnicas, muchas de las cuales le había explicado Samuel pacientemente.

Al acabar, acercaron primeramente a la madre de Samuel a su domicilio. Antes de bajar del coche, no supo Lucía muy bien

porqué, la mujer los miró con cariño y le dijo a su hijo:

—Veo que al final seguiste mi consejo y la besaste. ¿Cuándo vais a aprender los hijos que cuando vosotros vais nosotros ya hemos vuelto varias veces?

—¿Qué ha querido decir tu madre? —preguntó Lucía una vez solos en el coche.

—Ya te lo explicaré en otro momento. ¿Adónde vamos ahora? —le preguntó mirando al horizonte.

—Pon rumbo a Granollers, donde vivo, y te presentaré a mi familia.

—¿Estás segura? Una vez entre en tu vida ya no querré salir nunca. Tal vez no resulte tan interesante vivir conmigo como quedar en un elegante hotel de vez en cuando.

—Ya me encargaré yo de que vivir contigo sea interesante. En todo caso, habrá sido la mejor decisión de mi vida.

# Epílogo

*Un año más tarde, en una habitación de un hotel de carretera*

Vacaciones. Verano. Familia. Términos que suelen ir unidos. Y aunque esta familia no fuera, lo que se dice, muy convencional, cada uno de sus miembros sentía el grado máximo de vínculo y pertenencia dentro de ese grupo familiar.

Andrés entró en su habitación y se sentó en el filo de la cama para observar la imagen de Maite, arrodillada en el suelo mientras rebuscaba dentro de la maleta.

—¿Has ido ya a ver a Adri? —le preguntó ella todavía enfrascada en su búsqueda particular.

—Sí. Lucía y yo hemos ido a darle las buenas noches, pero se le veía tan incómodo recibiendo mimos de sus padres delante de su amigo, que hemos decidido dejarles en su habitación y volvernos cada uno a la nuestra.

—Él necesita ya su intimidad. Y nosotros también.

Andrés siguió observando los movimientos de su novia, todavía de rodillas frente al equipaje. Un tibio calor le inundó el vientre y

subió hasta su pecho, disfrutando de la visión de su cuerpo menudo vestido con un conjunto de braguitas y top de algodón estampado con pequeñas florecillas. A petición suya, Maite había cambiado su estilo a la hora de ponerse ropa interior, desconcertada por aquellas preferencias extrañas de su novio, sin entender que, para él, resultaba de lo más excitante verla vestida de esa forma tan inocentemente sensual, mucho más que con cualquier transparencia o encaje.

Ese mismo instante estaba siendo una clara muestra de ello, pues ella había dado por fin con lo que buscaba: una pequeña mochila que abrió y de la que comenzó a sacar diversos objetos, como vibradores, consoladores, anillos o bolas chinas. La incongruencia de la imagen era patente, dada la inocencia que parecía proyectar

Maite, contra aquella pequeña exposición de juguetes sexuales.

—Dime, cariño —preguntó Maite sosteniendo en sus manos un gran pene de color lila—, ¿qué prefieres esta noche?

—Suelta eso de momento y acércate —Maite le obedeció y se sentó a horcajadas sobre él—. Creo que esta noche solo me apeteces tú —le dijo acariciando su cabello, ahora más largo y con su rubio dorado natural.

—¿Estás seguro? —Maite comenzó a mordisquearle el hombro, resiguiendo con la punta de su lengua el contorno del tatuaje que le había convencido que se hiciera. Aunque ella había intentado que fuese aún más grande y él solo había otorgado tatuarse del hombro al codo, a Maite ahora le parecía que su cuerpo había alcanzado la perfección.

—Sí, estoy seguro —respondió él dejándose caer sobre la cama con ella sobre su cuerpo. Empezó por sacarle el top por la cabeza para comenzar a chupar y succionar sus pezones.

—Te recuerdo —dijo ella cerrando los ojos, dejando que aquel denso placer la inundara—, que la última vez que jugamos fuiste tú el que más disfrutaste.

—Eres pérfida y malvada —dijo Andrés mientras le bajaba las bragas y abarcaba sus glúteos entre sus manos—, no dejarás nunca de recordármelo.

—Fue muy excitante, cariño —bajó su boca hasta su cuello para lamerlo—. Tener tu polla en mi boca, mientras te introduzco otra por tu culito, viendo cómo te corrías, mmm...

—Fue solo la punta, bruja —le dio rápidamente la vuelta para

colocarla de espaldas en la cama y tenerla bajo su cuerpo—. Hoy solo vamos a usar esta —y la penetró suavemente mientras le elevaba sus manos sobre la cabeza—. ¿O es que no tienes suficiente? —le preguntó cesando sus movimientos.

—Por supuesto cariño —le contestó ella posando dulcemente la mano en su áspera mandíbula—, pero lo hago por ti.

—¿Por mí?

—¿Cuántas mujeres ha habido en tu vida? ¿Cuántas cosas diferentes has probado? No dejes de pensar en que ahora solo estás conmigo y no quiero que te canses o te aburras de mí.

—¿No crees que yo podría pensar lo mismo de ti?

—Te he dicho muchas veces que no sentí verdadero placer hasta que no estuve contigo.

—Pues yo tengo un secreto —le dijo él comenzando de nuevo a bombear con sus caderas dentro del cuerpo femenino—. Contigo utilizo algo que me excita muchísimo y que no había usado antes con nadie. Algo con lo que sé no me cansaré de ti jamás, con lo que te desearé cada día más y más.

—¿Qué? —gritó ella. Pero las palabras se vieron interrumpidas por los gemidos de placer que lanzaron los dos ante la explosión del ardiente clímax que los envolvió.

—No creerás que se me ha olvidado lo que me has dicho antes —dijo Maite cuando yacían abrazados sobre las sábanas arrugadas de la cama, dejando enfriar el sudor de sus cuerpos bajo las aspas del ventilador del techo—. ¿Qué es lo que utilizas conmigo y yo no me he enterado?

—Algo grande, que no se agota nunca —volvió él a colocarse sobre ella—, y conforme pasa el tiempo produce más y más placer. ¿Te suena?

—Creo que sí —dijo ella mordiéndose el labio inferior para detener el temblor que le producía aquella emoción suave que la acariciaba por dentro—, pero dímelo tú.

—El amor que siento por ti —dijo volviéndose a introducir en su cuerpo—. El afrodisíaco más potente. —Y comenzó a moverse de nuevo mientras ella cerraba los ojos y se arqueaba bajo su cuerpo.

—Yo también te quiero, te he querido y te querré siempre. —Maite se abrazó al cálido cuerpo de Andrés mientras él la besaba al tiempo que siguió haciéndole el amor una y otra vez, demostrándole la inagotable fuente de placer que podía llegar a suponer el amor

que sentían el uno por el otro.

*En otra habitación, del mismo hotel de carretera*

—¿Le has dado las buenas noches a tu hijo?

—Sí, hemos ido Andrés y yo, pero nos ha echado muy sutilmente.

—Tu hijo es un chico fantástico.

—Sí, entre todos creo que lo estamos haciendo bien.

—Hay cosas que también se nos dan bien a ti y a mí.

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuáles? —preguntó Lucía acercándose a él, deleitándose con aquella imagen más informal. Si vestido con traje

y corbata estaba sumamente atractivo, con vaqueros y una camiseta que resaltaba la anchura de sus hombros, estaba sencillamente arrollador. Aferró el borde de su camiseta y tiró hacia arriba para sacársela por la cabeza.

Y sin nada puesto, espectacular.

—Te puedo hacer una demostración ahora mismo. —Samuel la acercó a él y bajó su cabeza para saborear sus labios mientras le sacaba también su camiseta y le bajaba los shorts vaqueros para dejarle puesto únicamente su minúsculo tanga. Al mismo tiempo ella le desabrochaba el pantalón e introducía su mano bajo los calzoncillos para afianzar su miembro entre sus dedos.

—Yo también sé hacer algunas cosillas —exhalando un gemido, Samuel la besó profundamente, enlazando su lengua con la de ella

mientras Lucía deslizaba arriba y abajo su mano sobre la suave piel de su miembro duro como el acero.

No tenían más que empezar a tocarse para que ya no pudiesen parar. Rápidamente, Samuel se sacó el resto de su ropa y colocó a Lucía sobre la cama. Deslizó el tanga por sus piernas mientras se colocaba entre ellas y comenzaba a pasar la lengua por sus muslos y su sexo, que ya estaba húmedo y preparado, sabiendo que con esa caricia la volvería loca. Ella enterró sus dedos en su espeso cabello y tiró de él para tenerlo a la altura de su rostro.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó él—. ¿No quieres que siga?

—Más tarde —dijo ella pasando suavemente su mano por su

áspera mejilla. Sintió una emoción profunda al mirar de nuevo sus intensos ojos oscuros que ya la cautivaran cuando los miró por primera vez, bordeados por los increíbles abanicos de sus pestañas, que serían la envidia de cualquier mujer—. Ahora mismo te deseo muy adentro.

—¿Muy muy adentro? —bromeó él tentando la entrada a su vagina con la gruesa cabeza de su miembro.

—Sí, pero... me gustaría probar algo que... —Lucía llevaba un tiempo dándole vueltas a algo que aún no se atrevía del todo a pedirle. Su timidez arraigada, por mucho que ella hubiese cambiado gracias a la felicidad completa que sentía, todavía se dejaba asomar por un resquicio de su personalidad.

—Lucía —dijo él divertido, apoyado sobre sus codos para que no

sintiera su peso—, ¿todavía te da vergüenza pedirme algo relacionado con el sexo? ¿Te recuerdo que osaste pedirle a un desconocido que te follara aquella misma noche?

—Lo sé —dijo ella con un mohín en su boca mientras jugueteaba con el suave vello de su tórax—, pero aun así...

—A ver, dime —dijo como si le hablara a una niña.

—Bueno, a veces me has metido un dedo por el otro lado...

—¿De eso se trata? —dijo él con una sonrisa traviesa, que dibujó en su rostro un aire juvenil y desenfadado, provocando que Lucía sintiera, como cada vez que le sonreía, cientos de mariposas volar en su estómago.

—Joder, Samuel, no me avergüences más —dijo ella dándole un fuerte tirón al vello masculino.

—No era mi intención, cariño. Puedes pedirme lo que quieras.

—El caso es que yo, esta vez, querría sentirte a ti ahí dentro.

—¿Me estás pidiendo que te folle por el culo?

—¡Joder, eres un bestia! —Gritó ella dándole un fuerte pellizco

en el brazo—. ¡Menos mal que no pretendías avergonzarme! —  
volvió a gritar intentando escabullirse de entre sus brazos.

—Ei, mi vida, ven aquí, no te enfades —la sujetó por los muslos  
y tiró de ella hasta tenerla de nuevo a la altura de sus ojos—. Me  
encantaría hacerlo contigo, cualquier cosa en realidad. Pero con solo  
imaginar lo que me pides, me he puesto más duro que nunca.

Lucía sentía el corazón latir en su garganta, mezcla de excitación  
y de una pizca de temor a lo que había escuchado sobre el tema.

—Sabes que hemos de ir muy poco a poco —la informó Samuel—, para no hacerte daño. Una cosa es un dedo y otra mi enorme y gran polla.

—¡Serás capullo! —exclamó Lucía riendo.

—Vale, bromas aparte, iré despacio y con cuidado. Comenzaré con un dedo e iré añadiendo alguno más. Nos hubiese ido bien algún tipo de lubricante.

—¿Cómo este? —dijo Lucía traviesa sacando un tubo de la mesita de noche.

—¿Venías preparada? —dijo él levantando una de sus cejas.

—Por supuesto.

—Mi chica es tímida pero decidida, ¿eh? , pero me encanta como eres. ¿Te parece bien que lo hagamos como te he dicho?

—Muchas personas ponen su vida en tus manos. ¿Cómo no voy yo a confiar en ti?

—Por decirme algo así —dijo él emocionado— me veré obligado a hacerte el amor ahora mismo.

Primero besos, largos y ardientes besos que Lucía disfrutaba y con los que comenzaba un éxtasis que solo existía entre los brazos de Samuel. Después su ardiente lengua en sus pezones, que comenzaba a hacerla jadear, mientras uno de sus dedos empezaba el recorrido por el perineo, desde la vagina hasta tentar su otro estrecho orificio. Primero hasta el nudillo, después el dedo entero.

—Levanta las caderas, cariño —ella obedeció al tiempo que Samuel le colocaba la almohada bajo su cuerpo—, muy bien, y

relájate.

Samuel inclinó su cuerpo para pasar su lengua por su vulva y su pubis perfectamente depilado, desde el clítoris a la vagina, para acabar lamiendo su orificio más prohibido, según las convenciones y las reglas establecidas, algo que ellos en aquel momento ignorarían por completo.

En medio de aquella excitación, Samuel abrió el bote de lubricante y lo extendió por la vagina de su mujer y por toda la zona entre sus glúteos. A continuación se impregnó sus dedos y volvió a introducirle el dedo corazón.

—Está frío —se quejó Lucía, que se removió cuando el dedo índice acompañó al anterior.

—Relájate, cariño —Samuel volvió a lamer su sexo mientras la penetraba con sus dos dedos, cada vez más adentro, tentando, provocando, ensanchando y dilatando. Se moría por introducirse allí pero sabía que ella necesitaba preparación. Se incorporó y volvió a derramar más lubricante, mientras observaba su hermoso rostro radiante de placer.

—Acaríciate —le dijo. Y ella, sin dudar, posó sus dedos sobre el clítoris—. ¿Te gusta? —le preguntó Samuel.

—¡Sí, sí, pero te quiero a ti! —. Ella ya estaba preparada. Samuel sentía el temblor del cuerpo de Lucía chocar con el suyo propio, estremecimientos por el placer que sabían estaba por llegar.

Lucía observó cómo Samuel bañaba completamente su pene con el brillante líquido, extendiéndolo con una de sus manos por toda la

longitud, y él no dejó de mirarla a los ojos mientras colocaba una de sus piernas sobre su hombro. Se inclinó hacia delante y, antes que nada, la besó profundamente en la boca, succionando sus labios y su lengua. Cuando extrajo los dedos del cuerpo de Lucía, esta permaneció expectante, hasta que sintió su miembro comenzar a penetrar su cuerpo, primero la punta, después un poco más, un centímetro más, poco a poco, sintiendo su cuerpo colmarse y expandirse donde nunca lo había hecho. Era un placer distinto a cualquier otra cosa, con una mezcla de placer y dolor, pero emocionante, vibrante, sin igual.

Samuel sudaba y jadeaba, obligado a ir despacio, experimentando el mayor placer de su vida, envolviendo su miembro dentro de aquella estrechez exquisita. Un poco más, un centímetro más, hasta

que, por fin, sus testículos chocaron contra los glúteos de la mujer.

—¡Oh, Dios, Lucía, cariño, moriría en este momento...! — Samuel, agonizando de placer, comenzó a moverse poco a poco, sabiendo que se moría por el deseo de embestir más aprisa.

—¡Joder! —Gritó Lucía—. ¡Dios! —Era una sensación indescriptible. Mientras Samuel ahondaba en su cuerpo, ella sentía cada vez más tensión en sus pechos y en su vagina. Ella misma comenzó a masajearse el clítoris, temblando de deseo y placer, levantando sus caderas y apalancando su pantorrilla sobre el hombro masculino para que la penetrara más profundamente.

Samuel, ante la visión del goce de Lucía, aumentó el ritmo y la fuerza de sus embestidas, sintiendo una fuerte presión en la parte

baja de su espalda, que recorría sus venas y pulsaba en sus testículos. Con el grito del orgasmo de Lucía, él también pudo liberarse, emitiendo un bramido que resonó en cada rincón de aquella habitación.

Cuando una mínima calma los sosegó, Samuel se deslizó de su cuerpo y se dejó caer en la cama, abrazando a su mujer, besando la húmeda raíz de su cabello, con su cuerpo y su alma saciados.

—Dios, Lucía, te quiero tanto...

—Soy la mujer más afortunada de la Tierra por merecer tu amor, pero sé que mi amor está a la altura. Te quiero, Samuel, y te querré toda mi vida.

...

—¡Vamos, vamos, dormilones, ya es hora de partir! —gritaba Samuel golpeando las puertas de las habitaciones.

—Ya vamos —contestaron con esfuerzo Andrés y Maite saliendo de su alojamiento, arrastrando la maleta y sus propios pies.

—Parece ser que aquí no duerme nadie —rio Samuel su propia gracia.

—¡Vamos, no querréis que nos vayamos cuando apriete más el calor! —decía Lucía con los brazos en jarras junto a la furgoneta donde realizarían aquella gira por los castillos del Loira y el norte

de Francia. A pesar de vivir todos cerca, no se veían todo lo a menudo que desearían durante el resto del año debido a sus trabajos y sus obligaciones, así que habían programado aquellas vacaciones en familia para pasar juntos unos días del verano.

—Ya parece que empiezan a salir —Samuel se acercó y besó a Lucía tiernamente, que volvía a vestir con sus shorts, una camiseta de tirantes y sandalias, atuendo que completaba con una alta coleta y unas gafas de sol. Se miraron unos segundos a los ojos, con la emoción implícita de la experiencia y las confesiones de la noche anterior. Sonrieron. No había que decir nada más.

Ellos dos parecían comandar a los integrantes de aquel grupo, que poco a poco, iban apareciendo y se iban introduciendo en el vehículo. Los primeros fueron Adrián y su amigo Eric, que

ocuparon la última fila de asientos. Samuel se asomó por la ventanilla y los saludó.

—Buenos días, chicos —los amigos apenas levantaban la cabeza de la pantalla del móvil que tenían entre sus manos—. Adrián, no sé qué pensarán tus padres sobre el hecho de que te pases el día con mi teléfono.

—Es que es una pasada. Es muy rápido y hace unas fotos geniales. ¿Para cuándo uno para mí? Muchos de mis amigos ya tienen uno.

—Eso es algo que deberás hablar con tus padres. De todos modos, puedes seguir utilizando el mío.

—Gracias, Samuel.

Los siguientes fueron Maite y Andrés, que se instalaron en los asientos de la fila del centro. Samuel sonrió, puesto que con ese gesto quedaba implícita su conformidad para que fuera él o Lucía los que condujeran el vehículo.

Y así lo hizo. Samuel se sentó tras el volante y Lucía a su lado.

—¿Estamos todos? —exclamó Lucía mirando hacia atrás.

Sí, estaban todas y cada una de las personas que más le importaban. Observó a su hijo y a su amigo al final de los asientos, donde seguían jugando y riendo, uniendo sus rostros sobre la pantalla del móvil. A Maite y a Andrés a continuación, quienes habían enlazado sus manos mientras descansaban sus cabezas en el hombro del otro.

Lucía sonrió satisfecha y feliz. En ese momento recordó el día en que presentara a Samuel a toda su familia.

—Samuel, este es Adrián, mi hijo.

—Hola, ¿qué tal? —y le extendió la mano, gesto que complació enormemente al chico, que le devolvió el saludo estrechando su mano, sintiéndose un poco más adulto—. Me han dicho que te gusta el fútbol. Cuando quieras te reto a un partido al *Pro* en la *Play*, y te advierto que no se me da nada mal.

—Eso está hecho —contestó entusiasmado Adrián—. Pero no podrás conmigo. Nadie de mi familia puede conmigo.

—Esta es Maite —continuó aquel día Lucía con las presentaciones—, tal vez la recuerdes.

—Por supuesto que te recuerdo, Maite, y debo decir que, aunque

ya entonces me pareciste muy guapa ahora lo estás mucho más. Y sobre todo, he de darte las gracias por que se te ocurriera aquella extravagante proposición para Lucía.

—Es algo que no dejo de recordarle, el pedazo de tío que se cameló gracias a presentarse en aquel hotel cuando yo se lo dije —y ante Lucía, Andrés y sus ceños fruncidos, Maite respondió a la presentación con un beso a Samuel en los labios—. Y gracias por el halago. Tú también estás... —lo miró de arriba abajo—, vamos, que hicimos una buena elección.

—Yo soy Andrés —se acercó a Samuel mientras este sonreía por las ocurrencias de Maite—. Soy el padre de Adrián.

—Encantado —dijo el cirujano estrechándole la mano en un firme apretón—, yo soy Samuel y voy a compartir mi vida con

Lucía.

*Voy a compartir mi vida con Lucía...*

Nunca olvidaría aquellas palabras con las que Samuel se presentó a su familia, la tersa y esponjosa sensación que la envolvió al escucharlas.

Volvió a mirarle mientras arrancaba la furgoneta, espectacularmente atractivo y tiernamente adorable. De nuevo, con vaqueros descoloridos, camiseta negra, gafas oscuras y su espeso cabello alborotado. Y era todo suyo.

—Entonces —gritó Samuel—, ¡en marcha!

Las ventanillas bajadas dejaban entrar el aire fresco de las primeras horas de la mañana, y una antigua canción sonaba en ese momento en la radio.

*Dime tu nombre,  
y te haré reina en un jardín de rosas  
Tus ojos miran  
hacia el lugar donde se oculta el día.  
Has podido ver donde morirán  
los oscuros sueños que cada día vienen y van,  
soy el dueño del viento y el mar.  
Al pasar el tiempo despertarás,  
y descubrirás cientos de rosas a tu alrededor*

*Hoy la luna y mañana el sol.*

*Y tú sin saber aún quién eres,*

*desde el país donde mueren las flores,*

*dime que aún creerás en mí.*

*Dime tu nombre...*

# Agradecimientos

Hace ahora poco más de un año que comencé con esta aventura de escribir con la idea de publicar, y puedo decir sin asomo de duda que ha sido un año maravilloso, lleno de satisfacciones, alegrías y momentos inolvidables. Como siempre, las primeras alegrías provienen siempre de todos aquellos lectores que leyendo mis historias han disfrutado durante algunos momentos de su vida, o simplemente han pasado un rato entretenido. Últimamente me han

hecho varias veces la misma pregunta: “¿alguna anécdota que explicar?”, a lo que yo contesto siempre lo mismo, que no hay mayor anécdota para una escritora novel como yo que ver sus novelas publicadas, leer las maravillosas opiniones que escriben los lectores —que me emocionan hasta el punto de la lagrimilla—, o atender a alguna persona que te envía un mensaje para felicitarte y animarte a que sigas adelante.

GRACIAS a todos ellos. Gracias también a tanta y tanta gente que he ido conociendo a través del Facebook, gente maravillosa que siempre tiene la palabra justa de ánimo y optimismo.

GRACIAS Ale Serrano Coteró, Madelyn Santiago, Lidia López, Àngels González, Montse Salmerón, Lina Sanz, Paloma Jade, Paula Guzmán, Melissa Gómez, Corozul Rivas, Carmen Peña, Iride

Carpacho, Sandra Liliana, Key Godoy y un largo etcétera que no ha dejado de felicitarme y de animarme.

A Zaira Domínguez, por regalarme una maravillosa reseña de una de mis novelas, donde incluía unas emocionantes palabras que calaron muy hondo en mí, contribuyendo a que cada día me sienta con más ganas y fuerzas renovadas.

Y por mucho que ella me dijera que no era necesario, ya le dije que le haría una mención especial a Patricia Rodríguez, por aquella entrevista tan bonita en RomanTica's Magazine, y con la que tuve el gran placer de hablar durante un buen rato, recibiendo sus maravillosas palabras de ánimo y cariño. Un beso muy grande, Patricia.

Por último, como no podía faltar, agradecer a mi familia su cariño y su paciencia. Ese marido que se ha de acostumbrar a verme con el ordenador al llegar del trabajo, aunque sean las tantas de la noche. Esos hijos que se conforman con cualquier cosa de cena o han de rebuscar en el montón de la ropa porque saben que su madre está inspirada en ese momento —pero yo sé de buena tinta que unos y otros sienten su pizca de orgullo por ello—.

Mi hermano, que es un cielo; mi hermana, gran lectora y la enfermera que contesta pacientemente a mis preguntas sobre médicos; mi cuñado con su buen humor, que siempre está dispuesto a echar una mano; mi sobrino, un trasto que no para, pero que sabe mil veces más que yo manejar cualquier máquina o móvil.

Mis padres, orgullosos de mi aventura, me siguen apoyando y

ayudando. Y ayudando, ayudando, ayudando...

¡¡Un besazo muy grande a todos!!

# Sobre la autora

Lina Galán pasó su infancia en Cerdanyola del Vallés, aunque lleva ya muchos años viviendo en Lliçà d'Amunt, ambas poblaciones cercanas a Barcelona. En una pequeña casita con jardín, vive con su marido, sus dos hijos adolescentes y tres gatos.

Educadora infantil por vocación, lectora compulsiva y escritora desde hace poco tiempo, los libros siempre serán para ella el mejor método para relajarse, aprender, emocionarse y evadirse viajando a

cualquier lugar.

Ya que es una mala época para encontrar trabajo, sigue empleando su tiempo en seguir escribiendo, con su portátil a todas partes, imaginando nuevas historias gracias a todos vosotros.

**Facebook: Lina Galán García**

**<https://www.facebook.com/lina.galangarcia>**



# Otras obras de la autora

## **“¿Todavía Sueñas Conmigo?” (Destino 1)**

*Mario, un atractivo, mujeriego y misterioso empresario.*

*Clara, una joven y humilde universitaria.*

*Dos mundos distintos.*

*Una atracción irresistible.*

*¿Crees en el destino?*

## **“Todavía Sueño Contigo” (Destino 2)**

*Álex, un chico sencillo y humilde, aún no ha conseguido olvidar a Clara, su gran amor, casada ahora con un rico empresario.*

*Marta, estudiante en universidad privada, de familia rica y criada entre algodones.*

*Dos mundos distintos.*

*Una atracción irresistible.*

*Una relación condenada al fracaso... porque los secretos del pasado siempre acaban saliendo a la luz.*

*¿Sigues creyendo en el destino?*

## **“Valentina”**

*No soporto a Ángel, el hermano de mi mejor amiga.*

*Y él no me soporta a mí.*

*Él es mi tormento y mi amargura.*

*Porque hace quince años que estoy perdidamente enamorada de él.*

*Es mi amor imposible y mi sueño de adolescente, pero ante su indiferencia, no tuve más remedio que disfrazar mi amor por él por desprecio y hostilidad, para que no me siguiera destrozando el corazón.*

## **“En la Frontera del Tiempo”**

*Los Guardianes del Tiempo, encargados de supervisar el curso de la historia, piden ayuda a Bea, una chica del siglo XXI, para que arregle un “pequeño desorden” del pasado. La joven tendrá que*

*retroceder al siglo XIII y ser la esposa de un caballero medieval, Guillem, implacable guerrero, señor feudal... y un hombre capaz de ofrecer el amor más puro y sincero.*

